220.91
SOL v
ej. 2

I.T.U.
Sol. V. c.1

Cto. Rey Seminario

VIAJE BÍBLICO POR ASIRIA Y CALDEA

Ó

EXCURSIÓN Á MESOPOTAMIA

AL TRAVES

DE LOS MONUMENTOS Y RUINAS ASIRIO-CALDEAS

EN

SUS RELACIONES CON LOS ESTUDIOS BÍBLICO-ORIENTALES

POR EL

Doctor Don MARIANO SOLER

OBISPO DE MONTEVIDEO

ARQUIDIOCESIS DE MONTEVIDEO SEMINARISTAS

6593

CON LOS MAPAS DEL ITINERARIO Y DE LAS RUINAS

Seminario CRISTO REY
Biblioteca
TOLEDO
CANELONES - 6945

MONTEVIDEO

Tipografia Uruguaya de MARCOS MARTINEZ
CALLE BUENOS AIRES NÚM. 155, ESQUINA MISIONES

1893

INSTITUTO TEOLOGICO

ARQUIDIOCESIS
DE
MONTEVIDEO
SEMINARISTAS

DEDICATORIA

A la memoria de Alberto Heber Jackson

CUANDO en mi anterior viaje á Oriente (1889) en compañia del malogrado jóven Alberto Heber Jackson, llegamos hasta Palmira en los confines del gran desierto de Siria, nuestro primer proyecto habia sido pasar por el Golfo Pérsico, y desde Basora atravesar la Mesopotamia para visitar las monumentales ruinas de Asiria y Caldea, que tanto sonaban en el mundo científico.

Una causa del momento nos hizo suspender tan acariciado proyecto, ensueño perenne de mi alma por la grandeza de los acontecimientos de que aquellas regiones fueron teatro y sus ruinas inmortales.

Al cabo de cuatro años de aquella suspensión provisional, he podido realizarlo; pero no he podido olvidar la falta del querido compañero.

¡Cuánto hubiese deseado compartir con él las sublimes emociones que experimentaba al cruzar, con

el alma llena de clásicos recuerdos, aquellos países legendarios, y aquel suelo sembrado de preciosos monumentos para la religión, la arqueología y la historia!....

Cuando en ciertos momentos, como aquel en que desde la cumbre del Birs-Nimrud en las ruinas de la Torre de Babel; ó desde las alturas del Alcazar arruinado de Nabucodonosor, contemplaba postrada á mis piés la humillada grandeza de la soberbia Babilonia; ó desde la cima abatida del Palacio de Asurbanipal, meditaba arrobado los escombros colosales de la magestuosa Nínive, tan desolada como su orgullosa rival; parecíame tener á mi lado al querido extinto, que en aquellas grandezas había soñado, y oirle exclamar:

«¡Qué magnífico es esto, y qué grande el sentimiento de pavorosa magestad que engendran ruinas tan inmensas, cubiertas con el polvo de los siglos!»

Y ¿cómo no había de gozar su alma delicada y llena de simpatías por todo lo grande y hermoso, al contemplar cabe las aguas del Eufrates, aquellos sauces que aún parecen conservar colgadas las tristes arpas de los hijos de Israel, negándose en su cautividad á entonar los cánticos de la lejana y solitaria Patria?....

¿Y en aquellas colinas de Amran, restos mústios de los jardines pensiles, que el gran Rey construyera en medio de Babilonia para hacer olvidar á la consorte persa la nostálgia de los bosques deliciosos del país de Elam?....

¿Y en la vasta llanura del Gandunyas, en que

Rawlison ha encontrado las trazas de aquel otro jardin paradísiaco, el Eden de delicias, que habitaron nuestros primeros padres?....

Pero ¡no importa! El ya estará gozando de ese otro Paraiso que no tiene fin y cuyas delicias no se pierden jamás.

El voló en prematura edad á la mansión de los justos. Dichoso él.... Más, como no lo puedo olvidar, dedico á su memoria querida el relato de la excursión que debió ser en su compañía; pues no dudo aceptará desde ultratumba este homenaje á sus virtudes y este recuerdo al cariño que le profesaba.

† *Mariano Soler.*

PALABRAS DE INTRODUCCIÓN

PALABRAS DE INTRODUCCIÓN

ANTES de empezar el relato de mi viaje al través de la Mesopotamia, quiero explicar cómo se engendró en mi espíritu el deseo vehemente de realizarlo, y porqué, realizado yá, le he dado el título de *Viaje Bíblico*.

Esto me dará por cierto, asáz materia para el exordio; y creo que además de cumplir con las exigencias de esta parte obligada de toda obra, lograré comunicar á los lectores mis subidas simpatías por una excursión que, si tiene bastantes dificultades é incomodidades en su ejecución y una atracción, algo mas que medianamente extraordinaria, por la amenidad de los paisajes y variedad de usos y costumbres en la actualidad de aquellas regiones; es mas interesante de lo que podia creerse bajo otros múltiples aspectos, especialmente bajo el científico y el de los maravillosos descubrimientos de que ha sido teatro el suelo de la Mesopotamia, regado de monumentos que desde los imperios mas antiguos casi nos conducen hasta la cuna del género humano y las civilizaciones primitivas.

En efecto: el siglo que vá á terminar y que ha producido tantas maravillas; este siglo tan extraordinariamente fecundo en invenciones y hallazgos de todo género, ha visto realizar tambien en los di-

versos ramos de la historia los descubrimientos más imprevistos y sorprendentes; y con esta particularidad, que los ha visto convertidos contra su propia espectativa, en las más brillantes conquistas para la religión por la ciencia, como si la Providencia nos quisiera preparar para las conquistas científico-religiosas del porvenir.

Y en verdad, este siglo tan prodigioso y activo, ha encontrado y descubierto poderosos imperios, sociedades famosas y ciudades espléndidas que habian ignorado todos los historiadores; y ha forzado á todos los testimonios antiguos de las edades desaparecidas á hablarnos con lenguaje comprensible al través de sus enigmáticas escrituras y perdida lengua.

El ha logrado que la esfinge egipcia entreabriese sus lábios cerrados desde siglos; que las pirámides revelen el misterio de las apartadas generaciones que las erigieran; que las necrópolis, los laberintos, los obeliscos, los sarcófagos, los hipogeos y los templos, nos refieran sorprendentes y verídicas historias que antes cubría el más profundo misterio.

Y como si esto no bastara, ha conseguido tambien que el suelo árido de las estensas y silenciosas llanuras de la Mesopotamia se entreabra á las investigaciones de los sábios, cuya piqueta ha arrancado para la arqueología los tesoros más preciados de la más remota antigüedad; que palacios y edificios admirables y hasta capitales enteras, en otro tiempo, señoras del Asia, surjan como por encanto de sus entrañas polvorientas, convertidas desde siglos en tumbas de ciudades inmensas, cuyo rastro había desaparecido de la faz de la tierra, aunque fuesen tan soberbias como Nínive y Babilonia.

Y hé aquí que ha obligado á esas vetustas y orgullosas ciudades á contarnos su historia, sus instituciones y prodigios; y á fuerza de los más tenaces y profundos estudios ha conseguido que los extraños caracteres que cubren sus murallas y monumentos, lleguen á ser legibles y claros cual si fueran una inscripción latina ó francesa.

Tamañas conquistas para la etnología y la filosofía de la historia han asombrado á los mismos sábios; y esos descubrimientos maravillosos y fecundos constituyen el prodigio más admirable de la paciencia y del génio humanos.

Los antiguos asirios y caldeos, aquellos sumires y accades, que casi humedecieron sus plantas en las aguas del diluvio, y los que desde las llanuras del Senaar recomenzaron la población del mundo, llegando á constituir imperios maravillosos; han reaparecido en la escena del mundo, levantando la loza sepulcral, que los cubria, para contarnos lo que fueron y lo que hicieron: y nos han asombrado!

La experiencia de los siglos más remotos y primitivos no se ha perdido para eslabonar la cadena del progreso de la humanidad; y millones de hombres y generaciones innumerables han resucitado en los fastos de la historia para decirnos que no habian en vano pensado, sufrido, construido, luchado y escrito durante tantos miles de años; pues hemos encontrado su historia, sus trabajos, sus ideas, sus monumentos y nos han indicado la marcha de sus progresos en esa peregrinación de la caravana humana hácia el ideal divino de la civilización, aspiración perenne de las sociedades, mientras no llegue la consumación de los siglos.

El dia en que, despues de veinte años de trabajo heróico, Champollion logró descifrar los misteriosos geroglíficos que cubren los templos del viejo Egipto, cuyo sentido en vano había sido buscado durante más de mil años; el dia en que de las arenas del desierto de la Asiria, los sabios Botta y Layard hicieron surgir ante los ojos de las poblaciones estupefactas, ciudades y palacios gigantescos; el dia en que Rawlison y Oppert lograron descifrar los libros de terracota ó de ladrillos cocidos al fuego que, como páginas escritas con misterioso simbolismo, contenian las bibliotecas olvidadas desde tres mil años en el polvo en que yacian los soberbios palacios de Nínive y las inscripciones cuneiformes de Babilonia: esos dias y esas fechas pueden enumerarse en la historia con letras de oro, como aquel

en que Colon vió por vez primera surgir de la sombra azul del ignoto océano, la imágen colosal del Nuevo Mundo. Porque en verdad, los sábios modernos han descubierto mundos antiguos perdidos en el mapa y en la historia, haciendo revivir una humanidad desaparecida!....

Este prodigio han realizado los infatigables orientalistas, y por eso es de creer que no está lejano el dia en que los americanistas realicen igual maravilla con relación á las civilizaciones prehistóricas de América indígena, contemporáneas quizás de los Asirios, Caldeos y Egipcios.

La Egiptologia y la Asiriología, esas dos ciencias maravillosas con que se ha enriquecido la Arqueología moderna, han realizado por tanto, los más prodigiosos descubrimientos, como quiera que á la luz de la ciencia actual, un pasado que parecía perdido para siempre en la noche de los siglos, ha salido del olvido para ocupar un lugar notable en la historia de la humanidad; y pueblos famosos que semejaban sepultados para siempre, renacen de repente cuales eran en realidad.

Volvemos á ver sus monumentos y sus artes, y su ciencia y sus tradiciones y su génio, y llegamos á ser testigos de sus dolores y de sus glorias, y conocemos sus ideas, sentimientos y creencias, y nos hacen comprender hasta que punto el presente es hijo del pasado, segun el gran principio filosófico y dogmático de la solidaridad y reversibilidad humanas.

Es imposible no admirar los prodigios del génio humano; pero, ménos aun la dirección providencial de los progresos de la ciencia, que siempre resultan en apología de la religión, especialmente en las épocas en que un espíritu extraviado se proponía confutar la religión en nombre de la ciencia; reiterándose asi el prodigio de Balaan que, al querer maldecir, bendecía al pueblo de Dios.

En efecto, esta maravillosa evocación de mundos ignorados durante tantos siglos, ha sido de hermosísimos resultados; al mismo tiempo que ha renovado y corregido nuestros conocimientos históricos, llenos de errores acerca del imperio ninivita, ha venido á rendir el más espléndido é inesperado homenage á la Biblia, confirmando su autenticidad en el momento histórico en que la crítica racionalista calificaba de leyendas y tradiciones míticas los hechos históricos del Pentateuco; así como las célebres profecías de Ezequiel y Daniel, de Sofonias, Isaias y Jeremias, han encontrado en las inscripciones cuneiformes la prueba mas acabada de su autenticidad y cumplimiento.

Y esto de una manera tan contundente y avasalladora que, mientras en los comienzos, asaz incompletos de los descubrimientos de la Epitología y Asiriología, afirmaba la crítica incrédula existir grandes contradicciones entre esas dos ciencias y la Biblia; ahora, siendo imposible negar tan admirable conformidad con los recientes descubrimientos, se desdice vergonzosamente, alegando que la Bíblia es un plagio de esos antiguos documentos; plagio imposible, sin embargo, como tendremos ocasión de demostrarlo.

Y en verdad, la derrota para la crítica heterodoxa no ha podido ser mas sorprendente: negábase la autenticidad y la veracidad de la Bíblia, porque al decir de esa crítica, los hechos narrados en el Pentateuco eran mitos y sus tradiciones leyendas, sin mas fundamento que la inventiva del autor ó autores del mismo. ¿Cual, pues, no debió ser la sorpresa al considerar que la Asiriología como la Egiptología encuentran en los documentos y monumentos geroglíficos y cuneiformes el mas solemne mentís, al demostrar que en ellos existen las mas evidentes referencias á los hechos y narraciones bíblicas, que una pasmosa y aturdida impiedad reputara mitos y leyendas?

Mas aún; los descubrimientos de que venimos hablando han corregido tambien las ideas que teníamos acerca de los orígenes de nuestra civilización y de su evolución providencial al través de los siglos. Pocos años há, se creía aun que los Griegos habían sido los únicos iniciadores de toda cultura; que sus artes, sus ciencias y literatura eran

una creación original de su génio, no debiendo cosa alguna á los pueblos que les habian precedido, pues que todos se suponian bárbaros.

Más, ya no es hoy día posible profesar semejantes ideas, dados los modernos descubrimientos arqueológicos del Oriente. Sin duda fué sobre las radiosas ciudades de la Grecia, en donde la civilización antigua llegó á su pleno florecimiento y espléndido apogeo; pero, fué en Oriente en donde tuvo orígen y adquirió los primeros desarrollos y hasta notables ensayos. Sabemos hoy día que en la época en que los antiguos Helenos no eran mas que unas tribus de salvajes ignorantes y Roma un puñado de foragidos, brillantes imperios florecian en las orillas del Nilo y en las llanuras de Mesopotamia; sabemos que los Fenicios trasmitieron á la Grecia los productos artísticos é industriales de Egipto y de Asiria, de las cuales, durante largo tiempo, las obras griegas no fueron más que un pálido reflejo.

Sin ese periodo inicial la Grecia no hubiera sido la Grecia; no hubiese creado el Partenon de Atenas ni el templo de Diana de Efeso, ni el Júpiter Olímpico de Fidias, ni ninguna de las maravillas del arte, cuyos restos y monumentos admiramos en nuestros dias.

A medida que los antiguos imperios de Oriente nos son mas conocidos por sus monumentos, que un prodigio de paciencia y de génio han hecho surgir como por encanto de lugares que había repoblado la barbarie, aparece mas considerable la herencia trasmitida á los pueblos que les sucedieron en la historia. Bajo este aspecto esos grandes imperios se nos presentan, á pesar de sus rivalidades incesantes y sus luchas sin piedad y sin cuartel, como trabajando y cooperando á la misma obra providencial, los progresos de la civilización, drama augusto de los esfuerzos de la libertad humana que la sabiduría del autor de la humanidad delimita en las esferas del plan providencial.

Y esta es la idea dominante enseñada por las Sagradas Escrituras á la filosofía de la historia, que de una manera especial en las grandes profecías

acerca de la suerte de esos mismos imperios, hacen resaltar la acción de la Providencia sobre las vicisitudes político-sociales de aquellas naciones, las primeras despues del diluvio que se constituyeron con las emigraciones del Senaar.

La civilización es una luz que crece de edad en edad, y que los pueblos más diversos han poseido á su turno, segun lo han merecido por su concurso al plan de la Providencia divina; hasta que por medio de la institución universal del cristianismo sea patrimonio del mundo entero, que es el porvenir de la humanidad destinada á formar por la unidad y solaridad moral de la civilización, una sola y gran familia, como así lo exigen la identidad de su orígen y destinos, segun la enseñanza evangélica de la fraternidad universal en Adan y en Jesucristo.

Pero, es llegado ya el momento de terminar y resumir estas palabras de introducción. ¿He probado lo que me proponía? Creo que sí; al ménos me lo figuro.

Un viaje por Asiria y Caldea es entre todas las excursiones que en Oriente puede hacer el turista, una delicia científica; más aun es contemplar el *momento* más clásico de las tradiciones más augustas de la humanidad.

Y en verdad: cuando en el campo de los modernos descubrimientos realizados por los sábios orientalistas, tanto había sonado Mesopotamia, convertida en teatro de esas imprevistas maravillas para las ciencias históricas, así como sus monumentales ruinas transformadas en el más espléndido trofeo de las victorias bíblicas; cuando se recuerda que allí está la amena región en donde colocara el Creador el Eden delicioso de nuestros progenitores; que allí están las llanuras de Senaar, que recorrieran los primeros descendientes de Noé; que vènse allí las ruinas de la famosa Torre de Babel, dó se verificara la confusión de las lenguas; que está allí la pátria de Abraham, y el suelo de la dura y triste cautividad del pueblo de Israel y de Judà; que en aquellas regiones se elevaban un dia orgullosas Ní-

nive y Babilonia y otras célebres ciudades, más antiguas aún; cuando se recuerda que pasan por allí, lamiendo ruinas inmortales, esos rios legendarios el Eufrates y el Tigris, y en cuya corriente, rápida como flecha, é imágen de la gloria que pasa, se miraban aquellos colosales palacios y gigantescas construcciones, que asombro fueron de los pueblos cautivos; cuando bajo tales aspectos considerada, recordaba la Mesopotamia, su imágen para mi no podía ser sino grande y simpática, y el campo obligado de una peregrinación que hacen amena y encantadora los recuerdos y triunfos de la Biblia.

Y hé aquí, por fin, como queda justificado también el título de *Viaje Bíblico* que doy al presente relato de mi excursión por Mesopotamia.

El capítulo siguiente casi podría refundirse en esta introducción, y ha visto ya la luz pública; pero, queremos insertarlo aquí, porque constituye una ampliación del anterior, y contiene rasgos más exactos acerca del interés científico que para la Bíblia tiene la Asiriología, ciencia moderna basada en los conocimientos arqueológicos adquiridos por el estudio de los monumentos asirio-caldeos y las inscripciones cuneiformes descubiertas en Mesopotamia desde mediados del presente siglo.

Importancia científico-bíblica de la Asiriología

Con el fin de exponer la razón de mi viaje á Mesopotamia al través de los monumentos asirio-caldeos, escribí desde Alepo el siguiente artículo, que transcribiré íntegro, incluyendo las palabras asaz benévolas con que lo encabezaba *La Semana Religiosa*; no porque acepte la parte panegírica, que sin embargo agradezco, sino en cuanto se hace justicia á mis móviles al emprender esta excursión.

«Hoy honramos nuestras columnas con el artículo que nuestro querido Obispo Monseñor Soler nos envia desde Alepo (Asia Menor) y que es como el prólogo de una preciosa é importantísima obra que escribirá sobre sus estudios acerca de la Asiriología.

Monseñor Soler da la razón de su viaje, que podria ser apreciado de una manera desfavorable por aquellos espíritus que no alcanzan á comprender el amor á nuestra sacrosanta Religión y el celo de la gloria de Dios, de que siempre se sintió animado el gran corazón de nuestro Prelado.

La apología de la religión, la propagación de la verdad católica, la salvación de las almas, ha sido siempre el norte de la vida laboriosa de Monseñor Soler y á tan noble fin consagró su vigorosa inteligencia, su vasta erudición, su laboriosidad constante, su corazón desinteresado y su vida toda consumada en vigilias, sacrificios y trabajos de todo

género para llegar á la realización del hermoso ideal de su alma noble y grande: la gloria de Dios.

Todos conocemos sus trabajos y sus obras, lo hemos visto y leido en sus estudios sobre Egiptología y hoy va á dar la última pincelada á su obra monumental emprendiendo largo, penoso y espuesto viaje para estudiar la Asiriología.

Monseñor Soler no va en busca de gloria humana, va á estudiar la Asiriología para vindicar la verdad católica de la crítica racionalista. Dicen que nuestra religión no conoce orígen, que es un mito, por que la Biblia, que es el código escrito de Dios dado á la humanidad, no tiene tradición en la historia del mundo y por lo tanto, que es una fábula. Monseñor Soler va á estudiar los grandes monumentos y á registrar en la historia escrita en páginas de piedra la razón de la verdad católica.

¿Quién puede desconocer la importancia de los estudios científico-religiosos á que se consagra nuestro Obispo?

El mérito de nuestro Prelado es imponderable; porque la empresa de una excursión tan peligrosa para la salud y la preciosa vida de nuestro Pastor, solo es propia de su génio emprendedor y ávido de la gloria de Dios y de la religión.

Su gloria será nuestra gloria, porque su nombre lo repetirán con admiración y respeto las generaciones de aquí y de allende los mares; será una celebridad en el mundo de las ciencias y en el vasto campo de los sábios que han dado gloria á la Iglesia de Jesucristo.

La personalidad de Monseñor Soler es conocida no solo en América sino también en el viejo mundo, pero, con los estudios que hoy va á realizar, su nombre se agiganta y aparecerá en el horizonte de Sud-América como la primer figura por su ilustración y saber.

Desde ya podemos decir que Monseñor Soler será una gloria nacional y sobre todo gloria de la Iglesia Uruguaya, porque es el primero en Sud-América

que se ha consagrado á tan profundos é importantes estudios.

Sin embargo, nuestro corazón se achica y se apesadumbra nuestra alma al solo pensar que nuestro amado Obispo se hallará espuesto á un sin número de peligros.

El querido Pastor de esta grey tendrá que recorrer las márgenes del Tigris y del Eufrates, regiones insanas; atravesará el penoso desierto de la Mesopotamia y tendrá que sufrir un sin número de privaciones en tan prolongado viaje.

Roguemos pues, incesantemente para que Dios nos devuelva incólume al Padre y Pastor de esta Diócesis, salvándolo de tantas vicisitudes, molestias y peligros á que le ha expuesto su celo por la gloria de Dios y su amor á la Iglesia, único móvil de su determinación científico-religiosa.»

*
* *

Cúmpleme, pues, agradecer estos votos y atribuir á las plegarias de los buenos la felicidad de mi viaje. Hé aquí ahora el artículo que escribiera desde Alepo.

«Después de haber hecho la peregrinación á Roma con ocasión del Jubileo episcopal de S. S. León XIII, por amor á la religión y en homenaje de mi grande admiración al génio del sábio é inmortal Pontífice, que rige los destinos de la Iglesia católica; he querido emprender una peregrinación á la Mesopotamia por amor de la religión y de la ciencia, sin dejar de rendir el tributo de mi amorosa veneración á Tierra Santa, atracción dulcísima de mi corazón y de mis mas subidas simpatías.

Mas, he querido aprovechar esta ocasión de un tercer viaje á los Santos Lugares, no solo para adquirir el terreno, que en el *Hortus Conclusus*, en los Jardines de Salomón, servirá para erigir, con gloria de ambas Repúblicas hermanas, Argentina y del Uruguay, el proyectado Santuario monumental á N. Sra. del Huerto; sino también para prolongar mi excursión hasta la antigua Me-

sopotamia, sede augusta de los famosos Imperios de Nínive y Babilonia, porque las grandiosas ruinas asirio-caldeas estudiadas por la moderna Asiriología constituyen un verdadero homenaje de la ciencia á la religión y á la Sagrada Escritura.

Y así como amo á Dios sobre todas las cosas, en todas las cosas busco la gloria de su santa religión; gloria á la cual han contribuido no poco los recientes estudios de los sábios sobre las antigüedades bíblico-orientales, las que, con los modernos descubrimientos de la Asiriología, han recibido gran lustre é incremento.

Cuando en 1877 el célebre orientalista Mr. Vigoroux dió á luz su preciosa obra «La Biblia y los modernos descubrimientos en Egipto y en Asiria», trabajo monumental de controversia y exégesis científico-religiosa, y arsenal erudito para la apología católica contra las atrevidas afirmaciones é hipótesis arbitrarias de la crítica racionalista; concebí entonces como el más acariciado proyecto la determinación de visitar un día esas antigüedades bíblico-orientales, con cuyo hallazgo la Providencia había querido rejuvenecer y enriquecer la exégesis apologética del catolicismo, y de contemplar con mis propios ojos ese nuevo trofeo con que la ciencia acababa de engalanar las perpetuas victorias de la religión católica.

En efecto: en los fastos del siglo XIX, tan rico en invenciones de todo género, permanecerán singularmente célebres dos datas que señalan dos grandes descubrimientos del génio moderno.

En 1821 Champollion encontraba la interpretación de los geroglíficos de Egipto monumental, y veinte años más tarde publicaba Botta sus primeros ensayos sobre las escavaciones de Khorsabad en las cercanías de Nínive, y sobre la escritura cuneiforme de los monumentos asirios. Estos dos acontecimientos llevaban en sí el gérmen y la clave de dos hermosas ciencias etnológico-arqueológicas: la Egiptología y la Asiriología, que habían de convertirse en la mas inesperada y sorprendente apología de las Escrituras Sagradas.

Y en verdad, que desde entónces la atención y

curiosidad de los doctos y sábios fué poderosamente excitada y atraida al estudio de las antigüedades egipcias y asirias y de las innumerables inscripciones hieráticas en las que aquellos dos pueblos antíquísimos dejaran esculpidas sus memorias y fastos y el secreto de sus conocimientos científicos y literarios.

Fruto de tales estudios en el curso de algunos lustros por sábios orientalistas fué revelarnos un nuevo mundo: y era un mundo por su antigüedad venerando, como quiera que su edad remonta á más de 5000 años, esto es, hasta los primeros tiempos postdiluvianos y á los primeros albores de la historia y de la civilización humana; un mundo hasta ahora desconocido, en cuanto que desde más de veinte siglos sus monumentos yacían sepultados en las arenas del desierto, ó si en parte eran visibles, permanecían despreciados ó mudos, á fuer de incomprensibles, bajo el misterioso é impenetrable velo de los signos indescifrables con cuyo lenguaje hablaban.

Los Griegos y Romanos, que á ese mundo colosal y vetusto vieron descender á la tumba, nos dejaron apenas algunos recuerdos clásicos, que hasta pocos años hace nos han servido de base en las escuelas y textos para aprender la historia de los primeros Imperios de la antigüedad: de Egipto, de Asiria y de Caldea, de Tebas y de Menfis, Nnive y Babilonia.

Pero eran noticias truncas, inciertas y mezcladas con groseras fábulas, por cuya razón más que historia, semejaban mitología y leyendas.

Hoy día los modernos descubrimientos y los profundos estudios de egiptólogos y asiriólogos han disipado esas tinieblas y han reconstituído en gran parte la historia genuina de aquellos tiempos y de aquellos pueblos antiquísimos y remotos, bajo la fé auténtica de los monumentos contemporáneos y sincrónicos.

Pero, de tales investigaciones no ha sido único resultado y notable ventaja dar á luz los fastos verdaderos de Asiria y Egipto, haciéndonos contem-

plar el espectáculo grandioso de las evoluciones políticas y sociales de que fueron teatro en los siglos màs remotos los hermosos valles y fertiles cuencas del Eufrates y del Nilo; sino que al mismo tiempo ha irradiado nueva luz sobre la historia del antiguo Oriente, cuna del género humano y de su repoblación en Sennar; como quiera que atentas las relaciones de aquella primera edad que Egipcios y Asirios, los más grandes dominadores, tuvieron, merced á la estensión de sus conquistas y á la influencia de su civilización, con las otras naciones limítrofes del Africa y del Asia occidental, Etíopes, Libios, Arabes, Fenicios, Palestinos, Sirios, Persas, Medos, Armenos y Bactrianos; también de todos estos pueblos vése la historia en gran parte descrita en los monumentos Egipcios y Asirios y narrada en el misterioso idioma de los geroglíficos y cuneiformes.

Más, bajo este aspecto es singularmente digna de notarse la ilustración que de aquellas monumentos resulta para la historia del pueblo Hebreo, el más providencial y famoso entre los Orientales por su misión religiosa en el mundo y por la singularidad de su existencia política.

Las inscripciones asirias así como los geroglíficos egipcios confirman maravillosamente la veracidad de la Biblia, las narraciones de Moisés y de los agiógrafos siguientes, los vaticinios de los Profetas, las vicisitudes históricas del Pueblo escogido, la sucesión y fastos de sus Reyes, las costumbres, las leyes y tradiciones;de manera que suministran al texto sagrado un nuevo y luminoso comentario desde la creación del mundo y desde el diluvio hasta los tiempos de Ciro y Alejandro.

Y debe reputarse en verdad, como un singular presente de la Providencia, muy oportuno para las necesidades de los tiempos modernos, el poderoso contingente que las revelaciones de la moderna Egiptologia y Asiriología proporcionan á los exégetas católicos en defensa de la Biblia contra los ataques, más audaces hoy día que nunca, del racionalismo y de la crítica incrédula.

Ambas ciencias han sido para la crítica racionalista una derrota inesperada y un mentís cumplido y solemne. Así que el citado erudito Vigoroux dice muy bien: «El Señor ha resucitado á los Egipcios y Caldeos en momento oportunísimo; ha enriquecido la exégesis y apologética cristianas cabalmente en la hora en que el racionalismo se esfuerza en inventar nuevas armas para desacreditar su obra divina.... ¿Quién no se maravillará al ver que, cuando la crítica racionalista pretendía considerar la Historia Santa como un conjunto de mitos y leyendas, la Providencia suscitase á los muertos de sus tumbas para dar testimonio de la veracidad de los escritores sagrados?».

Todo el mundo se conmovió ante tan sorprendente acontecimiento! Y hé aquí porque siempre había anhelado visitar esas ruinas colosales y esas tumbas inmortales: por amor de la religión y de la ciencia. De manera que mi excursión á Mesopotamia al través de ese reguero de monumentos asiriocaldeos, que tiene como jalones culminantes Mossul y Bagdad, Nínive y Babilonia, constituye un tributo sincero de mi amor indeficiente á la religión y á la ciencia, siempre grandes y siempre amigas, como dos hermanas inseparables.

Es un hecho, por constante experiencia comprobado, que todos los descubrimientos y progresos de la ciencia humana, léjos de menoscabar la veracidad de los Libros Santos, ni la firmeza de los dogmas católicos, no han hecho más que confirmar mejor ambas cosas, añadiendo á la verdad de la revelación divina nuevo lustre y rendido homenaje.

En los comienzos sucedió que la nueva ciencia parecía contradecir á la revelación, por lo que los enemigos de esta se apresuraron con insensatez suma á entonar victoria; pero no pasó mucho tiempo, y tuvieron que avergonzarse, desdecirse y reconocer su decisiva derrota; como quiera que al madurar la ciencia sus investigaciones, se desvanecieron aquellas aparentes contradicciones y convirtiéronse en luminosa confirmación é inesperada apología. Ahora bien, este hecho, se ha renovado de una

manera espléndida en los dos grandes descubrimientos hechos en nuestro siglo por la Egiptología y la Asiriología.

Para dar de paso un solo ejemplo ¿quién no recuerda el clamoreo inmenso que levantaran en Europa los incrédulos por el Zodíaco descubierto en Tentyra, después que el famoso racionalista Dupuis, interpretándolo á su manera, le dió una data de 14 á 15000 años? Con ella pretendía demostrar la falsedad de la cronología bíblica y de haber, por fin «arrojado el ancla de la verdad en medio del océano de los tiempos», como decía con una arrogancia tan infatuada como sus pretenciones de incredulidad. ¡Y durante veinte años la incredulidad sonó esa baladronada contra la religión! Pero cuando la verdadera ciencia vino á examinar esa pretendida ancla de la verdad, Champollión encontraba la clave de los geroglíficos egipcios, y descifrando con ella el famoso Zodíaco demostró que en vez de los siglos fabulosos que le atribuía la crítica racionalista, era obra del tiempo de ¡Roma imperial!

Igualmente el orígen mosaico del Pentateuco y la autenticidad de este libro fundamental de la Biblia, combatidas tan acremente por los modernos racionalistas de la exègesis alemana, han encontrado, al decir del ilustre Bickell, «en los dos grandes descubrimientos históricos de nuestra edad dos valientes defensores y nobles campeones, como quiera que la Egiptología haciéndonos conocer, aun en las menores particularidades el antiguo estado del Egipto, nos obliga á creer que el autor del Pentateuco debió vivir, como Moisés, en el valle del Nilo, ya que sus narraciones tan bien corresponden á aquel estado de cosas; y de esta manera nos demuestra la autenticidad del libro. Y la Asiriología demostrando falsa la hipótesis que el libro derivase de fuentes originales diversas, prueba la unidad del mismo.»

De igual manera, á propósito del libro de Isaias, uno de sus modernos comentadores, Neteler, observa: «La edad en que escribió el profeta Isaias, considerábase hace poco por una generación de exégetas como edad mística, pero la epigrafia asiria la

ha hecho entrar enteramente en el período de los tiempos históricos.

«Despues de los primeros descubrimientos de los antiguos monumentos orientales parecía existir contradicciones insolubles entre las narraciones asirias y las bíblicas, pero el hecho probó todo lo contrario.... Estos Asirios que parecían haber resucitado para dar á Jerusalen un nuevo asalto y arruinar el Canon del antiguo Testamento, dan al contrario solemne testimonio en favor de los acontecimientos que alguien se negaba á creer bajo la fé de los escritores sagrados. Los datos bíblicos y los asirios se confirman mútuamente.»

Los nuevos conocimientos, por tanto, con que se ha enriquecido en nuestro siglo la historia, la arqueología y la ciencia, con el descubrimiento de los antiguos monumentos orientales y con la interpretación de las hasta ahora incomprensibles inscripciones de que estaban cubiertos, han llegado ya á declararse fieles auxiliares de la ciencia bíblica y de la teología católica, á la cual, como á reina, todas las ciencias, rinden homenaje. Y hé aquí la razon por qué las dos nuevas ciencias, la Egiptología y la Asiriología deben ser saludadas con gratitud y amor por todo católico ilustrado.

En efecto, estas ciencias tienen para el católico un doble atractivo: uno común á todas las personas cultas por la novedad é importancia de las revelaciones históricas en ellas contenidas sobre los célebres imperios de la más remota antigüedad; el otro singularmente propio de los hijos de la Iglesia católica, por el relevante servicio que directamente prestan á la apología de la religión en el terreno de la controversia y crítica contemporánea.

Y cabalmente á este doble título he cobrado grandes simpatías por los modernos estudios orientalistas, de cuya fama está lleno el mundo científico desde varios lustros, y muy singularmente por los preciosos resultados que con seguridad auténtica se han conseguido para ilustración de la historia y civilización antiguas y para confirmación espléndida de la veracidad y autenticidad de los libros fundamentales

de la sagrada Biblia, que ha conseguido bajo este aspecto el triunfo más sonado y hermoso contra la crítica racionalista y la exégesis heterodoxa.

En mis dos viajes anteriores á Oriente había satisfecho ya mis simpatías por esos nuevos estudios arqueológicos con relación á Egipto, cuyos grandes y admirables monumentos tuve ocasión de contemplar, habiendo escrito mis impresiones en las *Memorias de un viaje por ambos Mundos*.

Pero, como la Asiriología tiene más estrecha conexión con la historia bíblica, sus monumentos son para mí mas importantes y dignos de ser conocidos; por cuya razon celebraré siempre como dicha muy grande que la Providencia me haya proporcionado la ocasión de poder realizar la excursión que voy á emprender para contemplar los célebres monumentos asirio-caldeos, que hacen sagrado para la religión y la ciencia el suelo de la inmortal Senaar, la Mesopotamia de los griegos.

Y séame permitido declarar que todas las personas iniciadas en los estudios de la Asiriología, á quienes he comunicado mi pensamiento, han confesado envidiarme la suerte de poder realizar esta peregrinación; lo cual me ha confirmado en mi propósito, dando gracias á Dios por haberme proporcionado la ocasión, prometiendo en cambio consagrarle un monumento escrito para comunicar á mis compatriotas el resultado de mi exploración cientifico-bíblica por Mesopotamia.

Siguiendo, pues, las huellas de los grandes asiriólogos Botta, Place, Loftus, Rawlison, Layard, Oppert, Menant y otros modernos, de cuyos trabajos me he valido para preparar mi viaje, partiré á visitar con el mas grato presentimiento las ruinas y monumentos escalonados en las márgenes del Eufrates y del Tigris, ó á muy poca distancia. Las ruinas tan célebres como mentadas de Koyundjik y Nabiyunas (Nínive); de Khorsabad (Dur-Sarkin); de Nimrud (Chale); de Kalah-Sherghat (El-Assur); de Hillah (Babilonia), Cutha, Borsippa, Babil, El-Kasr; así como las de Abu-Sharein (Eridu), de

Warka (Ereh), de Mugheir (Ur), de Sinkereh (Larsam), de Suffeir (Sippar) y demás que se encuentran al paso desde Mossul y Bagdad hasta el Shat-El-Arab á inmediaciones del Golfo Pérsico. (1)

Dícenme que la excursión será trabajosa y molesta, dada la manera de viajar en caravana árabe. Pero, la cosa vale la pena, y me lo hará deleitoso el amor á la religión y á la ciencia y los recuerdos inmortales que aquellos monumentos suscitan en las regiones de Senaar, segunda cuna del género humano.

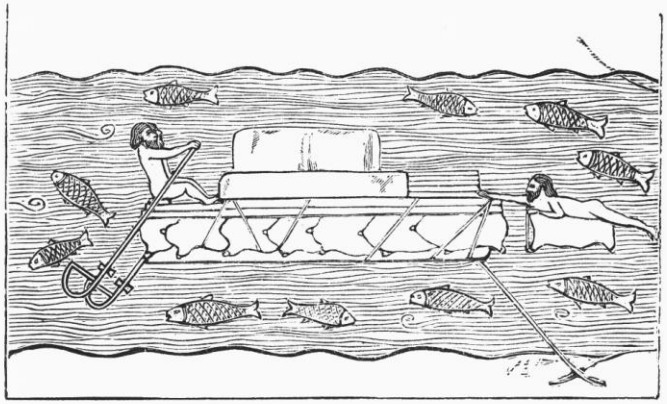
¡A cuántos millares de leguas me encuentro distante de la pátria al internarme en el desierto, desde donde ninguna noticia podré dar ni recibir!

Y sin embargo ¿cómo se agiganta por esta misma privación el amor á la pátria!....

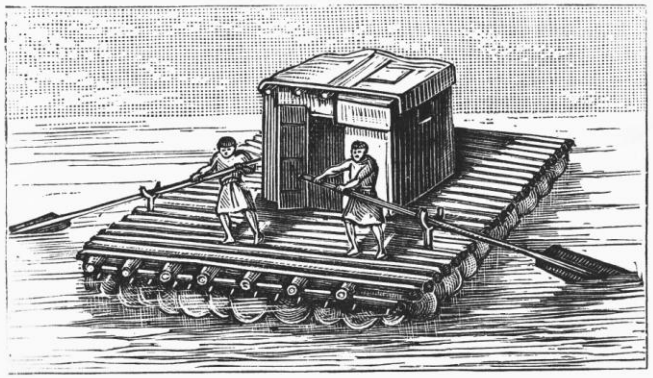
¿Cuánto durará esta excursión? Me dicen que un par de meses, como *mínimum*: más creo que serán quizás tres, á pesar de que á fuer de uruguayo no me infunde miedo ni temor un prolongado viaje á caballo, y emprendo con suprema satisfacción esta peregrinación tan deseada, que será para mi memorable, á las ruinas más augustas que existen sobre la tierra»....

Hasta aquí el mencionado artículo, fechado en Alepo.

(1) Véase el Mapa n.° II.



BAJO RELIEVE REPRESENTANDO UN KELEK



KELEK MODERNO PARA VIAJAR POR EL EUFRATES Y EL TIGRIS

Seminario CRISTO REY
Biblioteca

Seminario CRISTO REY
Biblioteca
CANELONES - R. O. U.

Breve reseña del viaje por Asia Menor

Siempre he sido enemigo de dar á la relación de mis viajes el carácter de itinerario, en cuanto se refiere á la narración de memorias é impresiones meramente de interés personal, pues solo considero de verdadera utilidad el aspecto filosófico y científico de los mismos.

Sin embargo, quiero resumir en breves rasgos el itinerario del viaje antes de proceder á la descripción arqueológico-filosófica de mi excursión al través de la Mesopotamia, con el fin de que mis lectores se dén cuenta de la manera de viajar en Oriente te y se formen una idea del trayecto geográfico, del mismo, (1) aprovechando la ocasión para consignar mi eterna gratitud á todas las personas que con esquisita amabilidad y particular benevolencia me facilitaron la realización de tan deseado viaje y aliviaron las penalidades del mismo.

Cúmpleme en efecto, declarar que en todas partes tuve la más cordial acogida de parte de los que eran mis correligionarios, aunque fuesen muchas veces de distinto rito, y aun de las autoridades turcas y árabes, como los Kaimakanes, Cheiks y Bajás.

Y no encontrando en mi persona ninguna cualidad que me hiciese acreedor á semejante benevolencia,

(1) Véase el mapa núm. I.

creo acertar en atribuirlo á ser hijo de una región tan lejana respecto de aquellos lugares y al interés que veían me tomaba en visitar aquellos remotos países.

No solo en las grandes ciudades y poblaciones de importancia era objeto del más esmerado trato, sino que también á mi paso por los más insignificantes villorios la población entera rodeaba nuestras tiendas, sin apartarse de nuestro campamento hasta emprender de nuevo la marcha.

La seguridad en el viaje nos fué garantida por la eficaz recomendación que el Sr. E. Rovira, Encargado de Negocios del Uruguay en Italia, me obtuviera del Embajador de S. M. el Sultán Abdul-Hamid II, cuya traducción del original turco, es la siguiente:

«A las Autoridades del Imperio Otomano.

«El objeto del presente rescripto oficial es recomendar con la mayor eficacia é interés á *Saidna* (Monseñor) Mariano Soler, *Motran* (Obispo) de Montevideo en la América del Sud; quien desde aquel remoto país del Nuevo Mundo se traslada en persona á visitar algunas ciudades de nuestro Imperio Otomano, y principalmente las monumentales ruinas de la Mesopotamia.

Esperamos que no encuentre ninguna dificultad ni embarazo de parte de las autoridades otomanas en su viaje de ida y vuelta, y que antes bien todas las facilidades, con todo cuanto necesite en su servicio y seguridad, se le presten con todo el debido respeto á su gerarquía en la Religión de los Francos (1); y tanto más, cuánto que esta Embajada ha sido solicitada para ello oficialmente por la Legación de la República del Uruguay acreditada en Roma.

Si así no lo hiciereis, Mahoma y el gran Señor (2) os lo demanden.

(1) *Franceses:* pues estienden este nombre á todos los Europeos y Cristianos.
2) El Sultan.

Dada en Roma el 2 de Febrero de 1308 (*egira*). (Firm.) El Embajador del Imperio Otomano en Italia.

Mohamud Nadim.»

∴

Está claro que con semejante recomendación y tan eficaz salvo-conducto, redactado en la lengua del país que debia atravesar, me facilitó inmensamente el viaje, esmerándose las autoridades turcas en hacerme comprender el acatamiento que rendian á la nota circular del Embajador Otomano.

Cada Bajá ó Kaimacan (Gobernador) me entregaba á su vez otro salvo conducto recomendándome á todas las autoridades subalternas de su jurisdicción, poniendo cada cual gran empeño en dejar bien parada su actitud deferente hácia la persona recomendada. Yo mismo me admiraba de verme tan bien tratado por las autoridades turcas, cuya benevolencia me sirvió grandemente para acelerar el viaje y no perder tiempo en los cambios ó relevo de los soldados de la escolta.

El viaje redondo á Oriente duró poco más de tres meses, pues me embarqué en Brindis el 26 de Febrero, estando de vuelta en Nápoles el 8 de Junio.

Un consejo de Mons. Azarian, Patriarca armeno-católico, que conocí en Roma, con ocasión del Jubileo Episcopal de S. S. León XIII, me decidió á emprender el viaje á Mesopotamia por la Siria Superior.

Por tanto desembarqué en Alejandreta *(Iscanderuna)* desde donde me trasladé por tierra á Alepo, ciudad bastante considerable de la Siria, de antiguas tradicciones y capital del bajalato de su nombre. Fuí acogido cordialmente por los Religiosos Franciscanos, que dirigen el importante y bien planteado «Colegio de Tierra Santa», que presta grandes beneficios á aquella misión dependiente de la Custodia de Jerusalen.

Estos bondadosos Padres me ayudaron eficaz-

mente á preparar el viaje, proporcionándome para *dragoman*, como intérprete y empresario ecónomo de la excursión, al excelente Sr. B. Populani, levantino de origen italiano, quien además del árabe y del turco, lenguas necesarias para el trayecto, poseía el francés y el italiano, con los cuales hacía el servicio de intérprete, siempre que tenía que entenderme con personas del país.

Como es costumbre en Oriente, se encargó de todo lo necesario para el viaje, ajuar de dormitorio y comedor, víveres, tiendas de campaña y personal de servicio, múkaros, palafreneros y cocinero, inclusos los animales necesarios para la caravana, y la manutención de la escolta de soldados; todo fué materia de contrato, que cumplió escrupulosamente, habiéndome servido con el mayor esmero y benevolencia.

Me dispensó especiales servicios para la preparación del viaje el Cónsul Americano Sr. A. Pohe, y muy particulares é importantes el distinguido maronita, maestro de árabe en el mencionado Colegio de Alepo, Sr. Miguel Mouallem.

Contribuyeron también para hacerme grata la estadía en Alepo las visitas de personas distinguidas, honrándome entre otras la del Sr. Arzobispo griego y la del Sr. Obispo maronita, Prelados muy recomendables y estimados en aquella ciudad, que cuenta con gran número de católicos de diversos ritos.

Por lo demás, cúmpleme advertir una vez por todas que no me propongo en esta memoria hacer una descripción de los lugares y ciudades por donde pasé, pues no emprendí mi viaje como turista, sino que tenía por principal objeto contemplar las ruinas y monumentos de Asiria y Caldea; por tanto, no se prometa el lector encontrar aquí las descripciones amenas de esos viajeros que, al emprender sus excursiones redactan sus impresiones para formar lo que podríamos llamar *Album pintoresco*.

Mi excursión ha sido esclusivamente arqueológica bajo el aspecto científico-bíblico: contemplar el emporio de ruinas monumentales que los descubrimientos modernos de la Asiriología han convertido por medio de pacientes y profundos estudios en el más precioso homenage á la religión y á la ciencia.

En cuanto á paisajes y panoramas pintorescos, á bellezas naturales de un suelo exhuberante, cumbres, valles y florestas encantadoras, á manera de paraisos y edenes de una naturaleza vírgen, soberbia y deliciosa, nada he podido ver en Europa, Asia y Africa que supere á los que presenta América, esa vírgen del mundo, tan poco conocida por los turistas europeos. Así que las impresiones de mi viaje al través de América (1886-1887), si no me hicieron insensible ante los panoramas del Asia Menor, servíanme para juzgar como testigo de vista acerca de la superioridad de los inmensamente más grandiosos y amenos que ofrece América, sin que carezca tampoco de la magestad monumental de ruinas pertenecientes á civilizaciones prehistórica son las regiones del *Anahuac* (México), *Tihuantinsuyu* (Perú) y Cundinamarca.

De manera que creo deber declarar sinceramente que al emprender mi excursión con tales propósitos, todo lo que tenía aspecto moderno, inclusos los cuadros tan variados y con frecuencia interesantes de aquellas regiones, no era materia de apuntes para mi cartera de viaje, contentándome con gozar como de paso de sus impresiones y de las emociones correspondientes, que en verdad, no pocas veces, me hacían encantadora aquella peregrinación tan prolongada, á pesar de las molestias é incomodidades anexas á la manera como allí se viaja, y que sin embargo fué la mejor posible.

¿Y quién no sabe que el vehemente deseo y la firme resolución de realizar un acariciado propósito disminuye inmensamente la incomodidad de las dificultades y contratiempos? Así que, una vez emprendido el viaje, no eran parte para detenerme las abultadas dificultades del mismo, ni los temidos beduinos del desierto.

II

Así, pues, organizada nuestra caravana, custodiada por la escolta de soldados turcos, que se renovaba por estaciones, llamadas *kam;* nos despedimos de Alepo por la ruta de Mossul, costeando ó internándonos en el desierto de Siria, según se creía conveniente.

Despues de veintíun dias de viaje pasando el Eufrates en Berejid y el Tigris en Gezireh, en barquillas miserables y casi primitivas, llegamos á las inmediaciones de Nínive en Nebiyunas, maravillado yo mismo de haber podido resistir en buena salud las molestias de un viaje continuado á caballo, por caminos y rutas abandonadas y escabrosas al través de las montañas de la Siria superior, ó de estepas y llanuras inmensas, con tiempo sumamente frio y lluvioso: y aunque una vez rodara el caballo que montaba, en las inmediaciones de la célebre Dara, fué con suma felicidad.

A las veces teníamos que dormir en los tugurios de los miserables villorios árabes que encontrábamos al paso, cuando el tiempo era muy tempestuoso, porque entonces no era prudente fiarse de las tiendas de campaña; pero ordinariamente formabámos campamento en la vasta llanura ó á inmediaciones de alguna población árabe, cuando la encontrábamos en el camino.

Porque era necesario descansar algo y renovar los víveres, nos detuvimos un par de dias en Orfa, la antigua Edesa, ciudad de unos 60.000 habitantes, en su inmensa mayoría turcos, y residencia de un gran Bajá. Fué capital del antiguo califato de Edesa y del Principado de Balduino en tiempo de los cruzados. En la época romana fué capital del reino de Osrohe, cuyo Rey Abgar VII, fué el primero que á fines del siglo III se convirtió oficialmente al cristianismo. Los Religiosos Capuchinos tienen aquí, como en Mardin y Diarbekir, su residencia de misión, y fuí alojado en el aposento que habitó el príncipe don Alfonso, hermano de don Carlos VII, que en años anteriores había atravesado de incógnito en viaje para las Indias.

En Varin-Shair y en Dara visitamos ruinas notables de antiguas ciudades de la Siria, siendo de notar que las inmensas llanuras de la misma vense cubiertas de montículos más ó menos grandes, que no son otra cosa que ruinas de viejas ciudades destruidas por los bárbaros conquistadores turcos, que todo lo arruinaban á su paso al apoderarse de estas regiones, en su mayor parte cristianas. Existe una sociedad inglesa de aficionados ó *dilletanti* de antigüedades, que han estendido hasta aquí, desde Anatolia, sus trabajos y excursiones arqueológicas. Mas, como su mérito es muy inferior, comparado con el de la Asiriología, no les consagré gran atención, por más que no dejasen de tener valor relativo para la arqueología clásica y cristiana.

Los múltiples villorios que pueblan estas regiones son sumamente miserables, y sus habitantes semejan tribus sedentarias semi-salvajes, encontrándose en condiciones muy inferiores á los indígenas americanos de las antiguas reducciones. Los beduinos del desierto tienen una vida, aunque errante, menos miserable, porque se ven libres de las despóticas exacciones del gobierno turco.

La escolta de soldados, que siempre nos acompañaba, es necesaria al hacer esas travesías para no ser robados y asaltados; pero es de advertir que los beduinos atacan las caravanas de mercancías, pero no las de pasajeros europeos, si llevan escolta, con escepción de casos muy raros. La razon de respetar á los viajeros europeos escoltados por guardias otomanas, es la eficaz persecución que ordena á los Bajás el gobierno turco, en virtud de las reclamaciones diplomáticas entabladas por las Legaciones acreditadas ante la Sublime Puerta en caso de ser asaltado un europeo que viaja escoltado, porque entonces asume la responsabilidad el gobierno.

Hé aquí porque no me preocupaba el temor á los beduinos, habiéndome muchas veces acercado

á sus campamentos para tomar su *level*, (refresco de leche ágria) ó comprarles algunos víveres.

Aparte del desierto, el suelo de la Siria superior, el Kurdistan y el norte de Asiria, es generalmente fertil y de variados paisajes; pero es poco cultivado por falta de seguridad, como quiera que bajo el gobierno turco todo es abandono, exacción, arbitrariedad y desórden; amen de los atropellos y saqueos contínuos que en las regiones apartadas de las grandes poblaciones cometen las tribus errantes, especialmente las de los Sammar y de los Annás, rivales entre sí. Por lo demás ¡qué espléndidos panoramas intercalados por páramos desiertos! Inmensos valles rodeados de montes y cadenas de montañas suavemente cortadas, sin que falten las crestas coronadas de nieve perpétua ó accidental, deliciosos oásis y dilatados horizontes con mirajes caprichosos y las manchas oscuras de las tiendas formadas con telas de lana negra de los campamentos provisorios de las tribus errantes.

∴

La línea de nuestro derrotero fué desde Alepo por Berejid, Orfa, Mardin (Gollieh) y Gezireh á Zaho, llegando á las inmediaciones de Mossul el 5 de Abril. Armamos nuestras tiendas en el centro de las ruinas de Nínive, esto es, en Nabiyunas, quedando inmediatas las de Koyundjik al Sud y las de Khorsabad al Norte y poco distante del campamento de Alejandro Magno en la batalla de Arbelas.

Más adelante describiré las ruinas de Nínive, porque en este capítulo héme propuesto bosquejar solamente el itinerario del viaje; sin embargo ¿cómo no decir una palabra acerca de la primera de las grandes emociones que durante esta excursión experimenté? Y no es fácil expresar el sentimiento de sublime magestad que arroba al alma al contemplarse uno como anonadado en medio de aquella inmensa extensión de montículos que forman los relieves gigantescos de la tumba mas gigantesca aun de la renombrada *Ninua*!....

Excitado y exaltado el espíritu con tan fuerte emoción, levantaba la mirada para recorrer con ojos trémulos y ávidos el espectáculo que presenta aquel coloso postrado y tumbado en medio de una inmensa llanura. ¡El esqueleto de Nínive, la tumba de la soberbia Nínua, la ciudad arruinada de Sennaquerib, la mansión de Asurbanipal, el Alcázar de Asarhadon!.... Todos los grandes recuerdos se agolpan á la mente y una confusión, con rasgos de arrobamiento, se apodera de la mente ante aquella, que podia llamarse visión de sombras inmortales, que semejan pulular en los contornos dilatados de aquellos túmulos que ocultan en sus entrañas los restos de una civilización que ignoraban todos los anales y todas las historias....Yo vagaba....

Y no sabía decidirme á donde ir primero!....Y desatendía, como embelezado en la contemplación de un magnífico y encantador panorama, las preguntas del dragoman acerca del mejor modo de instalar nuestro campamento.

Ya quería recorrer los restos colosales de las derruidas murallas, pero eran interminables; ya me parecía más interesante descender á las catacumbas que la piqueta de los arqueólogos han formado en medio de aquellos magestuosos escombros de monumentos y palacios, un dia tan soberbios, y hoy postrados en lamentable confusión...

Pero vino la noche; y á la luz de la luna, que prolongaba las sombras, mi imaginación tuvo que hacer un esfuerzo supremo para comprimir las dulcísimas visiones que, al través del claro oscuro de los rayos lunares proyectados sobre los monumentos ninivitas, brotaban á manera de efluvios y torrentes para inundar todo mi ser de una exaltación intelectual que casi pusieron á prueba la rectitud lógica de mi imaginación.

Me llamaban á comer, y respondía con cierto desden y desórden, que interpretaban cual si yo fuese víctima de una preocupación y ensimismamiento peligrosos. Me lo advirtieron formalmente y me obligaron á recogerme á mi tienda de campaña dejando para el siguiente dia salir á caballo á re-

correr aquel reguero de ruinas, porque á pié sería interminable: se trata en efecto, de una ciudad de varios kilómetros de circuito, para recorrer el cual son necesarios tres dias.

Gozé pues, intelectualmente, como nunca había podido imaginar que es capaz de regocijos intelectuales el alma al penetrar por vez primera como por las puertas de la ciudad de Asur....

¿Qué vimos al otro día de la excursión? No es este el lugar de describirlo: lo verá el lector más adelante.... Despues atravesamos el Tigris y entramos á Mossul, que se levanta enfrente de las ruinas y que ostenta un hermoso panorama. Es la capital del bajalato de su nombre con cerca de 70.000 habitantes, sin que tenga nada de notable, á pesar de su fama turca, para llamar la atención del viajero, si se exceptua el movimiento asombroso de las caravanas que entran y salen.

El bazar es grande, casi como el de Alepo, pero sumamente súcio, como sus calles laberínticas y estrechas, achaque de todas las ciudades de Oriente.

Hacía pocas horas que había llegado, cuando fuí asaltado por las visitas, siendo objeto de esquisitas atenciones de parte del Prefecto Apostólico de los Domínicos, del Sr. Vicario del Delegado de Su Santidad y del Cónsul de Francia M. Sioufí.

Hay aquí una próspera misión de Religiosos domínicos; buenos colegios católicos para niños y niñas, y otras instituciones piadosas y de propaganda.

El nuevo palacio del Delegado Apostólico es el edificio más notable de Mossul; y ¡qué grato es ver como germina por todo Oriente la religión católica, única esperanza de redención, para estos pueblos sentados en las sombras del degradante islamismo!....

No tengo necesidad de advertir que aquí, como en las demás regiones de Mesopotamia, se maravillaban de ver un Obispo latino que desde América iba á contemplar monumentos cuyo interés y valor científico están léjos de comprender sus propios poseedores.

III

Partimos para Bagdad navegando el Tigris en *Kelek*, barca primitiva á manera de *changada*, construida con palos atravesados sobre odres inflados (250) y que viaja con la rapidez de la corriente, que sobre el Tigris, en primavera, cuando empieza el deshielo de las montañas de Armenia, es torrencial; por eso su nombre original es Diglat, *flecha*. Para habitación del viajero se arman en la superficie del *Kelek* tiendas á manera de pabellon, transportando todo lo necesario para el viaje.

De noche se hace puerto para evitar el peligro de los escollos; aunque tambien atracábamos de día con el objeto de bajar en los lugares de alguna importancia histórica, como Nimrud, Sherghat, Samara, etc.

Y ¡qué hermoso es el viaje en kelek al través del Tigris, cuyas márgenes tienen paisajes encantadores; aunque no dejamos de vernos sorprendidos algunas veces por tormentas de viento y lluvia, en cuyo caso es necesario aportar en la costa ó en alguna isla de las muchas que cuenta el magestuoso y rápido Tigris!

En este trayecto llevábamos tambien escolta de soldados. ¿Para qué? No solo me servía cuando bajaba à tierra á visitar algunas ruinas, sino tambien, porque como aconteció al conde de Cholet en su viaje de 1891, los Keleks se ven asaltados al pasar por las inmediaciones de las tribus ribereñas de los Sammar: él se defendió á bala, mas yo no estaba dispuesto á hacerlo, aunque tampoco á dejar de continuar la excursión hasta las ruinas de Caldea.

Nos encomendamos, pues, á la divina Providencia, y para escapar de las asechanzas de los Sammar, procuramos navegar de noche, seguros de tomarlos descuidados, porque saben que nadie se atreve á dejarse llevar por la corriente despues de entrada la noche; *audaces fortuna jubat!*

Así fué: ni siquiera fuimos apercibidos, aunque tampoco pudimos ver su campamento: acaso no es-

tarian allí, aunque de todos modos tenemos el mèrito de no haber vuelto atrás por miedo; por mas que al hacer la travesía no dejamos de experimentar algun sobresalto, que se cambió en suma satisfacción al contemplarnos fuera de peligro, si lo hubo.

Como el Kelek, arrastrado por la corriente, viaja tanto ó más rapidamente que un vapor, sobre todo en la época de las crecientes, el 12 de Abril llegamos á Bagdad, ciudad mucho más importante y comercial que Mossul y muy próxima à las ruinas de Seleucia y Ctesifon, de la época de los Selencidas.

En Bagdad, los Religiosos Carmelitas tienen una importante misión, con varias instituciones de enseñanza, propaganda y beneficencia. Tanto ellos como el Sr. Delegado Apostólico, Mons. Altmayer, que se encontraba de paso, pues su residencia ordinaria es en Mossul, me dieron benévola acogida, prestándome especiales servicios el R. P. Pedro de la Madre de Dios, español, con quien tanto simpatizé, teniendo la deferencia de acompañarme en mis excursiones por la ciudad y sus alrededores, así como de regalarme dos preciosos ladrillos de inscripciones cuneiformes.

Despues de visitada la antigua capital del célebre Califato de los Abbasidas, de cuya época conserva pocos monumentos, si se exceptua la mezquita y parte de las colosales murallas de Harum-al-Rascid, aunque su posición y panorama sobre ambas márgenes del Tigris son encantadores; partimos el 15 de Abril con dirección á Hillah para recorrer las ruinas de Babilonia y demás ciudades importantes de la antigua Caldea, que, junto con la Asiria, constituian el objeto primordial de mi excursión.

Desde Bagdad volvimos á viajar á caballo durante otros veinticuatro dias; pero en condiciones más felices porque era primavera y el camino continuamente llano y generalmente costeando el Eufrates hasta casi la mitad del trayecto.

Como llegáramos algo entrada la noche á Hillah, acampamos fuera de la ciudad en una esplanada rodeada de huertas ó jardines cubiertos de hermosas palmeras, habiendo dispuesto el Bajá que se

INSTITUTO TEOLOGICO DEL URUGUAY

redoblasen las guardias porque merodeaban por allí árabes salteadores.

En efecto, á eso de las once de la noche se sintieron á distancia algunos tiros graneados, lo cual me hizo creer que se trataba de algun tiroteo entre los guarda-bosques y algunos ladrones; pero hé aquí que los soldados de nuestra escolta, por hacer sin duda méritos especiales para que se les aumentase el *bacchis*, propina que se les daba por sus servicios, se alarmaron extraordinariamente y pasaron toda la noche sobre las armas con gran aparato bélico, hasta hacer algunos disparos al aire, y á algunos pobres árabes que muy de madrugada venian á entrar á la ciudad.

En fin, no hubo nada, aunque casi no nos dejaron dormir; y he quedado con la convicción de que todo no pasó de una farsa con el objeto indicado, como quiera que los salteadores de huertos no podian atreverse á habérselas con soldados armados.

Al dia siguiente continuamos nuestra excursión por la Caldea, y para no volver por el mismo camino tomamos la dirección de Damasco por Mudirieh y Kerbela hasta Deir-Elzor, atravesando despues el desierto por la vía de Palmira, cuyas célebres ruinas tuve así la satisfacción de visitar por segunda vez, habiendo sido la primera en 1889 en compañia de los Sres. Jacinto Casaravilla, Demetrio Piñeyro y el malogrado Alberto Heber Jackson.

Entre las peripecias de este trayecto referiré la siguiente, para que se vea lo azaroso de esas travesías y el abandono del gobierno turco, que se ha opuesto á todo proyecto de ferro-carril, que es por lo demás de fácil realización por ser sumamente llano el camino que conduce de Damasco á Bagdad.

Al llegar, pues, al lugar denominado Abu-Goreib para tomar la ruta de Damasco nos encontramos con el camino cortado por las crecientes del Eufrates, que en la primavera sale de cauce rompiendo los diques, extendiéndose á varios kilómetros y leguas sus inundaciones. Era, por tanto, imposible continuar el viaje; y en efecto, otra caravana, que venía detrás de la nuestra con dirección á Alepo, dió vuel-

INSTITUTO TEOLOGICO DEL URUGUAY

ta hácia Mossul. Más como yo deseaba llegar á Jerusalen para asistir al Congreso Eucarístico, que debía celebrarse á fines de Mayo, y no llegaría á tiempo por otro camino, determiné pasar á todo trance, ofreciendo un buen *bacchis* á los mùkaros; así, pues, se descargaron las bestias á fin de que los palafreneros pasasen al hombro el bagaje en pequeñas porciones, y los caballos fueron pasados á duras penas palanqueados por los mismos múkaros, aunque cayéndose contínuamente en el fango por los innumerables agujeros de los topos.

Nosotros tuvimos que despojarnos y pasar á pié en ropas menores con el agua hasta el pecho, valiéndonos de grandes bastones para no caer al meter los piés en los agujeros, porque pasando á caballo corríamos el riesgo evidente de ser tumbados en las caídas que estos daban á cada paso.

No habiamos caminado media hora, cuando encontramos de nuevo obstruido el paso por la ruptura de los diques, teniendo que hacer idéntica operación con los bagajes, aunque esta vez pude pasar á babucha de un múkaro palanqueado por otros dos, haciendo prodigios de fuerza y equilibrio para no caer, cuando repentinamente se veía con algun pié enterrado en los agujeros cenagosos.

En esta operación empleamos más de ocho horas para hacer el trayecto de tres kilómetros, habiendo quedado los resignados múkaros aplastados de fatiga; pero gracias á Dios, quedaba asegurada nuestra llegada á Beyrut, con un adelanto de tres horas apenas para tomar el vapor que debía conducirnos á Jaffa, desde donde nos dirigiríamos á Jerusalen.

En las siguientes jornadas el camino era delicioso, especialmente hasta Deir-Elzor, pues era primavera é ibamos costeando siempre el Eufrates, cuyas márgenes tienen preciosos paisajes y están relativamente bien cultivadas, porque los árabes utilizan sus aguas, elevándolas con medios sumamente primitivos.

En este trayecto se goza verdaderamente de la naturaleza: y por estos pequeños oasis puede deducirse lo que sería la Mesopotamia cuando su

fértil suelo estaba atravesado y regado por numerosos canales artificiales, muchos de los cuales iban desde el Eufrates al Tigris y otros hasta el Golfo Pérsico: pero ¿qué decidia la del gobierno turco, que nada hace por restablecer aquel paraíso, hoy convertido casi en páramo desierto, si se exceptuan algunas regiones de las màrgenes de ambos rios!

Nunca he gozado de los encantos de la naturaleza, como cuando en las magestuosas márgenes del Eufrates hacía alto la caravana al caer de la tarde, mientras el sol brillante de Oriente despedía los últimos celajes y pintaba el horizonte de delicado rosicler y armábamos las tiendas de nuestro campamento en lugar ameno y de indescriptible paisaje. Entonces me olvidaba de las fatigas del día embelezado ante tan hermosos panoramas.

¿Y las noches? ¡que expléndidas eran con un cielo tan sereno y despejado! Allí me recreaba echando mis estáticas miradas hácia aquellas constelaciones y aquel purísimo zodíaco que desde tantos siglos atrás habian sido objeto de las pacientes observaciones de los sábios caldeos, los más antiguos astrónomos del mundo, quienes por un prodigio de inteligencia habian llegado á calcular los eclipses de luna!

No es posible atravesar la Mesopotamia sin tropezar á cada paso con recuerdos sublimes é inmortales!....

Deir-Elzor, sin embargo, fué una etapa que no podrè olvidar por un percance que me causara gran disgusto; perdí allí el recuerdo mas preciado que traía de mi excursión. A pesar de los dos centinelas que hacian la guardia por la noche en nuestro campamento formado á inmediaciones de la población, un árabe del lugar, que el dragoman había tomado como ayudante del servicio, pudo sustraer el baul de este, perdiendo yo, por estar allí guardadas varias monedas antiguas que había adquirido en el viaje, y los ladrillos cuneiformes que traia de Bagdad, pertenecientes á las ruinas de Babil. Las autoridades turcas desplegaron la mayor actividad en sus pesquizas, y me prometió el Bajá que, si me esperaba un dia más me serian devueltos los obje-

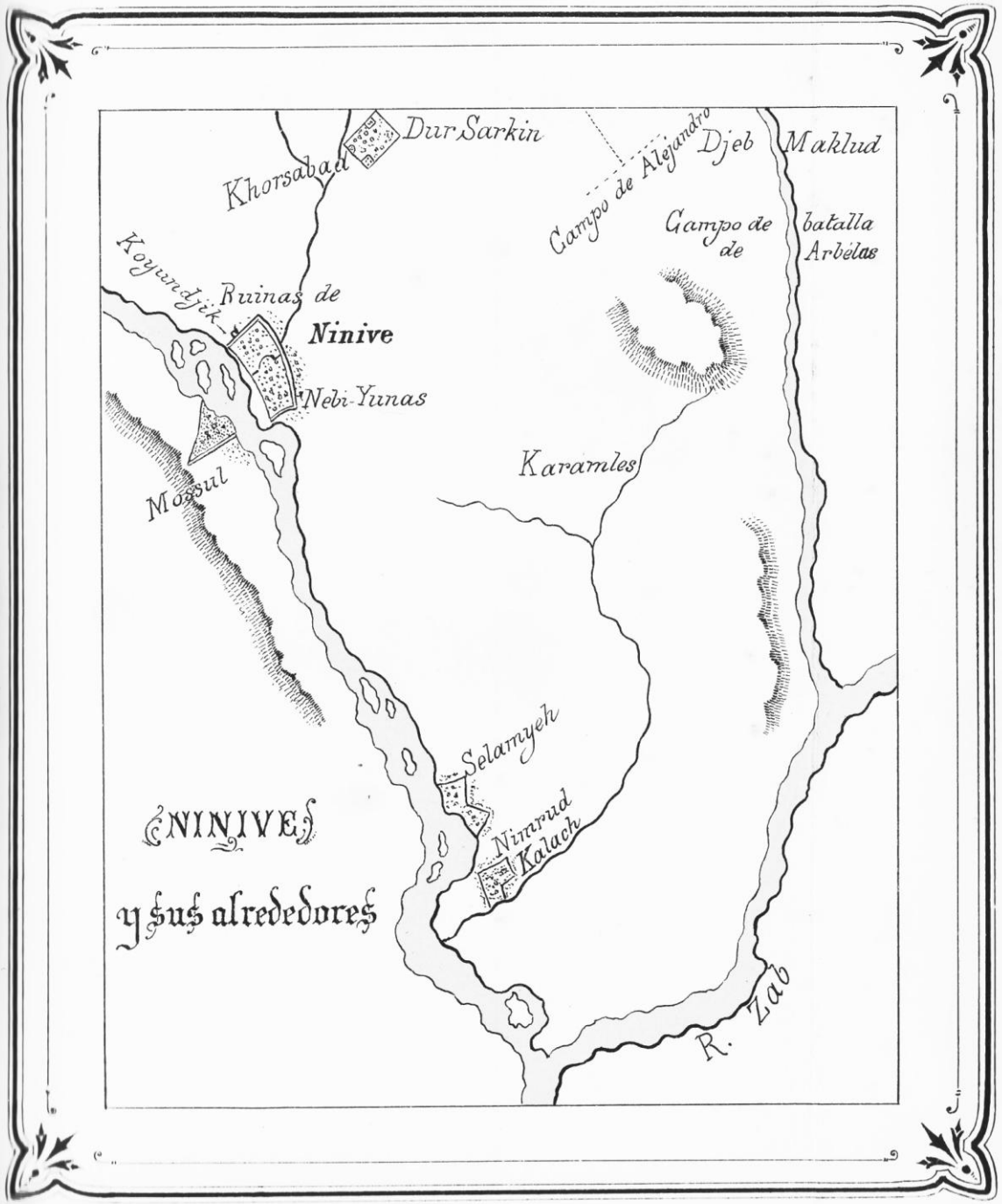
tos robados; pero no pudiendo perder ni horas, marchamos ese mismo dia, prometiéndoseme que los remitirian á Alepo con la dirección del dragoman, que era el más damnificado; sin embargo ninguna noticia he obtenido hasta hoy.

El resto del viaje fué feliz, aunque incómodo por las marchas forzadas que debimos hacer al traves del desierto, terminando en Damasco los veinticinco días de travesía á caballo, despues de los veintiuno, interrumpidos con el viaje en Kelek desde Mossul á Bagdad. En los últimos días con el objeto de alargar las horas de camino nos aprovechábamos del fresco de la noche, esto es, viajábamos desde las siete de la tarde hasta las diez ó doce de la mañana siguiente, con algun breve respiro que se daba á las bestias, siendo lo mas pesado de doce á cuatro de la mañana, combatiendo el sueño á fuerza de algunas jícaras de café turco.

Podrá juzgarse de lo forzado de la marcha, no solo por las quejas de los múkaros que decian á mi dragoman que yo era un *matador de caballos*, sino por la comparación del trayecto recorrido, si se considera que mientras el señor Obispo Soriano de Kerkuf que debía asistir al Congreso Eucarístico, empleó tres meses para llegar á Jerusalen, recorriendo yo un trayecto mayor, empleé 35 dias.

Aquellos pobres múkaros no sabian que los americanos del Sud nos semejamos á los árabes por nuestra aptitud y desenvoltura para el caballo, más que los europeos ó francos, que ellos están acostumbrados á ver arredrarse por algunas pequeñas jornadas de cabalgata.

Mi propio dragoman confesóme que, al celebrar conmigo el contrato, determinando los dias que había de durar la excursión, nunca creyó que pudiera resistir tantos dias de caballo, contando con ganarme algunos días mas de jornal; pero se equivocó al ver que en vez de pedir descanso, los apuraba y llevaba por delante. Por lo demás el señor Populani más que un dragoman, fué un amigo que se desvivia por dejar contento y satisfecho á su acompañado: era hombre



cabal y leal á toda prueba; por eso consigno aquí mi gratitud y satisfacción por sus servicios y cuidados.

Desde Damasco me despedí con sentimiento de todo el personal de la caravana, que quisieron asistirme hasta el momento en que subí al carruaje con destino á Beyrut. Desde aquí se viaja al través del Líbano y Anti-líbano y la llanura de Celesiria por un camino carretero construido para el servicio de diligencias de una Compañia francesa, y en las cuales no pude obtener asiento por estar todos los puestos tomados por peregrinos árabes que partían para la Meca. Como era necesario tomar el vapor que partía al otro día, tuve que viajar sin descanso desde las siete de la tarde, toda la noche, hasta las doce del día siguiente, siendo á las 3 p. m. la partida para Jaffa.

Sin embargo, desde Damasco á Beyrut y desde aquí á Jerusalen por Jaffa, aprovechando el nuevo ferrocarril, el viaje es cómodo y no ofrece dificultad alguna, felicitándome de haber llegado á tiempo para asistir al Congreso Eucarístico, venciendo todas las rémoras que oponen las caravanas de Oriente para marchar con rapidez, pues carecen de la noción del valor y de la preciosidad del tiempo.

He terminado pues, aunque de la manera más suscinta y lacónica que me ha sido posible, el itinerario de mi excursión al través de la Mesopotamia bajo el aspecto menos importante, esto es, de mero turista.

Lo moderno de la región recorrida, no carece, en verdad, de atractivos; pero no merecía la pena del viaje, si no se considera bajo el aspecto arqueológico, que entonces no solo es grande, sino incomparable su interés, y constituye la peregrinación obligada de los que deseen experimentar emociones sublimes ante la contemplación de ruinas inmortales y rendir homenage á los prodigiosos descubrimientos del genio moderno, que ha sabido evocar de los monumentos de la Mesopotamia por medio de la Asiriología una humani-

dad desaparecida y una civilización perdida para todos los anales de la historia.

Hé aquí el gran interés de ese viaje; hé aquí lo que lo hace encantador, convirtiendo á Mesopotamia monumental en un eden para las ciencias prehistóricas y arqueológicas, como es árido su desierto para las caravanas de los beduinos y de los viajeros; y he aqui el aspecto bajo el cual en adelante describiré y consideraré mi excursión, de acuerdo y consecuente con lo declarado en las *palabras de introducción*.

Descripción arqueológica

Sennaar, Mesopotamia, Asiria, Caldea

Hé aquí unos nombres, cuya sola enunciación equivale á evocar los recuerdos de la más alta antigüedad; como que aparecen escritos en la primera página del género humano, y sonaban yá entre las gentes aun antes que la historia fuera escrita. Ellos designan tambien el campo predilecto de nuestra escursión, que es el ocupado por los monumentos asirios-caldeos comprendiendo la región en donde florecieron los famosos imperios de Nínive y Babilonia. Pero, antes de describir esos monumentos, que tan merecidamente han llamado la atención de los sabios en nuestros dias, creemos conveniente determinar la zona geográfica del pueblo ó nación que los erigió. (1)

Ese vasto territorio es el contenido en la gran llanura que desde los montes de Armenia se extiende de norte á sud hasta el Golfo Pérsico; y vése rodeado á manera de un inmenso oasis entre dos grandes desiertos que lo flanquean á oriente y occidente y forman la parte central de la cadena

(1) Véase el mapa núm. I.

inmensa de desiertos desde las orillas del Atlántico hasta el mar Amarillo. El oasis, que forma alti-planicie, está constituído por los dos grandes rios, el Eufrates y el Tigris, que lo recorren en toda su longitud, y á cuya posición debe el nombre que en toda época tuvo de *Nahrain* por los semitas, de *Sennaar* por los hebreos, de Mesopotamia entre los griegos y de *Al-Gezireh* entre los árabes, nombres que expresan todos la misma idea: *país ó isla entre dos ríos*, como el *Entre-ríos* de la República vecina. (1)

A esos rios debe la Mesopotamia toda su fertilidad y frescura, transformándola en un vasto y hermoso jardín en medio del desierto. Ambos tienen su orígen, el uno poco distante del otro, en las faldas del monte *Nifates*, hoy Keleschin, en Armenia, y corren con casi igual volúmen de agua, al principio por valles y gargantas diametralmente opuestas; despues, desembocando en la llanura desde las dos faldas opuestas del monte *Masius*, hoy Karageh-Dagh, el Tigris desde el levante, y el Eufrates del occidente, van acercándose gradualmente hasta el grado 34° de latitud; despues corren casi paralelos por espacio de 360 kilómetros, hasta que reuniéndose en un solo lecho llamado *Shat el-Arab*, esto es, rio de los árabes, desemboca por un delta de cinco canales en el Golfo Pérsico. Sus aguas y las de sus afluentes hacen à las llanuras mesopotámicas el mismo servicio que las del Nilo al Egipto; como quiera que tienen sus inundaciones periódicas y anuales con arrastres de aluvion que fecundan admirablemente el terreno con el lodo que engorda las tierras, y la irrigación natural perfeccionada con la artificial por una vasta red de canales, en cuya disposición los antiguos Asirios y Caldeos fueron tan entendidos, convirtiendo la parte meridional ó Caldea propia en el Jardín del Asia Occidental.

(1) Por eso el Sr. Moussy á su viaje de 1856 por las Provincias Argentinas bañadas por el Paraguay y el Uruguay dióle el nombre de *Mesopotamia Argentina*.

Tal fué en la antigüedad, como lo demuestran toda clase de documentos y aun restos de antiguos canales artificiales, como el Pallacopas, y lo sería aún hoy día si la barbarie y la incuria de los siguientes dominadores no lo hubiesen dejado perder casi en su totalidad.

Parece, pues, que la naturaleza quiso preparar aquella región para cuna de las primeras naciones, renacidas del diluvio en Sennaar, y primer teatro en donde las gentes constituyéndose en sociedad civil, fundaron sede permanente, establecieron ciudades é imperios y dieron el primer impulso á la civilización; mientras por otra parte su posición central respecto al mundo antiguo, indica el Sennaar como punto natural, desde el cual, como corazón del mundo, comenzara la emigración de las gentes para diseminarse á poblar la tierra, los unos hácia el Oriente hasta los últimos confines del Asia, los otros hácia Occidente, al Africa hasta las orillas del Atlántico, y las demás hàcia Setentrion á ocupar la Europa; y desde allí tambien, en una época más ó ménos remota, à las apartadas regiones de la América.

En Sennaar, en efecto, existió el primer imperio de que hace mención la historia; el de Babilonia fundado por *Nemrod*, hijo de Kus, nieto de Cam, el primero de los potentados de la tierra, al decir del Génesis.

Desde aquí *Asur*, hijo de Sem, remontando el Tigris partió para edificar á Nínive; y los reinos de Nínive y de Babilonia florecieron por varios siglos hasta que reunidos llegaron á constituir el gran Imperio asirio-caldeo, teniendo la capital ora en Nínive ora en Babilonia, extendiendo sus conquistas por la Siria, el Egipto, Palestrina, la Persia y hasta los confines de la India.

El imperio asirio-caldeo ha solido denominarse de una manera genèrica Asiria ó Caldea indistintamente, como sinónimos de Mesopotamia, Sinear ó Sennaar, pero propiamente estaban geográficamente divididas por la *Muralla Médica*, el *Sid Nimrud* de los Arabes, en el sitio en que se acercan mucho

los dos rios, el Eufrates y el Tigris, entre los 33° y 34° de latitud setentrional; quedando Asiria al norte y Caldea ó la Babilonia al sud.

Veremos más adelante cuanto sonaron en el mundo la Asiria y la Caldea, pues en esta parte me propongo describir mi excursión bajo el aspecto arqueológico, indicando al mismo tiempo la historia de los descubrimientos modernos, especialmente con relación á las ruinas y monumentos que me cupo la satisfacción de visitar.

∴

Es sabido que la gloria de Nínive y de Babilonia, las dos más poderosas y orgullosas ciudades del antiguo Oriente empezó á declinar cuando en Occidente apenas comenzaba á despuntar la de Roma; y la caida que dieron fué tan tremenda que hasta el cadáver de sus colosales ruinas desapareció de la faz de la tierra, llegando con el tiempo casi á perderse la misma memoria del lugar en que existían.

El sitio en que surgían los palacios, los templos, las torres piramidales y otros asombrosos monumentos de Nínive y Babilonia, y en donde resplandecían en toda su oriental magnificiencia el poder de los Reyes Asirios y Babilónicos se cambió en un mudo desierto, en cuya triste soledad aunque magestuosa é inmensa, el viajero no encontraba más que informes colinas y montículos entre las arenas y lagunas del desierto, cuyos flancos desgastados por las lluvias dejaban aparecer algunos restos de ruinas colosales, como huesos rahidos del inmenso esqueleto que yace sepultado en su seno, y cuya loza funeraria nadie se atrevía á remover.

Y ¡cómo impresiona al alma ver entonces literalmente cumplida la palabra de los Profetas que habían predicho de aquellas soberbias ciudades su completo exterminio!

¡Yacen tendidas por tierra como en un sepulcro inmenso que ha cubierto de fúnebre muzgo el polvo de los siglos!

Hé aquí lo que de Nínive profetizaba Sofonias: «El Señor destruirá á Asur y convertirá á la hermosa ciudad en soledad y en despoblado como un yermo. Y sestearán los ganados en medio de ella, todas las bestias de las gentes; y el onocrótalo y el erizo morarán en sus umbrales.... y el cuervo en sus dinteles.... Esta es la ciudad gloriosa que moraba pagada de sí misma: la que decía en su corazón: yo soy y fuera de mi no hay otra semejante: ¿cómo ha sido cambiada en desierto y en guarida de bestias?

«Todo el que pasare por ella silvará de miedo y levantará su mano para señalarla con el dedo y decir: esta es aquella soberbia Nínive, que se creía segura y despreciaba á todas las otras, persuadida que era la única ciudad grande que había en el mundo: «*Hæc est civitas gloriosa: ¿quomodo facta est in desertum cubile bestiæ?* (Soph. II 13-15).

Y el profeta Nahum prenunciando la devastación de la ciudad, *Vastata est Nínive*, añadía que sus hijos serían como un enjambre de langostas, las que al levantarse del suelo, *volaron sin que pueda conocerse el lugar en que estuvieron* (III. 17).»

El lugar de Nínive en efecto, fué ignorado de tal modo que hasta pocos años há fué tema de disputas entre los asiriólogos.

Y sobre Babilonia igualmente se cumplieron al pié de la letra las tremendas palabras de Jeremías: «Y quedará Babilonia convertida en túmulos, morada de dragones, pasmo y admiración, porque no tendrá habitadores. Yo la reduciré á soledades sempiternas, dice el Señor». (Jerem. 25 y 41.)

Y las de Isaias: «Destruiré el nombre de Babilonia, y los resíduos y el retoño y el linaje, dice el Señor. Y la convertiré en habitación del erizo y en lagunas cenagosas y la barreré con escoba de destrucción, dice el Señor de los ejércitos. No será nunca más habitada, ni reedificada de generación en generación, ni colocarán allí sus tiendas los Arabes, ni harán en ella majada los pastores; sino que reposarán allí fieras, y sus casas se llenarán de

dragones (hurones), y anidarán allí avestruces y saltarán allí los peludos.» (Isaias. 13 y 14).»

Y en verdad, en tal desolación permanecieron olvidadas por mas de veinte siglos Nínive y Babilonia con las demás ciudades antiguas que, como á reinas les hacian digna corona en Asiria y en Caldea; pero en nuestros dias por fin, se han levantado de su tumba, por decirlo así, y desde el fondo de la misma han hecho de improviso oir al mundo atónito su voz tantas veces secular, contando sus antiguas glorias, y mostrando escrita en sus propios monumentos, juntamente con los fastos y dinastias de sus reyes, la historia de sus revoluciones, guerras y conquistas; de las artes, ciencias, religión y civilización propias; historia más espléndida que las maravillas fabulosas trasmitidas por la tradición griega y romana.

Algunos viajeros como un Helred y un Ranwolf habian en el siglo XVI llamado ya la atención de los eruditos de Europa sobre las ruinas de Caldea y los restos de Babilonia, de los cuales habian descubierto algunos rastros notables. Despues á fines del siglo pasado el danés Niebuhr en las relaciones de sus viajes por Arabia había dado de esas ruinas una descripción más ámplia y con ello aguzado vivamente la curiosidad de los sábios, que aumentó la relación de Beauchamp, de Ker Porter y Rich; así como algunos basaltos y cilindros babilónicos, cargados de inscripciones cuneiformes llevados á Europa desde las orillas del Eufrates. En cuanto á Nínive, la profunda oscuridad que la envolvía, dejaba incierto hasta el sitio de sus ruinas.

El grande impulso, sin embargo, dado á los admirables descubrimientos que desde pocos lustros acá se han venido haciendo sobre el Eufrates y el Tigris, fué originado por las primeras exploraciones que Paulo Emilio Botta, enviado en 1841 como cónsul de Francia á Mossul, emprendió felizmente; pudiendo por tanto, calificársele de creador de la Asiriología.

Las ruinas monumentales de Nínive

La actual ciudad de Mossul está en la orilla derecha del Tigris, al ensancharse el rio, apenas salido de las gargantas de los montes de Armenia para entrar en la gran llanura mesopotámica. Frente á ella, en la orilla opuesta, vénse grandes cúmulos de tierra, montículos que se extienden de norte á sud por algunos kilómetros y terminan á los dos extremos por dos colinas mas altas, de las cuales la del norte toma el nombre árabe de *Koyundjik*, y la del sur el de *Nebiyunas*. ¡Es el suelo clásico de la soberbia Nínive!....

Como era esta la primer etapa monumental de mi excursión, séame permitido, antes de continuar la historia del descubrimiento de estas ruinas decir algo sobre las impresiones gratas y sublimes que experimenté ante ese cúmulo de recuerdos bíblico-profanos.

En efecto; cuando, apenas divisadas aquellas magestuosas colinas, tendidas á una hora de camino en dirección nordeste de la ciudad moderna de Mossul, dijonos el dragoman: *hé allí Nínive*, la conmoción que experimenté en todo mi ser fué tan rápida y tan fuerte como la recibida por una sacudida eléctrica.

Se aguzaron mis ojos, solté las bridas á mi corcel, caminando instintivamente, y no atendia, sino á llegar cuanto antes al lugar, para mi tan anhelado: mientras tanto mi imaginación se exaltaba y veía como real lo que solo había leido en la historia. Y ¿qué hermosa parece entonces la historia? ¿cómo da vida á los recuerdos y hace gozar al espíritu, con goces que son incomparablemente mayores que todas las delicias de este mundo?

Ah! si yo fuera feliz toda mi vida como lo fuí entón-

ces! Todo otro recuerdo desapareció de mi mente y no cabía en ella otra preocupación que la de encontrarme en aquel lugar y contemplarlo y comparar mis reminiscencias históricas con lo que allí veía. Y se levantó Nínive de sus ruinas, y me pareció oir el éco de sus grandezas y el espantoso ruido de su estruendosa caida: la veía cubierta de su población inmensa, cuajadas sus calles de habitantes que salían en ademan alegre y festivo á recibir á Asurbanipal cubierto de trofeos, cargado de botin y rodeado de reyes cautivos; ya consideraba las interminables filas de guerreros que volvían triunfadores desde lejanos paises conducidos por los mas soberbios y poderosos príncipes de las naciones: un Sargon, un Sennaquerib, un Teglath-Palasar, un Salmanasar, ante quienes se inclinaba Nínive para saludarlos con los vítores y recepciones que no habían visto los demás pueblos de la tierra, y que ellos han dejado esculpidas en sus palacios y descritas en las inscripciones cuneiformes!

Veía aquella ciudad en forma de cuadrilátero, cuyos lados mayores, segun Diodoro, eran de ciento cincuenta estadios y de noventa los menores; aquella ciudad inmensa que tenía de circuito cuatrocientos treinta estadios ó cerca de ¡ocho leguas de extensión! Estaban allí tendidas por tierra aquellas murallas que tenían más de cien piés de elevación, para que nadie pudiera escalarlas, y una anchura tal que podían pasear por ella tres carros de frente; y derrumbados aquellos mil quinientos torreones que rodeaban su ámbito, y cuya altura era tal que se elevaban á más de doscientos piés del nivel de sus altas murallas.

Es verdad que cuando fué tomada por Arbaces, rey de los medos, ochocientos años antes de J. C. fué en gran parte arruinada; pero aquel mismo príncipe cuidó de repararla, declarándola capital del gran imperio de Asiria. Nabopolasar la conquistó cien años despues y de tal modo la devastó que hoy apenas quedan vestigios que basten á revelar su antigua grandeza. ¡Cómo causa dolor

ver arruinada tanta grandeza, y desierta á la gloriosa ciudad que era el orgullo del Oriente!.....

Los actuales árabes llaman *Nebiyunas* á una parte de la gran metrópoli. Es un recuerdo del profeta Jonás, que escitó á penitencia á sus habitantes con palabras verdaderamente imponentes.

En aquella época la estensión de la capital asiria era muy considerable, pues los libros judíos dicen que tenía tres días de camino, esto es, que se necesitaban tres días para recorrer su circuito ó atravesarla; aunque en su orígen no era otra cosa que un recinto bastante pequeño para poner al abrigo los rebaños, en los que consistía la riqueza de los pueblos primitivos, pero fué aumentándose considerablemente bajo la dominación de los príncipes de Babilonia; pues consta que algunos templos y palacios fueron construidos en ella por el príncipe babilónico, á quien las inscripciones designan con el nombre de Sansí-Bin, figurando en ellas otro príncipe llamado Asur-Ubalid que la reedificara cuatro siglos despues de Salmanasar.

Bajo el reinado de otra dinastía que inaugurara el usurpador Belitaros, fué cuando Nínive llegó á su mayor grado de esplendor. Situada á la orilla derecha del Tigris en uno de los puntos en que puede pasarse este rio por medio de un puente, en el corazón de un país sumamente fértil, estaba llamada á ser lo que fué, uno de los centros de la civilización antigua.

Esperiméntase en verdad un sentimiento de inmensidad y grandeza ante sus ruinas, que forman cadenas de montículos, á manera de gigantes tendidos en inmensos sepulcros, que no alcanzan á cubrir su esqueleto descomunal. Y así mismo todavía son completamente desconocidos los límites de su anchuroso recinto, no obstante de ser grandes las escavaciones que se han practicado en las ruinas de la ciudad y en sus inmediaciones, y de verse en la parte occidental vestigios de tres enormes murallas.

Sin embargo á pesar de algunas incertidumbres se ha llegado á formar una idea bastante precisa

de la gran ciudad asiria: varias reseñas suministradas por la Biblia y los descubrimientos modernos hechos sobre las ruinas, permiten seguir á través de los siglos, su progreso y decadencia, salvando los largos espacios de tiempo asaz oscuros.

No podré jamás olvidar mi estadía en Nínive, que contemplé sus ruinas monumentales y que gocé allí celicias intelectuales, como no me las habian proporcionado todas las lecturas que mis aficiones bíblico-arqueológicas me obligaran á hacer, hasta aquel momento dichoso en que veía postrada á mis piés la orgullosa metrópoli de Asiria.

Yo no sé que mágia tienen las ruinas más informes cuando van acompañadas con grandes recuerdos de la historia! Leída simplemente, parece insípida, fria, sin animación ni entusiasmo; pero, cuando se puede hacer la composición de lugar sobre el terreno mismo en que aquella historia se realizó, entónces recobran valor é interés y semeja á aquel campo cubierto de huesos áridos que á la voz del profeta se remueven, se juntan en pasmoso concierto, recobran nervios, se cubren de carne y piel: vuelven á la vida. Así verificose en mí la resurrección ideal de los acontecimientos históricos del inmenso pasado de Nínive ante la contemplación de sus ruinas! Y tan embebido estaba, que gran esfuerzo me costó abandonarlas para pasar á la moderna Mossul.

Cúmpleme ahora hacer la descripción de esas ruinas, historiando su descubrimiento.

Era tradición que en Koyundjik se encontraban de cuando en cuando piedras esculpidas, inscripciones de caractéres extraños y enigmáticos, y otras antigüedades; por cuya razon Botta, erudito y apasionado por los estudios orientalistas, se resolvió á explorar y excavar el terreno, pero siendo esta vez poco afortunado en hallazgos, intentó lo mismo en otro gran cúmulo á 16 kilómetros al norte en el villorio árabe denominado *Khorsabad*.

Fué aquí más feliz, pues descubrió un espléndido palacio y en solo seis meses de trabajo desenterró seis vastas salas, algunas hasta de 115 piés de largo por 35 de ancho, de las cuales pudo copiar entre bajo-relieves é inscripciones cuneiformes una superficie de 450 piés: las paredes están construidas con ladrillos y revestidas de placas calcáreas de un mármol asirio, esculpidas de bajo-relieves con inscripciones históricas. Este primer hallazgo fué una gran conquista en los progresos de la Asiriología, y toda la relación de este precioso doscubrimiento fué enviada á la Academia de Inscripciones de París con la copia de las esculturas y epígrafes. Costeó el gobierno francés todos los gastos para la continuación de tan importante exploración que, proseguida por Botta y terminada por Place, dieron á luz de una manera completa las ruinas de Khorsabad. Era la capital asiria fundada por Sargon y denominada *Dur-Sarkin*, que comunmente se considera como arrabales de la gran Nínive.

Y no es necesario advertir la maravilla y el entusiasmo que tal novedad produjo entre los eruditos de Europa entera. Era el primer filon de las riquezas arqueológicas que yacían en el subsuelo del gran imperio asirio, y de cuyas ruinas nada se había encontrado hasta entonces digno de la atención de los sábios.

Ahora bien: ¿en que consistía la importancia de este primer descubrimiento? De los planos y dibujos que con admirable paciencia y erudición construyeron Botta y Place, y de los estudios de los asiriólogos sobre las inscripciones allí encontradas resulta con evidencia que estas ruinas pertenecen á una antigua ciudad fabricada por el rey asirio, uno de los más célebres, *Sar-kin*, el Sargon de la Biblia, padre del gran Sennaquerib y comtemporáneo de Ezequias, rey de Judá.

Aunque de los demás edificios de la ciudad se encontraron pocas trazas, eran soberbios los restos del palacio real de Sargon, *Dur-Sarkin*; de los cuales puede deducirse la antigua grandeza y suntuosidad. En efecto, sobre una vasta plantaforma construida de ladrillos se levantaba en forma de paralelógramo el espléndido edificio, cuyo frente media 1200 piés de largo por 500 de lado. Macisas pa-

redes de ladrillos de 12 á 20 pies de espesor dividen el edificio de innumerables aposentos y salas magestuosas que sobrepasaban de 100 piés de largo por 35 de ancho. Sobre estos se levantaban otros pisos de diversa altura, hoy arruinados, no quedando en pié más que los departamentos del piso bajo hasta la altura, de 10 á 15 piés: aunque esto basta para que el viajero crea pasearse por el edificio inmenso que reconstruye el cálculo y la imaginación. Como arriba indiqué todas las paredes tanto al exterior como en el interior estaban revestidas de grandes planchas de mármol asirio de 10 piés de altura, cubiertas de ricas esculturas y profusas inscripciones que representaban la leyenda de las mismas.

En la puerta principal del palacio existian dos estatuas de toros colosales con cabeza humana, arabescados con inscripciones en el lomo y flancos, que al mismo tiempo que adornaban la entrada regia, servian como de guardia del palacio á manera de querubes tutelares. Existian inscripciones tambien en el pavimento y zócalo de los aposentos; hasta en los cimientos del palacio se encontraron monedas de oro, plata, cobre y plomo llenas de epígrafes conmemorativos de la construcción, siendo la fórmula mas frecuente con que comenzaban: *Palacio de Sarkin, descendiente de Belo, Patis* (vicario) *de Asur, rey poderoso, rey de las naciones, rey del pais de Asur.*

Las esculturas y bajo-relieves de que estaban cubiertas las paredes representaban una variedad admirable de escenas grandiosas: grupos de batallas, triunfos espléndidos con todo el cortejo de las pompas religiosas y militares, al rededor del monarca triunfador; ritos solemnes de sacrificios, procesiones, audiencias reales, caza de fieras y del leon en las florestas y montañas, y otros espectáculos semejantes con un mundo de figuras á las veces colosales, y con una riqueza de follaje, trajes, usos y costumbres maravillosa, constituyendo toda una revelación del estado de aquella remota civilización y de sus progresos artísticos y literarios.

Pero, el precio y la maravilla mayor son las inscripciones que en tanta profusión existian por todas partes y contenian la explicación de los cuadros y esculturas, narrando por extenso los hechos y las empresas del monarca, á cuya gloria estaba consagrado el palacio monumental.

Y á las inscripciones cuneiformes se concentró principalmente el estudio de los asiriólogos: los textos de Khorsabad y los fastos de Sargon fueron el primer campe en que ejercitaron su génio y erudicción De Sauley, Oppert, Menant y otros valientes orientalistas para descifrar los misterios de la epigrafia cuneiforme. Y fué para ellos gran fortuna que Botta y sus colegas se apresurasen á copiar con escrupulosa exactitud aquellos textos, á penas salian á luz de entre las ruinas, porque en el palacio de Sargon, habiendo sido destruido por un incendio, se disolvian las lastras calcareas al contacto del aire por estar calcinadas.

Ante tan maravillosa y sorprendente revelación de un pasado ultra-clásico y hasta entonces ignorado por todos los sabios y eruditos, la fama de estos primeros descubrimientos de Khorsabad, que fueron á enriquecer el Museo del Louvre de Paris, aguijoneó en muchos eruditos el deseo de emularlas, y trajo á las orillas del Eufrates y del Tigris, desde varias partes de Europa, nuevos exploradores, armados del más entusiasta ardor y bagaje científico, y cuyas doctas investigaciones fueron en pocos años coronadas de espléndidos resultados, ante los cuales ya no fué posible la indiferencia, conmoviendo con sus preciosos hallazgos á los más refractarios á los estudios etnológico-arqueológicos de la antigüedad; pues desde ese momento dejaba de ser hipotética la erudición de los orientalistas sobre aquellos grandes imperios y aquella civilización que había precedido á los orígenes de la greco-romana y por consiguiente de la nuestra.

La Inglaterra, sobre todo, se distinguió en esta noble empresa, y fué ella tambien la que recogió los mejores frutos, enriqueciendo su Museo Británico con inmensos tesoros del arte y civilización asirio-caldea, como quiera que desde entonces los

sabios empezaron á remover todo el suelo clásico de la Mesopotamia para transportar á Europa los preciosos restos que arrancaban con su piqueta escavadora; pues el dueño de aquellas regiones, el gobierno turco, ostentaba la más degradante indiferencia.

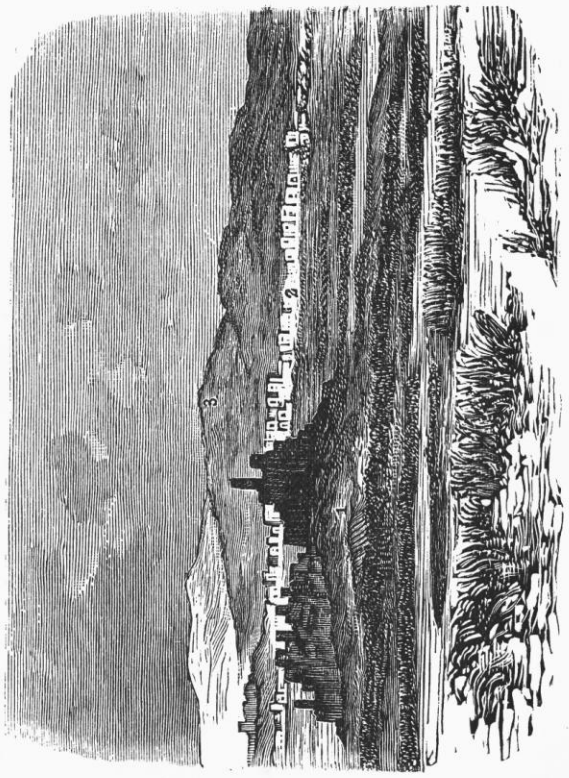
De aquí resulta que para estudiar la Asiriología, es una peregrinación obligada ir á Lóndres y á Paris. Por cuya razon he visitado el Museo del Louvre y el British Museum, habiendo empleado cinco dias seguidos para inspeccionar la sección de Asiria en este último; pues, tan grande es el tesoro arqueológico que posee, debido á las exploraciones de los sabios ingleses, aunque ha costado al gobierno inglés millones de libras esterlinas.

∴

En estas sábias investigaciones y exploraciones, bien se comprende que Nínive y Babilonia fueron naturalmente las que atrajeron la mayor atención de los orientalistas, consagrándoles el principal estudio y dedicación; pero, además de ellas, puede decirse que no hay desde las faldas de los montes de Armenia hasta el Golfo Pérsico, por cuanto se extiende la gran llanura Mesopotámica, montículo ó colina, con indicios de contener antiguas ruinas sepultadas, que no haya sido explorada y objeto de escavaciones arqueológicas.

Y aun cuando las investigaciones y exploraciones que contínuamente se hacen para desenterrar los monumentos de la civilización asirio-caldea, estén lejos de haber agotado el inmenso campo, sin embargo, lo explorado ya ha servido para reconstituir en gran parte é ilustrar de un modo inesperado la historia de aquellos antiguos imperios desde los primeros siglos post-diluvianos hasta la conquista de Ciro, esto es, por un espacio de más de 2.000 años de la más remota antigüedad. ¡Más de veinte siglos antes de Jesucristo!

Entre los exploradores salidos de Inglaterra, el más célebre y afortunado fué Agustin Enrique La-



NINIVE

1. NABIYUNAS—2. MOSSUL—3. KOYUNDJIK

yard, quien llegado á Mossul en 1845, continuó, aunque en otro lugar, las excavaciones interrumpidas por Bota en Koyundjik, descubriendo inmediatamente grandiosas ruinas de palacios, decorados profusamente con esculturas y epígrafes, de los cuales no tardó en deducir el nombre de la gran ciudad á que pertenecían. Esta ciudad era *Nínive*, que despues de veinticinco siglos volvía á comparecer ante el mundo y ante la historia.

El primer palacio real descubierto allí por Layard fué nada ménos que el del célebre conquistador Sennaquerib, *Sin-Akhi-Erib*, que reinó desde el año 704 al 680 antes de Jesucristo. Levantábase el gran edificio sobre la antigua márgen del Tigris con frente al noroeste: la puerta principal estaba decorada con estátuas de toros colosales con rostro humano, y conducía á un laberinto de salones, aposentos y corredores de diversas dimensiones, que ocupaban una superficie de mas de dos hectáreas.

Más adelante, hácia el centro de la colina de Koyundjik, Loftus y Hormuzd Rassam, venidos en pos de Layard encontraron otro palacio semejante, fabricado por Asarhadon, *Asur-Akhi-Iddín*, hijo y sucesor de Sennaquerib. En ambos Palacios, construidos durante el último esplendor de Nínive, el arte asirio parece tocar á su colmo, pues tal es la finura y perfección de sus esculturas y frescos paragonada con la de otros monumentos. De las inscripciones encontradas se pudo deducir que ambos palacios habian sido terminados y embellecidos por el rey *Asur-Bani-Pal*, que sucedió en 669 antes de Jesucristo, á Asarhadon su padre.

Pero, es digna de recordarse entre los embellecimientos principales, la grandiosa Biblioteca con que enriqueció Asurbanipal el palacio de Sennaquerib. En una sola de las grandes salas, la cantidad de libros cuneiformes ó de ladrillos escritos, llenaban un espacio de suelo de mas de diez metros cuadrados hasta la altura de treinta centímetros, de los cuales se llevaron al Museo Británico más de 20.000 piezas, habiendo quedado un número mayor aún entre las ruinas. Estos ladrillos escritos, que

tapizaban las paredes enteras del palacio, eran los libros ó páginas de libros, de que se componian las bibliotecas asirias; pero, esta de Asurbanipal es de un mérito incomparable: contenía no solo los fastos de los reyes, segun la costumbre de los demás palacios, sino tambien una riqueza y variedad inmensa de tratados sobre la religión, las leyes y costumbres, y la vida privada de los asirios; obras de astronomía, de astrología y aun de mágia. Y como hallazgo providencial y el más importante para descifrar los misterios de la escritura cuneiforme, tan enigmática y difícil de interpretar, halláronse tambien en la misma biblioteca tratados de gramática, diccionarios y otros trabajos sobre la lengua y escritura asirias y tambien de un idioma aún más antiguo y quizás en aquellos tiempos ya muerto. Ya se comprende que semejante descubrimiento es de un valor inmenso y constituye un tesoro inestimable para los asiriólogos.

Un tercer palacio fué descubierto en el recinto de Nínive en el lugar denominado Nabiyunas, que es la necrópolis de la misma Nínive; y á Nínive se refiere el mismo nombre de Nabiyunas, pues significa *Profeta Jonás*, cuya memoria como en el teatro de sus predicaciones, al anunciar el castigo de los Ninivitas, ha quedado hasta hoy en veneración.

Las excavaciones de Layard, continuadas después por Place y Rassam desenterraron las ruinas de esta regia mole, decorada también con toros colosales y leones alados, de bajo-relieves y de inscripciones pertenecientes á la historia brillante del gran rey Sennaquerib, que fué fundador del mismo palacio.

El inmenso campo en donde residió Nínive está convertido en dilatadas catacumbas formadas por las excavaciones de los más sabios asiriólogos: es sumamente fatigoso recorrerlas todas por el mal estado en que las conserva el gobierno turco, pero, es indudable que aun contienen tesoros escondidos del arte y civilización asirias; pues se tropieza por todas partes con escombros de edificios derruidos, que son como las vetas de un inmenso filon de preciosidades arqueológicas.

Mas, pasando por alto otros descubrimientos de menor importancia hechos en Nínive, cúmpleme decir algo de los monumentos más insignes descubiertos al Sud del territorio asirio.

Nimrud y Kalach-Sherghat

Ya dije como hicimos el viaje desde Mossul á Bagdad, por el Tigris, embarcados en el primitivo Kelek.

En este trayecto vénse tambien notables ruinas del imperio asirio á poca distancia de las márgenes del caudaloso río; júntandose entonces á la hermosura del panorama la satisfacción más hermosa aún de contemplar ruinas monumentales.

Y qué delicioso, en verdad, era aquel viajar llevado por la rápida corriente del clásico *Diglat*, atravesando en curvas infinitas por medio de los más variados paisajes y llena la imaginación de los más gratos recuerdos de una historia que va á tocarse con los acontecimientos de los primeros pueblos post-diluvianos. Cruzaba el país de Sennaar, cuna del género humano y al recorrerle me parecía contemplar aquellas inmigraciones de pueblos que se dirigían hácia Babel para levantar aquel colosal monumento, que los siglos no podrían arrasar en su marcha destructora.

Hicimos alto á unos treinta kilómetros al Sud de Nínive sobre la orilla izquierda del Tigris, y bajé á visitar el moderno villorío árabe llamado *Nimrud*. Es un monumento que no puede dejar de visitarse; aquí existía la antiquísima *Kalach*, la Chale del Génesis, que por mucho tiempo alternó con Nínive el honor de ser residencia real de los monarcas asirios. Hoy aparece como un campo desierto, ondulado de graciosos montículos, bajo

los cuales Layard, Loftus y otros exploradores encontraron el esqueleto de sus interesantes ruinas. La solitaria y derruida ciudad estaba como Nínive rodeada de un vasto é irregular recinto de espesas y altas murallas, cuyas trazas aun se descubren; estaban flanqueadas de gruesas torres, cuyos despojos enormes en gran parte se ven y en tal número que Layard en la sola parte noreste contó 58, siendo sus basamentos enormes. ¡Qué manera de construir la de los antiguos! A su lado parecen pigmeos los más grandes monumentos modernos.

Vése que dentro de la misma ciudad, en el ángulo sudeste, otro recinto menor de murallas aislaba y comprendía la residencia real, esto es, un grupo de palacios y monumentos régios, distribuidos sobre el plano elevado de una gran plataforma á manera de acrópolis, y á la cual subíase como en Persépolis por espaciosas escalinatas, lo que daría un aspecto espléndido á todo el conjunto.

Vénse también aquí las ruinas de una gran pirámide cuadrada construída por Asur-Nasir-Habal (882-856 antes de Jesucristo) y destinada probablemente para tumba real. A sus inmediaciones elévanse dos palacios, obra del mismo Asurnasirhabal; el uno con cámaras y salones adornados como de costumbre con bajo-relieves é inscripciones referentes á la historia de ese gran príncipe: — una de ellas cuenta 390 líneas repartidas en tres columnas, y es el monumento más estenso de epigrafía asiria hasta ahora encontrado y de gran valor histórico.

En el otro palacio se encontró la estatua del rey, de pié, con los atributos de tal y la siguiente inscripción en el pecho:

Asur-Nasir-Habal, rey grande, rey potente, rey de las naciones, rey del país de Asur, hijo de Teglath-Samdan, rey grande, rey potente, rey de las naciones, rey del país de Asur; hijo de Bin-Nirari, rey grande, rey potente, rey del pais de Asur. El poseyó las tierras de las márgenes del Diglat (Tigris) *hasta el país de Labnana* (Líbano); *el sujetó bajo su poder los grandes mares y todos los paises desde el levante hasta el poniente del sol*».

He querido transcribir esta inscripción como muestra del estilo epigráfico asirio.

A poca distancia de los palacios anteriores encuéntrase un tercero de Salman-Asar II (1010-990 antes de J. C.) y restaurado por Asurnasirhabal. Han podido contarse unos treinta departamentos, ocupando el edificio una hectárea entera de terreno.

Nimrud es en verdad un emporio de monumentos y uno se fatiga grandemente para recorrerlos por tantas subidas y bajadas, caminos laberínticos y profundas catacumbas, como quiera que el gobierno turco no se preocupa de conservarlas y adaptarlas á las excursiones de los viajeros.

Pero no vaya á creerse que está terminada la exploración: descansé y proseguí, faltaba quizás lo mas importante. El palacio mayor y acaso el mas grande de cuantos hasta ahora han sido descubiertos en todo el dominio asirio, es el de Asarhadon sobre la ribera del Tigris, que lo bañaba por dos lados. Una escalinata monumental conducía á la plataforma de su ingreso, entrándose por un doble pórtico, adornado de tres hileras ó filas de leones, entre los cuales existia un par de esfinges, las únicas encontradas en Asiria. En ambos pórticos vénse á derecha é izquierda ocho pedestales que debian contener otras tantas estátuas, acaso de divinidades.

De las grandes inscripciones murales que cubrian los aposentos y salones, solo se encontraron fragmentos; sin embargo se obtuvieron preciosas noticias acerca del reinado de Asarhadon por las inscripciones de dos prismas, de los cuales uno está muy bien conservado.

Memorable también entre los monumentos de Nimrud es una torre de varios pisos ó cuerpos erigida por el rey Bin-Nirari III (906 880 antes de J. C.) y dedicada como templo al Dios Nebo.

Entre sus ruinas Loftus encontró dos estatuas colosales del dios, pero anepígrafas, sin inscripciones; después cuatro mas de tamaño natural con inscripcio-

nes sobre el pedestal, dos de las cuales se encuentran en el Museo Británico.

Encontróse además una estela con una larga inscripción cuneiforme arcaica perteneciente al rey Samsi-Bin; y por fin otro palacio de gran interés arqueológico, pues fué comenzado por Salman-Asar III y continuado por Teglath-Pal-Asar II. En él se halló un obelisco de basalto negro, con bajo-relieves y con una gran inscripción histórica, conmemorativa de las empresas de su primer fundador. ¡Cuántos mementos de la magnificencia asiria!....

¿Y en verdad, que valía la pena de visitar las ruinas de Nimrud, que por el gran número de sus monumentos es una de las etapas mas gratas para el turista por las llanuras de Mesopotamia. Por mi parte puedo declarar que volví al Kelek con muy pocas ganas; esto es, hubiera deseado recorrer con mas detención aquel suelo sembrado de tantas ruinas monumentales cuyo valor engrandece su remoto orígen y sus relaciones con la civilización que por referirse en sus comienzos á Asur, hijo de Sem, hijo de Noé, elevan el pensamiento en alas de la imaginación, á aquel momento histórico en que nuestra humanidad estaba reducida á una tribu, casi á una sola familia.

Pero, fué necesario continuar el viaje por aquellas encantadoras márgenes del Tigris, gozando con visiones é ideales, que en otros lugares no asaltan como allí á la mente, sobre los orígenes del género humano y las augustas tradiciones de los tiempos primitivos.

La cabeza es un volcan y los recuerdos históricos se presentan como imágenes vivientes, ó espectros resucitados de aquellas figuras arrogantes de los monarcas asirios, de un Sargon ó de un Asurbanipal, tales como se ven esculpidos en los monumentos asirios. El mismo Kelek en que viajábamos lo había visto dibujado en las esculturas que representaban la travesía del Tigris por el ejercito de Sennaquerib con sus odres y con sus remos primitivos. ¡Tan apegados son los orientales á sus antiguas tradiciones!

Nos detuvimos de nuevo haciendo puerto con

nuestra original embarcación en la ribera izquierda del Tigris, 60 kilómetros antes de encontrar la desembocadura del Zab inferior. Era el villorio llamado Kalah-Sherghat, y bajo el vasto túmulo que allí se vé, yacen sepultadas las ruinas de la ciudad antigua *El-Asur*, mencionada varias veces en la Biblia; rival de Nimrud y tambien sede antiquísima de los Reyes asirios.

Poco pude detenerme en ese campo inexplorado; sin embargo, aunque es terreno poco menos que vírgen para los exploradores, las excavaciones comenzadas por Layard en el flanco occidental del extenso cúmulo de ruinas sepultadas allí, dieron elocuente indicio de los grandes tesoros de antigüedades asirias que en las entrañas de aquella informe colina deben encontrarse.

Consistió ese primer hallazgo en el descubrimiento de un palacio real de Teglat-Pal-Asart I, construido cerca de once siglos antes de la era cristiana. En él encontráronse los más antiguos documentos que hasta ahora se conocen sobre la historia asiria; y en cuanto á los fastos del rey Teglat-Palasar, las inscripciones más insignes son las que se encontraron en cuatro grandes prismas de arcilla sepultados en los fundamentos de los cuatro ángulos del palacio; cada uno de ellos es de ocho caras de 45 centímetros de altura con 100 líneas de escritura compacta en cada cara. El texto de los prismas es, salvo pocas variaciones, el mismo: y ha sido singularmente célebre entre los asiriólogos, porque sirvió á la experiencia hecha en 1857 por la Sociedad Asiática de Lóndres para decidir del valor de las interpretaciones dadas por diversos autores á la escritura cuneiforme.

Estas son las ruinas de la Asiria que visité, y tales han sido hasta estos últimos años los principales descubrimientos realizados. Y sin embargo qué tesoros no quedan aun por explorar en esas regiones, que explotadas por un gobierno menos decidioso que el turco, enriquecerían maravillosamente las conquistas realizadas por la Asiriología. Por eso es de desear que en Mesopotamia se erija cuanto antes

un Estado independiente regido por algun príncipe europeo, como los mismos naturales lo ansían grandemente.

En todas partes oía decir ¿por qué no tomará Francia posesión de este país? Veremos como resuelve la cuestión la diplomacia europea, ya que la Turquía es un cadáver, política y administrativamente considerada, y el Sultán una momia que Europa conserva mientras no llegue la hora de convenirse acerca de la repartición de su herencia entre las potencias occidentales.

Excursión por la Caldea

Después de nuestra etapa en Bagdad, emprendimos de nuevo la excursión á caballo para visitar los monumentos de la antigua Caldea, situada como dijimos al sud de la Asiria, ocupando la parte inferior de la gran llanura mesopotámica y estiéndese à lo largo del Tigris y del Eufrates, desde la altura de la moderna Bagdad, en donde ambos ríos se acercan á pocas millas, hasta juntarse en un solo lecho, desembocando en el Golfo Pérsico. El *Mat-Kaldi*, país de los Caldeos, como se llama en las antiguas inscripciones, está flanqueado á levante por el *Mat-Elamu*, país de los Elamitas, ó sea de la Susiana, y al poniente por el *Mat-Arabí*, país de los árabes del gran desierto arábigo, que desde el Eufrates se extiende hasta el mar Rojo. En las mismas inscripciones el Mat-Kaldi se divide en dos regiones distintas: *Accad* y *Summir*, que equivale á baja y alta Caldea: lo mismo que ambas regiones, son distintos los dos pueblos que desde antiguo las habitaron y le dieron su nombre, esto es, los *Summirim* y los *Accadim*; por lo que en los títulos de los antiguos reyes caldeos, es frecuentísimo entre otros el de *Rey de los Sumires* y *Accades*.

Ahora bien, esta célebre región, que tuvo con la Asiria desde la mas remota edad, casi una misma y sola historia, y con ella permaneció sepultada por tantos siglos, con ella ha resucitado

tambien en nuestros días y las recientes exploraciones de la Asiria se extendieron al mismo tiempo á la Caldea. Así, no solo la celebrada capital, Babilonia, sino muchas otras ciudades que fueron tambien sede antiquísima de los príncipes, y de las cuales todo rastro, y poco menos que toda memoria habíase perdido, fueron desenterradas de los informes túmulos y montículos que en medio del desierto ocultaban sus ruinas, como un legado precioso para la posteridad, fueron vueltas como á la vida para contarnos con sus monumentos los antiguos fastos de su vida y su grandeza.

De estos descubrimientos expondré solamente los que tuve la satisfacción de visitar en sus propios lugares, y son quizá los más importantes. Aunque el móvil principal de mi viaje fué visitar las ruinas de Nínive y Babilonia, que son las dos grandes atracciones del excursionista, al hallarme yá en aquellos lugares, la consideración de encontrarse relativamente próximas las demas ciudades arruinadas, agrandó y aguijoneó mi curiosidad arqueológica, y no pude resistir á la tentación; pues creo que hubiese sido para mi un eterno remordimiento no contemplarlas después de haberme costeado de tan léjos.

Desde que pasamos la *Muralla médica*, atribuida á Nabucodonosor, estábamos en la Caldea propia, que es el llano propiamente dicho que se inclina desde el Eufrates al Tigris y cada vez mas bajo, y cortado en otro tiempo por multitud de canales, cuyos restos aun se observan; algunos yendo del uno al otro rio, como el gran canal *Nahar-malcha*, canal real, y otros como el *Naharsares* al Norte de Babilonia y el *Pallacopas* al Sur, arrastrando directamente las aguas del Eufrates al mar al través de las arenas del desierto, uniéndose en fin, todos á lagunas naturales y artificiales, para esparcir por doquier la vida, y la fertilidad en un país de por sí árido ó pantanoso.

El Eufrates, en efecto, con su álveo más elevado y sus orillas más bajas que las del Tigris, está sujeto á inundaciones periódicas que hacen del llano de Babilonia un mar en la época del deshielo de las montañas de Armenia y de las lluvias torrenciales. Contener esas aguas por medio de diques, dirigirlas y conservarlas en canales y lagos abiertos por la mano del hombre en sustitución de los pantanos; establecer un sistema de riego que transformase el desierto en un hermoso jardin y fuese al mismo tiempo un medio de defensa contra las hordas que le recorren; tal era el problema presentado por la naturaleza á las tribus aglomeradas en las orillas del gran rio, y sorprendidas por los beneficios que este podía acarrearles. Todo anuncia que este problema fué comprendido á las mil maravillas y resuelto por los esfuerzos del trabajo y de la industria, que llegaron á ser el principio de aquella poderosa civilización, cuyo centro era Babilonia.

No solo fué domado el desierto, sino que el país recobró lo que había perdido: aquella vegetación de un lujo y exuberancia inútil, aunque preciosa en sus gérmenes, que las aguas del Eufrates al retirarse hacian producir periódicamente en las tierras de aluvion de sus orillas, fué sustituida por los cultivos que valieron á las llamas de la Babilonia el renombre de uno de los países más fértiles del mundo. El historiador caldeo Beroso nos dice que el trigo nacía allí en estado salvaje, lo mismo que la cebada, el césamo y demás cereales y se les cultivaba con tal éxito que el trigo, segun Herodoto, daba desde doscientos hasta trescientos por uno.

Por lo que hace á los árboles, eran la mayor parte frutales, no muy numerosos por cierto, excepto las palmeras que se fecundaban artificialmente entónces lo mismo que ahora, y que daban junto con sus dátiles el vino y la miel que sabian sacar de ellos. No hablamos por lo tanto de los demás árboles, exceptuando los cipreses, que abundaban mucho, y los famosos sauces en los cuales colgaban sus arpas los hijos de Israel durante su cautiverio. Los árboles corpulentos, las maderas de construcción faltaban enteramente, lo mismo que la piedra, siendo necesario hacerlas bajar con grandes dificultades, por el Eufrates, desde los

países menores de la Mesopotamia y de la Armenia. La naturaleza por lo demás, había suplido este doble defecto hasta cierto punto, pues, en las cercanías de Babilonia se hallaba en abundancia una tierra arcillosa de excelente cualidad, de la cual hacian adobes y ladrillos, con los que se construyeron todos los edificios de aquella gran ciudad y tan buenos, que han atravesado siglos.

Uníanse estos ladrillos por medio de un cimento tan indestructible como ellos y que consistía en un betun mineral que abunda en un riachuelo que pasa por el paraje llamado *Hit* en otro tiempo *Is*. Los edificios construidos por medio de este procedimiento han resistido largo tiempo las injurias de los elementos: subsisten aun enormes masas revestidas de un barniz especial y cubiertas de inscripciones cuneiformes, conservando su frescura esos caracteres.

La Biblia, que sobre muchos puntos corresponde en el Génesis á las leyendas *caldeas*, nos presenta en estos mismos lugares, teatro de la dispersión de los hombres y en donde se levantó el primer edificio de sus manos, el primer imperio babilónico, cuyo gèrmen fué *Babel* con otras tres ciudades de la tierra de Sennaar.

Yo había soñado contemplar algun dia las ruinas de Babilonia y subir á la torre de Babel. Ese ensueño dorado de toda mi vida se realizó: y doy gracias á Dios por ello porque sirvió en cierto modo para retemplar mi fé y mi admiración por esa armonía divina entre la religión y la ciencia, y la verdad absoluta de los Libros Sagrados.

¡Bab-Ilu! -- Babilonia!

Solo este nombre valía la pena de mi escursión al través de la Mesopotamia y no olvidaré jamás la impresión conmovedora, pero indescriptible, que experimentó mi espíritu al contemplarme en medio de las ruinas inmortales de Babilonia, la *Bab-Ilu* de las inscripciones, la gran capital del Imperio caldeo, á ninguna de las ciudades de la tierra inferior por antigüedad, y á todas superior en alto grado por poderío, celebridad y esplendor.

Babilonia fué naturalmente el campo al cual más entusiasta y asiduamente se dirigieron las investigaciones de los modernos exploradores y asiriólogos. A su exploración principalmente se consagraron los trabajos y pacientes estudios de Layard, de Rawlison, de Oppert y de sus colegas franceses; y fueron en verdad copiosos los frutos que recogieron, como consta de la amplia exposición hecha por Oppert en los monumentales volúmenes de su *Expedition scientifique en Mesopotamie.*

Gracias á semejantes investigaciones puede hacerse con provecho científico por un turista cualquiera la excursión á Mesopotamia y especialmente á Babilonia; de otro modo solo contemplaríanse campos de soledad y mustios collados, aunque no tan pobres como los de Itálica famosa.

Yo me había formado un cuadro de Babilonia y de sus alrededores conforme á la descripción de sus monumentos y ruinas más insignes segun las recientes exploraciones de los asiriólogos; cuadro que se agigantaba en mi mente, dada la celebridad histórica de la grande y portentosa ciudad, y de sus recuerdos bíblicos, y la consideraba mecida en la segunda cuna del género humano por los primitivos repobladores del mundo post-

diluviano. Pero ¡cuánto esfuerzo hay que hacer al pisar aquel lugar clásicamente sagrado en los fastos de la humanidad, para no perder la ilusión de ese ideal sublime ante una grandeza cubierta por el detritus de los siglos y convertida en un conjunto de montículos horadados por la piqueta del arqueólogo ó de monumentos derrumbados por el enorme peso de los siglos, y que solo dejan ver el esqueleto de su pasada grandeza!

¡Cuanto esfuerzo para reconstruir aquellos enormes y majestuosos despojos, que pertenecieron á los más espléndidos monumentos del génio y del atrevimiento de nuestros antepasados, hoy mutilados por las injurias del tiempo y de los hombres! Y sin embargo, recorrer aquellas ruinas solitarias causa emociones tan encantadoras que no atino á expresarlas; es mas grande de lo que podría creerse, es el momento más solemne de las impresiones del viajero, experimentando sentimientos de sublime y al mismo tiempo pavorosa magestad. Y hoy mismo, á tantas leguas de distancia, ante el recuerdo de que no volveré á ver aquellas ruinas, siento la mas profunda tristeza. ¡Tanto es lo que se goza al contemplarlas!

Sí; cuando en medio de aquel dilatado cúmulo de ruinas puede uno decir: *aquí fué Babilonia*, esta sola consideración basta para hacer conmover todas las fibras del alma ante la encantadora revelación de todas las grandezas amontonadas en tantos siglos de historia en estos mustios collados y túmulos sclitarios. «Levántate, reina del Oriente,» dice uno instintivamente, al extender la ansiosa mirada desde las alturas de Babil por aquel inmenso circuito de murallas derrumbadas.

Y parece que levántase Babilonia de su colosal sepulcro, y que despues de repetir quejumbrosa las lamentaciones de los Profetas de Israel, que anunciaron su actual desolación, cuenta sus cuitas y sus pasadas grandezas.

Pero renuncio, á trasmitir á la pluma lo que pensó y sintió mi espíritu dulcemente conturbado en aquel instante imborrable en que por vez primera

pisaba, tendida bajo mis plantas, la antigua grandeza de la soberbia Babilonia, hoy por tierra humillada.

«En túmulos quedará convertida Babilonia», dijo el Profeta; y en verdad, un conjunto de montículos y colinas constituyen los sarcófagos de cada monumento destruido ó mutilado, cubierto con sus propios despojos, que los sábios asiriólogos han convertido en catacumbas, las más sagradas y augustas despues de las de Roma, é incomparablemente las más clásicas del mundo profano.

Y sobre todo, allí está la *Torre de Babel*, el Birs-Nimrud, y mas allá el *Paraiso Terrenal*, el Gandunyas!

∴

Un parangón entre lo que fué y es hoy Babilonia, debe constituir la base de la presente relación para que resulte comprensible é interesante.

Y desde luego, el nombre de esta ciudad, *Babilonia* en griego, equivale en hebreo á *Babel* y en asirio á *Bab-Ilu*; nombre que esplícase en el Génesis por *confusión*, porque segun la Biblia las lenguas se confundieron cerca del lugar en donde más tarde debió levantarse la magnífica ciudad. Esta tradición judia y cristiana ha sido conocida en la antigüedad pagana; como quiera que además de ciertos textos cuneiformes y del historiador caldeo Beroso, que nos llevan á deducir la existencia de una tradición idéntica en Babilonia, los historiadores griegos, tales como Abideno, Alejandro Pelihistor y Eupolemo la mencionan, y más tarde Eusebio de Cesarea, al reproducir estos testimonios paganos con el objeto de demostrar en su *Preparación evangélica* la autenticidad de las narraciones bíblicas.

Sin embargo, los textos cuneiformes dan tora etimología, que al tratar de la Torre de Babel, veremos como se concilia con la hebráica. Los textos originales de Caldea escriben el nombre de Babilonia, ya fonéticamente *Bab-Ilu*, ó bien designándola por geroglíficos que significan: «Puerta de Sa-

turno»; puesto que Saturno se llama *Bel*, y *Bab* significa puerta.

O bien de *Ilu*, Dios, *El*, por excelencia, y de *Bab;* de donde: *Puerta de Dios.*

Babel en medo-escita se llama *Babil.*

Por lo demás, sábese que Babilonia, segun los hebreos y asirios fué fundada despues del diluvio, que ambos pueblos admiten de igual modo. Antes del cataclismo, la Caldea había sido, segun las tradiciones de Beroso, gobernada por diez reyes antidiluvianos, lo que cuadra con los diez patriarcas de la Biblia, establecidos ya en Larsam, ya en Sippara, habiéndole dado la civilización y la prosperidad durante el período fabuloso de 432.000 años ó 120 saros (meses cósmicos) de 3.600 años cada uno. Es de advertir que no se sabe con certeza la duración del *saro* caldeo.

Despues del diluvio, la primer dinastia, compuesta de 86 reyes, cuya duración se supone de 30.191 años, escogió á Babilonia para sede. Una dinastía meda sucedió á esta primer linaje, que pudo ser Camita; despues vino una dinastía de once reyes que precedió la primer dinastía semita, inclusa la de los Caldeos, desde 2017 á 1559 antes de Jesucristo. Es hácia esta época, que con las inscripciones, la historia de Babilonia y de su topografía comienza á salir de las leyendas.

Babilonia había formado con Erech, Accad y Chalane, la Tetrápolis de donde salió el célebre Nemrod. Igualmente durante la época de los reyes caldeos, Babilonia compartió los honores de capital con Erech, Chalane, Larsam, Sippara y otras ciudades; pero aparece ya en los textos de *Hammurabi* del siglo XVI antes de J. C., de *Purnapuriyas* y otros, al lado del título de *rey de Chalane, rey de Erech, rey de las cuatro naciones*, el título de *rey de Babilonia.*

En estas remotas épocas, la ciudad de Babilonia (1) se encontraba reducida á la parte Norte, que llámase la *ciudad real*, la *acrópolis*, que tenía una extensión de 5 kilómetros cuadrados. La *Torre de Babel*, monumento tan célebre, se encontraba completamente fuera, á una distancia de 17 kilómetros al sudoeste sobre la ribera occidental, región que mas tarde fué englobada en el circuito de Babilonia, y se llamaba Borsippa, que significa *Torre de las lenguas.*

(1) Véase el plano.

Es aqui y no en la ciudad de Babel que, segun el Talmud, conforme á las tradiciones babilónicas, está colocado el teatro de la dispersión de las gentes y de la confusión de las lenguas, explicándose así quizá la diferencia de la etimología de *Babel* y *Bab-Ilu.* Pero de este gran monumento me ocuparé con mayor extensión en otro lugar.

Es Asarhadon quien se gloría de haber sido el primero en ensanchar las murallas de Babilonia, obra que continuaron agrandando sucesivamente Nabopolasar (625-604); mas sobre todo Nabucodonosor (604-561); y sus sucesores Neriglisor (569-555) y Nabonidas (555-558). Por tanto, la metrópoli caldea en los tiempos de su máximo explendor bajo Nabucodonosor, estaba comprendida en un doble recinto cuadrado de murallas circundado de fosas, el exterior llamado *Imgur-Bel* y el interior *Nivit-Bel,* obra del rey Asarhadon (680-669) cuya memoria dejó él mismo escrita en la inscripción del monumento conocido entre los asiriólogos con el nombre de Piedra de *Aberdeen*: hé aquí el texto de la inscripción: «Bab-Ilu es la ciudad de las leyes; *Imgur-Bel* es su baluarte, *Nivit-Bel* su cintura. Yo he levantado estas construcciones desde sus fundamentos hasta la cima....»

Es, pues, á esta Babilonia en su mayor esplendor que deben referirse las maravillosas relaciones de la antigüedad sagrada y profana.

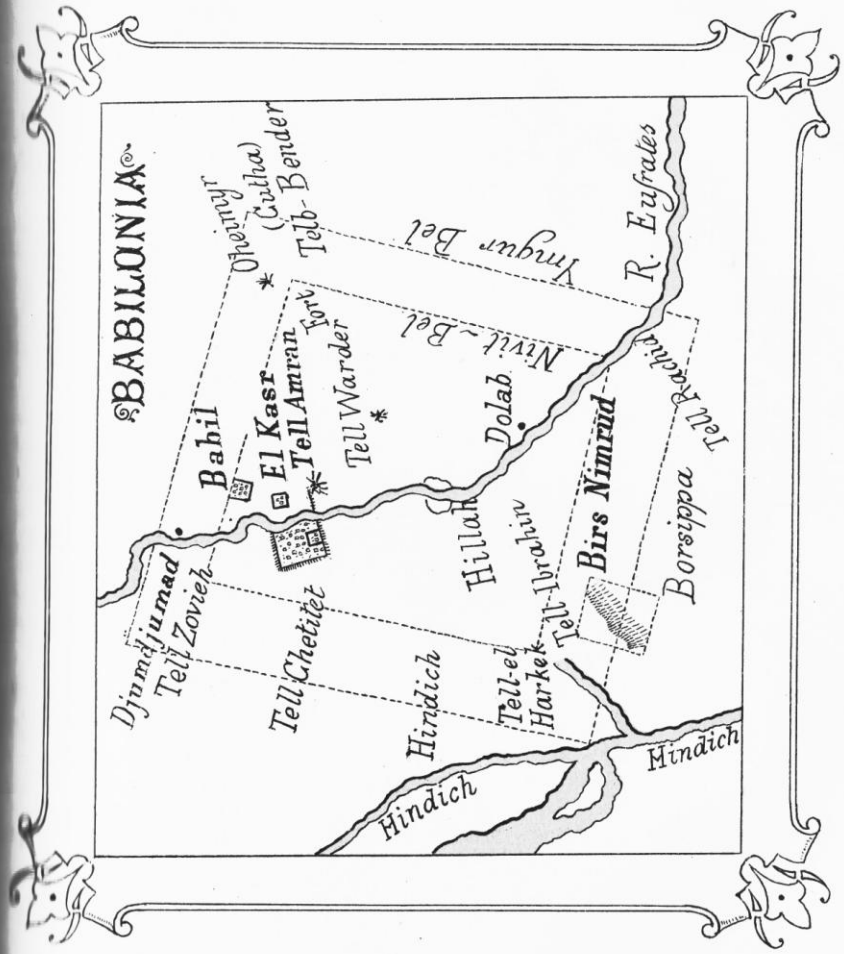
Murallas de Babilonia.—La mayor circunvalación de la inmensa ciudad era de 480 estadios, 120 por lado; la otra de 360; lo que dá á todo el recinto una superficie de 514 kilómetros cuadrados; de manera que Babilonia era *siete veces* la actual París, igualando en extensión á todo el De-

partamento del Sena, y *cuatro veces* y *media* como Lóndres. ¡Qué inmensidad!

Era la gran metrópoli caballera del Eufrates, el que atravesándola diagonalmente de noroeste á sudeste, la dividia en dos. Mas de cien puertas, todas de bronce según Herodoto, abríanse en sus murallas, flanqueadas por torres, de las cuales, como de las murallas, vénse en parte las ruinas. Pero cuatro eran las puertas principales colocadas en los cuatro ángulos del cuadrilátero: la Puerta de *Semíramis* en el ángulo noroeste; la Puerta de *Nínive* al noreste; la Puerta de los *Caldeos* al sudeste y la Puerta de *Belo* al sudoeste.

Dentro de su recinto estaban contenidas, por decirlo así, varias ciudades, dentro de las cuales existían preciosos jardines, prados, quintas, barrios, palacios, templos y monumentos diseminados aquí y acullá, como se nota por los restos que aun subsisten. Estas ciudades eran *Cutha* en la extremidad noroeste; *Borsippa* en el extremo opuesto; y hácia el centro del gran cuadrilátero, *Babilonia* propiamente dicha, que á su vez comprendía otras dos ciudades; esto es la *ciudad real*, que era un vasto grupo de fortalezas, palacios, templos y jardines reales, rodeada de triple muralla; y la *ciudad populana*, que se extendía al rededor de la *real* sobre ambas orillas del Eufrates, en un mar inmenso de habitaciones del innumerable pueblo. Esta vasta superficie estaba en gran parte cultivada, al decir de Quinto-Curcio, testimonio confirmado por la ausencia de ruinas sobre una extensión de 150 kilómetros cuadrados, de la mitad sudeste del cuadrado interior.

Ciudad de los Babilonios.—La ciudad antigua había estado encerrada en las murallas de la ciudad real; se había estendido hácia el sur en los ocho kilómetros que la separan de la moderna Hillah y que fué en otra época el centro de la *ciudad popular* ó *de los Babilonios*. Es difícil determinar los límites hácia mediodía, pero está fuera de duda que la actual ciudad de Hillah ha sido, segun el uso constante de los Orientales, fundada sobre el emplazamiento



de la antigua Babilonia. Es posible que esta ciudad interior, la nueva *Urbs* haya estado rodeada de murallas, como parecen demostrarlo ciertas ruinas.

En todo caso se extendía, á partir desde el villorio moderno de Djumdjumad, sobre una extensión de 15 á 20 kilómetros á lo largo de ambas orillas del rio, hasta el sur de Hillah, hácia el villorio de Dolab, con una profundidad variable que llegaba hasta 8 kilómetros, de manera que la extensión de la antigua ciudad de Babilonia ha podido ser la de Lóndres. Las calles de la ciudad, segun Herodoto, generalmente cortadas en línea recta, tenian casas de tres y cuatro pisos; unas se extendian paralelas al rio, y las otras las cortaban, terminando en callejones que bajaban á la ribera, por medio de puertas de bronce, en número igual al de las calles.

De la extremidad norte de la muralla, por donde Ciro entró á la ciudad, hasta el punto en donde el Eufrates deja el cuadrilatero, esto es, sobre una anchura de 40 kilómetros á lo largo de la ciudad se extendía un muro hecho por Nabonidas, del que en efecto, se encuentran aún los ladrillos en el rio á la altura de Amran, que servia para encajonar el Eufrates y defender las casas. Un puente levadizo sobre grandes pilares de piedra, unía ambas márgenes de la ciudad.

Las ruinas de *Cutha* ocupan tres kilómetros de superficie sobre la colina llamada hoy *Oheymir* y forman un inmenso cúmulo de ripios entre los cuales se encontraron esculpidas, como de costumbre, sobre los ladrillos, varias inscripciones cuneiformes. Mencionaré solamente los dos principales monumentos, de los que se encuentran preciosos restos y memorias, siendo el primero el que los árabes llaman *El-Kazneh*, esto es, el palacio del tesoro, que era una especie de *emporium* babilónico; el otro es, el templo del dios *Nirgal* ó *Nergel* del cual tambien la Biblia nos testifica haber sido adoradores los Cuteos; como quiera que cuando el rey asirio, despues de tomada Samaria y llevados en esclavitud los Israelitas, mandó á repoblarla, jun-

to con otras gentes caldeas, los habitantes de Cuta, estos erigieron á su Dios favorito, altar y templo: *Viri autem Cuthei, fecerunt Nergel* (4. Reg. 17.)

Borsippa

Las ruinas de Borsippa se encuentran á 12 kilómetros de Hillah en la dirección S. O. cuyos monumentos son mucho más notables, habiendo sido Niebuhr el primero en indicar su importancia en el siglo pasado. Vénse allí restos de una acrópolis y los de varios templos, en donde se adoraba al dios *Adar*, al dios *Sin* y á la diosa *Nana*.

Pero la ruina que entre todas sobresale por su mole colosal y rastros de su antigua magnificencia es la que los árabes llaman con nombre asirio *Birs-Nimrud*, Torre de Nemrod.

Es la monumental *Torre de Babel*, el monumento más célebre y clásico del género humano. En su estado de mutilación actual forma sin embargo una montaña de ladrillos de 46 metros de altura y de 700 de base: su aspecto es magestuoso é imponente en medio de la llanura, y el panorama que desde su cima se goza, es indescriptible.

Encuéntranse esparcidos bloques enormes de paredes de ladrillo completamente petrificados, señal de violento incendio, y grandes trozos de pilastras aún en pié, hasta diez metros de altura, pero tan estropeados que no puede adivinarse la primitiva forma.

Los cuatro ángulos del edificio están colocados á los cuatro puntos cardinales y de ellos Rawlison desenterró cuatro cilindros de terra cotta, llevando todos el mismo texto de 60 lineas de escultura, en donde se narra la historia de la antigua fundación y de la reconstrucción *hecha por Nabucodonosor, del monumento.* Hé aquí como muestra, el

exordio: *Yo soy Nabu-Kudur-Ussur, rey de Bab-Ilu, siervo fiel, prenda de la afección inmutable de Marduk, el Issaku supremo, que exalta la gloria de Nebo, el salvador, el sabio que presta atento oido á los mandatos del Dios Supremo, el Sakkanaku sin pecado, el reedificador del Bit-Saggatu y del* BIT-ZIDA, *hijo primogénito de Nabu-Pal-Ussur* (Nabopolasar), *rey de Bab-Ilu, Yo!*—(Ménant).

Ahora bien el *Bit-Zida* aquí mencionado es el monumento de las ruinas de que estamos hablando, la *Torre de Babel.*

Era una pirámide colosal, de base cuadrada de cerca de 80 metros de altura, formada de siete pisos, esto es, de siete torres sobrepuestas, que disminuían de mole, segun la altura, la última de las cuales tenía en su cumbre el templo del dios Marduk, riquísimamente adornado, y á quien el monumento estaba dedicado.

Los siete pisos formados por las torres eran de diversa altura, y cada uno de ellos en el barniz y esmalte de los ladrillos, tenía distinto color, según el astro ó planeta á que estaba consagrado; pudiendo deducirse la calidad de los colores por los diversos tintes de los ladrillos encontrados en las ruinas, así como el órden que tenían, y eran de la base al vértice: negro, blanco, anaranjado, azul, rojo, plata, oro; que correspondían á Saturno, Vénus, Júpiter, Mercurio, Marte, Luna y Sol.

Por esta razon el Bit-Zida es llamado tambien en las inscripciones *el templo de los siete luminares de la tierra.*

Este género de monumentos piramidales de varios pisos, era frecuente en Caldea y en Asiria; lo mismo que en Babilonia se encuentran en Nínive, en Khorsabad, en Kalach, en Ellasar, en Ur y en Eridu. Parece que era arquitectura propia de estas regiones; mientras las famosas Pirámides de Egipto, salvo algunas de las mas antiguas, como las de Sakkarah, eran de un solo fuste, entero y liso, sin divisiones de pisos, torres y escalinatas.

Las pirámides asirio-caldeas llamábanse con nombre genérico *Zigurrates*; pero cada una tenía ade-

más un nombre propio: así la Zigurrate de Borsippa, llevaba el de Bit-Zida. Tenian constantemente los cuatro ángulos de la base según los cuatro puntos cardinales; pero en cuanto al número de los pisos variaba de tres á cinco, hasta siete. En cuanto al Bit-Zida era ciertamente con el Bit-Saggatu, de que pronto hablarémos, uno de los tipos más perfectos de semejantes construcciones, y uno de los más suntuosos y gigantescos monumentos que se vieran en toda la Mesopotamia. Créese que el Bit-Zida de Borsippa era el mas colosal de todos; pero lo que le dá gran interés é importancia es el ocupar el mismo lugar de la Torre de Babel; esto es, ser la misma Torre restaurada por Nabucodonosor; cuya afirmación está apoyada en las antiguas tradiciones de Oriente y en el nombre mismo de Borsippa, que significa cabalmente; *Torre de las lenguas*. Pero este asunto merece ser tratado con más detención, como lo haré despuès, en capítulo especial.

La Ciudad Real: Bab-Ilu—En el corazón del gran cuadrado de las murallas Nivit-Bel, estaba, como dije arriba, la verdadera antigua Babilonia, esto es, la *Acrópolis* ó ciudad real, á la que rodeaban en gran estensión los barrios llenos de habitantes de la ciudad popular. Uno de estos barrios llamado antiguamente *Lilac*, está ocupado hoy por *Hillah*, la actual ciudad turca, fabricada con ladrillos babilónicos, sobre una superficie de cinco kilómetros cuadrados. Al Sud de Hillah yacen las ruinas y monumentos de la *Acrópolis*, situados á ambas orillas del Eufrates; pero principalmente en la márgen oriental, en donde están comprendidas dentro de un gran triángulo de cerca de ocho millas cuadradas. ¡Todo era inmenso en esta inmensa ciudad, que Platon comparaba, por su interminable circuito, al Peloponeso entero!

Pues bien; en este espacioso circuito, lleno de escombros y montículos, sobresalen entre los demas, tres grandes cuerpos de ruinas, que son designados por los árabes y turcos con los nombres de *Babil*, *El-Kasr* y *Tell-Amran*, que fueron

en un tiempo los monumentos más espléndidos de la orgullosa Bab-Ilu.

Babil. El-Kasr. Tell-Amran

Está Babil colocada al norte de los tres monumentos indicados, y es la más magestuosa de estas ruinas por la mole y por el efecto pintoresco de su caprichosa silueta, mirada desde alguna distancia, al venir de Mudarieh por la ruta de Bagdad.

Aislada como está, y elevándose á manera de escollo colosal sobre la vasta y desolada llanura, produce una impresión imponente y sublime. Y esta es la razon sin duda porque los árabes la llaman *Mudjelibeh*, *La Ruina* por autonomácia.

Fórmase de una construcción enorme de ladrillos de 40 metros de altura y de 180 de largo, tùmulo de rípios del edificio colosal que aquí un día se elevaba, hoy rendido al peso de los enormes murallones que antes se erguían á prodigiosa altura.

Creen los asiriólogos, con Oppert, que es el *Templo* ó *Sepulcro de Belo*, mencionado por Diodoro. De las inscripciones cuneiformes de los ladrillos encontrados, que pertenecen todos á la época de Nabucodonosor (604 561 antes de Jesucristo), sábese de cierto que el monumento, cuando fué reconstruido por Nabucodonosor llevaba el nombre de *Bit-Saggatu* y estaba consagrado á la gloria del dios *Marduk* ó *Merodach*, equivalente á *Bel*, que tenía allí, junto con la diosa *Miiltta Zarpanite*, su esposa, un esplendidísimo santuario. Era como el *Bit Zida* de Borsippa una *Zigurrate*, esto es, una Torre de varios cuerpos, que vencía quizá en altura á las Pirámides de Egipto, puesto que se calcula que debía elevarse á 180 metros; mientras la de Cheops, la mayor de Egipto, no llega á 150

A juzgar por el gran cuidado que se tenia para custodiarlo, segun se describe en el epígrafe, debe

afirmarse que el Bit-Saggatu contenía inmensas riquezas, y quizás á él deben referirse los grandes tesoros atribuidos por Diodoro al *Sepulcro de Belo*; los que entre estátuas, altares, mesas, copas y otros utensilios de oro, llegaban á mas de 12.000 kilógramos de oro ó sea á unos 50 millones de francos, suma enorme para aquellos tiempos, pero no increible, si se consideran los ricos despojos que del saqueo de Tiro, de Jerusalen y de tantas otras ciudades por él conquistadas, pudieron allí acumularse por Nabucodonosor, quien entre sus mayores glorias contaba la de haber enriquecido ese templo, y escribía:

«*El Bit-Saggatu es el templo del cielo y de la tierra, la residencia del Señor de los dioses, Marduk. Yo he hecho cubrir de oro puro el Santuario en que reposa su soberanía*». (Menant. Inscrip. de Borsippa).

Y no fué él solo quien se vanaglorió de ello, sino que antes lo hizo Asarhadon y después de él, Neriglisor, quienes se esforzaron en adornar magnificamente el Bit-Saggatu, que con el Bit-Zida, formaban las dos mas brillantes perlas de la magnificencia de la espléndida y orgullosa Babilonia.

Pero sus propias riquezas y tesoros expusieron el gran monumento á las devastaciones de los nuevos conquistadores del gran Imperio babilónico: Jerjes lo abatió, y si Alejandro quiso reconstruirlo, convirtiéndolo en fortaleza, no llegó más que á remover los escombros; y bajo los Arsacidas, fuè abandonado y destruido hasta servir en gran parte sus materiales para fabricar á Selencia y Ctesifon, situadas entre Bagdad é Hillah.

Y sin embargo, á pesar de tanta destrucción, las ruinas que aún hoy allí se contemplan pregonan cuanta fué su grandeza, pasmo de las naciones y admiración de los griegos.

Fué pues, con verdadero pesar que nos alejamos de allí para ir á contemplar otro monumento, también célebre, de la desolada Babilonia.

El-Kasr, que en árabe significa *El Castillo*, está al sur de Babil, sobre la orilla oriental del Eufrates, y los ladrillos que de estos monumentos se estraen, pregonan el nombre de Nabucodonosor, en ellos inscripto.

¿Qué representan estas ruinas? Ha sido necesaria toda la sagacidad de los asiriólogos para ver en ellas el gran palacio real edificado por Nabucodonosor ¡en solo 15 dias! según Beroso y las inscripciones. Si esto es verdad ¡cuán adelantadas no estarían en aquella época la arquitectura y la mecánica en Caldea!

Pero hay mas; al otro lado del río, encuéntrase otra parte enorme ú otro palacio en ruinas, que se elevaba en la orilla occidental y comunicaba con *El-Kasr* por medio de un túnel construido por debajo del rio.

Este vasto y doble palacio con los inmensos jardines de que estaba circundado, constituia la residencia real, la cual colocada así caballera sobre el majestuoso rio, en lugar prominente, en el corazón de la metrópoli, la dominaba, asegurando en manos del gran Rey las llaves de aquella imponente fortaleza-palacio. De lo alto del Alcazar la vista domina toda la gran llanura del Sennaar; y desde allí, dirigiendo Nabucodonosor con soberbia complacencia su arrogante mirada sobre la ciudad y sobre los grandiosos monumentos con que la había embellecido, podía exclamar:

«¿Nonne hæc est Babylon magna quam ego edificavi in domum regni, in robore fortitudinis mæe et in gloria decoris mei? —*¿No es esta la gran Babilonia, que yo he edificado como mansión régia para consolidar mi poderío; y para brillo y gloria de mi nombre?* (Dan. 4).

Y de tanta magnificencia hoy sólo se ven escasos restos y pobres vestigios en una enorme mole de escombros, pues los babilonios tenían la manía de lo grandioso en sus monumentos.

Un leon colosal de basalto negro, pero de mediana perfección y muy maltratado del tiempo; ladrillos que conservan aún el barníz y variado color y que servían

para revestir y decorar las salas y aposentos del palacio, se encuentran en gran cantidad. pues todo el edificio era construido con asfalto y ladrillos. La decoración era de ladrillos distribuidos sobre las paredes según el color para representar diversas escenas de paisajes, montañas, florestas, cursos de agua, edificios y también figuras de hombres y animales: á estas decoraciones quizás, deben referirse las maravillas descritas por Diodoro de grandes pinturas en mosaico representando leones, panteras y otras fieras, y de cazerias del Rey y de la Reina á caballo, todo reproducido del tamaño y color natural.

Por lo demás, movidas y removidas, como lo fueron en todo tiempo estas ruinas para sacar materiales para nuevos edificios, no es maravilla que poco conserven de los antiguos ornamentos del gran palacio; pinturas, frescos é inscripciones, muy mutiladas. Tanto mas que siendo todo de arcilla y ladrillos, elemento casi único de las construcciones babilónicas y de las caldeas en general, fácilmente se comprende que se hayan roto y casi convertido en polvo; mientras que en los palacios asirios, en Nínive, Khorsabad, Kalach, los mármoles y grandes lastras calcáreas, cubiertas de epígrafes y bajorelieves, pudieron por más tiempo conservarse intactas.

Los Jardines pensiles: Tel-Amran—Al sur de El-Kasr, á lo largo de la misma orilla oriental del Eufrates se eleva la colina denominada *Tel-Amran-ibn-Alí* de 30 metros de alto y 500 de extensión. Existe aquí un gran recuerdo babilónico; pero el nombre actual árabe, lo saca de la tumba de Amran, uno de los hijos de Alí, que allí fué asesinado con otros siete compañeros, siendo por esto lugar de devota peregrinación para los musulmanes.

Además de esta, existe gran número de tumbas mas antiguas, algunas de ellas aún intactas, con anillos, collares, brazaletes y otros adornos depuestos al lado del cadáver; otras despojadas de sus

tesoros por la rapacidad de los árabes, que las han violado. Estas tumbas son anteriores á la época de los Arsacidas, pero más recientes que las ruinas caldeas, que forman como el esqueleto principal de la colina monumental; ruinas grandiosas en cuyos ladrillos léese el nombre de Nabucodonosor.

¿A qué monumento babilónico deben referirse? Cree Oppert, confrontando el lugar con las descripciones de Strabon y Diodoro que deben colocarse aquí los célebres *Jardines pensiles*, que fueron cabalmente, segun Beroso, una de las últimas y más maravillosas obras por el gran Rey emprendidas para complacer á su esposa meda, *Amatys*, que echaba de ménos en las llanuras de Sennaar los bosques y selvas de su patria nativa.

Eran colinas artificiales, elevadas á manera de terrados sobre construcciones gigantescas hechas de bóvedas con enormes pilastras; todas cubiertas con exhuberante vegetación, fecundadas por las aguas del Eufrates, que se hacian subir con ingeniosas maquinarias. Allí, á la elegancia de los jardines se mezclaba la magestad salvaje de los bosques vírgenes; y la sorprendente belleza y la amenidad de las pintorescas perspectivas, magistralmente formadas, debian dar á la antojadiza reina, como en miniatura, una viva y hermosa imágen de las montañas y florestas de la Media.

Ahora bien: de tan admirable construcción y de tanta delicia oriental, no queda más que un inmenso cúmulo de tierra y de ripios perdidos, que solo tienen el mérito de despertar en la imaginación del turista un ideal de estintas magnificencias del lujo babilónico, como de una hermosa flor, despues de mustia y deshecha, solo queda un puñado de vil polvo. Sin embargo, uno se imagina ver al gran Rey paseándose por aquellos amenos pensiles, que la fantasía reconstruye mas hermosos quizás de lo que en realidad fueron, por mas que su fama los haga insuperables en su género.

Mas ruinas babilónicas.—El campo de las ruinas de Babilonia es inmenso, como lo era el de la gran ciudad: además de los tres principales cuerpos monumentales hasta aquí descritos, Babil, El-Kasr y Tel-Amran, la regia ciudad muestra otros sepulcros de monumentos importantes, de los cuales sin embargo no se puede facilmente adivinar la naturaleza y el origen, aunque quedan señales para interpretar las trazas de algunas obras insignes, que adornaban la antigua metrópoli.

Y en primer lugar, á lo largo del Eufrates vénse en varias partes vestigios de las antiguas márgenes, malecones, paseos, recordados por Beroso, como construcción de los últimos reyes caldeos: estos flanqueaban el rio formando en cada ribera del Eufrates como una fuerte coraza, que atravesaba la ciudad por 160 estadios, cerca de 30 kilómetros, equivalentes á la gran diagonal del cuadrado babilónico recorrido por el rio. Vénse aún bloques de muros macisos, compuestos de ladrillos durísimos de un rojo vivo, unidos con asfalto, y que van cayendo de trecho en trecho al Eufrates; y como los epígrafes en ellos encontrados llevan los nombres de Neriglisor y de Nabouidas dedúcense que á estos dos reyes se debe la grandiosa construcción.

Entre las dos márgenes del rio el comercio se hacía con barcas, desde donde se bajaba por grandes escalinatas á las puertas abiertas en varios puntos de la gran diagonala y que respondían á la desembocadura de las calles principales de la ciudad. Pero entre ambas márgenes existia también un puente, que describe Diodoro y Herodoto, atribuido por el primero á Semiramis y por el segundo á la reina Nitocris, madre de Nabonidas, que es lo cierto, porque aquella jamás existió.

Tenia cinco estadíos de largo, poco menos de un kilómetro, y treinta piés, cerca de diez metros de ancho; una fila de gruesos pilares sostenían el cuerpo que era de grandes bloques, unidos con garfíos de hierro y soldados en las junturas con plomo. Este puente en opinión de Oppert, estaba situado hácia

el centro de la ciudad popular cerca de la moderna Hillah. Existía además, el Tunel que arriba mencionamos, para poner en comunicación El-Kasr con el palacio real de la orilla opuesta; por consiguiente estaba á servicio de la acrópolis, y no del público, como el puente, sino para uso privado de la corte de Nabucodonosor. Y aquí cabalmente, como cree Oppert, se encuentran sus trazas en los dos extremos en donde estaban antiguamente las dos puertas de bronce, que existieron hasta la época de los reyes persas, y que daban entrada á la galería subterránea, construida en forma de bóveda, segun Diodoro, con gruesas paredes de ladrillo y alfalto, de 15 piés de ancho y 10 de alto. ¡Y esta obra fué realizada en solo siete dias, habiéndose desviado el Eufrates, introduciéndolo provisoriamente en un gran lago artificial! Pero de él solo quedan lagunas cenagosas.

Encuéntranse tambien grandiosos restos de la triple muralla que rodeaba la ciudad real ó acrópolis, y corresponden exactamente á la descripción de Diodoro.

El mas vasto de los tres recintos, que era el mas antiguo, recorría por 60 estadíos; quedan de él algunos lienzos y se pueden seguir las trazas por espacio de varios kilómetros. El segundo, de 40 estadíos, está indicado por una línea de montículos entre El-Kasr y Babil; del tercero que recorría 20 estadíos se ven también las trazas al oriente del Kasr y de Tel-Amran.

Tales son las ruinas y tales los resultados mas importantes que de las modernas exploraciones se han obtenido hasta ahora y que he tenido la grande é inolvidable satisfacción de contemplar, ya sea en los lugares originales, como son los monumentos, ya sea en los museos del Louvre, y en el Británico, respecto á importantes bajo-relieves é inscripciones cuneiformes.

Pero ¡cuánto inexplorado no existe aún en esta ciudad emporio de las grandezas caldeas!

Hoy, la llanura en la cual existió Babilonia, se vé cubierta sobre unas 18 leguas de extensión, de es-

combros, de montecillos medio derruidos, de acueductos y canales casi cegados; por consiguiente es inmenso aún el trabajo que deberá realizar la piqueta del arqueólogo en este sarcófago de ruinas colosales. Por donde se verá el gran tesoro arqueológico que de todas esas ruinas en conjunto, parte ha sido explorado y la mayor parte lo será muy pronto, dada la importancia creciente de la Asiriología, ciencia sumamente moderna, pero que ha dado ya pasos maravillosos.

Más adelante expondré, aunque mas no sea lacónicamente, los resultados científico-bíblicos obtenidos hasta la fecha; pues ahora quiero completar la reseña de esta excursión al sur de Caldea por otros monumentos y ruinas tambien notables.

¡Mas allá de Babilonia!

Aunque la gran ciudad de Nabucodonosor es la gran atracción del turista en Caldea, no faltan en todo su territorio ruinas y monumentos sumamente importantes que visitar; y como ya nos habíamos costeado hasta Hillah, hubiera sido un remordimiento eterno no completar la excursión por todo lo más notable del Mat-Kaldi.

Abu-Sharein. Comenzando por la parte mas meridional de la Caldea, hácia el Golfo Pérsico, nos encontramos en Abu-Sharein, situado poco mas allá de donde el Tigris y el Eufrates se juntan. Son las ruinas de *Eridu* exploradas por el asiriólogo Taylor: presentan el aspecto de fortaleza, situada sobre una eminencia artificial de tierra ó plataforma, que se levanta sobre una construcción de 20 piés de altura.

Altas murallas forman el recinto de la fortaleza, á una de cuyas extremidades elévase un enorme torreon; pero el cuerpo principal del monumento está hácia el centro de la plataforma, y

es á manera de pirámide. La construcción es de ladrillos crudos, duros y enormes, revestida de una pared de ladrillos cocidos al fuego. La pirámide se eleva aún á la altura de 70 piés y era de varios pisos: de la gradinata que conducía al primer piso, y que tenía una anchura de 15 piés, vénse aun algunos bloques marmoreos que formaban los escalones ó gradas.

La cima de la pirámide estaba coronada con un templete; y de su antigua riqueza son testimonio muchos trozos de ágata, alabastro y mármol, muy bien tallados y pulidos; gruesos clavos de bronce con cabeza de oro, y fragmentos de otros objetos también de oro.

Contémplanse en las inmediaciones de la pirámide restos de otros edificios, cuyas paredes están pintadas con fajas tricolores de rojo, blanco y negro, decoradas al mismo tiempo con dibujos de personas y aves. Pero la parte más importante del descubrimiento de Taylor son las inscripciones cuneiformes, aunque breves y mutiladas, y que se encontraron en los ladrillos de que estaba cubierta toda la plataforma. Algunas llevan el nombre de antiquísimos Príncipes caldeos que se titulaban *Patessi*, esto es, *Vireyes de Eridu;* mientras el mayor número se refieren á monarcas que, aun cuando residían en otras ciudades, se gloriaban de enumerar á la ciudad antiquísima de *Eridu* entre las posesiones màs importantes del reino.

En las inmediaciones de esta ciudad está el *Gandunyas*, el Paraiso terrenal, del cual hablaré especialmente en capítulo separado.

Mugheir: *Ur Chaldeorum.* A poca distancia de Eridu y á unos 10 kilómetros de la ribera occidental del Eufrates yacen las ruinas de otra ciudad antiquísima, extendidas á manera de túmulos y oteros sobre una eminencia oval de terreno, cuyo mayor diámetro es de un kilómetro. El principal monumento es una torre de varios cuerpos, de 70 piés de alto, sobre una base rectan-

gular, con los ángulos segun costumbre, exactamente situados á los cuatro puntos cardinales del horizonte. En la cima elevabase un templo que recuerdan las inscripciones de los ladrillos, en donde léense también los nombres de los reyes que la erigieron ó restauraron.

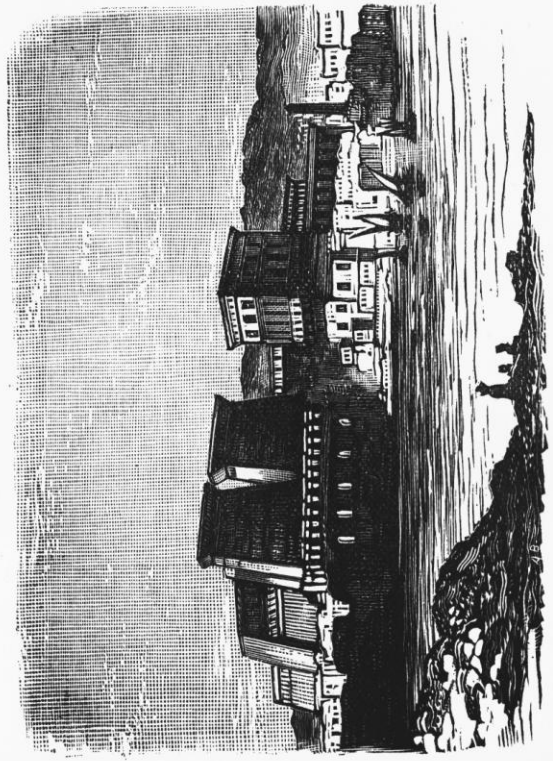
De la abundancia de asfalto que se encuéntra en estas ruinas, los Árabes pusieron al lugar el nombre de *Mugheir*, que significa *ciudad del asfalto*. Sin embargo, este nombre vulgar no es otro que el de la antiquísima y célebre ciudad, patria de Abrahan, *Uru* ó *Ur Kasdin*, la *Ur Chaldeorum* de la Bíblia.

Es sumamente importante este descubrimiento, no solo por el recuerdo del gran Patriarca de Oriente que veneran igualmente hebreos, cristianos y musulmanes, sino también por la abundancia relativa de ruinas y documentos monumentales y antiquísimos.

Ademas de las inscripciones cuneiformes indicadas, encontró Taylor muchas otras de gran precio y en gran número, sobre prismas y conos de arcilla cocida al fuego, sobre piedras de basalto y sobre barriles de terracotta encajados en los cuatro ángulos de la torre mencionada; así como en los ladrillos pertenecientes á los otros edificios y entre las tumbas que se encuentran en gran número en medio de la ciudad y en sus inmediaciones, constituyendo uno de los descubrimientos mas importantes para la asiriología.

De estos documentos dedúcese la grande antigüedad, poderío y esplendor de la ciudad, que desde tiempos del remoto rey *Urkam* hasta los de Nabucodonosor fué mansión de Príncipes, plaza floreciente de comercio y escala de navegación para el Eufrates y para el Golfo Pérsico ó Mar Erítico hasta el Egipto por las costas de la Península arábiga.

La gran pirámide que elévase aún en medio de las ruinas de *Ur* y el templo que la coronaba, estaban consagrados al dios *Sin*, siendo su primer



SILUETA DE BABILONIA—HILLAH

constructor el antiguo rey Ur-Kan, segun atestiguan los siguientes epígrafes:

«Ur-Kan, rey del país de Uru, ha fabricado el templo del dios Sin.» «Al dios Sin, su rey Urkan, rey de Uru, ha fabricado el Templo y la Fortaleza de Uru».

Sábese que *Sin* era el dios Luno, hijo del zodíaco y protector de la tierra; tenía puesto entre las grandes divinidades caldeas y su veneración era particularmente grande y célebre en Ur.

La situación de Uru, que no debe confundirse con Orfa, como creen algunos, no desmerecia en grandeza ni á la Babilonia contemporánea ni á Orchöe, así se llamaba antiguamente Orfa; Ur era no solamente una de las ciudades más antiguas de la Caldea, sino la más antigua de todas y su importancia está atestiguada por los primeros documentos cuneiformes. Es de notar que por el magnífico templo que poseía en honor del dios *Sin*, esto es, la Luna, *Kamar*, se le dió sin duda el sobrenombre de *Kamarina*; de donde otros la confundieron con la misma Kamarin en Babilonia, opinión que como la de confundirla con Orchöe ú Orfa, está desmentida por las inscripciones cuneiformes.

Sinkereh: *Larsam*. — A unas veinte millas de Mugheir, en la orilla oriental del Eufrates, existe un cúmulo de ruinas que ocupan un circuito de cuatro millas y media de circunferencia. Nótase por su aspecto magestuoso una colina de 70 piés de alto formada por las ruinas de un colosal edificio que tiene 320 piés de largo por 220 de ancho, circundado por un muro de 4 piés de espesor y sobre cuyos ladrillos léese el nombre de Nabucodonosor, que por consiguiente fué quien la edificó.

Al rededor de esta ruina existen otros montículos menores, restos de edificios construidos al uso caldeo con los ladrillos secados al sol y cocidos al fuego, unidos con asfalto. Loftus, que esploró estas ruinas, descubrió tumbas antiquísi-

mas, cilindros cargados de inscripciones, y otros epígrafes en gran cantidad y de toda edad, desde los tiempos del rey Urkam hasta los de Nabucodonosor, Nabonidas y hasta Cambises: de donde se deduce que la antigua ciudad floreciente al través de los siglos, prosperaba aun bajo la dominación persa.

Sin Kereh es el nombre moderno de este cúmulo de ruinas; pero el nombre antiguo, deducido de las inscripciones es el de *Larsam*, que Beroso señala como patria de *Xisuthrus*, el último de los reyes antidiluvianos, el Noé caldeo.

Larsam en lengua asiria significa *ciudad del Sol*; y el Sol en efecto, el dios *Sam* ó *Samas* tenía aquí culto especial como consta de los epígrafes de los templos dedicados á esta deidad pagana.

Uno de ellos había sido construido por el rey Urkam, y hé aquí la inscripción de un ladrillo de sus ruinas:

«*Al Dios Samas, su rey Urkam, el varon poderoso, rey de Ur, de los Sumires y de los Accades, ha fabricado este palacio.*»

Otro templo célebre con el nombre de *Bit-Parra*, y quizás el más grandioso de todos; era obra del rey Sin-Ydin-Nam, consagrado tambien al dios Samas, quince siglos antes de Jesucristo. Existen muchos otros montículos que deben contener ruinas pertenecientes á los suburbios de Larsam.

Warka: Erech ó Arach.—A quince millas de Larsam, al S. E. de Babilonia, cerca de cuatro millas de la márgen oriental del Eufrates, se encuentran las ruinas de Erech, que tiene tambien preciosos monumentos para la asiriología.

Es antiquísima y de ella habla la Biblia, habiendo sido fundada por Nemrod. El banco ó colina que cubre sus ruinas, se extiende á unas 10 millas, elevándose en la llanura de un terreno paludoso, ordinariamente circundado por las aguas, de manera que forma una inmensa isla en la época de las inundaciones del Eufrates: por cuya razon, aunque Loftus

haya descubierto algunas de las ruinas principales, son mucho más las que quedan por explorar.

En este campo inmenso de ruinas sobresale una torre cuadrada, con los cuatro ángulos segun los puntos cardinales. Tiene 200 piés de altura y está construida con ladrillos disecados al sol, de varias formas y dimensiones, que indican épocas distintas, y entremezclados á trechos con capas de cañas, por cuya razón los árabes le llaman *Buvarieh*, estera de caña.

Desde lo alto de la torre, se goza de una hermosa vista, y contémplase al rededor por más de seis millas en circuito, una cadena de montículos. En sus inmediaciones elevábanse dos templos, uno dedicado al dios *Anu* y el otro á la diosa *Beltis* y en sus ladrillos están escritos los nombres de los príncipes que los erigieran.

Vése á la derecha otra gran ruina á 840 piés de Buvarieh, y es un cúmulo de edificios que los Arabes llaman *Wusbas*, comprendido dentro de un rectángulo de 650 piés de largo por 500 de ancho, según los cuatro puntos cardinales, que es un distintivo característico de los monumentos caldeos. El mayor de estos edificios surgía sobre una corona de varias mesetas, que se elevaban la una sobre la otra á manera de terrados y á las que se subía por medio de amplias gradinatas.

Warka es, según Menant, el punto más interesante quizás de toda la Caldea. Aquí floreció por muchos siglos una célebre escuela de eruditos y sábios caldeos, recordada por Plinio y por historiadores griegos.

De los archivos de Erech el rey Asurbanipal sacó los materiales para la famosa biblioteca con que enriqueció, según dijimos, el palacio de Sennaquerib en Nínive. Y las esploraciones de Loftus, aunque poca cosa en comparación de tan vasto campo, sin embargo ya han dado á luz grandes tesoros de epígrafes, y documentos preciosísimos de historia pública y de memorias particulares pertenecientes á edades diversas; como quiera que al lado de las inscripciones del rey

Urkam y de *Dungias,* su hijo, que son de los mas antiguos testos de historia caldea hasta ahora conocidos, pues suben hasta *veinticinco* y mas siglos antes de Jesucristo, encuéntranse las leyendas relativamente modernas que se refieren á los sucesores de Alejandro, á Selenco, Demetrio, Antioco y hasta á los Partos Arsacidas del primer siglo antes de la era cristiana. De donde se deduce por una parte la grande antigüedad de Erech, y de la otra la importancia que conservó en todo tiempo entre las ciudades caldeas, sin disminuir al través de tantos siglos y al sucederse de tantas dominaciones.

Por lo demás, es digna de notarse otra singularidad de Erech, cuyo nombre significa *ciudad de las tumbas* ó *necrópolis*, cual es cabalmente el número incomensurable de tumbas que contiene en su seno y que cubren sus alrededores y hasta el desierto que la circunda por una extensión desconocida. Fué, por consiguiente la inmensa necrópolis donde bajaron á reposar las sucesivas generaciones de siglos y siglos; necrópolis á la cual ninguna otra del mundo, ni aun la famosa de la antigua Tebas de Egipto, ni Mitla ó Palenke de la América prehistórica, pueden por grandeza compararse.

En ella, en efecto, Loftus y Oppert reconocieron la acrópolis sagrada de la Caldea, el cementerio común en donde los pueblos del bajo Eufrates deseaban tener su sepulcro, á la sombra del templo del dios *Anu*, que es llamado en los monumentos *el rey del mundo inferior* y el *Señor de las tinieblas*, que en Warka tenía culto especial. Era además uso de los antiguos caldeos, encerrar sus muertos en sarcófagos de tierra cocida, modelados, como las cajas de las momias de Egipto, sobre la forma del cadáver; así como la de colocar al lado de este varios objetos y utensilios, que son reliquias preciosas de la civilización de aquellas edades.

Ahora bien; como estos depósitos de huesos y restos humanos, agrupados unos sobre otros desde

miles de años, ocupan en derredor de Warka una inconmensurable estensión de terreno hasta la profundidad de mas de 60 piés ¿quién puede calcular los tesoros que se encontrarian, explorando esta inmensa ruina hasta el último yacimiento y hasta la época primitiva de Nemrod? Y hé aquí una de las mayores esperanzas de inauditos descubrimientos á realizarse por la asiriología, á pesar de los grandes progresos hechos hasta el presente, constituyendo en verdad, al decir de Menant, el hallazgo arqueológico más importante de la Caldea, el descubrimiento de la célebre Erech.

Por evitar proligidad, y porque no escribimos para asiriólogos, suprimimos la descripción de las ruinas de Tello, Nippur, Sippar y otras de Caldea; así como las de Seleucia y Ctesifon, próximas á Bagdad, y pertenecientes á los Seleucidas, relativamente modernas comparadas con las de la antigua Caldea.

Pero las indicaciones hechas bastan y sobran para demostrar el valor é importancia de una excursión al través de la Mesopotamia; así como para probar el sumo interés que tiene para la historia y para la ciencia los modernos descubrimientos de la Asiriología, reservándonos el hacer más adelante notar las conquistas apologético-críticas con relación á la Biblia.

Ahora se nos permitirá terminar este capítulo con una observación de turista: es muy verdadero que para conocer las conquistas de la Asiriología comparada con la Biblia no es necesario un viaje á Mesopotamia: pues casi basta hacerlo al Louvre y al Museo Británico, porque estos dos Museos contienen las riquezas más preciosas encontradas en las ruinas de la llanura mesopotámica; pero ¿acaso hay nada comparable á la satisfacción científica, histórica y arqueológica, sobre todo si se tiene afición á la Asiriología, de contemplar los mismos lugares, teatro de aquellas exploraciones, cuna del género humano, campo de las más gran-

des proezas, sede de los imperios más celebrados de la antigüedad y depositarios de los monumentos mas sonados de la historia?

Las ruinas de Herculano y de Pompeya en las inmediaciones de Nápoles, son como la peregrinación obligada de todos los viajeros, aunque en el Museo de Nápoles pueda verse cuanto de mas importante ha encontrado allí la arqueología.

Pero ¿y la contemplación del panorama arqueológico, la emoción de recorrer aquellas calles y plazas desoladas, por donde un día pasaba un pueblo inmenso?

¿Qué será, pues, la excursión por los monumentos y ruinas de Mesopotamia, y cuando en los propios lugares pueda uno decirse: «aquí fué Nínive; aquí existió Babilonia?» Pronunciar estas palabras en el mismo sitio de su actual desolación y extinguida grandeza; la vista de sus ruinas incomparables causan una emoción y una satisfacción intelectual sin par é imborrables. Ni ¿qué son á su lado todos los demás monumentos de la antigüedad? Yo hubiese preferido no ver á Londres, ni Paris, ni San Petersburgo ni á Pompeya, ni á Herculano, ni á las demás que en el mundo he visto, si se exceptúan Roma y Jerusalen y las de nuestra América prehistórica, si me hubiese encontrado en la alternativa de trocar por ellas el viaje á Mesopotamia, á Nínive y Babilonia, especialmente. ¡Han sonado tanto en la historia y en nuestro espíritu!....

Yo tenía tambien otro motivo de satisfacción y de simpatías para visitar el país de los Accades y y Sumires (Caldea); como quiera que entre los americanistas es reputada como azás probable la opinión que supone el orígen de los Americanos como descendientes, hace unos tres mil años, de los habitantes de Accad y de Sumir. (1).

Así, pues, al recorrer aquellos lugares, hacíalo con la dulce complacencia de un americano que visitaba

(1) Esta cuestión la he tratado en el cap. «Relaciones de las civilizaciones de América con la del sudeste del Asia» en el folleto titulado *Las Ruinas de Palmira.*

la cuna ó madre patria de la misteriosa América prehistórica; pensando que la exhumación é interpretacion de las inscripciones accadianas y cuneiformes podrán servir un día para determinar de una manera apodítica el orígen de las razas americanas primitivas y de su antigua civilización; pues quizás llegará á descubrirse en los monumentos precolombianos alguna otra *Piedra de Roseta*, cuya clave, para la interpretación americanista, pudiese ser la epigrafía accadiana.

Y hé aquí porque vamos á ocuparnos en seguida de este asunto, no en cuanto tiene relación con el americanismo, sino en cuanto constituye una parte muy importante de la Asiriología.

La epigrafía cuneiforme

Si el descubrimiento de las ruinas de Nínive y Babilonia ha constituido la revelación por sus monumentos de una cultura y civilización perdidas para la historia de la humanidad; inmensamente mas importante ha sido la interpretación de la epigrafía cuneiforme, pues sin ella los monumentos asirio-caldeos serían mudos é ininteligibles: hé aquí porque creemos oportuno decir algo de esta preciosa conquista del génio contemporáneo.

Es notorio que la lengua usada en los monumentos de Asiria y Caldea no ofrecía dificultad en sí misma, pues por lo general no es otra cosa que un dialecto arameo, muy conocido entre los eruditos y lingüistas, sino en la escritura, del mismo modo que nos sería imposible leer un trozo de español escrito en caracteres sanscritos; era, pues, absolutamente necesario encontrar la clave para la lectura de las inscripciones monumentales.

El elemento generador del alfabeto ó escritura asirio-caldea semeja una punta de flecha, un clavo, *cuneus* en latin, por cuya razon se llama *cuneiforme* à esa escritura.

La distinción de los caracteres se obtiene por las varias combinaciones y posiciones de los *cuneos*, que se agrupaban de á dos, tres ó más, ya paralelos, ya en ángulo recto ú oblicuo, ya horizontales ó verticales, combinándose en múltiples maneras y modos.

Semejante forma de caracteres provenia naturalmente del modo que tenian los Asirios y Caldeos de escribir y de los materiales que usaban. Ellos no empleaban el papirus, ni el papel pergamino, ni tejidos de tela, como otros pueblos, para dibujar con tinta los caracteres por medio de la pluma, pincel ó estilo; ni tampoco los delineaban en seco sobre tablillas de madera, hojas de palma ó corteza de árbol con la punta de un estilo; sino que abundando tanto la arcilla, que cubre toda la llanura mesopotámica, se servian de ella para escribir, trazando en cóncavo los caracteres ó signos sobre ladrillos de arcilla blanda, que despues hacian cocer al fuego para endurecerla, siempre que deseaban conservar lo escrito. Estas tablillas escritas de ambos lados, eran las páginas de sus libros, y son los *coctiles laterculi* mencionados por Plinio.

Ahora bien, los asirio-caldeos, para imprimir sobre la blanda pasta de arcilla sus signos, servíanse de un estilo de cabeza triangular: el surco rectilineo formado por el estilo trígono tomaba naturalmente la forma de clavo, *cuneo*, de donde toda la escritura resultaba *cuneiforme*. Y aun para esculpir en piedra los caracteres en forma de *cuneo* eran mas fáciles de ejecutar, bastando para formarlos dos golpes de cincel. Lo mismo sucedia con el grabado en madera, del que servíanse como de matriz para imprimir; como quiera que además del estilo á mano, usaban tambien una especie de imprenta, semejante á la nuestra, imprimiendo sobre la arcilla fresca ciertas formas de madera, en donde estaba esculpida la leyenda, pudiendo en poco tiempo reproducir millares de copias del mismo texto.

«La escritura cuneiforme, dice Lenormant, es uno de los sistemas más complicados del cual se ha servido el hombre para escribir sus pensamientos. El descifrarla presentaba inmensas dificultades: hoy el problema está resuelto con la enseñanza de reglas indiscutibles, debiendo este hallazgo enumerarse entre los más hermosos y fecundos descubrimientos de nuestro siglo en el campo de las ciencias históricas.»

Y ¡qué conquista para los americanistas, si un descubrimiento semejante de parte de las lenguas americanas, resolviera los misterios de la epigrafía precolombiana de los monumentos prehistóricos de más de doscientas ciudades arruinadas de Méjico, Centro América, Perú y Cundinamarca; que pertenecen quizás á una civilización contemporánea de Nínive y Babilonia! El triunfo de los asiriólogos es una prenda de grande esperanza para los americanistas.

En efecto, lo arduo del problema cuneiforme, era tal que los mas eruditos asiriólogos en medio de la confusión, oscuridad, incertidumbre y ambigüedad contínuas que presentaban á su lectura aquellas selvas de *cuneos*, sentíanse sumamente embarazados y tenian necesidad de prolongado y fatigoso estudio para encontrar la clave de sus misterios; y no era de estrañar, pues al decir de la Biblia, Daniel debió aplicarse por tres años consecutivos para aprender *litteras et linguam Chaldeorum* y eso que debía tener maestros competentes, que enseñaban una lengua entónces viva.

En prueba de ese inmenso trabajo y dificultades de los asiriólogos basta recordar la gran multitud de tratados lingüisticos, silabarios, diccionarios, sinonimias, manuales, guías y semejantes que encontráronse en las bibliotecas asirias, especialmente en Nínive en la famosa bliblioteca recogida, como hemos dicho, por el rey Asur Banipal en el palacio de Sennaquerib: restos de una vasta enciclopedia gramatical, compuesta por los asirios en la época más floreciente de su literatura, destinada evidentemente para uso público de sus estudiantes.

«Una buena mitad, dice el erudito asiriólogo Lenormant, de los monumentos de la escritura cuneiforme anariana, que estuvo en uso en Asiria y en Babilonia desde tres mil años, y mas aún, antes de Jesucristo, hasta el tiempo de los Seleucidas, se compone de *guide-âncs*, claves, que

sirven para descifrar la otra mitad, y que nosotros consultamos hoy día, cabalmente como hacían veinticinco siglos há, los estudiantes del antiguo país del Asur.»

Y que á tal uso público sirviese la biblioteca, lo atestigua un epígrafe encontrado al pié de uno de sus libros, esto es, al dorso de una tablilla de ladrillo, última página de un tratado gramatical:

«*Palacio de Asurbanipal, rey del mundo, rey de Asiria, á quien el Dios Nebo* y *la diosa Tasmite* (diosa de la ciencia), *dieron oidos para entender* y *abrieron los ojos para ver, lo que constituye la base del gobierno de los pueblos. Ellos revelaron á los reyes mis antecesores esta escritura cuneiforme, manifestación del Dios Nebo, el Dios de la inteligencia suprema. Yo la he puesto en tablillas, la he ordenado* y *la he colocado en mi palacio para instrucción de mis súbditos.*»

Y en otra inscripción que hace parte de la larga leyenda histórica del mismo Asurbanipal, esculpida sobre cilindros de arcilla en el mismo palacio, recuerda el rey entre sus demás glorias:

«Yo, Asurbanipal, he reunido en este Palacio los oráculos de Nebo y todas las tablillas cuneiformes del reino. Yo he resuelto los misterios y sus dificultades. Yo....»

Ya se comprenderá que el magno descubrimiento de esta biblioteca de Asurbanipal y de otras semejantes, fué uno de los más felices hallazgos para el adelanto y progreso rápido de la Asiriología; como quiera que de sus tratados gramaticales sacaron los asiriólogos un poderoso auxilio para resolver los enigmas de la intrincada y misteriosa escritura cuneiforme y poder penetrar sus leyes y reglas para con seguridad y acierto interpretar los monumentos, que de otra manera hubiesen permanecido mudos, sin poder revelarnos la prodigiosa historia de aquellas remotas edades y de aquellos famosos imperios.

Y como este descubrimiento ha sido una de las más preciadas glorias de nuestro siglo queremos hacer una somera indicación á este respecto, y recordar los nombres de los doctos arqueólogos que principalmente se distinguieron en tan noble y meritoria empresa científica, señalando los pasos con que paulatinamente fueron unos en pos de otros realizando la conquista de este nuevo mundo para la ciencia contemporánea. No fué este descubrimiento obra de un solo sabio, ni á manera de una súbita revelación, como el descubrimiento de los geroglíficos hecho por Champollion; sino obra y gloria de muchos sábios que concurrieron cada cual con el contingente de su esfuerzo y de su génio, hasta realizar prodigios, que á penas se pueden comprender.

El comienzo y principio del descubrimiento de la interpretación de la literatura asiria, muerta desde tantos siglos, debía tomarse de alguna lengua conocida como punto de partida. En Egipto, para el descubrimiento de los geroglíficos, Champollion había partido de la célebre inscripción de la *Piedra de Roseta*, que contenía un decreto solemne de los sacerdotes en honor del quinto de los Ptoloneos escrito en tres formas de escritura: geroglífica, demótica y griega; y sin la luz de semejante inscripción y de otras análogas en varias lenguas, de las cuales una era ya conocida, los geroglíficos hubiesen quedado en el misterio que los ocultó durante siglos.

Ahora bien: fué semejante la clave encontrada por los asiriólogos: la grande inscripción *trilingue de Behistun*, fué para los cuneiformes asirios lo que la Piedra de Roseta había sido para los geroglíficos egipcios.

En efecto: sobre la gran vía que desde Bagdad conduce á Ispaham en el valle de Kerah, encuéntrase á la izquierda una roca gigantesca de unos 560 metros de altura perteneciente al monte Bagistan, ó sea *Behistum*, del cual toma su nombre

Desde la altura de 100 metros la piedra calcarea esta pulida con arte para recibir la inscripción, que forma un extenso bajo-relieve, representando en proporciones colosales el triunfo de Dario Histaspe sobre los reyes enemigos, postrados con cadenas á

sus piés; y debajo de estas figuras está una gran inscripción de varios centenares de líneas en tres columnas bien distintas en caracteres nítidamente cincelados, defendidos de la intemperie por un esmalte ó barniz trasparente á manera de cristal líquido que se hubiese colocado encima, gran parte de cuyo esmalte ha caído al suelo.

Los caracteres de la inscripción son todos cuneiformes, los reyes Aquemenides, que colocaban en sus monumentos las tres lenguas propias de las tres naciones principales de su imperio, esto es *Persa*, *Medo-escita* y *Asiria*, interpretándose esta última con el auxilio de las otras dos, que ya se conocían en parte en la época del descubrimiento de los monumentos asirio-caldeos.

Después de grandes dificultades lingüísticas y paleográficas hicieron sólidos progresos, llegando, en fin, en el espacio de tres lustros de esfuerzos y trabajos inmensos á resolver con reglas seguras el gran problema de la interpretación de los cuneiformes asirios.

Y séame permitido indicar de paso que no creo fundada la dificultad que un notable asiriólogo me oponía contra la esperanza que, con ocasión de hablar de la *inscripción de Behistun*, manifestaba tener yo, de que un hallazgo semejante pudiera darnos la clave para interpretar las inscripciones de los monumentos prehistóricos de América; objetábase la ausencia de una lengua intermediaria conocida. Pero, ¿acaso no podrá servir para ello la epigrafía cuneiforme, si llega á demostrarse ó encontrarse el rastro filológico del orígen acadiano y sumeriano de las tribus primitivas de la América precolombiana? No renuncio pues á esta esperanza!

Pero volviendo á la epigrafía asiria cuneiforme es de advertir que á todos los trabajos de insignes asiriólogos esparcidos y separados y algo confusos dió organización y unidad las elucubraciones inmortales de Guillermo Oppert, á quien débese la gloria de haber antes que ninguno otro establecido la gramática de la escritura y de la lengua de los Asirios; aunque al de Oppert deben asociarse los

nombres de otros dos insignes asiriólogos, Joaquin Ménant y Francisco Lenormant, quienes tanta parte tuvieron con aquel en los estudios asirio-caldeos y en vulgarizar los nuevos tesoros de literatura é historia orientales.

La seguridad adquirida en estos estudios ha tenido espléndidas confirmaciones, para creer definitivamente en sus resultados.

Célebre, entre otras, es la que se obtuvo con el ensayo oficial propuesto en 1857 por iniciativa del asiriólogo Fox Talbot, por la Sociedad Asiática de Lóndres. Talbot escogió la primera de las inscripciones asirias publicadas por los Directores del Museo Británico, esto es, el gran texto de los prismas encontrados en Kalah-Sherghat, en los cimientos del Palacio de Teglath-Pal-Asar I, en que el rey, que existió entre el siglo XII y XI antes de Jesucristo, cuenta por extenso las empresas del primer año de su reinado.

De estas inscripciones Talbot mandó á la Sociedad Asiática, en pliego sellado, la traducción hecha por él, y al mismo tiempo otros tres de los más notables maestros de asiriología: el general Rawlison, el Dr. Hincks y Julio Oppert, mandaron la version del mismo texto tambien en pliego sellado. Ahora bien; comparadas entre sí estas versiones resultaron ser las cuatro sustancialmente conformes. Este triunfo paleográfico fué muy sonado.

Siguiéronse también otras luminosas confirmaciones: así una inscripción en cuatro leguas, egipcia, persiana, asiria y medo-escita; al descifrarla en la parte cuneiforme según las reglas establecidas, dió el mismo resultado que los geroglíficos egipcios. En otro documento conocido bajo el nombre de *Piedra Michaux*, se encuentra expresado un cálculo de catastro en cuneiforme, fácil de verificarse en cifras numéricas; leidos los cuneiformes con el método prescrito dieron un sentido correspondiente á las cifras.

Por lo demás, las pruebas han seguido repitiéndose de una manera tan prodigiosa, que ninguna duda queda acerca de la autenticidad del gran

descubrimiento. Enteros volùmenes de inscripciones sacadas de los monumentos de Nínive y Babilonia y de las demas ciudades asirio-caldeas se han publicado yá en revistas científicas, y la veracidad de su traducción es incontestable.

Por consiguiente, la ciencia de los cuneiformes ha tomado puesto definitivo entre las ciencias modernas orientalistas y debe enumerarse entre las mas bellas conquistas hechas por el genio humano en los tiempos modernos, como quiera que con ella «un nuevo mundo de lenguas, al decir de Maspero, y de pueblos desconocidos, se ha abierto al estudio de los sabios; y treinta siglos de historia han salido de la tumba para recomparecer à la luz pública».

Indicaciones sobre la invención de la escritura

Ya que nos hemos ocupado de la epigrafía cuneiforme, queremos observar que según los modernos paleógrafos y anticuarios, la escritura alfabética es de orígen semítico, y que la ciencia ha puesto fuera de duda que en tiempo de Moises existia yá la escritura fonética, por más que algunos exégetas racionalistas hayan alegado lo contrario para negar la autenticidad del Pentateuco como obra de Moisés.

Así Leiffach, que afirma haber leido mas de diez mil papirus, ha demostrado que el uso de la escritura existia evidentemente dos mil años antes de Jesucristo, y Chapillion halló en el museo de antigüedades egipcias de Turin un acta de Tutmosis III, que reinó en Egipto mas de dos siglos antes de Moises. Por consiguiente, los Hebreos pudieron conocer la escritura ¡cuatrocientos años antes de Moises! Esta objección de la crítica racionalista nos lleva á tratar de la invención de la escritura.

Más, no se tome á lujo de erudición, sino á curiosidad y por aprovechar apuntes paleográficos, el que hagamos algunas indicaciones sobre esta materia.

Desde luego el arte de la escritura, el más útil al hombre de todos los que se han inventado, tuvo su orígen en el Oriente, en esa región cuna de la humanidad y de la civilización, donde nacieron todas las ciencias y artes, donde el génio de inteligentes y poderosas razas levantó esos grandiosos monumentos que existen todavia á despecho del tiempo y de las arenas de los desiertos.

¿Ha precedido la escritura ideográfica á la fonética, expresiva esta tan solo de sonidos?

Así se ha creido generalmente hasta los trabajos de Champolión sobre la triple inscripción de Roseta que han venido á demostrar que los caracteres geroglíficos egipcios, y sus derivados, los hieráticos y demóticos, propias taquigrafías del primero, son caracteres fonéticos.

La opinión de los que sostienen la prioridad de la ideografía no es hoy, pues, tan seguida como lo era antes de los estudios del sábio francés, por más que nosotros creamos que el signo simbólico ha precedido á los caracteres alfabéticos.

El geroglífico, bien haya expresado el pensamiento de una manera ideográfica ó fonética, es antiquísimo. Si hemos de dar crédito á Josefo los geroglíficos eran conocidos antes del diluvio, habiéndolos usado los hjios de Set. Martan asegura que el segundo rey de Menfis fué el inventor de la escritura simbólica y los chinos creen que se descubrió en su país en tiempo del emperador Fo-Hi (año mil de la creación). (Isaac Nuñez. *Gram. gener.* p. 137).

Los fenicios conocieron los geroglíficos mucho antes de la escritura alfabética, según opinión de Beyerlinck y de Lucano, lo mismo que los griegos, á juzgar por lo que dice Porfirio de ciertas columnas antiquísimas encontradas en la isla de Creta, en las cuales habia geroglíficos que aludían á los ritos observados por los corybantes

ó sacerdotes de la diosa Cibeles. Los chinos no han conocido nunca otra clase de escritura, subiendo entre ellos el número de geroglíficos á setenta mil, segun Navarrete, y á cerca de ochenta mil, segun Trigaulcio. Los habitantes de las Carolinas emplean hoy la escritura ideográfica que fué usada también por los mejicanos y por las tríbus indígenas de la América del Norte. S. Clemente de Alejandria sostiene que los hebreos la conocieron de muy antiguo.

Puede consultarse acerca de la materia la erudita obra de Pieri sobre los *Geroglíficos*.

Por lo que hace á la invención de la escritura fonográfica ó alfabética, nada se sabe de fijo, siendo tantas y tan diversas las opiniones de los autores sobre este punto, que la imaginación fluctua indecisa entre mil conjeturas distintas sin saber á donde ha de dirigirse para encontrar la verdad.

Platon, asegura que estas tienen un orígen divino, como lo creían los indios, por cuya razón las llamaban *devanagari;* escritura de la divinidad.

Nosotros que, con el eminente escritor católico Bonald, creemos que el lenguaje ha sido comunicado por Dios al hombre, no tenemos dificultad en asentir á esta opinión; quien ha otorgado el primero y soberano don, el de la inteligencia, con el del lenguaje, bien ha podido dispensar este otro, que es completamentario suyo.

Polydoro Virgilio cree la escritura antidiluviana é inventada por los hijos de Enoch; Luis Vives, Juan Tzetzes, y otros la atribuyen á los hebreos. Crinito, Giraldo y Epulemo tienen á Moysés por el inventor de las letras, opinión con la que no está conforme San Agustin, pues cree mas antiguo el descubrimiento de estas. Filon lo atribuye á Abraham. Epígenes á los babilonios, y Tácito á los egipcios, Otros muchos, según Eusebio tienen por el primer alfabeto uno de los varios en que se escribía el siriaco; pero el autor de la *Preparación Evangélica* se inclina á creer que fueron los hebreos los inventores de la escritura.

Lucano asegura que los fenicios fueron los primeros que conocieron la escritura, siendo Herodoto, Plutarco, Pomponio Mela, Rufo y Festo, de la misma opinión.

Sea de esto lo que se quiera, y ora hayan sido los hebreos los inventores de la escritura, ora los fenicios ó cualquier otro pueblo, no puede dudarse que es antiquísima, encontrándose monumentos que lo atestiguan, tales como las inscripciones de Amíclea, las tablas eugubinas y las observaciones astronómicas que encontró escritas en Babilonia Calistenes, las cuales fueron consignadas mil doscientos treinta y cuatro años antes de Jesucristo; y Sanchoniaton habla de inscripciones mucho más antiguas que las de Amiclea.

En la época en que los israelitas penetraron en la tierra de Canaan, es decir, mil cuatrocientos años antes de Jesucristo, era muy conocida la escritura, según se deduce del capítulo XV, del libro de Josué, donde se hace mención de una ciudad de los cananeos, «que antes se llamaba Kariath-Sepher, esto es, *ciudad de las letras*»; y de aquel pasage de Procopio en que se habla de inscripciones pertenecientes á los pueblos arrojados por Josué de la Palestina.

Por fin, Juan Annio dice que los caldeos conocieron la escritura tres mil años antes de Alejandro Magno.

∴

Trabajo harto difícil sería el ir haciendo ver como se fueron formando los alfabetos que usaron los diversos pueblos antiguos, y de donde trajeron su orígen. Nos contentaremos, pues, con una reseña bastante superficial.

No pasaremos adelante sin consignar la diferencia notable que existe entre los alfabetos semíticos y los indo-europeos, tan marcada y característica como las otras que los filólogos hallan en la estructura de los idiomas que componen estos dos grupos; y es la carencia, en los primeros, de signos que expresen los sonidos vocales, falta que

suplieron después las lenguas semíticas con los puntos *diacríticos*. Además, el sanscripto, y los idiomas de él derivados, se escriben de izquierda á derecha; y los semíticos en dirección contraria.

Según German Hugo las letras caldáicas nacieron de las hebreas, y de aquellas las árabes; pero Setzen ha demostrado que estas se derivan del *devanagari* ó alfabeto indio. Epulemo cree que los caracteres fenicios son tomados de los hebreos y Diodoro que de los siriacos: Huet asegura que estos últimos provienen de los hebreos. José Scaliger es de sentir que las letras griegas son derivadas de las samaritanas; Herodoto que de las fenicias y San Isidoro que de las hebreas, opinion á nuestro ver la mas fundada, pues las consonantes helénicas tienen nombres parecidos á las correspondientes letras hebreas; *alfa*, (*aleph*), *beta*, (*beth*), etc., y porque se hallan colocadas en el mismo órden.

Freret dice, contrariando la opinion de Herodoto, que los griegos tenían caractéres propios antes que Cadmo les diese á conocer los fenicios, parecer conforme al de Diodoro quien sostiene que los pueblos helénicos conocían la escritura mucho antes del diluvio de Deucalion. Ciceron y Eusebio creen que Tamiris ú Orfeo fueron los que la dieron á conocer en este país, y algunos otros, según Beyerlinck, que Cecrop, Danao ó Lino Tevano.

Por lo que mira á la escritura entre los egipcios, Marco Varron dice que estos la recibieron de Isis y Plutarco y Calmet que del segundo Thot ó Mercurio.

Ochocientos eran los caracteres que componían cada uno de los alfabetos, geroglífico y herático, divididos en gráficos, simbólicos y fonéticos, habiendo entre ellos muchos signos *homófonos*, ó de igual sonido: el demótico tenía muchos menos, y se empleaba para los usos ordinarios de la vida.

Acerca del número de letras de que constaba cada alfabeto puede consultarse á Isaac Núñez, (*Gram. gener.* p. 141): el númida que tenía cuarenta y siete y el sanscrito que constaba de cincuenta, catorce de ellas vocales, son los alfabetos de mayor número de caracteres que se han conocido.

La taquigrafía ó escritura abreviada fué tambien conocida de los antiguos. De ella hacen mención Suetonio y Ausonio. Dion Casio habla de Mecenas como del inventor de este género de escritura. Los *notarios*, desde el tiempo de Augusto, se valían de la escritura taquigráfica, y por esto les llamaban *notari; a notis*.

Por incidencia hablaremos aquí de la *invención de los guarismos,* punto que tiene bastante analogía con la materia de que nos ocupamos. Se ha creido generalmente que los árabes fueron los inventores de las cifras numéricas que hoy usamos nosotros; pero Vosio ha demostrado con testimonios irrecusables que son mucho mas antiguas, toda vez que se encuentran en el *Códice de los Geómetras* de Boecio, y en una de las obras de Séneca. Según Huet los mismos árabes confiesan que no son ellos los inventores de las cifras numéricas, asegurando el citado autor que los guarismos, de orígen griego, eran usados por los pitagóricos.

Poco tendremos que decir sobre la manera de escribir de los pueblos antiguos. Según queda manifestado, los semíticos lo hacían de derecha á izquierda y los indo-europeos ó japéticos en dirección contraria; pero siempre en líneas horizontales. Los chinos y etíopes, y aun los antiguos etruscos, escribían en líneas perpendiculares, género de escritura llamado *kiodenom*: algunos pueblos empleaban la *aratrix* ó *bustrofedon*, en la cual las líneas se enlazan alternativamente de izquierda á derecha y de derecha á izquierda.

Hablemos ya de la materia de que los antiguos se servían para escribir. Flavio Josefo dice que los primeros hombres escribían en piedras, pero este medio se comprende que no podía emplearse para los usos comunes, y si solo para consignar los hechos que debían trasmitirse á la posteridad;

generalmente la estela ó tabla de piedra se escribía por un lado; el *opistógrafo* estaba escrito por ambos, como las planchas de Heraclea.

Los babilonios, fenicios y danaos escribian en ladrillos; y los indios y sirácusanos en hojas de árboles. Plinio añade que á las hojas de los árboles sustituyeron, para la escritura, las túnicas interiores de los mismos, llamados *libros*. San Isidoro cree que la escritura en tablas de madera es mas antigua; y la verdad es que Homero nos habla de ella como existente en tiempo de Belerofonte.

En esta clase de escritura se empleaban algunas veces las maderas mas preciosas y aun el marfil; las tablas que se destinaban para este uso se cubrían generalmente con cera, llamándose *codex* (código) la reunion de muchas de ellas. Entre los romanos el texto de ciertas leyes y los privilegios concedidos á los municipios se escribian frecuentemente en planchas de plomo ó de bronce: asi lo dicen Plinio y Suetonio, siendo las *tablas loringianas*, uno de esos notables documentos.

De la escritura en lienzos, frecuente entre los antiguos, hablan, Plinio y Libio. En la India existe aun hoy día, empleándola los brahmas principalmente.

El uso, para la escritura, de las pieles é intestinos de animales, lo cree Paraciolo mucho más antiguo que el de las cortezas de los árboles. Según Plinio, Eumeno, rey de Pérgamo, fué el inventor de la escritura en membranas ó pergaminos. Beyerlink la cree mucho más antigua é inventada en Egipto; en Palestina era ya muy usada en tiempo de Eleazar. De la escritura en intestinos de animales hablan San Isidoro, Polyæno y Zonoras, el cual hace mención del ejemplar de las obras de Homero que estaba escrito en la piel de un dragon.

La escritura en *chartas* ó en las túnicas interiores de los árboles, *libri*, fué inventada, segun Guilandino, en *Charta*, ciudad de Fenicia. Las túnicas ó cortezas interiores del *papyro*, del *philyra* y del *thilo*, eran las que generalmente se

empleaban para este género de escritura, la cual duró en Europa hasta el siglo décimo. Estas membranas arboreas, en las cuales generalmente se escribía por un solo lado, se envolvían después, para mayor comodidad y de aquí el llamarlas *volúmenes*.

Los romanos empleaban tres clases de papyro: la *augusta*, la más excelente; la *julia*, ó ínfima, y la clase *claudia* que era un medio entre las dos anteriores.

El instrumento de que generalmente se valían los antiguos para escribir era el *stylus*, especie de punzón de hierro ó de hueso agudo, por uno de sus extremos y plano por el otro: lo empleaban los hebreos, griegos y romanos.

Las plumas de caña, *calami*, fueron conocidas de los egipcios y aun de los romanos, segun Quintiliano. También se valían los antiguos de las plumas de ave: Opmerio y Gregorio Tolosano lo aseguran así.

La tinta natural, entre los antiguos, *atramentum*, era cierto líquido negro que se extraía de uu pescado. A esta sustituyó la tinta artificial de cuya composición y diversos colores hablan Ciceron. Ovidio, Plinio, Persio y san Isidoro.

Los estrechos límites de este relato no nos permiten extendernos más sobre esta curiosa materia, aunque lo dicho es suficiente para poder formar una idea acerca del orígen y desarrollo de este maravilloso arte, en cuanto la historia y los monumentos antiguos, salvados de la devastadora acción del tiempo, nos lo han podido enseñar.

Pero de todos modos queda comprobado que en la época de Moisés ya se conocía la escritura.

La Asiria conforme á los modernos descubrimientos

Ha llegado el momento de demostrar el resultado científico de las exploraciones arqueológicas de la Mesopotamia aunque brevemente, pues no intentamos hacer un tratado de historia.

Así, nos proponemos en los siguientes capítulos utilizar los descubrimientos modernos de que hemos hablado, para que se comprenda la importancia de los mismos y por consiguiente el mérito y valor de las conquistas realizadas por la Asiriología.

Es tanto, en efecto, lo que han adelantado los investigadores modernos en el estudio de la historia de Oriente y de su civilización, que las ideas comunes trasmitidas por los clásicos han sufrido una completa transformación, relegándose no pocas á los dominios de las fábulas; con la notabilísima circunstancia de que permanecen firmes y auténticas las que nos dá la Biblia, la que á su vez recibe de los modernos estudios y descubrimientos una inesperada confirmación, como ha sucedido y sucederá, siempre que un estudio profundo venga á sustituir las atrevidas hipótesis contra ellas emitidas por una media ciencia y superficiales conocimientos del asunto. El Egipto, la Persia, la Caldea y la Asiria, al ser objeto preferente de los afanes de doctos y perseverantes orientalistas, han pro-

proporcionado deducciones no completas aun, pero que ofrecen, sin embargo, en la parte ya descifrada y comprendida, el mayor interés para las ciencias históricas, y muy particularmente para la Biblia.

Por eso creemos hacer cosa grata, refiriendo en breves indicaciones cuanto sobre el terreno clásico de la Mesopotamia hemos recogido de los mas modernos trabajos sobre Asiriología, empezando por el imperio de Nínive ó sea la Asiria propiamente dicha.

Háse desde luego demostrado que los habitantes de este país, asi como los de Caldea, pertenecen á la rama semítica de la raza caucásica, como lo enseña perfectamente la Biblia (Gen. 10.22). El tipo facial del asirio, tal como aparece en los monumentos, es completamente semita, como se vé en la pintura de la cabeza del rey Asur-Nasir-Habal, fundador del palacio del Norte de Nimrud, y en muchas otras figuras humanas de los monumentos; quedando así igualmente justificada la Biblia al afirmar que el reino de Asiria fué fundado por los babilonios (Gen. X. 11). La lengua era lo mismo que las del Sennaar en todo; é iguales en lo esencial las ideas religiosas de asirios y babilonios, correspondiendo á estos la preferencia.

Respecto á la historia del país y cultura de sus habitantes, hace poco que estábamos reducidos á las relaciones de los clásicos, escasas y frecuentemente embrolladas, esto es, á Herodoto, Diodoro Sículo, Dion Casio, Ammiano Marcelino, que bebieron á su vez en escritores antiguos é indígenas, como Beroso y Ctesias; y algo mas á las noticias de los cronógrafos Eusebio, Abideno y Sincello, como tambien á las referencias de la Biblia.

Con todos estos datos no era posible, sin embargo, formar una idea general algún tanto satisfactoria de las vicisitudes y desenvolvimiento de la nación asiria; mas no así despues que Layard Botta y demás asiriólogos descubrieron y pusieron de manifiesto en Korsabad, Koyundjik y Nimrud una série entera de palacios asirios entre las ruinas allí subsistentes, explorando los obeliscos,

figuras, estátuas de caliza y otras piedras, utensilios de bronce, porcelanas y gran multitud de objetos de barro, cilindros y barriles, ladrillos ó tablillas cocidas al fuego que contenían inscripciones con caracterés cuneiformes, de cuya escritura é interpretación ya hemos hablado. Aunque debemos añadir aquí que segun las investigaciones mas recientes, no fueron los semitas asirio-caldeos los inventores de la escritura cuneiforme, sino los *accadianos*, pueblo turanio que dominó el país antes que los semitas, como se ha demostrado por los silabarios encontrados en la biblioteca asiria.

Las mencionadas inscripciones y ladrillos cuneiformes han sido pues, las fuentes primitivas principales para la historia de Asiria y de Caldea. De ellas resulta que los relatos de los historiadores clásicos, singularmente Diodoro y Ctesias, sobre la historia primitiva de Asiria son meras fábulas.

Un Nino que echara los cimientos de Nínive y fundara un gran imperio asirio, no aparece en parte alguna, como tampoco Ninias supuesto hijo suyo. Nino es verosimilmente el héroe epónimo de Nínive y lo mismo que Ninias una persona ficticia. La leyenda de que su esposa Semiramis fundara á Babilonia y realizara colosales empresas, resulta falsa, como ya lo era por la Biblia (Gen. X.II.), y solo aparece una Sammuramitis, reina asiria, quizá oriunda de Babilonia y esposa de Binnirar III que reinó entre 810 y 781 antes de J. C., mucho tiempo después de la supuesta Semiramis clásica.

No es ménos mitológico el relato de Ctesias sobre la primera destrucción de Nínive ocurrida hácia el año 800 antes de J. C en el incendio en que se hiciera quemar Sardanápalo.

Segun se comprueba por las inscripciones, é indirectamente por la Biblia, la ciudad de Asur de este lado del Tigris, y más tarde la ciudad de Nínive, era una colonia de Babilonia.

Cuando se verificó la colonización de la Asiria por los Babilonios, no se puede afirmar con seguridad; sin embargo, como la série de dominadores asirios está comprobada por las inscripciones hasta

1450 retrocediendo, y como antes de este tiempo se hace mención en las inscripciones de dominadores asirios, puédese colocar con bastante confianza la fundación de El-Asur, esto es, la ciudad de las ruinas de Kalah-Scherghat, hácia el principio del segundo millar de años antes de Jesucristo.

Despues de 1450 próximamente hasta 1300, se nos ofrece una série sucesiva de reyes asirios en una tabla sincrónica de príncipes reinantes asirios y babilonios coetaneos. El rey Teglath-Adar I, determinado en una inscripción cuneiforme, pudo subyugar á su patria originaria, Babilonia, hácia el 1300, de lo cual nos da noticia un documento notable.

Desde este rey, cuyo padre Salman-Asar I fundó, segun la inscripción de Asurnasirhabal, á Chalah-Nimrud, última residencia de los reyes asirios al otro lado del Tigris, data la preponderancia de Asiria al Oriente, la cual seguramente no sufrió devastación ni incendio alguno, sino que duró esencialmente la misma hasta la mitad del siglo VII antes de Jesucristo.

En la más antigua série de los reyes célebres ó grandes emperadores asirios (*reyes de las naciones*) como se llamaban, ocupa el lugar más sobresaliente Teglath Pal-Asar I, que reinó desde 1130, y desde el principio de su reinado sometió á la decadente Babilonia. Desde el año 900 se nos presenta una estricta cronología, comprobada hasta en los pormenores en las listas de los llamados eponinos ó *Limú*, aquellos magistrados supremos ó arcontes, segun los cuales acostumbraban los asirios denominar el año correspondiente, serie cronológica que se ordena en una absoluta cronología por medio del eclipse solar, señalado en dichas listas, y que corresponde al 15 de Junio del año 763 antes de J. C.

La serie de reyes asirios desde el año 900, es como sigue:

Teglath-Palasar I, 889-884.
Asur-Nasir-Habal, 883-859.
Salmanasar II, 858-824.

Samas-Bin, 823-811.
Bin-Nirar, 810-782.
Salmanasar III, 781-772.
Asur-Dan II, 771-754.
Asur-Nirar, 753-746.
Teglath-Pal-Asar II (Phuld), 745-728.
Salmanasar IV, 727-723 (este es el que sitió á Samaria, rindiéndola su sucesor).
Sargon, 722-706.
Sennaquerib, 705-682.
Asar-Haddon, 681-669.
Asurbanipal, (Sardanápalo), 668-626.
Asur-Idil-Yli (Sarakus) 625 (?)

La confrontación y armonía de esta cronología con la de la Biblia, pediría un trabajo especial, que no es ocasión ahora de hacer, pero que está yá puesta fuera de duda por los más grandes asiriólogos, aunque trataré de ella más adelante.

El tiempo trascurrido entre 900 y 650 antes de Jesucristo es el del mayor brillo del imperio asirio. Teglath-Palasar I se había adelantado hasta el Mediterráneo y el poderoso Asur-Nasir-Habal, fundador del magnífico palacio del norte de Kalach-Nimrud, en la primera mitad del siglo IX, nos declara que le pagaban tributo Tiro, Sidon, Biblos y Aradus. Su biznieto Bin-Nirar hácia el año 800, señala como sometido á su poder, «todo el país del Occidente», con inclusión de Fenicia, de los Filisteos, Edon y la Tierra de la «Casa de Omri», esto es, el Norte de Israel.

Teglath-Palasar II se adelantó hasta Gaza, en los confines del Egipto; Sargon venció al Egipto en una gran batalla junto á Raphia; se recuerda la campaña de Sennaquerib contra la potencia occidental, larga ciertamente, mientras que su hijo Asarhaddon sometió mucho antes de su muerte todo el Egipto, y aun penetró en la Nubia hasta poder tomar el título de *Rey de los Reyes de Egipto* y *de Kusch*.

La brillante herencia del padre recayó en el tan fastuoso, como déspota y terrible Asurbanipal, el Sardanápalo de los griegos. Toda el Asia an-

terior, desde las montañas armenias al norte, los dominios medos y perso-elamitas al oriente, hasta el Golfo Pérsico y el desierto de Arabia al sud; y aun el desierto de Libia, el Mediterraneo, la Cilicia y la isla de Chipre al occidente, obedecía á su cetro sanguinario, pues acostumbraba sacar los ojos y desollar vivos á sus regios prisioneros y construir pirámides de cabezas humanas para conmemorar sus victorias,

Mas, la misma inmensidad del imperio fuè la base de su destrucción, siendo el primer síntoma la rebelión del propio hermano de Asurbanipal, el Samul-Sum-Istum de las inscripciones, al cual había puesto de virey en Babilonia; rebelión en la cual parece haberse mezclado tambien Manases de Judá. Aquella rebelión fué reprimida, pagando el rebelde su felonía en las llamas; sin embargo desde entonces (646) parece que debe fecharse la decadencia del Imperio. Pudo en dos ó tres guerras someter el espacioso país de Elam-Persia, y un ataque á Nínive por el medo Fraortes quedó en consecuencia infructuoso, costando al medo la vida; pero el Occidente, incluso el Egipto, parece haber quedado libre del yugo asirio.

La muerte, aunque tardía, del tirano fué decididamente la señal de un alzamiento general, y otra vez fué Babilonia aliada con la Media, quien alzó la bandera de la emancipación. Despues de una resistencia no destituida de gloria, sucumbió definitivamente Sarakus, Asur-Idil-Ili, segun las inscripciones, hijo de Sardanápalo, ante los esfuerzos unidos de Nabonasar y Ciaxares.

∴

De esta rápida ojeada sobre el desenvolvimiento del poder asirio, resulta en general que clase de relaciones tuvieron Israel y Judá con el poderoso imperio oriental, y que creciendo este, si bien con alguna interrupción, desde la segunda mitad del siglo VII, antes de J. C. llegaron á ser vasallos suyos. Esto ofrece al lector cristiano un singularísimo

interés por la confirmación que, de donde no se esperaba, han recibido nuestros libros sagrados. Otra prueba más para que no vacile la fé del creyente ante la vocinglería de la incredulidad, que con tanto gusto se hace de cualquier cosa, á la menor esperanza de poder combatirlos; pero fenómeno que no estrañará ciertamente al que está acostumbrado á ver como las ciencias nacientes suelen ofrecer dificultades contra la veracidad y divina inspiración de la Bíblia; y luego ellas mismas, mas cultivadas y perfectas, destruyen sus propias dificultades y vienen á ofrecer un nuevo modo de apología de la verdad religiosa.

Cierto es que en el caso presente hay alguna dificultad en conciliar fechas, y alguna lijera diferencia en la narración de los hechos, nacida principalmente de que en los documentos asirios suele callarse lo adverso y redactarse con pomposo aparato lo favorable al poder y gloria del Soberano, en cuyo palacio se inscribian sus propias hazañas, ó que las hacia poner en los templos de sus dioses. Más todo esto nada significa cuando se trata de la autoridad de una historia, y se vé en todas las más graves y auténticas que relatan los mismos asuntos.

Citemos algunos de los hechos históricos referidos en los libros santos y mencionados y confirmados oficialmente, por decirlo así, en las inscripciones cuneiformes.

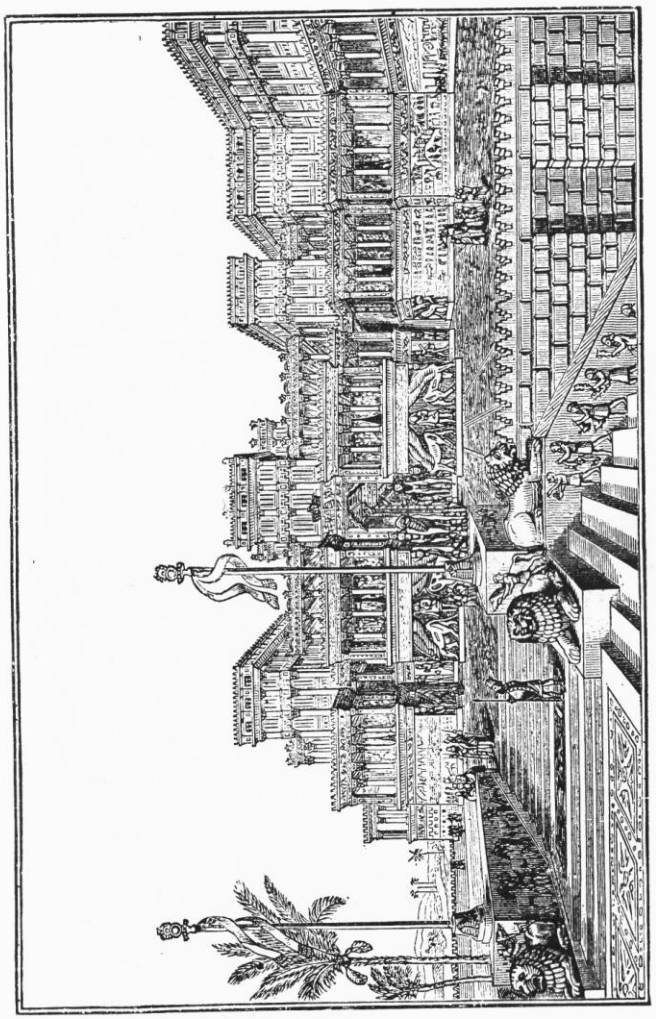
Despues que ya Teglath-Palasar I en el siglo VII y Asurnasirhabal en el IX habian hecho tributario al Estado Israelita, juntamente con el resto de los países del Asia anterior hasta el Mediterráneo, Salmanasar II á su vez obligó á Jehú rey de Israel, á enviarle un tributo y reconocer la supremacia del rey de Asiria. Esto sé vé pintado en el obelisco del gran rey juntamente con una inscripción. A este suceso se refiere el pasaje del libro de los Reyes (libro III. c. X. v. 32). Phuld ó Teglat-Palasar II combatió sin fruto contra Azarias-Oseas de Judá hácia el 742-740, y después á cambio del reconocimiento de la supremacia de Asiria, consin-

tió en ayudar á Achaz de Judá (Jauchasi, en las inscripciones) contra Pecach (Phacce) de Samaria y Razin de Damasco, dando la muerte al último y fin á su reino, y dejando á Pecach á la cabeza del disminuido Israel. Despues del asesinato de Pecach dejó á Oseas como rey tributario (Reg. XV.)

Salmanasar IV sucesor de Teglath-Palasar II, recientemente dado á conocer en los monumentos, quiso castigar la felonía de Oseas, que había entrado en tratos con los enemigos de Asiria; mas parece que debió ser sorprendido por la muerte durante el sitio de Samaría poco antes de su terminación, segun una inscripción recientemente encontrada (4 Reg. XVII), dejando á su sucesor la gloria de rendirla; pues Sargon la señala en sus anales como su primer hecho de armas, el cual trasplantó á Samaría colonos del Oriente, en lugar de sus habitantes, que fueron llevados en cautividad.

La opinión común de que Salmanasar tomase á Samaría, nace de que es el último nombre propio del rey asirio que cita el texto bíblico; aunque solo se dice el *rey asirio*, sin citar su nombre propio al referir la rendición de la ciudad. Más claro es el motivo de esta equivocación comun basado en la traducción inexacta del texto hebreo por el latino donde dice que Salmanasar cercó á Samaría, y *la tomaron*, como se lee en el original hebreo, refiriéndose no ya á Salmanasar, sino al ejército en general,

El mismo Sargon cuenta tambien como tributario á Judá, y es lo cierto que se adelantó hasta los confines de Egipto; como igualmente la narración bíblica del cerco y rendición de Asdod (Azoto. Isaías XX) encuentra en las inscripciones de Sargon su confirmación monumental. La desgraciada expedición de Sennaquerib, sucesor de aquél, contra Judá y contra Egipto, se halla igualmente mencionada en las inscripciones cuneiformes, señalándose hasta el número de talentos de oro que envió Ezequías á Sennaquerib, y una diferencia aparente en los talentos de plata en



(Restauración) Palacio de Sennacherib en Nínive (Koyundjik)

donde señala 400 en vez de 300 que dice la Biblia; diferencia que desaparece atendida la equivalencia de las monedas hebreas y asirias, hoy conocida.

Que Asarhadon, segundo colonizador de Samaria, hizo tributario á Judá, como á toda la Fenicia y Palestina, se vé en una lista de tributos en que, al lado de los otros príncipes del Asia anterior, se menciona también á Manasés de Judá, como vasallo, lo cual duró aun bajo el reinado del hijo de aquel, Assurbanipal; sujeción que no cambió después de la tentativa de emancipación del rey judío (2. Paralipómenos 33. 11....) y solo hácia el fin del reinado de Assurbanipal, en medio del desmoronamiento general del imperio.

Nos reservamos para mas adelante mencionar otros puntos interesantes asirio-bíblicos sobre la cautividad de los Judíos, las profecías sobre el imperio con otros varios que han encontrado su confirmación en la Asiriología.

∴

Por lo que se refiere á la constitución interna del Estado en el imperio asirio, era en un todo conforme á la de las grandes monarquías orientales; su carácter es de un despotismo absoluto, siendo el poseedor del poder un autócrata ilimitado, que ni aun en las relaciones de familia se sujetaba á los límites impuestos por la naturaleza misma de estas relaciones al hombre en general, y así se permitía mantener un harem ilimitado, donde ocupaba lugar de preferencia una reina ó esposa principal. Con la gefatura del harem en esas civilizaciones corrompidas se halla ligada la institución de los eunucos (4. Pag. XVII), que por lo demás, como lo manifiestan las pinturas, eran los representantes propios del arte y la ciencia en Asiria; y especialmente se hallaban al frente del arte epigráfico para los monumentos é inscripciones oficiales. La Biblia indica el alto grado de poder que alcanzaban esos jefes de eunucos.

La administración de las provincias estaba á cargo

de lugartenientes ó *sátrapas*; y tratándose de distritos subyugados, á la de los príncipes, *malchi* ó reyes *sarri*, que habían sido mantenidos en sus respectivos reinos con sus títulos antiguos. Aquellos y estos tenían su independencia mediante el pago de un tributo, y en caso de guerra por la prestación de soldados para el combate.

Las más altas dignidades del imperio eran el *Tartan*, general en gefe; el *Rab-sak*, oficial superior y el *Rab-saris*, gefe de los eunucos. Los gobernadores de las provincias llevaban el título de *Pachat* ó *Sakun*, esto es, lugarteniente. En todo lo demás el imperio estaba organizado militarmente, á cuya causa debieron los ninivitas, como tambien á los hábitos guerreros de los asirios, tan enormes resultados políticos.

Con esta fuerte organización se juntó una no despreciable cultura artística y científica. En esta última los asirios fueron discípulos de los babilonios, de quienes recibieron junto con la escritura los conocimientos astronómicos y matemáticos que hallamos en ellos; más una buena parte de estos conocimientos llegaron á ser por medio de ellos patrimonio general del Asia anterior.

Así cuando penetró tambien desde la Caldea, quizás directamente, en el Occidente, la numeración sexagesimal en lo que toca á la división del tiempo en sesenta partes y fracciones menores, minutos, segundos, entonces verosimilmente se introdujo en el Asia occidental, por medio de los asirios, el sistema babilónico de pesos, con sus talentos, minas y siclos.

En lo relativo al arte fueron sin duda mediadores entre el Oriente y el Occidente. Es resultado de las novísimas investigaciones, que los griegos tuvieron por maestros en las artes, más á los asirios que á los egipcios, tanto en lo que concierne á la arquitectura, como á la plástica, y singularmente al trabajo artístico de los metales. Más, el carácter peculiar de este arte entre los asirios, en oposición al abstracto é idealista de los egipcios, es el de un fuerte realismo, por lo cual, verbigracia, se emplea la mayor diligencia en la delineación de la musculatura de hombres y animales, y en general se complace en tomar la vida en sus múltiples y concretas variedades, como objeto de representación práctica, como en las pinturas de batallas, escenas campestres y de caza, la vida pacífica en sus más variadas formas, hechos brillantes, recepciones, sacrificios, ejecuciones, etcétera.

En cuanto á las artes oratorias ocurre desde luego la historiografía. Los reyes nos dan en sus inscripciones noticias esplícitas, ya generales, ya siguiendo los años de su reinado, de sus hazañas variados acontecimientos, en las cuales, por lo demás, y nótese bien esto, no escasean los encarecimientos y la ampulosidad. Tambien tenemos representaciones más recientes de los tiempos antiguos, pues unas veces los reyes vuelven á hablar en las inscripciones que nos han dejado, de circunstancias y sucesos primitivos, como Teglath-Palasar I y Nabonidas, mientras que otras veces se toman los tiempos antiguos por objeto de la exposición, como en la historia sincrónica de Asiria y Babilonia, como puede verse en Rawlison. Empleaban singular diligencia en la terminación de exactas listas cronológicas; y que tambien hicieron de la escritura y del arte gramatical objeto de un trabajo escrupuloso, se muestra en las innumerables tablillas gramaticales y lexigráficas que aun restan, como el mas precioso adorno de los museos.

Mas ¿qué hay de lo que se llama la *bella literatura*, y en especial de la *poesía?* Por muchos años nada se sabía á este respecto; pero en los últimos descubrimientos se han encontrado múltiples tablillas cuneiformes, que arrojan la más viva luz sobre este punto.

No hay duda alguna, los asirios y babilonios tenian una poesía como cualquiera de los otros pueblos semíticos y singularmente el hebreo. Ha llegado á nosotros una serie de cánticos, que por la intimidad del sentimiento, y la profunda religiosidad que en ellos se manifiesta, excitan nues-

tro más alto interés, como tambien por la disposición en estrofas de los más de ellos, de todo punto inequívoca. La distribución en estrofas y contra estrofas, ó sea estrofas, antiestrofas y épodos, es completamente igual á la de los salmos hebreos asi dispuestos. Pero es sobre todo notable que hallemos tambien entre los babilonios la poesía épica, que se echa de menos entre los hebreos. El mayor fragmento á que nos referimos, y que trata de la *Bajada de Istar-Venus á los infiernos* puede considerarse como modelo en este punto, lo cual prueba que en buenas circunstancias el espíritu semita estaba muy bien en posición de producir la poesía épica.

∴

Sobre la religión, las inscripciones no han cambiado notablemente las antiguas nociones, aunque dan interesantes pormenores de acuerdo también con lo que puede colegirse de varios pasages de la Biblia. Era una verdadera astrología, pero de modo que desde los tiempos mas remotos comprobables llevaban en sí un dualismo congénito.

En el estado en que se nos presenta en Asiria y Babilonia, no era este culto originariamente semítico, y así los árabes del desierto, que representan el tipo mas puro del semitismo, no conocen la astrología babilónica. Las huellas del culto de los astros que en ellos se notan, pertenecen á un culto completamente diverso en su forma; mas como toda la mitología de los semitas paganos del norte y oeste señala á Babilonia y Asiria como centro originario, puede atribuirsele al pueblo, de raza turania probablemente, del que asirios y babilonios recibieron la escritura, esto es, al pueblo accadiano, cuya dominación tuvieron que rechazar los semitas de la Arabia para fijarse alli, y mas al norte y al oeste; siendo de advertirse que quizá fué esta la ocasion en que los accadianos perseguidos emigraron á América.

Así se explica que los antiguos nombres babilónicos de las divinidades no lleven consigo tipo alguno semítico, y los de los asirios puedan ser reemplazados regularmente por otros nombres indígenas, esto es, semíticos.

El carácter astronómico de la primitiva religión de los Caldeos consta del hecho constante que se nota en los cuneiformes, pues siempre representan ideográficamente á la divinidad por un astro de ocho radios. Cuando empezaron á alterarse las primitivas ideas monoteistas que atravesaron el gran cataclismo con Noé y su familia, no hay monumento alguno sagrado ni profano que permita determinarlo. Sin embargo que así pasaron las cosas segun las tradiciones bíblicas, está comprobado en todos los pueblos, siempre que las investigaciones modernas han podido llegar á los mas remotos orígenes; y en nuestro caso lo confirman ciertas ideas y creencias que hallamos entre los asirios y babilonios, cuyo parecido á las mas antiguas tradiciones bíblicas no puede ser mayor. Tal es, entre otras la división del tiempo por semanas, el árbol de la ciencia, la narración del diluvio, los nombres mismos de algunas divinidades, etc., etc.

Esta astrología caldeo-babilónica era en primera línea el culto de los planetas: el Sol, la Luna, Marte, Mercurio, Júpiter, Vénus y Saturno, que todavía domina en los pueblos modernos como nombres de los siete dias de la semana; aunque á ello no se deba la creación de la semana, ni la consagración del número siete, tomado en general, que se vé desde los tiempos más remotos entre los semitas del norte, babilonios, arameos, cananeos, hebreos, fenicios y etíopes. y que se propagó por todos los pueblos del Asia menor y por el griego. Y esto por varias razones: primera porque en la Biblia se nos dá la verdadera causa de la *semana* en el descanso del septimo dia, en memoria de la creación, mientras que solo pueden aducirse causas hipotéticas del establecimiento de la semana en otros pueblos, siendo muy de notar que los persas y otros pueblos que no usaban este siclo, reconocian en el número siete una significación simbólica.

En segundo lugar, porque es muy difícil creer que los pueblos primitivos, allá, en los albores de la civilización, confundieran en la misma categoría al Sol y la Luna con los otros cinco planetas enumerados, y aun lo es igualmente que notaran desde tiempos tan remotos sin instrumentos astronómicos el á penas visible planeta Mercurio y la diferencia en el movimiento aparente de Saturno, ya que los otros tres, como màs notables á la simple vista, pudieron llamar su atención.

Los nombres de estos dioses-astros no se distinguen, respecto del Sol y de la Luna de los nombres de los mismos cuerpos celestes: el Sol llamábase *Samas* y la Luna *Sin*. Entre los semitas de occidente se llamaba al Sol, en vez del nombre asirio-babilonio *Samas*, en desuso, *Baal*, esto es, *Señor*, que originariamente era un sobrenombre, aunque diferente de *Bel*.

Por lo que hace al resto de las divinidades planetarias, tenían diverso nombre de sus astros respectivos. Mercurio se llamaba como astro *Sachvis* y como dios *Nabu*, Nebo. Venus, como astro, *Delbat*, y como diosa de la mañana *Istar*, la Astarté de los cananeos, y como vespertina Beltis-Baaltis (Aschera). Saturno, como astro, el nombre accadiano *Sakus* y el asirio *Kervan;* como dios se llamaba *Adar* ó Adar-Malich (Adramelech de la Biblia) y abreviado *Melich*; el *Moloch* cananeo. Júpiter como astro *Mustaril*, como divinidad *Merodach*, llevando tambien el sobrenombre de *Bil* ó *Bel*, Señor, como nombre propio honorífico. Finalmente Marte como planeta *Nibianu* y como dios *Nergal*, todo segun la tradición y las inscripciones.

Sobre estas cinco divinidades aparece siempre. en lugar preferente, el dios *Anu*, el *Oanes* de Beroso, que lleva como nota característica el número perfecto en el sistema sexagesimal, esto es, *sesenta;* mientras Adar es representado por el *cincuenta.* Istar por el *quince*, Nergel por el doce, Nebo por el diez y Merodach aun no se sabe. Como dios superior está igualmente *Anu* á la

cabeza de los tres no planetarios: *Anu* con el número setenta, Bel con el cincuenta y Nisrosch con el cuarenta. Los primitivos nombres caldeos de estos dioses suenan *Anu In*, *Iha* (Hea); esto es, la trinidad de Damacius: *Anos*, *Illinos* (Il-In) y *Aos.* Es otro rastro de las primitivas tradiciones monoteistas que se hallan en todos los pueblos, y otro vestigio de la Trinidad, bastante expreso en la Biblia.

Entre los dioses no planetarios son los más dignos de notarse *Dagon*, *Bin* y *Benhadar*. *Il* ó *El* (nombre de Dios en hebreo) y *Asur*.

En estas divinidades superiores astrales se nota una diferencia sexual, como complemento femenino de las mismas. Asi, al dios *Anu*, corresponde la diosa *Anat;* á *Bel* corresponde *Beltis* ó *Baaltis*, *Bilit* de donde *Mylita*; al dios babilónico *Iha* en asirio *Nisroch* la diosa *Danke.* Al dios Sol corresponde la diosa *Gula*, la *augusta*, *Nana*, segun Lenormant. Como esposa de Nebo aparece *Tamith.* De Merodach ó Júpiter, que entre los asirios lleva tambien el calificativo honorífico de *Bel* ó *Bal*, era la diosa *Zarpanite.*

Aunque la religión asiria y babilónica es una en lo esencial, no puede desconocerse que existen diferencias completamente visibles. Asi mientras en el panteon babilónico ocupa el primer lugar *Ilu* (Dios), no era en Asiria el dios supremo, sino *Asur*, el *Buen Dios*, que había destronado al *Ilu* babilónico como Júpiter llegó á destronar á Saturno, segun la mitología clásica; y entre los otros dioses, mientras en Babilonia priman *Sin, Merodach* y *Nebo*, en Asiria además de *Asur*, todos los *Adar*: Sandar, Moloch, Kervan, Sakut, é Istar-Astartè.

Además de los *genios* y *malos espíritus*, que también alcanzaban religiosa veneración, y de varias creencias de psicología y moral, comunes á todos los pueblos antiguos y base de toda civilización, poco es lo que sabemos aún sobre el resto de las ideas religiosas y del culto de los asirios.

A él se refería sin duda el *Árbol Sagrado*, en el cual vése un recuerdo del *Arbol de la Vida*, que

se menciona en el Génesis, como otros muchos recuerdos y tradiciones de la edad primera del hombre que se conservaron entre los pueblos y cuya clave y explicación verdadera solo en la Biblia se encuentra.

Como en todas las religiones, en la Asiria era una práctica esencial la de los sacrificios, institución universal que, como dice De Maistre, no ha podido inventar la razón ni la locura, ni se comprende si no se ven en ella las grandes ideas que ocupan toda la historia; la caida del hombre, la reversibilidad de méritos y desméritos, y la redención del mundo por el sacrificio de la cruz, del cual son los demás mera representación profética ó histórica. En los monumentos asirios se nos ofrecen repetidas veces escenas de sacrificios, siendo la más notable la del obelisco de Nimrud.

De templos en Asiria solo se han descubierto en las escavaciones de Nínive restos de uno, soberbiamente construido, y que dejan ver otra diferencia entre los dos países, á saber: que mientras en Asiria el palacio del gran rey parece aspirar á una magnificencia igual por lo menos, sino superior al templo de la divinidad; en Babilonia por el contrario, el templo sobrepuja y deja en la sombra á todas las demás construcciones, incluso la real morada; y mientras los reyes asirios dan cuenta en sus inscripciones de los palacios que han fundado, los babilonios en los suyos, hacen lo mismo respecto de los templos. En esto como en todo lo demás, se nos pone de manifiesto todo el extremo orgulloso de *los reyes de todos las naciones*, como se apellidaban los soberanos de Asiria; tan soberbios como crueles, hasta que fueron anonadados por la justicia de Dios y la venganza de los hombres.

Pasamos en seguida á relatar lo que especialmente corresponde al célebre país de Caldea donde residió el famoso imperio babilónico.

La Caldea

A través de las incertidumbres que pesan sobre los esparcidos restos de los anales babilonios y de cuyo primitivo origen hemos hecho mención, déjanse entrever los hechos siguientes, que por ser de una naturaleza general adquieren mayor seguridad.

Formóse un pequeño Estado 2.500 años á lo menos antes de nuestra era en los márgenes del Eufrates, con la reunión de varias tribus nómadas, civilizadas en cierto modo por la influencia superior de la casta sacerdotal de los *caldeos* venidos probablemente de las montañas del norte, y sin ninguna duda, del país de *Ur Kasdin*, patria de los ascendientes de Abraham en la alta Mesopotamia. Este Estado de que Babel ó Babilonia era el centro, llegó á ser el punto de reunión comercial, pero al mismo tiempo el objeto de las miras de las tribus circunvecinas. Conquístale un gefe de los árabes kuskitas perteneciente á la rama meridional de la gran familia de que los semitas, y entre ellos los *caldeos*, hermanos de los hebreos, como los kuskitas de los cananeos, formaban la rama septentrional.

De allí nació el primer imperio, el imperio de *Nemrod*, establecido principalmente sobre el Eufrates, mientras que sobre el Tigris se levanta poco despues con *Asur* un nuevo Estado y bien pronto un nuevo imperio que llega á absorber al de Babilonia, de manera que *Nabonasar*, no parece haber sido, lo mismo que la mayor parte de sus sucesores, sino un rey vasallo de Nínive, de los Teglath-Palasar y de los Salmanasar que mandaban alli.

Un interés comun les liga á los reyes de Judá, cada vez más amenazados por esos nuevos

conquistadores, devastadores de Israel, y vemos á *Merodach-Baladan*, formar alianza con Ezequías, mientras que su asesino y sucesor *Belibus* es conducido cautivo á Asiria por Sennaquerib, que coloca en el trono de Babilonia á su hijo Asarhadon unos 700 años antes de Jesucristo. Mas mientras Nínive caminaba á su ruina despues de sus esplendores, llegó á ser destruida por una coalición formada por los medos de acuerdo con los caldeos; y mientras que Nínive cae para no levantarse más, Babilonia, por el contrario, en tiempo de *Nabopolasar*, el gefe de los caldeos, que llegó á ser rey, y de su hijo *Nabucodonosor*, subió en medio siglo, al más alto grado de poder, no menos formidable por las armas y por la extensión de sus conquistas, que glorioso por las artes y por la magnificencia de todo género.

Nabucodonosor II es el gran héroe de Babilonia; prosigue la guerra de su padre y de los asirios contra el Egipto y derrota á Karchemis, el Faraon Necao, hijo de Psammetichus; reduce á la obediencia á los judíos, tan pronto sumisos como insurreccionados, deporta desde luego á una parte de ellos, arroja á su rey, y despues, obligado á volver hasta tres veces, toma á Jerusalen al cabo de un sitio de dos años, saca los ojos de su infiel vasallo, cuyos hijos hizo asesinar delante de él, arrasa la ciudad y el templo, y se lleva cautivos el resto de sus habitantes en 585. Realizó aun muchas conquistas y hazañas y ejecutó las obras más gigantescas de Babilonia, de que yá hemos hecho mención.

Los medos, después de la toma de Nínive por su rey Cyaxares, llegaron á hacerse temibles y los débiles sucesores de Nabucodonosor, apenas se encontraban en estado de hacer frente á sus invasores. *Evilmerodach* su hijo, que no era digno de él, le sucedió hácia el año 561 y fué muerto al cabo de dos años por su cuñado *Neriglisor*, que ocupó su puesto por cuatro años, pereciendo en una gran batalla contra Ciro, á la cabeza de una coalición de la mayor parte de los pueblos del Asia.

Su hijo y sucesor *Laborosoarchod* no hizo más que subir al trono, derrocado por una insurrección de los grandes del reino, que pusieron en su lugar á *Nabonidas*, que tuvo por rey colega á su hijo *Baltasar*, Bel-sar-usur, quien defendía á Babilonia del asedio de Ciro, mientras Nabonidas se había retirado á Borsippa. Es sabida la estratagema del gran Ciro para apoderarse de la ciudad inexpugnable: cortó el Eufrates y le dejó en seco haciendo pasar las aguas al depósito lateral abierto por la reina Nitocris: en seguida aprovechando el desórden de una fiesta; se introdujo por el álveo del rio ya vadeable, en la imprevisora ciudad, que ni siquiera tenía cerradas las puertas de bronce de sus altos malecones. Todo esto concuerda con la sorprendente pintura del libro de Daniel que nos presenta la mano misteriosa trazando en la pared de la sala del festin de Baltasar, muy confiado en el recinto de sus fortificaciones, aquella funesta sentencia: *Mane*, *Tezel*, *Phares*, cuya vista dejó aterrorizado al rey, que pereció poco despues á manos del conquistador persa.

Así terminó al cabo de solos 23 años despues de Nabucodonosor, y el año 538 antes de nuestra era, el imperio caldeo; brillante pero pasajero fenómeno, que duró ménos de un siglo desde Nabopolasar, mirado comunmente como su fundador.

∴

Darémos ahora algunos detalles sobre la civilización de tan célebrado Imperio.

Los sacerdotes sábios de Babilonia, que llevaban en propiedad el nombre de *caldeos* ó *chasdim*, pasaban por los más antiguos de los babilonios, segun Diodoro, y por los autores de la civilización del país.

Estos sacerdotes sábios, los *sábios* de Babilonia, como son llamados en el libro de Daniel, constituian una casta en el sentido oriental de esta palabra, es decir, una corporación hereditaria, en que los conocimientos, los derechos, el poder, se trasmitian de padres á hijos, y que debió ser ori-

ginariamente una tribu, la tribu preferente de la nación. Esta corporación se extendía por toda Babilonia; tenía en diferentes lugares sus sectas ó escuelas, más ó ménos afamadas; su influencia se fundaba en la religión, en la ciencia y en el culto, cuyo depósito exclusivo poseian. Era la compañera de la casta sacerdotal de Egipto y de la brahmánica de la India ó de los magos de la Media y de la Persia, y quizá tambien de la asiria, confundidos en buen hora con los caldeos.

Pero lo que caracteriza á estos últimos entre todos, es esa especie de fatalismo razonado que de las leyes invariables del cielo les hacía deducir las cosas de la tierra, gobernadas segun ellos, por esas leyes, les hacía leer en los astros, que tomaban por dioses, en sus movimientos, en sus posiciones, en sus apariencias, los secretos del destino humano y las revoluciones del mundo. Fueron los inventores de la astrología, esa falsa ciencia, cuya fortuna ha sido tan grande desde la antigüedad hasta casi nuestros dias, cuyo reinado dura aún en Oriente, y que segun los caldeos se confundía con la astronomía más avanzada del tiempo de los griegos.

Ocupados continuamente en estudiar el cielo por un interés á la vez religioso, político y científico, y en las circunstancias más favorables de posición y de clima, los caldeos poseían observaciones que se remontaban á más de 4.000 años de nosotros, á juzgar por las que Calistenes, se dice haber enviado desde Babilonia á Aristóteles, las cuales databan de 1203 años antes de Alejandro.

Los más antiguos cálculos de eclipses de luna que Ptolomeo cree deber anotar en su Almagesto son debidos á los caldeos, á partir del 13 de Marzo de 721 antes de Jesucristo, y no difieren de los nuestros sino en algunos minutos. Consiguieron determinar el movimiento medio diario de la luna, cuyo curso fué para ellos el principio de la medida del tiempo, y por el período de 223 lunas que reconocieron, llegaron á predecir los eclipses de este astro. No tan hábiles en calcular los del sol, que ofrecen

mayores dificultades, observaron sin embargo, los primeros, segun toda verosimilitud, la órbita solar, y como dice Plinio, en su lenguaje pintoresco, *abrieron las puertas del universo*. En efecto, por medio de la fijación de los puntos equinocciales y soleticiales, encontraron al poco tiempo casi el año verdadero, con sus cuatro estaciones, y dividieron la eclíptica en 12 partes iguales, lo que les condujo á esa construcción particular, astrológica y simbólica al mismo tiempo, que se llama *zodíaco*.

Prendados de sus propios descubrimientos y sorprendidos del órden admirable que reina en los cielos, vieron más que nunca á sus dioses en los astros, reguladores, segun ellos, del mundo físico y del mundo moral, y construyeron con arreglo al zodíaco y á la esfera que habían hallado, su antigua teología y el método nuevo de adivinación que la aplicaron; la adivinación apotelesmática. *Bel* y *Beltis*, identificados desde mucho tiempo con el sol y la luna, permanecieron á la cabeza de los dioses en el zodíaco; y á la de los planetas que allí tomaron sus domicilios; pero estos tan adorados desde mucho tiempo, adquirieron una importancia extraordinaria, cuando en razón de su movimiento propio tan complicado. y sin embargo tan regular, de las circunstancias varias de su posición, ya entre sí, ya relativamente al sol ó á la luna, empezaban á considerarlas como á los intérpretes de las voluntades divinas, de los decretos del destino.

Ya hemos mencionado la gerarquía de todos los dioses principales: no hay pues, para que repetirlo.

Sábemos también que los caldeos hacian toda especie de predicciones, no solo por medio de los astros, sino por otros fenómenos celestes ó terrestres, por el vuelo de las aves, por las entrañas de las víctimas, y que anunciaban en almanaques, cuyo uso se remonta probablemente hasta ellos, todo cuanto los almanaques populares de nuestros tiempos anuncian hoy día, empezando por los accidentes de la temperatura, hasta concluir por las catástrofes fí-

sicas y las revoluciones de la historia. El carácter sagrado de la casta sacerdotal de los caldeos, el misterio de que rodeaban su saber y sus prácticas, el temor supersticioso que inspiraban á todos, por ese secreto del destino de todos, que ellos solos poseian, hacian grande su ascendiente y su poder.

La organización general del imperio caldeo no debió diferir mucho ni de la del imperio asirio de Nínive, que contó largo tiempo á Babilonia por su segunda capital, ni de la del imperio medo-persa, que sucedió á uno y otro, y que tomó sus formas no solo políticas, sino religiosas y artísticas.

Babilonia por otra parte, bajo estas tres dominaciones sucesivas permaneció lo que había sido desde su origen; el centro de la industria, del comercio y del saber: la ciudad de las luces, de las magnificencias; pero también del lujo y de las voluptuosidades fomentadas por el harem, los eunucos, y el sensualismo del *rey de los reyes:* la reina á la vez y la cortesana del Oriente, siendo la primera por orgullo, en la construcción de la torre de Babel, cita dada á todos los hombres de las naciones, y que pereció por imprevisión en medio de las licenciosas orgias del festin de Baltasar.

Debemos decir algo del comercio de Babilonia, de sus productos, de las vastas relaciones que había creado y de sus efectos sobre las costumbres, aunque más no sea, de una manera lacónica.

La feliz situación del país y de la ciudad, precisamente en el punto donde se reune el Asia Baja y Alta, cerca de los dos rios gemelos que descienden de los dos montes de Armenia, hasta el Golfo Pérsico que los recibe, por medio de él en comunicación con la India, por el Eufrates con los países ribereños del Mediterráneo y del Ponto Euxino, hacían de Babilonia la tierra de los mercaderes, como la llama el profeta Ezequiel.

Las caravanas del Oriente y del Occidente se encontraban allí con los buques que venian del Mediodía, y las embarcaciones que bajan del norte. Unos y otros van allí á buscar los productos de una industria refinada, los tejidos de lana y de hilo,

los famosos tapices de Babilonia, de colores tan vivos y de tan variados dibujos, además de una multitud de muebles, alhajas y utensillos. Unos y otros llevan en cambio las primeras materias fabricadas en sus numerosas manufacturas ú otros objetos de su naturaleza y del arte de que ella carece, tales como el vino de Armenia y el aceite de Palestina; los grandes perros de la India, sus piedras preciosas y sus chales; los perfumes de Arabia, las especias, el oro, el marfil, el ébano y las telas de seda de los países mas distantes aún, hácia el Mediodía ó el Oriente.

El bienestar, las riquezas que resultaron de una industria relativamente muy avanzada y de un comercio tan extenso, dieron á la civilización de los babilonios un carácter de lujo y de molicie, á sus costumbres un grado de relajación y de licencia sistemática, de que los mismos griegos se admiraron, á pesar de que hayan sido menos codiciosos que los hebreos. Herodoto nos los pinta lujosamente vestidos, cubiertos de perfumes y llevando ricos anillos tallados en forma de sellos, y magníficos bastones artísticamente esculpidos.

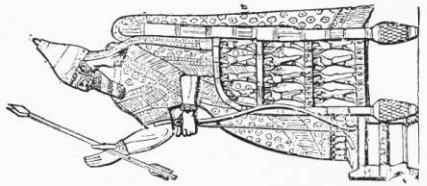
El es quien nos habla del enorme gasto de incienso que hacían en el altar de su gran dios Belo y de las prostituciones á manera de sacrificio en honor de su gran diosa Beltis. El es también quien nos refiere las dos extrañas costumbres, con arreglo á las cuales ponian publicamente cada año á sus hijas en subasta para casarlas, y del mismo modo exponían publicamente á los enfermos para que cuantos pasaran pudiesen darles algún remedio.

Nada menos se necesita que el concurso de ciertas circunstancias particulares en las grandes ciudades comerciales, la indiferencia moral á que conduce el espíritu de lucro y de negocio, quizá tanto como el fatalismo de las creencias; supersticiones, en fin, fundadas á la vez en una religión que deifica todos los instintos de la naturaleza, en el imperio del clima y en los cálculos del interés personal, para explicar semejantes instituciones. Ellos hacen comprender mejor que todo lo demás, mejor aun que

las orgías descritas por Quinto Curcio, en que las mujeres se despojaban del último pudor, el anatema lanzado por los profetas, contra la prostituta de las naciones.

Cumplióse este anatema. En vano Alejandro admirado de las ventajas de su posición geográfica, formó el proyecto de levantarla de su abatimiento en tiempo de los persas, haciendo de ella la capital de ese nuevo Imperio que debía unir el Occidente á Oriente. Mas no le fué dado realizar tan gran designio, porque Seleucia y Ctesifon, mas griegas que orientales, se alzaron en frente de Babilonia para destruirla eclipsándola, y se consumó en la ciudad de Belo el decreto que no supieron leer en el cielo los caldeos dispersos por el mundo, pero que Jehováh había comunicado á sus Profetas.

Ya veremos como esas profecías se cumplieron de la manera mas exacta, literal y portentosa; pero antes y aunque sea á trueque de repetirnos, queremos insistir de una manera más contundente, si cabe, acerca de las conquistas realizadas por la ciencia y por la Biblia con armonía esplendorosa.



Sennacherib sentado en su trono (de una escultura del palacio de Sennacherib en Nínive)

Teglath-Palasar en su carro (copiado de monumentos asyrios)

ARQUIDIOCESIS DE MONTEVIDEO SEMINARISTAS

SEGUNDA PARTE

Las conquistas históricas

y

los triunfos bíblicos obtenidos por la Asiriología

Si tan grande ha sido en el mundo de los sábios el merecido aplauso con que saludaronse los descubrimientos de la Asiriología, débese á las conquistas históricas y á los triunfos bíblicos que ha conseguido con gloria de la arqueología y crítica contemporáneas. Y hé aquí porque quiero insistir sobre tan interesante tópico al dar una idea más exacta de la importancia de los modernos estudios asiriólogos, que tan simpática me hicieron la excursión á Mesopotamia, y con cuyo objeto indicaré en este capítulo de un modo más eficaz los resultados obtenidos en el terreno histórico relativamente á la civilización é imperio asirio-caldeo y de los descubrimientos que han venido á confirmar de la manera más espléndida la autenticidad y veracidad de la Biblia.

Desde luego sábese que con la dominación de Nemrod, nieto de Kam, en Babilonia y de Asur, hijo de Sem en Nínive, despues de la dispersión de las gentes que desde el pié de la Torre de Babel, en donde se había confundido su lenguaje, se es-

parcieron por toda la tierra, ha empezado la historia propia de la Caldea y de la Asiria.

En estas dos comarcas, como más próximas al primitivo centro de los Noáquidas, se establecieron los primeros reinos del nuevo mundo post-diluviano, cuya antigüedad por ningun otro es superada, y no tiene más que escasos rivales, esto es, al Occidente el Egipto, y en el extremo Oriente la China, cuya fundación se remonta á aquellos primitivos tiempos.

Hasta cerca de aquella edad nos conducen, en efecto, los monumentos auténticos de las inscripciones cuneiformes encontradas hasta ahora; y aunque contienen escrituras de todo género, religioso, científico y literario, los epígrafes históricos constituyen acaso la más rica y la más importante porción del gran tesoro de la literatura asirio-caldea, desenterrado poco há de las ruinas de las más antiguas ciudades mesopotámicas,

Aunque para los siglos anteriores al 2.000 antes de Jesucristo las noticias y datos proporcionados por los documentos cuneiformes (ladrillos, tablillas, prismas y cilindros) son hasta ahora escasas y truncas, del 2.000 en adelante la luz crece en primer lugar sobre las regiones de la Caldea y algo mas tarde sobre las de Asiria: pero sobre todo, al comenzar el siglo catorce antes de Jesucristo la reconstitución fundamental de la historia queda solidamente establecida, y la cronología no ofrece incertidumbres sino de un pequeño número de años.

Antes bien, al decir de Lenormant, no solamente se puede dar un compendio de la historia de Asiria desde el siglo XIV antes de Jesucristo hasta la destrucción de Nínive, sino que se puede penetrar hasta en las particularidades de los hechos; narrar año por año y mes por mes ciertos reinados importantes, como los de Teglath-Palasar, Sargon, Sennaquerib, Asurbanipal, Asurnasirhabal, y escribir la biografía de varios personajes, como de *Merodak-Baladan*, del cual Lenormant ha escrito una monografía titulada: *Un patriota babilonio del siglo VII antes de nuestra era*, obra que demuestra

hasta que punto la asiriología ha enriquecido la historia de aquellas remotas edades, y eso que son tantos los monumentos que quedan por descubrir y esplorar.

Pero, es digno de notarse como un inmenso triunfo bíblico-apologético que en los tres ó cuatro siglos que precedieron á la conquista de Ciro, esto es, en la época en que los Reyes asirios y babilonios se pusieron en contacto con los de Israel y Judá, las tablas cuneiformes, al describirnos los hechos de los primeros, no van en zaga por la abundancia y particularidades de las noticias, á los libros bíblicos que narran la historia de los reyes y del pueblo hebreo, desde los tiempos de Roboam hasta la cautividad de Babilonia.

Ahora bien, la primera impresión que la lectura de los monumentos cuneiformes y la revelación en ellos contenida sobre la historia del imperio asirio-caldeo, produce al considerar el conjunto, es la de una doble maravilla, causada por dos motivos opuestos. De una parte estos monumentos desmienten y destruyen completamente la historia asiria tal cual desde los griegos hasta nuestros dias era conocida y enseñada en todas las escuelas; mientras que de la otra parte están ellos admirablemente de acuerdo con la historia bíblica confirmando punto por punto lo que la Biblia, al narrar las visicitudes del pueblo hebreo y sus relaciones con las monarquías del Tigris y del Eufrates, indirectamente nos hace conocer de estos reinos.

Así, pues, la nueva literatura histórica, salida de improviso de las ruinas de Nínive y de Babilonia, ha hecho dos grandes servicios al mundo científico-literario: ha disipado para siempre el conjunto de fábulas que oscurecieron desde siglos un espacio tan notable como interesante de la historia antigua, y ha ilustrado con nuevos esplendores la veracidad y autenticidad del mas venerando y auténtico de los libros históricos que existen en el mundo, la Biblia; y esto cabalmente en la época en que una falsa crítica, unida á una semi-ciencia, la atacaba con mayor animosidad y esgrimía con mas audacia

sus armas pseudo-eruditas. Sin perjuicio de lo que ya queda dicho á este respecto, no será inoportuno confirmarlo aquí.

Es sabido que *Ctesias* de Gnido en su historia de la *Persia* y *de las Indias* es el principal autor de la historia clásica de la Asiria, que hasta ahora conocíamos y que nos trasmitieron los griegos y romanos. Segun este autor, Nino era el fundador de Nínive y del primer imperio asirio, al que dió grande esplendor con sus conquistas y monumentos la célebre Semiramis, esposa y sucesora del gran Nino. Sucedió á Semiramis su hijo Ninias, que fué el primero de la serie de *Reyes Holgazanes* que se sucedieron oscuramente por espacio de 1300 años hasta Sardanápalo, en cuyo reinado fué destruida Nínive.

Pues bien: esta historia que es un compendio de la del imperio de Asiria admitida hasta nuestros días, resulta de los recientes estudios asiriólogos, segun los monumentos é inscripciones asirias ser pura fábula.

«Este Nino y esta Semiramis, dice Lenormant, puede asegurarse con toda evidencia que jamás existieron en el mundo: su historia es un puro romance, una fábula que carece de todo fundamento histórico, desmentida en todas sus partes por los textos cuneiformes.»

«El Nino de Ctesias, prosigue el mismo autor, es una personificación colectiva de la ciudad de Nínive y de su poderío; bajo su nombre los romances populares recogieron todas las empresas, todas las conquistas de los reyes de las distintas dinastías asirias..... Semiramis igualmente es una personificación del mismo género; aunque á ella además de las empresas militares y las victorias por las que participa de la gloria de Nino, la leyenda atribuyó singularmente el honor de las construcciones gigantescas y obras grandiosas de pública utilidad, que en muy diversos tiempos fueron ejecutadas por diversos monarcas del Asia: la edificación de Babilonia y todas sus maravillas, desde el antiquísimo templo de Belo hasta las magnificencias creadas en el por

Nabucodonosor y sus sucesores; la fundación de Ecbatana en la Média y las construcciones del rey Deyoces; las inscripciones y epígrafes monumentales del monte Bagistan, que pertenecen al rey Dario, y otras muchas cosas semejantes.» Todo es falso.

Y en cuanto al mismo nombre de Semiramis, parece tomado de una reina histórica del siglo X antes de Jesucristo, muchos siglos después de la Semiramis fabulosa, llamada *Sammuramitis*, esposa del rey Bin-Nirar III, cuyo nombre aparece al lado del rey por una excepción singular, (pues las reinas no fijuran jamás), en el epígrafe de la base de una estatua de Nebo descubierta en Nimrud por Loftus.

Igualmente, el reinado de 1300 años de los supuestos reyes holgazanes, desde Ninias hasta Sardanápalo, y el trájico fin de este en medio de las llamas de su harem ó *caravanserai*, es también un puro romance, pues constan por las inscripciones cuneiformes los esplendores de Nínive desde Teglat-Palasar y durante los reyes Sargónidas, grandes conquistadores, y solo fué destruída Nínive en 625 antes de Jesucristo bajo los golpes de Ciaxaro el Medo y de Nabopolasar, rey de Babilonia.

Ahora bien: la demostración de lo fabuloso de estas narraciones por los descubrimientos de la asiriología constituyen yá un triunfo para la Biblia, que en parte alguna hizo mención de ellas, á pesar de haberlas admitido todos los historiadores antiguos, si se exceptúa el historiador caldeo Beroso.

No queremos intentarlo, porque seríamos interminables, si, despues de haber indicado este resultado de los descubrimientos asiriólogos al destruir fábulas, que pasaban por historia, descendiésemos á exponer los hechos históricos restablecidos por las inscripciones cuneiformes, como por ejemplo, acerca de los espléndidos reinados de los Teglath-Palasar, Salmanasar, Sargon, Sennaquerib, Asurbanipal y Nabucodonosor; pues son materia de historia profana. Séanos en cambio, permitido indicar al ménos los resultados que ha obtenido la

asiriología en favor de la autenticidad y veracidad de la Biblia, completando asi lo que dejamos dicho en anteriores capítulos.

∴

En efecto, uno de los resultados más conspícuos de los descubrimientos de la asiriología es la confirmación de las tradiciones de la Biblia acerca de la cosmogonia genesíaca, la caida del hombre, el paraiso terrenal, el reinado de los patriarcas antediluvianos, el mismo diluvio, el arca de Noé, la unidad del género humano y dispersión de las gentes, con otras tradiciones semejantes. Los trabajos concienzudos de Smith, Lenormant, Rawlison, Oppert y especialmente de Mr. Vigouroux en sus magistrales obras bíblico-orientalistas, han colocado fuera de duda tan magna conquista para la apología cristiana.

Por tanto, nos contentaremos con algunas indicaciones y reflexiones apologético-polémicas sobre los descubrimientos asiriólogos en sus relaciones con la Bíblia, como quiera que independientemente de la asiriología las grandes tradiciones del Génesis acerca de la cosmogonía de Moisés, la unidad de la especie humana y el cataclismo del diluvio son verdades confirmadas por las ciencias geológico-cosmogónicas y antropológicas.

El interés especial de la Asiriología está en ser un triunfo inesperado para la autenticidad de la Biblia; y tanto más sonada debió ser esta victoria, en cuanto que ha sido un solemne mentís para la crítica bíblico racionalista.

Y en verdad; como hasta ahora no se habían encontrado fuera de la Biblia documentos históricos anteriores á la misma, el racionalismo pudo proclamar, aún que insensatamente, que las narraciones bíblicas eran mitos; por consiguiente ¿cuál no sería su sorpresa y la vergüenza de su derrota cuando, encontrada la clave de la epigrafía cuneiforme, halló la Asiriología en los monumentos asiric-caldeos confirmada la verdad de los acontecimientos narrados por los autores sagrados respecto á los imperios asirio y babilónico?

Al principio y cuando aún los descubrimientos eran imperfectos, no dejó el racionalismo de objetar á la Biblia dificultades que parecían insuperables. Pero hoy ha cambiado de táctica: siendo tán evidente la conformidad de las narraciones bíblicas con los documentos cuneiformes, no encontró más espediente para su vergonzosa retirada sinó afirmar que la Biblia es un plagio de las tradiciones cuneiformes; mientras antes se calificaban de mitos. ¿Quién puede comprender la crítica racionalista, pues dejarian por eso de ser verdaderas las tradiciones y narraciones de la Bi blia?

Sin embargo, puede demostrarse victoriosamente la independencia ó ausencia de plagio en la Biblia con respecto á las tradiciones asirio-caldeas. Para ello baste observar que, sí las analogías que entre ellas existen demuestran la comunidad del origen remoto; las diferencias esenciales entre las mismas prueban que las narraciones bíblicas no son copia ó rapsodia de las asirias, aunque éstas constituyan una *prueba independiente* de la autenticidad de las mismas, al decir del gran asiriólogo Smith.

En efecto, refiriéndonos, á manera de ejemplo, á las narraciones del poema cosmogónico en las *doce* tablas cuneiformes, según los fragmentos encontrados en Nínive por Smith y Fox Talbot, y la cosmogonía mosáica; por una parte encontramos en entrambas: el caos con las tinieblas primordiales del abismo y las aguas que cubren toda la faz de la tierra; la separación del cielo y de la tierra, como de la tierra y de los mares; el órden establecido gradualmente en todas las partes del mundo; la formación del sol, la luna y las estrellas, y con sus movimientos la sucesión ordenada de los tiempos; la producción de los animales divididos en varias clases; y por último la creación del hombre, constituido por Dios, rey de la naturaleza por su inteligencia.

Más, por otra parte, miéntras la narración de

Moisés, junto con una magestad admirable, observa una gravedad y pureza altísima de doctrina, la leyenda caldea al contrario, vése desfigurada por estrañas y ridículas fantasias y absurdas mitologias, plagada de gravísimos errores. Ningun rastro existe en el Génesis de los monstruos fenomenales descritos por Beroso y mencionados en las tablillas cuneiformes, ni de aquellos quiméricos animales que pupulaban en el Caos, narrados aun por las tradiciones de la civilizada Grecia.

El *monoteismo* que resplandece tan puro desde el primer versículo del Génesis, y el dogma fundamental de la *creación* del mundo sacado de la *nada* desde el principio de los tiempos por un acto libre y omnipotente del Eterno, son cosas desconocidas en la cosmogonia caldea, la que se desarrolla en las tinieblas de un caos increado y eterno, de una materia eterna, de un panteismo y de un politeismo igualmente absurdos; haciendo nacer de las entrañas de aquel caos, junto con los monstruos, los dioses mayores y menores.

En la formación del hombre, la ventaja del texto bíblico es suprema sobre el caldeo. Ambos en verdad, muestran formado al hombre del *limo* de la tierra, y esto por la mano inmediata de la divinidad, concepto por otra parte que, siendo uno de los destellos más antiguos de la tradición primitiva, era comun no solo á los Caldeos, sino á los pueblos más remotos del mundo, inclusos los Americanos. Pero mientras el Génesis narra simplemente que Dios *formavit hominem de limo terra, et inspiravit in faciem ejus spiraculum vitæ*, la leyenda caldea nos representa al demiurgo Belo, que haciéndose cortar la cabeza por uno de los dioses, de su propia sangre amazada con tierra forma á los hombres, comunicándoles con esto la vida y la inteligencia.

Idéntico paralelo é iguales observaciones podríamos hacer con relación á las tradiciones de la caida de los ángeles y del hombre, del paraiso y del diluvio, pues nótanse grandes semejanzas al lado de diferencias salientes, siempre en favor de la Biblia por la ausencia de las fábulas absurdas de

la mitología y del politeismo de que están impregnadas las leyendas caldeas.

Sácanse, por tanto, de este paralelo entre las tradiciones, bíblica y caldea, consecuencias muy importantes. Resulta en primer lugar, dados los grandes puntos de semejanza, que han debido tener un orígen comun. En efecto, no puede decirse por un lado, que la leyenda caldea sea copiada del Génesis, como quiera que prescindiendo aun de la antigüedad de la misma, cuyo primer texto cuneiforme segun Smith, fué anterior á Moisés, es demasiado grande, así en el concepto como en la forma la divergencia que por otra parte tiene del tipo bíblico. Y por la misma razón mucho menos puede creerse que Moisés copiase su narración de los Caldeos y lo modelase sobre el tipo cuneiforme, como hizo quizás Beroso, al consultar los documentos de las bibliotecas asirias, de donde formó su historia, que ha resultado ser de las mas exactas, segun los descubrimientos modernos.

Para explicar por tanto, la indicada semejanza entre las tradiciones bíblicas y caldeas, no queda otro expediente que el indicado por Smith y otros asiriólogos eminentes, esto es, considerar ambas narraciones como provenientes del orígen comun de una tradición primitiva, constituyendo como dos corrientes de una misma fuente, las que al dirigirse por distintas vías han llegado á ser como de origen diverso, de manera que la narración caldea viene á formar, dice Smith, un testimonio *independiente* en favor de la narración bíblica, que debió el orígen comun al patriarca Abraham, salido de *Ur Caldeorum* para constituir la nación hebrea.

De manera que el principal valor y precio de la tradición caldea consiste en ese testimonio independiente en favor de la Biblia, atendida especialmente la alta antigüedad á que se remonta.

En segundo lugar resulta que de ámbas tradiciones ó narraciones, la mosáica y la caldea, derivadas de aquella fuente común, la primera, prescindiendo aquí de la inspiración divina y sólo raciocinando por los datos humanos, es indudablemente

la que representa en su primitiva pureza y, por decirlo así, virginidad, la tradición original de los primeros patriarcas y maestros de los pueblos por Abraham hasta Moisés; y que por consiguiente, es la más autorizada y veneranda, como que es la única que conserva en su pureza el tesoro de la doctrina primitiva; verdad que en otro lugar demostrarémos con alguna detención.

Pero ¿quién no vé, en efecto, como entre los caldeos esta doctrina ha sido alterada con el tiempo y también sumamente adulterada con la interpolación y mezcla de groseros errores y fábulas mitológicas? Y ¿quién no vé cuánto aventaja á la caldea la narración bíblica, aún bajo el aspecto material, por decirlo así; como quiera que está muy léjos de igualar la belleza, el órden, la lucidez y la magestad sublime que resplandece en toda la exposición de Moisés?

∴

Cúmplenos ahora exponer uno de los grandes servicios prestados por la Asiriología en favor de la autenticidad de la Biblia contra la crítica racionalista, como quiera que constituye un argumento decisivo contra el moderno racionalismo bíblico, hoy día completamente desacreditado por los descubrimientos asiriológos.

En efecto: punto menos que un dogma era para los racionalistas la no autenticidad del Pentateuco, pretendiendo demostrar que no es Moisés el autor, sino que es obra de varios autores desconocidos, cuyos escritos fueron despues recopilados por un autor muy posterior, suponiendo fuese Esdras. Ahora bien, el argumento capital que en prueba de su aserto aducen, consiste en observar que Dios en el Pentateuco es llamado unas veces *Elhoim* y otras *Jehovah*. Todos los pasajes en que Dios es designado con el primer nombre, son atribuidos por los racionalistas al autor ó fuente, que por esto llaman *elhoista*, y aquellos en que tiene el segundo, al *jehovista*.

Así, en la narración bíblica de la creación y de la caida del hombre, el capítulo primero y los dos primeros versículos del segundo son atribuidos al *elhoista*; el resto del capítulo segundo y el capítulo tercero son atribuidos al autor *jehovista* y considerados por tanto, como una interpolación ó narración de autor distinto.

En cuanto á la narración del diluvio separan igualmente de una parte, todos los pasages *elhoistas* y de otro las *jehovistas*, formando dos narraciones paralelas de autores diversos, mezcladas más tarde por el supuesto compilador.

Ahora bien: á esta dificultad se respondía que generalmente se denomina á Dios *Elhoim* cuando se le representa como Dios del universo y *Jehovah* cuando se habla de él, como adorado por los hebreos; pero los racionalistas no querían admitir semejante explicación y fué necesario esperar un argumento que no tuviese réplica posible. Ese argumento lo ha dado la Asiriología y hé aquí cómo y de que manera tan decisiva.

Las tablas cuneiformes encontradas en los últimos años han derribado completamente ese castillo de sofismas, porque esas inscripciones cuneiformes, anteriores de varios siglos á Moisés, contienen en sus narraciones los pasajes *elhoistas* y *jehovistas* del Génesís en textos contínuos, é indistintamente.

En el poema cosmogónico de Nínive existe la descripción de los seis dias de la creación, semejante á la narración *elhoista* del primer capítulo del Génesis y existe igualmente la caída del hombre análoga á la narración *jehovista* del segundo y tercer capítulo. Y en las *leyendas de Izdubar*, el episodio del diluvio nos presenta igualmente los pasajes *elhoistas* del Génesis, como son los que se refieren á las dimensiones, á la construcción, al calafateamiento del Arca, á la bendición y alianza divinas despues de la salida de Noé con su familia; así como los pasajes *jehovistas*, como la mención de la clausura de la puerta del Arca y de la oblación del sacrificio.

Además el mismo episodio recuerda el envio de las aves fuera del Arca, pasaje que en el Génesis no es *elhoista* ni *jehovista*, sino tenido falsamente por apócrifo, como interpolación hecha mas tarde en el texto bíblico.

Todos estos pasajes, repetimos, estaban ya registrados en las inscripciones de la tradición caldea y formaban un solo cuerpo de narración contínua, mucho tiempo antes de Moisés; por consiguiente es valadí la objeción racionalista y Moisés pudo recoger de la tradición del pueblo de Abraham, venido de *Uer* de Caldea la narración que nos ha dejado de la tradición primitiva.

La razon, por tanto ideada con gran aparato de erudición por los racionalistas para quitar á Moises la paternidad del Génesis carece de fundamento, como quiera que su distinción aparatosa de frases elhoistas y jehovistas nada prueba contra la unidad y autenticidad del libro mosaico.

Esto nos hace recordar lo acaecido con el zodíaco de Tentyra contra la cronología bíblica. Los primeros ensayos de las ciencias se esplotan por ligereza y espíritu de incredulidad contra la Biblia; pero cuando esos ensayos se convierten en verdaderas conquistas científicas, resultan una espléndida victoria para la religión y las Sagradas Escrituras.

Hemos dicho que la autenticidad de la Biblia ha encontrado una nueva confirmación de parte de los monumentos asiriólogos. Y en verdad ¿cómo no debió ser sorprendente que un libro que se impugnaba como apócrifo y poco menos que fabuloso y lleno de mitos, encontrase confirmada su veracidad de la manera mas completa en monumentos irrecusables? En efecto: los asiriólogos han encontrado que los documentos cuneiformes comprueban la Biblia en todos los pasajes en que esta se refiere á acontecimientos del imperio asirio-caldeo, hasta el punto de que, como dice un autor: «no hay un solo detalle en esta historia que no sea de todo punto conforme á los usos y costumbres de aquel país (Caldea), ni una sola alusión que después no haya sido justificada y confirmada por los descubrimientos arqueológicos. «¿Se puede pedir, pregunta Vigouroux, una prueba más convincente y decisiva de la autenticidad y veracidad del libro?»

Mas solo queremos ensayar los puntos difíciles y desde luego examinarémos los pasages del libro de Daniel relativos á Nabucodonosor y á Baltasar que fueron controvertidos por la crítica racionalista.

Así, la existencia misma de Nabucodonosor fuè puesta en duda bajo pretexto de que Herodoto no inscribía una sola vez este nombre en sus anales. Pero hé aquí que debido á las inscripciones babilónicas descifradas por Oppert, podemos penetrar en el corazón de la civilización de Nabucodonosor y reconstituir por medio de documentos contemporáneos el medio intelectual, moral y social, en cuyo seno vivía Daniel en la corte del gran rey. La identificación de los nombres bíblicos dados á los reyes caldeos y persas en los libros de Daniel y de Ester con los de las inscripciones cuneiformes es hoy un hecho adquirido por la ciencia.

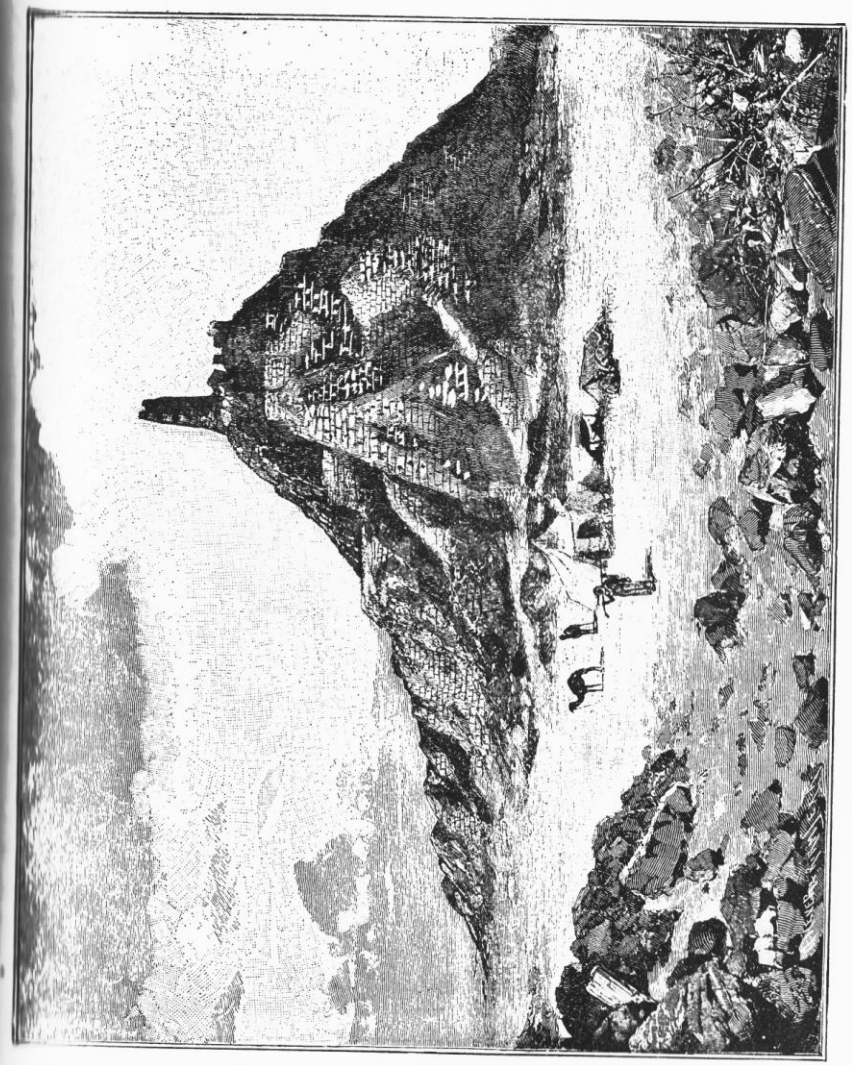
La más importante de estas inscripciones es la de Borsippa descifrada por Oppert. «Ella nos enseña, dice el ilustre asiriologico, que la ruina hoy llamada Birs–Nimrud es el resto de un edificio erigido por *Nabucodonosor* en honor de los siete planetas y *reconstruida* sobre la base de otra ruina que en la época del monarca, pasaba por el teatro de la confusión de las lenguas. La inscripción nos dice además que en los tiempos de Nabucodonosor, hácia el año 558 ántes de Jesucristo, *se contaban cuarenta y dos vidas humanas*, y como cada vida estaba calculada en término medio por los Caldeos en cincuenta y cinco años, dá un intérvalo aproximativo de 2730 que habría corrido entre el Diluvio y el reinado de este monarca caldeo: ahora bien, este intervalo difiere de 10 años solamente del de 2720 que daría la cronología hebráica, acuerdo verdaderamente notable.

La Biblia afirma que el destructor de Jerusalen

había reconstruido la ciudad de Babilonia; ahora bien, Herodoto, que ni una sola vez nombra á Nabucodonosor, atribuye el honor de estos gigantescos edificios á la reina Semiramis. Entre la afirmación de Daniel, testimonio ocular, y la palabra de Herodoto, escrita tres siglos después de los acontecimientos, la crítica racionalista se decidía contra Daniel por Herodoto. La negación se prolongó por dos cientos años, pero la hora de la verdad sonó por fin, y las líneas siguientes sacadas de las inscripciones hacen resaltar la nulidad irrisoria de la falsa ciencia: «Nabopolasar, mi padre, emprendió la construcción de la gran cintura de Babilonia..... .. El hizo cavar los fosos y revistió solidamente los bordes de los fosos con asfalto y ladrillos..... Yo construí la sede mi reino en el corazón de Babilonia.... Yo he construido este palacio indestructible.... Cavé el alveo del Canal..... Fundé y edifiqué en Babilonia un templo sagrado;..... he restaurado los templos de Dios..... Yo, Nabucodonosor, relaté mi construcción sobre cilindros cubiertos de asfalto y ladrillos» Oppert.

Y son precisamente estos cilindros que la verdadera ciencia ha venido á descifrar para gran confusión de la incredulidad.

La demencia prolongada en que cayó Nabucodonosor al fin de su vida, ese acceso de licantropía, una de las variedades más singulares de las enfermedades mentales y que Daniel le profetizara, fué hasta ridiculizada por la crítica moderna. En vano Beroso, citado por Josefo, hace mención de la enfermedad de Nabucodonosor, al decir: «Despues de haber comenzado la construcción de las murallas, este monarca cayó en una enfermedad que le redujo á la impotencia.» Los racionalistas rechazaban el testimonio de Beroso como éco de Daniel y de Josefo; pero hé aquí que el mismo Nabucodonosor, rey de Babilonia, dice: «Nabopolasar mi padre, que me engendró, emprendió la construcción de la gran circunvalación de Babilonia, que Bel-Dragon guarda.



La Torre de Babel, llamada Birs-Nimrud, en su actual estado (de fotografía)

«Dios, Merodach, gran Señor; bendice tambien las empresas de mi mano, se propicio, *acepta mi humillación.....*» Y esta fórmula curiosa se encuentra precisamente en la inscripción relativa á las murallas de Babilonia en la circunstancia referida por Beroso.

El Baltasar de Daniel.—Cuando la dinastia de Nabucodonosor sucumbió bajo los golpes de Ciro, rey de Persia, con la rendición de Babilonia, sabemos por Daniel que quien mandaba en la ciudad era *Baltasar*, á quien el Profeta llama *rey*. Pero como ningun historiador profano habla de Baltasar, los enemigos de la revelación, con la lígereza de costumbre, se han valido de este silencio para negar la verdad del relato bíblico, y hasta para declarar apócrifo el libro de Daniel.

Además, una inscripción cuneiforme descubierta en 1879 dá noticias detalladas de los años que precedieron y siguieron inmediatamente á la toma de Babilonia y de su texto resulta que el rey caldeo, vencido y destronado por Ciro, se llamaba *Nabonidas* y no Baltasar. De todo lo cual deducían los críticos racionalistas que «el reinado de Baltasar, á que sirven de límite las palabras fatídicas: *Mane, Thecel, Phares*, debe ser definitivamente tachado de la historia (Halevy).

Pero esto es andar demasiado á prisa, porque la dificultad queda resuelta con la misma inscripción cuneiforme; y vamos á ver con un nuevo triunfo para la Biblia, como los asertos del Profeta Daniel concuerdan perfectamente con los hechos y los monumentos descubiertos en Asiria.

Nabonidas, á quien la inscripción cuneiforme hace último rey de Babilonia, no descendia de Nabucodonosor: había usurpado el trono despues de la muerte violenta de Laborosoarcod, nieto del gran Rey, y para granjearse el apoyo de todos los partidos se casó con una hija de Nabucodonosor: tuvo de esta unión un hijo, que las inscripciones llaman *Belsarusur* ó Baltasar, el cual como descendiente

por parte de madre de Nabucodonosor, tenía más derecho que su padre á la corona: no era estraño, pues, que Nabonidas hubiese asociado al trono á su hijo con el título de Rey, como David hizo con Salomon y Setis con Ramses II.

Así, pues, háse ya encontrado el nombre de Baltasar como hijo primogénito de Nabonidas; luego no es un personaje apócrifo: pero además no es una simple hipótesis la de que fuese *rey-colega*, (*habal-sar*), de Nabonidas, y muchos datos indican que tal asociación al trono es positiva.

1.º Cuando Baltasar quiere conferir á Daniel los mayores honores, le dice que le hará *el tercero* del reino; y si no puede conceder el segundo lugar, se debe sin duda á que se hallaba ya ocupado, por pertenecer el poder real á padre é hijo, que es *el segundo*.

2.º Nabonidas en la inscripción pide al dios *Sin* que los conserve mucho tiempo á él y á su hijo primogénito, Baltasar.

3.º La mencionada inscripción cuneiforme encontrada en 1879, dice con repetición que el hijo de Nabonidas mandaba los ejércitos: la inscripción llamada «el cilindro de Ciro», nos lo muestra tambien como virrey al frente de los ejércitos, rodeado de corte, mientras que su padre aparece voluntariamente alejado del gobierno en Borsippa.

De estos diversos testimonios resulta que Baltasar figuró al frente de los ejércitos y que gozó, sinó el título, las funciones de *rey*; de manera que bien puede Daniel darle este nombre, con tanta más razón, cuánto que por haber caido prisionero Nabonidas algunas semanas ántes de la toma de Babilonia, Baltasar fué de hecho rey en este intérvalo.

Pero los descubrimientos contemporaneos aún nos permiten avanzar más y decir que Baltasar, no solo era rey-colega, sinó rey verdadero. En 1876 han sido descubiertos miles de contratos babilónicos en los que sucesivamente figuran durante dos siglos, los diversos individuos de una familia; uno de estos contratos probablemente coetáneo de los últimos años de Nabonidas, lleva por fecha el tercer año del rey *Marduk-Sar-usur*, y aunque el verdadero nombre de Baltasar es *Bel-Sarusur*, cuyo primer elemento difiere de aquel, no hay tal diferencia en realidad, porque *Marduk* y *Bel* son sinónimos, dos nombres diferentes del mismo dios, y así Marduk-Sarusur es igual á Bel-Sarusur, esto es, Baltasar, alteración debida á la traducción de los Setenta.

En todo caso, pues, resulta de lo dicho que la Biblia no puede ser tachada de error á propósito de Baltasar.

Por Jenofonte sabemos que Nabonidas, después de su derrota, no volvió á Babilonia, sinó á Borsippa; por Nabonidas que su hijo se llamaba Baltasar, y por Daniel que quien gobernaba en Babilonia, como segundo personaje del reino en ausencia del primero, se llamaba precisamente Baltasar. ¿Puede desearse mas perfecta concordancia y derrota mas evidente para la crítica racionalista?

Para que no se extrañe la alteración del nombre de *Bel-sar-usur* en Baltasar, recordamos los ejemplos siguientes: *Sarkin*—Sargon. *Asur-Akhi-Iddin*—Asarhadon. *Nabu-Pal-Usur*—Nabopolasar. *Nabu-Kudur-Usur*—Nabucodonosor; y por fin el mismo Nabonidas se escribe *Nabu-Nahid*.

Sobre este punto podemos hacer la siguiente reflexión: segun los documentos originales, el último rey de Babilonia fué Nabonidas; pero segun el libro de Daniel, fué Baltasar. ¿Cómo se concilia esta aparente contradicción? Fácilmente: Baltasar como rey-colega de su padre Nabonidas, tomó el mando del ejército en la defensa de la ciudad, mientras su padre se retiró á Borsippa. Las inscripciones cuneiformes han restablecido el nombre, ignorado hasta ahora, de *Baltasar*.

Pasemos ahora á narrar otro triunfo de la Biblia. Apesar de todas las tradiciones, Renan osó decir: «La leyenda de la Torre de Babel, no parece muy antigua y se explica por ciertas particularidades características de Babilonia, sin ninguna relación con la confusión de las lenguas». Pero Dios ha

querido que recibiese un cruel mentís. Las ruinas de Babel han sido encontradas por M. Place.

Y ¿cuántos otros triunfos no obtendrá la Biblia por los descubrimientos de textos cuneiformes aún no descifrados? Por tanto podemos decir con un notable historiador: «Se acerca el día en que será necesario un verdadero milagro de sinrazón para no creer en la Biblia».

Pero es conveniente que de una manera especial hablemos del hallazgo sorprendente de la Torre de Babel, que sin duda alguna «es, al decir de M. Oppert, el monumento mas notable de Babilonia. Pocos restos de la antigüedad, y hablamos del mundo entero, pueden disputarle la palma por su magestad severa, ni inspiran un interés semejante por razón de las tradiciones que trae á nuestra memoria».

LA TORRE DE BABEL

(Birs-Nimrud)

Como unos 150 años después del diluvio, hallándose reunidas en las llanuras de Sennaar las tríbus descendientes de los hijos de Noé, numerosas ya y viéndose que crecían y se multiplicaban, comprendieron que era preciso dispersarse y buscar tierras mas extensas para pueblos mucho mayores. Pero antes quisieron levantar en aquel lugar un monumento que demostrase á las edades futuras su fuerza y su poder. «Edifiquemos, dijeron, una torre cuyo remate se eleve hasta el cielo y hagamos nuestro nombre célebre antes de dispersarnos sobre la tierra».

Y pusieron manos á la obra; pero el Señor quiso desvanecer su orgullo y dijo: «Forman un solo pueblo y hablan un mismo lenguaje.... pues confundamos su lengua de modo que no se entiendan unos á otros».

Entonces los obreros que trabajaban en el gran edificio, cesaron de entenderse, porque cada uno hablaba un lenguaje diferente, separándose para diseminarse por las diferentes regiones del mundo; y el monumento que quedó sin concluir, ejem-

plo de la impotencia del hombre cuando Dios no está con él, fué llamado *Babel*, es decir, *confusión*.

Tal es la historia de la torre de Babel que refiere el Génesis en su cap. XI, historia cuyo recuerdo se encuentra en la mayor parte de las naciones antiguas y modernas.

Ahora bien, en concepto de los críticos racionalistas este relato era un mito; pero el recuerdo de la Torre de Babel ha quedado tan vivo en Babilonia, testigo de esta empresa, que no es posible negar la realidad histórica del hecho mencionado en el Génesis; y forzoso será reconocerlo así, despues de examinar los testimonios que vamos á aducir.

Es cosa demostrada que los descubrimientos arquelógicos han confirmado las narraciones de la Biblia acerca de la cosmogonía mosaica, la caida del hombre, los Patriarcas antediluvianos y el mismo diluvio, como puede verse especialmente en Vigouroux y en Lenormant, «Historia antigua del Oriente», y Brunengo; referencias que omitimos por no llenar de citas este capítulo.

Pero como respecto á la confusión de las lenguas existe el magestuoso monumento que es el más notable de Babilonia, descenderemos á algunas particularidades especiales sobre la Torre de Babel, empezando con una cita del célebre Lenormant: «Las tradiciones paralelas á las de la Biblia, que hemos hasta aquí mencionado (respecto á la cosmogonía del Génesis, la caida del hombre, los Patriarcas antediluvianos, el diluvio) tenían un carácter verdaderamente universal; ellas se encuentran entre los pueblos de estirpes y de regiones las más apartadas, Pero no sucede así con respecto á la confusión de las lenguas y á la Torre de Babel.

«Esta, en la Biblia tiene por teatro las llanuras de Sennaar, ó sea, de la Caldea; *es tradición particular* de los habitantes de aquella región, ó de los pueblos que salieron de ella en tiempos históricamente calculables.

El recuerdo de la Torre de las lenguas conservábase entre las mas antiguas memorias de los Caldeos, y hacía también parte de las tradiciones nacionales de Armenía, á dónde había llegado por las naciones civilizadas del Eufrates y del Tigris».

Aunque es altamente verdadera esta exposición de Lenormant, en cuanto á la especialidad de la tradición de la Torre de Babel para la Caldea, en lo que tiene de esclusivo para las demás gentes, es asaz atrevida.

En efecto, aún entre pueblos antiquisimos y muy diversos se encuentra esa tradición genesiaca. Así d'Anselme encontró en los libros sagrados del *Ku King* de los chinos la memoria expresa de la *confusión de las lenguas*. A. de Humboldt encontró entre los Mejicanos, junto con el recuerdo del diluvio, *la historia de un edificio piramidal, erigido por el orgullo de los hombres y destruido por la cólera de los dioses*, y de este edificio piramidal ó Torre, los primitivos anales mejicanos, al describrir los viajes de su antiquisimo legislador, *Votan*, observan ser cabalmente el lugar en dónde Dios dió á cada una de las familias humanas un *lenguaje particular*. Y Humboldt añade que estas mismas tradiciones de remotísima antigüedad, encuéntranse tambien en el Asia entre los adoradores de Brahama y en Tartaria.

Sin embargo es muy cierto que de este memorable acontecimiento ningun otro pueblo, junto con el hebreo, debió conservar más viva y perenne la memoria que el babilónico: de donde proviene que la nueva luz que los modernos estudios asiriólogos han dado á las antiguas tradiciones y memorias, contiene tal cúmulo de indicios y pruebas, que la veracidad de la narración mosaica queda admirablemente confirmada.

Y en verdad las tradiciones y memorias antiguas de Caldea abundan para confirmar, no solo el acontecimiento de la confusión de las lenguas y de la dispersión de los pueblos, acaecidas al fabricarse la Torre, sino tambien para determinar el lugar y sitio de la misma Torre en Borsippa, en don-

de surgió despues el *Bit-Zida* reconstruido por Nabucodonosor.

Veamos ante todo la claridad de las tradiciones; y en primer lugar el Abídeno, que vivió bajo los primeros Ptolomeos en Abydos de Egipto, y allí sacerdote de Osirides, dice: «Cuéntase que los primeros hombres, enorgullecidos sobremanera por su fuerza y estatura (los gigantes) y despreciando á los dioses, emprendieron erigir una Torre, cuya cima llegase al cielo, en el lugar en que existe Babilonia.

Ya se acercaba al cielo, cuando los vientos llegaron en auxilio de los dioses y derribaron la obra sobre la cabeza de los constructores. Sus ruinas dícese que se ven aún en Babilonia. Y los dioses introdujeron la diversidad de lenguas entre los hombres, que hasta entonces habían hablado un mismo lenguaje.....»

Polihistor dice: «Cuando todos los hombres al principio hablaban el mismo lenguaje, algunos de ellos emprendieron erigir una vasta y altísima Torre, á fin de poder por su medio escalar el cielo. Pero los dioses desencadenando una tempestad confundieron su propósito y dieron á cada tribu un lenguaje particular, y por esto aquella ciudad se llamó Babilonia.» *Müller, Berosi fragmenta*, etc.

Ahora bien, como estos dos autores no son más que compendiadores de Beroso (1), toda su autoridad viene á refundirse en la de este último; y como esta narración es tan conforme con la Biblia, racionalistas como Renan, la recusan sospechando que Beroso la forjó, no con la tradición nacional, sino tomándola del Génesis; pero esto es inadmisible como quiera que en tiempo de Beroso los judíos de Caldea carecían de la influencia que se les supone; las grandes escuelas babilónicas se hallaban florecientes y en posesión de todos los documentos nacionales.

(1) Beroso nació en Babilonia el año 350 antes de Jesucristo, y era sacerdote de Belo y por consiguiente de la *clase de sabios*. Era eruditísimo en las antigüedades caldeas y en la historia patria, por lo cual Taziano apellídale el más docto de los historiadores del Asia superior. Pasó á la isla de Cos en el Egeo y escribió en griego una historia de las antigüedades de Caldea, hoy perdida, conservándose fragmentos por Josefo Flavio, Apolodoro, Abideno, Polihistor y otros, recogidos por el citado Müller en su obra «Fragmenta Historiæ. Græcor, etc.»

Además todos los descubrimientos modernos demuestran la exacta escrupulosidad de Beroso y su constante cuidado en aprovecharse de las fuentes indígenas; y así como está demostrado que para las demás narraciones se sirvió de aquellos antiquísimos monumentos y de originales de las tablas cuneiformes, que al descubrirse hoy han dado insigne testimonio de su veracidad histórica, así no puede dudarse que de esos mismos monumentos haya sacado la tradición de la Torre de Babel.

Por tanto, es asaz razonable la esperanza manifestada por el asiriológo de Menant que al completarse el estudio de las bibliotecas cuneiformes de Asiria llegue á encontrarse esta narración en los mismos documentos originales estudiados por Beroso, asi como ya se han encontrado en gran parte los relativos á las demás tradiciones bíblicas, á pesar del gran campo de esploraciones que restan por hacer.

Como comienzo de ese hallazgo puede citarse el fragmento de la tablilla cuneiforme hallado por Smith, que contiene pasajes que verosimilmente se refieren á la Torre de Babel, pues, dice: «Irritado Bel, padre de los dioses, contra los que edificaban la ciudad de Babilonia y la *ilustre* torre, en su cólera confundió á grandes y pequeños para su castigo..... Para confundir su lenguaje, volvió la cara, dió la órden, y el consejo de ellos fué confundido». Esta última palabra es la misma que la Biblia emplea, *bala*.

Más aún: los asiriológos, especialmente Oppert, han podido establecer hasta la situación ó lugar de la Torre de Babel, en *Borsippa*, en el lugar mismo de la gran Pirámide ó Torre de siete pisos restaurada por Nabucodonosor, el *Birs-Nimrud*. (la Torre de Nemrod) al S. O. de Babilonia, encontrándose allí una masa inmensa de ruinas, compuestas de ladrillos crudos y cocidos unidos con asfalto (circunstancias conformes con el relato del

Génesis) y cuyo amontonamiento sobre los dos únicos pisos que quedan, forma una enorme colina.

Esta Torre restaurada por Nabucodonosor era ya en sus dias considerada como uno de los más antiguos monumentos de Caldea. En la inscripción que hizo grabar Nabucodonosor, la Torre ó Zigurrat era, segun la versión de Oppert *la más antigua memoria de Borsippa*: el nombre de su primer fundador estaba olvidado por la distancia de los tiempos, siendo atribuida al *rey más antiguo,* esto es, al primer rey de Babilonia, que es el *Nemrod* del Génesis, probablemente idéntico al *Izdubar* de la gran epopeya babilónica; aquel Nemrod, cuyo nombre en asirio, como en hebreo, significa *rebelde*, y que debió estar al frente de aquellos orgullosos gigantes, que pretendieron elevar hasta el cielo la Torre.

Y á Nemrod en verdad, es atribuida por los indígenas del Eufrates la construcción primitiva de la Torre, como lo demuestra el nombre de *Birs-Nimrud*, que desde tiempo inmemorial ellos han dado al cúmulo de sus colosales ruinas.

Hé aquí la inscripción mencionada, que Nabucodonosor, al restaurar la Torre hizo grabar en ella y que confirma plenamente la tradición sobre el sitio de Babel: «Decimos para.... este edificio. El templo de los siete Luminares de la tierra fué construido por el rey más antiguo; le dió cuarenta y dos medidas agrarias, pero no elevó la cima. Desde los dias del diluvio quedó abandonado.... las lluvias y tormentas dispersaron los ladrillos crudos de la construcción y hundieron los ladrillos cocidos del revestimiento.... He puesto mano á la *reconstrucción* de la Torre, elevando su pináculo cuanto debió estarlo en remotos tiempos».

Abundan además las tradiciones de otro género y es tal su autoridad, que aún los mismos racionalistas que se atrevian á llamar leyenda á la narración bíblica, se ven obligados á respetarla. Así Schrader confiesa: «No puede dudarse que la leyenda de la Torre de Babel expuesta en el Génesis no se relaciona á un monumento realmente

existido, y que este monumento no sea el edificio sagrado construido en forma de Torre en Borsippa al O. de Babilonia ».

A todos estos datos hay que añadir el argumento gravísimo de los *nombres*, en los que suelen encarnarse y perpetuarse las tradiciones de los pueblos. Asi, Borsippa, ó sea *Bor-Sip*, significa según los asiriológos, *Torre de las lenguas*. Y el grupo ideográfico que en la escritura asirio-caldea se emplea para expresar la ciudad de Borsippa, esto es, la ciudad formada en las inmediaciones de la Torre, y que fué después uno de los barrios de la gran Babilonia, aquel grupo significa: *Ciudad de la dispersión de las tribus*. Oppert.

En cuanto al nombre de Babilonia debe notarse el singular significado que ofrece: el más importante y el más antiguo de sus nombres místicos ó simbólicos en la lengua accádica, se encuentra con frecuencia en las inscripciones, está compuesto de tres caracteres ideográficos que leidos fonéticamente, suenan: *Din-Tir-Ki,* y significan: *Ciudad del origen de las lenguas*.

Ahora bien, la evidente alusión que este nombre simbólico de Babilonia y el de Borsippa hacen á la tradición, que coloca en la misma Borsippa la Torre de las lenguas; esta alusión, decimos, constituye *una prueba decisiva*, al decir de Lenormant, del carácter enteramente nacional y de la antigüedad de semejante tradición entre los babilonios».

Pasando del nombre simbólico de Babilonia á sus nombres vulgares, estos son dos: *Babel* (confusión) y *Bab-Ilu*, (Puerta de Dios) segun ya dijimos.

Moisés en el Génesis la toma en el primer sentido, que es el mas directo y antiguo: *Balal*, confusión; pero el orgullo nacional lo cambió en *Bab-El*, puesto que el *El* hebreo, *Dios*, es el *Ilu* caldeo, *Dios Supremo*; de donde quedó adoptado en los monumentos *Bab-Ilu*, (Puerta de Dios); denominación gloriosa, que hizo olvidar la primitiva y odiosa etimología y aunque nunca se perdió del

todo, como lo demuestra Beroso, historiador caldeo, se conservó más viva en la tribu patriarcal de Abrahan, del que llegó hasta Moisés, quien la consignó en el Génesis.

Resumiendo en pocas palabras lo dicho, resulta: 1.° En cuanto al conjunto de la narración de Moisés (Gén. XI), aunque *hasta ahora* en las tablas cuneiformes no se hayan encontrado documentos esplícitos, como ya en gran parte se obtuvieron de las demás narraciones bíblicas; sin embargo de las memorias conservadas sobre las antiguas tradiciones, resulta *indudable* que entre los caldeos siempre fué admitido como históricamente verdadero el hecho narrado por Moisés: esto es, la edificación de una Torre colosal, emprendida en los primeros tiempos postdiluvianos; la confusión de las lenguas, acaecida al fabricarse la Torre y consiguientemente la dispersión de los pueblos, y el nombre que conservó Babilonia.

2.° De las mismas tradiciones y estudios resulta que la Torre existía en Borsippa, en el lugar cabalmente del gran monumento restaurado despues por Nabucodonosor, y del cual hoy día se contemplan las grandiosas ruinas, *ruinas que por su severa magestad y la importancia de las memorias, tienen pocas iguales*, al decir de Oppert, *no solo en Oriente, sino en todo el mundo antiguo.*

Y hé aquí porque celebraré eternamente haber podido contemplar la Torre de Babel, con la gratísima ilusión de encontrarme trasladado á los remotísimos tiempos de su construcción en presencia de aquel rastro soberbio dejado en las llanuras de Sennaar por los primeros descendientes de Noé. ¡Cómo es hermoso pisar esas ruinas ante las cuales desfilaron las más remotas generaciones!.... No cambiaría ese placer por ningun otro de este mundo, si se exceptúan para mi las ruinas americanas, que ocupan un lugar distinguido en mis aficiones arqueológico-etnográficas y que tuve tambien la dicha de contemplar en mi viaje al través de los monumentos de la América precolombiana.

* * *

Ahora, sin embargo, por no olvidar nada en esta interesante materia, y demostrar que nuestras creencias son superiores á todos los sofismas, digamos algo de las objeciones que suele oponer á la narración bíblica la crítica racionalista, que, acosada con contínuas derrotas, busca siempre pretextos para no admitir la verdad ante las más espléndidas victorias.

1° Se pregunta cómo pudieron todos los hombres estar reunidos en la llanura de Sennaar, como quiera que el Génesis dice: «Y cuando los hombres partieron de Oriente, encontraron una llanura en la tierra de Sennaar y habitaron allí.»

Contestamos que, si la opinión comun supone que todos los hombres se reunieron en la llanura del Sennaar, el texto del Génesis no obliga á creerlo, y aun parece en su conjunto favorecer la opinión contraria.

Efectivamente, á la historia de Babel precede la etnográfica, y por tanto esta parece indicar que la separación de los hijos de Noé comenzó poco después del diluvio; además los constructores de Babel *venían de Oriente*, y sin duda dejarían familias en el camino.

La objeción carece pues, de eficacia, si se admite esta opinión. Por lo que se refiere á la interpretación comun, tampoco implica ninguna imposibilidad absoluta, ni excluye el hecho de que los descendientes de Noé fueran dejando en su camino varias ó algunas familias.

2.° Háse pretendido tachar de erronea la etimología de la palabra *Babel*, dada por el Génesis, al suponerla derivada de *Balal*, en recuerdo de la *confusión* de las lenguas. Maury pretende descubrir aqui una interpretación forjada *á posteriori*, y traduce, por el contrario, *Babel* por *Puerta de Ilu.*

Quien se engaña, sin embargo, es Maury, no Moisés; porque, en primer lugar, á ningun hebreo se le hubiera ocurrido derivar *Babel* de *Balal.* Formábanse en hebreo los sustantivos por la repetición de las dos consonantes constitutivas de la raíz, y de *Balal*, no se habría formado *Babel*, sino *Bilbal:* en asirio

por el contrario, se duplicaba la primera radical, y ùnicamente en esta lengua pudo *Balal* dar orígen á *Babel.*

Y en segundo lugar, queda ya explicado como pudo por orgullo nacional darse á *Balal* el significativo de *Puerta de Dios*, Bab-Ilu.

Pertenece, pues, la prioridad á la etimología dada por Moisés, y aun podrá en rigor suponerse que el nombre de Babilonia existiera antes de suceder lo de Babel y que este nombre haya recibido nuevo sentido, después de la confusión de las lenguas, sin que de esto pueda deducirse argumento alguno contra Moisés en su veracidad. (1)

El hecho mismo de la *confusión de las lenguas* ha dado pretexto á dificultades que queremos desvanecer.

Este hecho ha sido también considerado como un mito por los mismos críticos que no combaten lo de la Torre de Babel, á cuya historia se refiere; y sin embargo prescindiendo aún de las razones que prueban la autenticidad del Pentateuco en general, encontramos en los autores profanos y monumentos la confirmación del hecho histórico de la confusión de las lenguas.

Beroso, Abideno y la Tabla estudiada por Smith nos hablan esplícitamente de ello; y como ya lo indicamos, el mas antiguo signo ideográfico de Babilonia significa: *Ciudad de la raiz de las lenguas*, y el nombre de Borsippa, donde se levantaba la Torre, equivale á *Torre de las lenguas*; por donde se vé cuan profundamente arraigado había permanecido el recuerdo de esa confusión en el Sennaar.

Verdad es que semenjate hecho supone la unidad de las lenguas y que se ha intentado, á nombre de la filología comparada, demostrar que las diversas lenguas conocidas no pueden retrotraerse á un origen común; pero á esto se responde:

(1) Para mayores detalles sobre estas materias pueden consultarse: Vigouroux, *la Biblia y los descubrimientos modernos—Manual Bíblico.* Dic. *bíblico.*—Oppert, *Expedition en Mesopotamie.*—Lenormant. *Hist. ant. d'Orient.*—Menant, etc.

1.º Que no es seguro que todas las razas humanas se encontrasen reunidas en los llanos de Sennaar, y que, por consiguiente, nos presente la Biblia como orígen común de todas las lenguas la que hablaban los edificadores de la Torre de Babel.

2.º Que no es seguro que el prodigio relatado en el Génesis haya consistido en cesar de comprender los unos el lenguaje de los otros, sinó que tal vez, y es una opinión exegética muy antigua, las expresiones del sagrado texto significan que los edificadores de la Torre cesaron «de entenderse», es á saber, de estar acordes, y que de este desacuerdo provino la necesidad de interrumpir la obra emprendida en común, y de separarse.

3.º Aùn dado por hecho que se trata realmente de una confusión de lenguas propiamente tal y que estas no pueden ser retrotraidas por la filología á una misma fuente, esto no serviría sinó para confirmar la narración del Génesis, demostrando el orígen sobrenatural de la diversidad de las lenguas.

4.º Es además falso que nos ofrezca semejante resultado la filología: antes por el contrario, nos prueba la posibilidad de la unidad positiva de las lenguas, y hasta la hace muy verosimil. Hé aquí, en efecto, el resultado que actualmente ofrecen los trabajos filológicos. Todas las lenguas se agrupan en tres grandes familias: la indo-europea, la semítica y la turánica, entre las cuales, para que su común origen sea posible, deberán encontrarse rasgos comunes, en tal nùmero que no puedan ser atribuidos á la casualidad semejantes coincidencias. Ahora bien, esto es precisamente lo que se ha hecho yá respecto á las dos familias semítica é indo-europea ó ariana; basta compararlas para hallar plausible la hipótesis de su común origen, siendo necesario para ese trabajo retroceder á las raices de los vocablos.

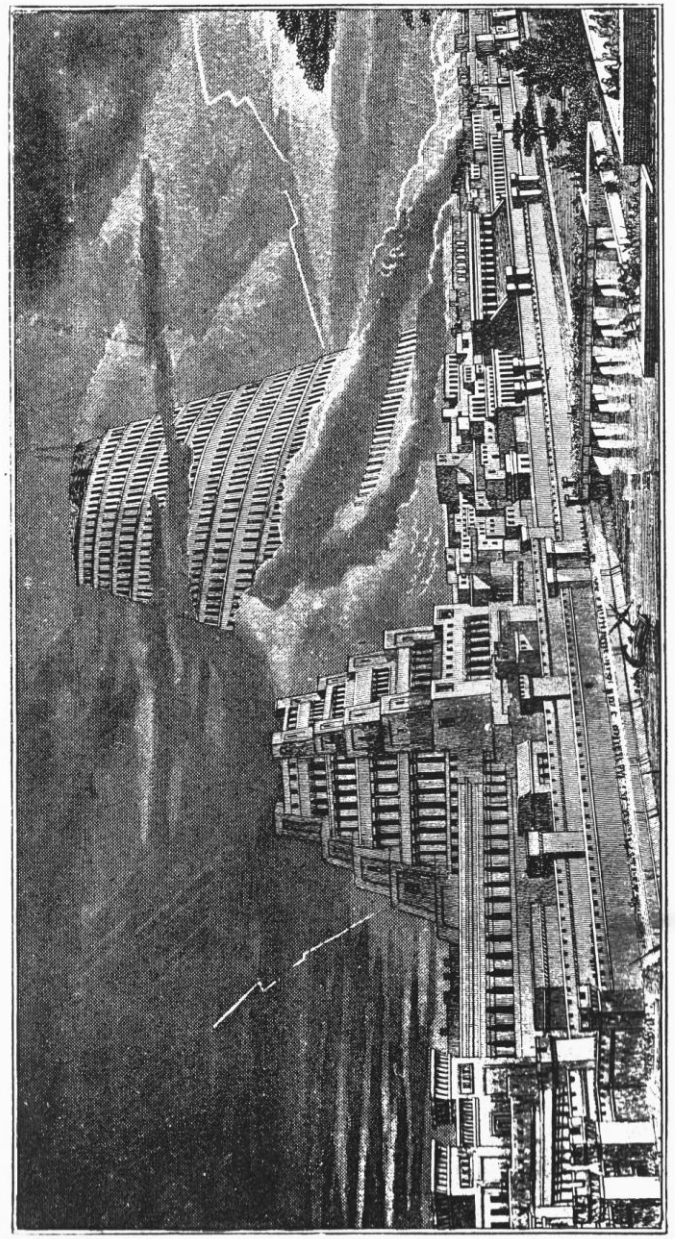
Es, en efecto, sabido que el primer estado de las lenguas ha debido ser *monosilábico*; es decir que había solo monosílabos colocados unos tras otros en su órden lógico, como por ejemplo en el chino;

viene luego el período de *aglutinación* en que los monosílabos comenzaron á soldarse, modificando poco ó nada su sentido, como se vé hoy tambien en la formación de ciertas palabras, por ejemplo: *quita-sol*. En el tercer período, por último las lenguas son de *flexión*, y en ellas la raiz y las palabras añadidas se desfiguran hasta el punto que se hace difícil encontrar su orígen; así por ejemplo, en español vemos como el futuro del verbo *amar*, que no era primitivamente más que la aglutinación de ese infinitivo con el auxiliar *haber*, ha venido á ser de: amar-hé, amar-has, amar ha, amar-hemos, amar-heis, amar–han: amaré, amarás, amará, amaremos, etc. mediante una contracción que ha desfigurado el vocablo.

Admitida esta teoría, sucede que, al comparar dos lenguas de las dos familias citadas, por ejemplo el sanscrito y el hebreo, se ven diferencias tales entre sus respectivas leyes de flexión y aglutinación que hay necesidad de retrotraer su orígen comun hasta el período monosilábico, y buscar, por consiguiente, en las raices mismas la comparación de ambas familias.

Asi lo han practicado notables lingüistas, y el número de paralelismos que han encontrado, es considerable, si se tiene en cuenta que son pocas, 500 á lo sumo, de sentido vago, y progresivamente desfiguradas, las raices primitivas. Falta todavía comparar la familia turánica con las familias ariana y semítica, campo en el cual los resultados han sido ménos fructuosos, pero donde hay harto motivo para esperar que obtendrán algun día satisfactorio éxito los esfuerzos en ese sentido.

Pero sea lo que fuere de estas dificultades, allí está el *Birs-Nimrud*, como el gigantesco vestigio de la tentativa referida por Moisés: sus restos presentan un monumento de forma oblonga irregular; montones de ladrillos y lienzos enteros de paredes que indican habitaciones interiores en el primer piso, de los dos que restan, é inmensas masas de ladrillos petrificadas como por la acción de un fuego violento, síntomas evidentes del gran desastre, ha-



BABILONIA

1. Torre de Babel restaurada — 2. Templo de Belo restaurado
Puente. Jardines pensiles

cen que no puedan contemplarse estas ruinas sino con sentimientos de asombro y profunda emoción.

De la inmensa é increible ciudad solo quedan en pié los restos de *Birs-Nimrud,* del templo de Belo, *Babil*, y del gran palacio, *El-Kasr:* de todo lo demás no queda sino un monton de ruinas y un inmenso almacen de materiales, tan grande, que las poblaciones vecinas se surten de él hace quince siglos, sin que exista siquiera el recelo de que lleguen á verlos agotados.

La que fué en un tiempo reina de Oriente, yace por tierra como una vasta Necrópolis, porque las predicciones de los profetas de Israel se han cumplido al pié de la letra; y los que miran con ojos asombrados su terrible realización, intentan en vano reconstruir con el pensamiento aquel cuerpo inmenso, cuyo cadáver tendido sobre la llanura, asusta todavía con sus proporciones gigantescas, y al cual ha querido resucitar en sus fantásticas reproducciones el pintor del *Festin de Baltasar.*

Yo me retiré mudo, silencioso y asombrado de en medio de aquellas ruinas, que no tienen en el mundo semejantes. Nada mas diré del sentimiento de magestad y asombro que me causaron; pues no las podré olvidar, porque las conservo fotografiadas en mi mente con rasgos indelebles.

El Paraiso Terrenal

Si grande é indescriptible fué mi emoción al contemplar la Torre de Babel ¿cuánto no lo sería al poder decir: *Estoy en* el *Paraiso Terrenal*?

Pero, ¿acaso podia tener certeza de ello? Hé aquí lo que podemos afirmar de esta tradición bíblica ante los descubrimientos de la Asiriología.

Tanto de los textos cuneiformes descifrados por Smith, como de otras indicaciones sacadas de los monumentos asiriocaldeos expuestos por Rawlison, se confirma admirablemente que así en Babilonia como en Nínive se conservaban las tradiciones acerca del estado primitivo del hombre tal cuál estan descritas en el Génesis, esto es, *la caida* del hombre por *el pecado de origen*, así como el recuerdo del *paraiso terrenal*, el *árbol de la ciencia* y el *árbol de la vida.*

Más como la situación del Eden paradisiaco, ese lugar de delicias, que fué la residencia de Adan y Eva en el estado de inocencia, fué uno de los atractivos de mi excursión al atravesar la provincia meridional de los Caldeos denominada *Gan-Dunyas* ó *Kardunias*, el Eden de los Babilonios, quiero exponer lo que acerca de su topografia dicen los asiriológos y expositores de la Biblia.

Ante todo, sábese que la palabra *Paraiso* ó *Eden* de los Orientales, *Gan* en Caldeo y *Gun* en Hebreo, que quiere decir *lugar de delicias*, significa menos un jardin, que un vasto cercado en don-

de los pueblos, de ardiente sol, reunen lo que les encanta en el más alto grado: límpidas aguas, perfumes penetrantes y sombras deliciosas.

Estos *Paraisos* datan de tiempos antiguos en Oriente. Firdusí, que ha recogido en su *Libro de los Reyes* las más antiguas leyendas de las espaciosas regiones reunidas hoy bajo el nombre de Persia, nos muestra á los héroes y á los príncipes que vivian muchos años antes de Ciro, errantes á la salida del sol en los paraisos llenos de flores, que cubren con hermosas sombras las palmeras y los elegantes cipreses.

Los célebres Jardines pensiles de Babilonia, cuyos árboles frutales semejaban á un gran bosque suspendido en los aires, eran en definitiva un paraiso asirio.

Salomon tenia también su *Paraiso* lleno de árboles magníficos y de plantas raras, en donde se encontraba la mirra, el aloe y el bálsamo, cuya planta fué traida, segun las tradiciones rabínicas por la reina de Sabá á Jerusalen, mezclados con los cedros del Libano, á las palmeras de Palestina y á los árboles frutales de las islas griegas del mar Mediterráneo. A este paraiso iba la Sulamites á ver abrir las flores y madurar los frutos de los árboles. Este es el *Sebasten Suleiman*, Jardines de Salomon, ú *Hortus Conclusus*, en dónde se erigirá el proyectado Santuario á Maria del Huerto, y cuyo terreno he tenido la satisfactoria misión de comprar con tal propósito.

La palabra *paraiso* no se entendía solamente de estas plantaciones de recreo, sino que á las veces se daba este nombre á florestas reales, como se deduce del pasage de la Escritura en donde Nehemias ruega al rey Artajerjes le dé cartas para Asaf, guardian del *paraiso de los reyes*, á fin de poder cortar las maderas de construcción necesarias para la reedificación del Templo.

Esta palabra usada con frecuencia por los profetas significa siempre un lugar encantador, donde es delicioso vivir, y esto significaba el Eden ó Paraiso terrenal, en donde colocó Dios á nuestros primeros padres.

Manteniéndonos en un punto de vista bíblico, vamos á refutar una objeción concebida poco mas ó menos en estos términos: «La Biblia da acerca de la situación del Eden indicaciones geográficas bastante precisas; ahora bien, cuando segun ellas se intenta determinar el sitio del Paraiso, nos encontramos con imposibilidades de toda especie, y si la Biblia se ha equivocado en cuanto al lugar del Eden, puede efectivamente equivocarse respecto á su existencia misma».

Para manifestar lo baladí de semejante dificultad, veámos lo primero, cuales son las indicaciones que en el Génesis se contienen: «Un rio, dice el texto sagrado, salía del lugar de delicias para regar el paraiso, el cual desde allí se reparte en cuatro cabezas (rios, ó brazos de rio).

El nombre del uno, Phison, este es el que cerca toda la tierra de Havilath, en donde nace el oro, y el oro de aquella tierra es muy bueno.....Y el nombre del segundo río, Gehon, este es el que cerca toda la tierra de Kusch. Y el nombre del tercer rio, Tigris, este corre hácia los asirios; y el cuarto es el Eufrates». (Gen, II. 10–14.)

Aun dado caso que, según estas indicaciones, fuese imposible hoy asignar el sitio del Paraíso Terrenal; aún cuando varios de los sistemas imaginados á este propósito, quedasen completamente convictos de erróneos, como lo es la hipótesis que colocaba el Eden en la India, no se seguiria de ahí que resultase ser inventado el relato bíblico.

No conocemos bastante la geografía antigua, sobre todo la de tan remotos tiempos, para que se considere nadie con derecho de ser tan afirmativo y de dar por falso lo que no puede geográficamente determinar. Pero en realidad varias de las hipótesis imaginadas respecto á la situación del Eden son posibles, aunque más ó ménos verosímiles; y baste el que sean plausibles para que la dificultad propuesta por los críticos incrédulos por sistema, no tenga ni viso de razón.

Recordemos brevemente los dos principales sistemas y especialmente el mas conforme con los descubrimientos asiriológicos.

Es el primero la hipótesis que coloca el sitio del Eden en las fuentes del Eufrates y del Tigris, es decir en Armenia. «En tal caso el Phison es, dice M. Vigouroux, ó bien el Phasis de los antiguos, que corre de E. á O. y desemboca en el mar Negro, ó el Kur que nace en las cercanías del Kasr, no léjos de la fuente occidental del Eufrates, y desemboca luego en el mar Caspío, despues de haber mezclado sus aguas con las del Araxes. Havilath, regada por el Phison, es la Cólquida, el país de los metales preciosos, adonde fueron los argonautas en busca del vellocino de oro.

En cuanto al Gehon, es el Aras de ahora, el antiguo Araxes; que los árabes llaman Jaichum, (Gehon), el cual sale del nacimiento oriental del Eufrates y vá á desembocar con el Kur en el mar Caspio. La tierra de Kusch, que segun el Génesis, atraviesa, es el país de los Koseanos.»

Esta hipótesis defendida por el erudito Calmet, es por lo ménos probable, y esto basta para dar el quite á cualquiera ataque respecto á la veracidad del Génesis.

Pero hé aquí que el moderno asiriólogo Sir H. Rawlison, hablando á la Sociedad Asiática de Lóndres en 1863, de un *Ensayo sobre la geografía del Paraiso Terrenal*, hecho por él, anuncia haber deducido de varios textos cuneiformes que el *Gan-Eden* (jardin de delicias), *paradisus voluptatis* (Gen. II. 8.) de los Hebreos encontraba perfecta concordancia con el *Gan-Dunyas* (jardín del dios Dunyas) de los Babilonios, que semeja el *Gun-Eden* del Génesis; que es la Provincia llamada *Ganduna* ó *Kardunyas*, mas meridional de Caldea, país fertilísimo y delicioso, regado por cuatro rios, el Tigris, el Eufrates, el Guhan y el Ukne; los dos últimos son dos brazos, el uno del Tigris y el otro del Eufrates, que corresponden, como verémos, al Gehon y al Phison del Génesis.

Ahora bien, cualquiera que sea esta correspondencia, y el verdadero lugar del Eden adamítico, (problema que dificultan las alteraciones geográficas del diluvio) de las investigaciones del docto asiriólogo inglés, al menos esto se deduce con certeza, que entre los Babilonios, la tradición del Paraiso Terrenal era no solo viva, sinó que estaba encarnada, por decirlo así, en el mismo nombre de la más amena de sus regiones; y que siendo la hipótesis de Rawlison por lo ménos bastante probable, basta con esto para que la veracidad del Génesis acerca de este punto resulte científicamente inatacable.

Pero Rawlison, precisando más su sistema, indica la ciudad de Eridu como el sitio mismo del paraiso con sus alrededores; porque se encuentran efectivamente en los textos caldeos, pasages como el siguiente: «En Eridu se encuentra la abundancia y fecundidad en su plenitud: su sitio es el lugar central de delicias de la tierra»; etc.

En este sistema no hay dificultad para identificar el Eufrates y el Tigris, ríos que, como es bien sabido, riegan esa llanura. En cuánto al *Gehon* se pone en el *Guhan*, que riega á Eridu; y el *Phison* sería la corriente llamada Ukne, pues *canal* se dice en sumeriano *pisan* y pudiera ser que los Babilonicos llamasen por excelencia al Ukne, *Canal*, *Pisan* (Phison).

Para identificar los paises de *Kusch* y *Havilath*; basta recordar que el primero viene de Kaschi, que es el Kasda, país de los Caldeos; y *Havilath*, que significa tierra de arena, es la parte del desierto de Siria, que confina con el Eufrates, encontrándose en dichos parajes los productos que menciona el Génesis. Así pués, Havilath se halla en la ribera occidental del Eufrates y Kusch en la occidental. De lo cuál se deduce que el Eden es la región ó llanura que forma como un verdadero jardin al rededor de Eridu, en la provincía del *Gandunyas* de los Babilonios.

Por tanto, segun Rawlison, el Eden estaba en las inmediaciones de la llanura del Sennaar, sinó formaba parte de esta.

¿Y tendré acaso necesidad de advertir que semejantes reminiscencias me hicieron deliciosa la estadía en Eridu, al considerar que me paseaba por los lugares dónde en otro tiempo estuvo aquel jardin de delicias de nuestros primeros padres y que creyese ver evocadas por mi imaginación las sombras de Adan y Eva, llorosos al ser arrojados de el Eden, en castigo de su desobediencia?

Séanos permitido por fin, añadir una reflexión crítica sobre esta materia. No puede negarse que existe parentesco entre la tradición iraniana del paraiso y el relato del Génesis; pero no es de la naturaleza que suponen ciertos críticos racionalistas, esto es, que el Iran tenga la prioridad en la concepción del paraiso terrestre y que la Judea se la haya tomado, modificándola para su uso.

Esos críticos, más versados en los estudios indo-europeos que en el conocimiento de la arqueología semita, se han equivocado evidentemente.

Si el Avesta nos ha conservado el recuerdo del Paraiso Terrestre y de los árboles misteriosos que Dios plantó en él; si el Génesis nos refiere tambien la estadía de nuestros primeros padres en el Eden y su funesta caida, no es porque el uno ha copiado al otro; sino porque ambos han reproducido la antigua tradición, tal cual les había llegado, esto es, pura en el relato de Moisés, alterada en el de Zoroastro.

Desde luego, en lo que se relaciona con los árboles paradisíacos, los hebreos no han tenido necesidad de tomarlos del Iran, por cuanto eran como una parte de su herencia paterna. Abraham habría llevado ciertamente su recuerdo de la tradición de Caldea, su patria, en donde constituia una de las creencias más populares. El *Arbol Sagrado* es una de las representaciones más frecuentes en los monumentos asirio-caldeos en los bajo-relieves desenterrados de las ruinas de los palacios reales de la ribera del Tigris y del Eufrates. Solo por un flagrante error histórico, se puede pretender por tanto, que los Isrealitas han tomado de los extrangeros lo que hacía parte de sus tradiciones de familia.

Pero si los árboles del Eden, el árbol de la vida y el árbol de la ciencia del bien y del mal no son de origen mazdeano, al menos, ¿lo será la Serpiente? A pesar de las afirmaciones de los incrédulos, la historia de la serpiente tentadora no es un mito del mazdeismo.

El sábio Harlez, que es autoridad en estas materias, lo ha demostrado apoditicamente en sus *origenes del zoroastrismo*: «Esta opinión podía sostenerse algunos lustros há; pero hoy día los textos caldeos, le dan un desmentido formal.»

La serpiente tentadora del Génesis era conocida en Babilonia muchos siglos antes que los Aryas y los Iranianos en particular, hubiesen tocado las fronteras de los países semitas ó entrado en relaciones con ellos.

Además, si los autores de esa opinión hubiesen reflexionado un poco, habrian reconocido toda la improbabilidad de su tésis.

La atribución á la serpiente de un carácter religioso, es un hecho esparcido por toda la tierra: para la mayor parte de los pueblos la serpiente es el representante del génio malo, y algunos le adoran por este mismo título.

Egipto adoraba la serpiente *urœus* y los libros mágicos del Accad están llenos de fórmulas conjuratorias contra la serpiente. Las poblaciones turanianas de las cercanías del Caspio adoraban la temible serpiente; los Accades representaban al dios *Ea* (la inteligencia) bajo esta figura. En Babilonia se adoraba un enorme Dragon. En Grecia podiamos citar la Serpiente de Epidauro, las dos serpientes de Atenas y las del *caduceo*. La serpiente, bueno ó mal génio, se encuentra en Italia, en Galia, en Germania, entre los Eslavos, en Africa, en Asia, en América.

Ya se vé, si los judíos hubiesen querido tomar de alguna parte la creencia de la serpiente mítica, no tenian necesidad de pasar los grandes rios de

Mesopotamia y de penetrar las montañas caspianas.

Sábese además que Ahriman, el génio del mal, no está representado por la serpiente, ni en el *Avesta*, ni en el tardío *Bundehesh*.

Por tanto, el simbolismo de la serpiente, como el génio del mal tentando al hombre, es patrimonio del género humano, es hijo de la tradición primitiva, de la cual es éco fiel el Génesis, el libro más antiguo, hasta ahora conocido.

El gran Patriarca Abraham

El Profeta Daniel y la Asiriología

Dos grandes personajes bíblicos, Abraham y Daniel tienen imperecedero recuerdo en la Caldea; por cuya razón es imposible no mencionarlos.

Y desde luego, si las ruinas de *Ur* tienen suma importancia para la asiriología, no es menor la que tienen bajo el aspecto bíblico.

No fué pequeña, en verdad, la satisfacción que experimenté al considerar como evocada de aquellos monumentos la figura de Abraham, quien como padre del pueblo hebreo y en virtud de su vocación providencial es una de los más notables en la historia y en la Biblia. ¿Cómo, pues no consagrar un recuerdo al que ha comunicado toda su gloria á la insigne Ur de los Caldeos?

Y en efecto, lleno está el Oriente Mesopotámico y Cananeo de la gloria del gran Patriarca Abraham, en quien comienza la elección del pueblo hebreo y en quien fueron bendecidas todas las gentes, porque de su posteridad por Isaac y David nacería el Redentor del mundo, y por lo cual venérale el pueblo cristiano. Pero venérale tambien el pueblo musulman, cuyos primeros fieles, de Abraham descienden por Ismael, el hijo que tuvo de Agar; como le veneran las tribus árabes por los hijos que

tuvo de Cethura, y el pueblo hebreo por Isaac, el hijo que le diera Sarah.

Predestinado para salvar el monoteismo y por ende el cristianismo, sacado por Dios de un país en que estaba vigente el politeísmo y hasta la idolatría, es el hombre que más ha influido en los destinos de la humanidad. Jehovah se dignó apellidarse el Dios de Abraham, y en el Coran de los musulmanes es apellidado todavía *El Kalil*, el amigo de Dios.

El mundo cristiano le profesa igual veneración que el judío, y el mahometano acude en religiosa peregrinación al santuario erigido sobre su sepulcro en Hebron.

Para tanta gloria se necesita haber sido algo más que un mito y que su historia sea algo más que una leyenda sin fundamento histórico.

La vocación de Abraham, con la que comenzó la elección del pueblo hebreo, del cual había de salir el Mesías, data del año 350 despues del diluvio.

A pesar pues, de lo reciente que era el recuerdo del castigo impuesto á la humanidad culpable con el diluvio universal, los descendientes de Noé se encenagaron bien pronto en los vicios y en la idolatría, pues este grosero error no sedujo solamente á la posteridad de Cham y de Japhet, sino que se insinuó tambien en la bendecida casa de Sem. Y hubiera inficionado á todos los hombres, si Dios en su misericordia no lo hubiese impedido por una disposición digna de su bondad, cual fué la de escoger para honor de la humanidad un pueblo que habría de ser el poseedor del conocimiento del verdadero Dios y de las promesas mesiánicas, constatada en la historia con documentos, cuya autenticidad es hoy día superior á toda crítica.

Por este motivo Abraham, separado de la casa paterna, de su país y de su familia, merece ser hecho tronco del pueblo para quien tan altos destinos se reservaban, y los calificativos de *amigo de Dios* y *padre de los creyentes*, así como el gozo consolador de saber que saldría de su raza el Redentor á Eva prometido.

Abraham, pues, hijo de Tharé de la familia de Sem, partió de Ur de Caldea y se estableció en Harán de Mesopotamia, dónde Dios le dijo: «*Sal* de tu país, de tu parentela y de la casa de tu padre, para ir al país que te mostraré (Canaán). Haré de tí un gran pueblo, te bendeciré, daré fama á tú nombre..... y todos los pueblos de la tierra serán benditos en tí. Multiplicaré tu posteridad, como las estrellas del cielo».

Y en verdad, muchos pueblos han salido de Abraham: los árabes ismaelistas por Ismael; los madianitas, sabeos y otras tribus por Cethura; los idumeos por Esaú, los israelitas por Isaac y Jacob. Estos últimos se han multiplicado como las estrellas del cielo y como las arenas del mar, no sólo materialmente en la tierra de Canaán, sinó también espiritualmente por Cristo, descendiente de Abraham, en el mundo entero.

Y este pueblo será grande por *sus prerrogativas*, es decir por sus fundadores, Abraham, Isaac y Jacob; por su gran legislador Moisés, por sus grandes reyes, David y Salomón, por sus profetas, por el conocimiento del verdadero Dios, que, con el más puro monoteismo, conservará entre los hombres; por los Libros Sagrados de que será depositario, y muy principalmente por el Mesías, cuyo reino no tendrá ni límites, ni fin.

Por eso el mismo Jesucristo decía á los Judios: «Abraham, vuestro padre, se ha estremecido de alegría pensando en ver mi tiempo».

Superfluo sería demostrar que todas las naciones han sido efectivamente bendecidas en Jesucristo hijo de David, que lo fué de Abraham por Isaac, y que han sido colmadas de todas las bendiciones aportadas por el cristianismo de que Cristo es fundador y gefe, así como el cristianismo no es mas que la evolución natural del judaismo.

¿Cómo pues, no ha de ser hermoso viajar por lugares que son monumentos de los hechos y re-

cuerdos mas preciosos y trascendentales de la civilización y de la humanidad?.....

Más ¿qué triunfos ha obtenido la asiriología en favor de la narración bíblica respecto de Abraham contra la crítica racionalista? Vamos á verlo.

Segun el Génesis, nació Abraham en Ur de Caldea, emigrando á Harán de Mesopotamia, desde dónde ordenóle Dios dirigirse á la tierra de Canaán, que le prometió para sus descendientes. Pues bien, el racionalista Hitzig no titubeó en objetar que el origen de Abraham es puramente *indiano*, bastándole para convencerse de ello la comparación de su nombre con el de Rama, dios indio, y con la palabra sanscrita *Brahma*; de donde con toda seriedad deduce que yerra la Biblia al suponer *semita* á Abraham, y que por tanto, la narración bíblica, lejos de merecer crédito, debe ser considerada como un *mito*, cantinela perpetua de los que con la mas pasmosa desenvoltura pretenden echárselas de sábios independientes.

Pero, además de precipitada, es completamente erronea semejante conclusión. Es tan asirio ó caldeo el nombre de Abraham, que se encuentra en la lista de los *epónimos* ó magistrados de Nínive.

Aparte de esto, pruébase que Abraham procede de la Caldea por el hecho indudable de que la lengua y usos de aquella nación ha dejado profunda huella en el idioma y costumbres de sus descendientes; como efectivamente lo han comprobado los modernos descubrimientos, de tal suerte que sería locura atribuir á casualidad tantas coincidencias justificativas de la identidad de orígen entre hebreos y asirios; hasta tal punto que no hay dos idiomas semíticos mas parecidos que el asirio y el hebreo, como lo han demostrado los insignes asiriólogos Oppert y Delitzsch.

De manera que si se compara esta tan confirmada aserción con la fantástica etimología de Hitzig, fácil será declarar al punto, quien en este caso defiende la verdad.

Pero aún hay más: un nuevo triunfo lo proporciona el relato de la victoria de Abraham contra Chodorlahomor.

De vuelta de Palestina supo que Chodorlahomor, rey de Elam, Amrafel, rey de Sennaar, Arioch, rey de Ellazar, y Tnadal, rey de Guti, despues de vencer á cinco reyezuelos cananeos, se habian llevado entre otros cautivos, á Lot, sobrino del mismo Abraham; é inmediatamente persigue á los vencedores y los derrota.

Esto es en resúmen lo que nos refiere el capítulo XIV del Génesis, calificado, ya debiéramos suponerlo, por los racionalistas, de leyenda.

En efecto: Knobel, á pesar de reconocer en el fondo de este relato, la existencia de una tradición histórica, trataba de hacer caer en falso al autor sagrado, rechazando como imposible que los Elamitas en la época de Abraham, hubieran logrado de tal modo extender su imperio hasta Siria, y suponiendo además que la Biblia creía erroneamente á los Asirios, Elamitas. Despues de Knobel se negaba todo valor histórico á la narración bíblica; para Bohlen, Amrafel es Sardanápalo, Arioch es Arbaces y Chodorlahomor es Belesis; y si diéramos crédito á Hitzig, la descripción de esta campaña, no es sino rapsodia de la de Sennaquerib; calificándolo además Grotefend de mito babilónico.

Ahora bien, despues de hacer notar de paso la contradicción y facilidad con que la crítica racionalista inventa pretextos para impugnar la autenticidad de los libros sagrados, baste decir en oposición á tanto desvarío, lo que nos enseñan recientes descubrimientos respecto de esta campaña elamita, en que la Biblia sale triunfante de la crítica.

El nombre de Chodor-Lahomor es claramente elamita, pues equivale á Kudur-Lagamar, como quiera que *Kudur* es el prenomen de todos los reyes de Elam y *Lagamar* es una divinidad, de suerte que Kodor-Lahomor, significa *servidor* de Lagamar.

Del país de Elam, sometido á este rey, sábese el antiguo poderío en la época de Abraham por los descubrimientos hechos en Susa, su capital.

Respecto de *Arioch*, rey de Ellazar, aun son mas felices los descubrimientos de la asiriología, puesto que se ha encontrado su nombre en el de *Eriak*, rey de Larsam.

Así, tan antiguo rey, conocido solamente por el Génesis, y tratado de mito por la crítica, reaparece de improviso inscripto en monumentos de remotísima antigüedad. ¡Precioso testimonio en favor del carácter histórico del relato!

Si los nombres de los demás reyes confederados no han sido fuera de la Biblia, descubiertos, por lo menos tenemos ya su segura etimología. Tales resultados se han obtenido ya á pesar de estar muy lejos de haber completado la asiriología sus excavaciones, ni menos la interpretación de todos los documentos cuneiformes encontrados.

∴

Viaje de Abraham á Egipto—Aunque esta parte del relato bíblico respecto del Patriarca no pertenezca á la Asiriología, sino á la Egiptología, para hacer ver la futilidad de la crítica racionalista aun en este terreno, queremos indicar como tambien aquí ha sido ocasión de una inesperada victoria para la Biblia.

Los principales ataques del racionalismo contra esta parte del Génesis versan sobre los regalos recibidos por Abraham. « Notad, dice Bohlen, cuán desacertado vá el autor del relato: los caballos eran abundantísimos en Egipto y ni los nombra entre los animales que se regalaron á Abraham; en cambio cita toros, ovejas y camellos, que tan raros eran en aquel país, y asnos que no lograban ser tolerados. ¿Cómo admitir la autenticidad de este tejido de errores?»

Pero diga lo que quiera el critiro racionalista, el historiador sagrado no se apartó un punto de la verdad, y la ciencia ha burlado el atrevimiento de Bohlen, que no sospechaba el mentís que debian darle los descubrimientos modernos.

Así las *ovejas* aparecen ya en monumentos de

la XII^{a} dinastía y se conoce una inscripción que atribuye á un solo propietario la tenencia de 3.208 de estos animales. Los *toros* dejaron osamentas que ahora exhuman las escavaciones geológicas del Delta, y segun las inscripciones prestaban los mismos servicios que ahora, á parte de lo cual son bien conocidos el culto que el buey Apis recibía y la historia del becerro de oro. Los *asnos* están representados en piaras sobre los sepulcros de las Pirámides, cuyas inscripciones suponen á cierto individuo la posesión de 160 de estas bestias, figuradas ya en un monumento de la V^{a} dinastía. Los *camellos*, finalmente, aunque raras veces reproducidos en los monumentos, no es creible que fueran raros en Egipto:

1.° Porque la misma razón quizás que prohibía á los artistas representar gallinas y gatos, era á los camellos estensiva.

2.° Positivamente había allí camellos en tiempo de los Ptolomeos y sin embargo no aparecen en los monumentos coetaneos.

3.° Los Arabes usaban camellos, y por tanto no es fácil que los desconocieran los Egipcios tan vecinos.

4.° Segun algunos textos, no solo conocieron los egipcios en época muy remota los camellos, sino que les enseñaban á danzar.

5.° A grandísima profundidad geológica han aparecido en Egipto huesos de dromedarios.

En vista pues, de tantos y tan categóricos testimonios bien podemos reirnos de la crítica heterodoxa.

Y en cuanto á los *caballos*, cuya omisión tambien critica Bohlen, bien omitidos están, por la sencilla razón de que no los hubo en Egipto hasta la invasión de los Hyksos, Reyes árabes, ni aparecen en los geroglíficos anteriores á la XVIII^{a} dinastía, cuando el comun sentir hace el viaje de Abraham coetaneo de la XII^{a} dinastía.

El Profeta Daniel

Al recorrer las ruinas de Babilonia y especialmente *El-Kasr*, aquel palacio en cuyas paredes vió Daniel escritas, interpretándolas, aquellas misteriosas palabras: *Mane*, *Thecel*, *Phares*, que contenian la sentencia de la destrucción del imperio de Babilonia, y del fin trágico de Baltasar en medio de su opíparo festin, vése flotar sobre aquellas magestuosas ruinas la sombra del Profeta, una de las figuras mas notables en la historia de los pueblos.

Es por tanto, imposible no ocuparnos de él en esta narración cuando tan bien parada ha salido la autencidad de su libro, que contiene las mas hermosas y sonadas profecias sobre el Mesias y los destinos de la Iglesia, encarnando en sí una cuestión de vida ó muerte para el racionalismo.

Es pues, Daniel uno de los cuatro profetas mayores en tiempo de la cautividad de Babilonia, y descendiente de la familia real. Segun se refiere en su mismo libro y atestiguan Josefo, fué transportado muy jóven á Babilonia con el rey Joaquin hácia el año 605 antes de Jesucristo.

Nabucodonosor le hizo educar en el palacio real, en dónde sucedió mas tarde la tragedia de Baltasar, con otros jóvenes de su edad, tanto judios como de otros pueblos, para el servicio de la corte, llegando con el tiempo á desempeñar el puesto de primer ministro.

Guardó fielmente la ley mosáica, supo ganarse la confianza del príncipe de los eunucos, é hizo rápidos progresos, de suerte que adquirió la mas alta posición en la corte, especialmente despues de haber interpretado los sueños de Nabucodonosor, el cual en recompensa le igualó á los primeros dignatarios del imperio y le elevó sobre los magos.

Parece que despues perdió su antigua posición oficial entre estos, porque en tiempo de Baltasar vivia separado de la corte.

Conquistada Babilonia por Ciro, alcanzó el favor de Dario el Medo, quien le hizo el primero de los tres grandes ministros del imperio, favor que le produjo muchos enemigos, pero vencidas sus intrigas, adquirió mayor favor del rey, y lo conservó en tiempo de Ciro en cuyo año tercero vivia todavía.

Esto es lo que se sabe con certeza acerca de su vida y algunos añaden que murió en Susa, en donde se enseña su sepulcro, y á donde acuden multitud de peregrinos.

Ahora bien, la autenticidad del libro de Daniel ha sido negada con mucho empeño por los críticos racionalistas, pues no se trata en este punto de una cuestion meramente crítica, sino de la vida ó de la muerte del racionalismo.

Porque en efecto, si el libro de Daniel fué escrito por este mismo profeta ó por alguno de sus contemporáneos, en este caso el racionalismo se vé precisado á admitir la verdad de las profecías que anuncian de antemano de un modo exacto y preciso los acontecimientos futuros que se cumplieron á la letra. De donde se infiere que Daniel fué un enviado de Dios, y que sus profecías han de atribuirse á la inspiración divina; como quiera que no puede ser otra la que anuncia el porvenir del mundo y de la Iglesia, y la formación de las grandes monarquías, con tanta claridad.

Tan turbados enefecto, han quedado los racionalistas, que no han hallado otra respuesta para negarlas, que fingir que fueron escritas despues de los acontecimientos por un judío del tiempo de los Macabeos, con el objeto de entusiasmar á sus conciudadanos, á fin de resistir valerosamente á sus enemigos

Pero las pruebas de la autenticidad del libro de Daniel son numerosas y convincentes.

Además del testimonio del mismo Jesucristo y la tradición general de la Iglesia, no solo es una buena prueba el de Filon, sino tambien el de Josefo, quien refiere (11. Antig. Jud. c. 8) que cuando Alejandro Magno entró en Jerusalen, se le mostraron las antiguas

profecías de Daniel, para que viese en ellas que su imperio había sido anunciado por el Profeta; por lo cual Alejandro trató con mucha benevolencia al sumo sacerdote Jaddo y favoreció á los judíos; cuya historia, al decir del racionalista Hitzig no admite réplica alguna, *si en verdad existía ya el libro de Daniel*.

Pero es inegable que el libro existia, como lo prueba sin duda alguna el que se hallaba en el canon hebreo, que como es sabido, quedó cerrado á lo ménos en la época de Artajerjes, y seguramente lo estaba en tiempo de los Macabeos, y por consiguiente, todos los libros que contiene son de una época anterior.

A los argumentos extrínsecos indicados, se añaden argumentos intrínsecos muy poderosos, como son todos los episodios referidos por Daniel, que suponen un conocimiento exacto de las costumbres, género de vida, historia y religión de los caldeos, lo cual indica que su autor era contemporáneo. Pues no era posible que un escritor muy posterior hubiera sabido despues de la ruina del Imperio de Nabucodonosor por los persas y medos, todos los detalles y circunstancias que se refieren en el libro de Daniel, y son un indicio manifiesto de su autenticidad. A lo cual se agrega que todas aquellas noticias y descripciones del profeta, han sido confirmadas en todas sus partes por los descubrimientos modernos de las inscripciones y monumentos hallados en Khorsabad, Persépolis, Borsippa, de cuyo valor demostrativo nadie puede dudar, teniendo en cuenta el modo y forma de la narración de Daniel y la relación de sus diversos episodios.

Es pues, imposible que este libro fuera finjido en tiempo de los Macabeos para escitar los ánimos contra la tiranía de los Seleucidas, pues ya se vé que es anterior.

Pruébalo igualmente la lengua en que está escrito, desconocida é ignorada completamente en tiempo de los Macabeos. Ningun impostor podía escribir un libro destinado al pueblo en una lengua muerta, no recordada por persona alguna, y

nadie hubiera podido hacerlo por la misma razón. El libro de Daniel, en efecto, fué escrito en dos dialectos; una parte en hebreo y otra en arameo ó caldeo, y por consiguiente, por necesidad de adaptación, en aquella época en que una y otra lengua era familiar al pueblo para quien escribía, que fué precisamente en tiempo de la cautividad de Babilonia.

En resúmen, examinado el libro de Daniel bajo el aspecto histórico-arqueológico, resulta que no tiene un solo detalle que no sea de todo punto conforme con los usos y costumbres de Caldea, ni una sola alusión que despues no haya sido justificada y confirmada por los descubrimientos de la asiriología. Ahora bien: «¿Se puede pedir, dice Vigouroux, una prueba más convincente y decisiva de la autenticidad y veracidad del libro de Daniel? Seguramente no se podía conocer en Palestina, cuatro siglos más tarde, con tan minuciosa exactitud, la religión de los caldeos, la constitución del Imperio de los babilonios, la corte de Nabucodonosor, su administración, la gerarquía de sus oficiales, la historia de los sucesores y la caida de su monarquía. Hacer vivir un asiriólogo en Jerusalen 400 años despues de la cautividad, es el más extraño de los anacronismos.»

La principal objeción que se hace contra este libro, consiste en una negación sistemática, fundándose en que las profecías son tan claras y determinadas, así como su cumplimiento, que indican que han sido finjidas desques del acontecimiento, y por esto las rechazan arbitrariamente como imposibles.

Esta negación es absurda al pretextar la imposibilidad de la intervención divina por los milagros y profecías; como quiera que contra *los hechos* no hay argumentación posible, y solo se cometería un círculo vicioso. Las profecías no pueden probarse sino con hechos: el hecho del anuncio prévio, y el cumplimiento posterior del mismo. Probados estos hechos, como resulta del libro de Daniel comparado con la historia del cristianismo, se deduce la existencia ó realidad de la profecía y por tanto su posibilidad, que por otra parte solo el ateismo podrá

negar sistemáticamente como lo hace con insensatez el racionalismo, pues, repetimos, que contra los hechos históricos no vale argumento alguno.

Por lo demás, diremos con un autor, desde que los racionalistas están obligados á conceder que el libro de Daniel es anterior al tiempo de Antioco Epifanes, las objeciones más fuertes se destruyen por si mismas, puesto que tienen precisamente la obligación de demostrar que Daniel no es anterior al tiempo de los Macabeos; y si no demuestran este aserto, porque es evidente lo contrario, la fecha de su orígen se remonta necesariamente á la cautividad de Babilonia.

Ahora bien, justificada la autenticidad del libro de Daniel, no podemos dejar de mencionar *la gran profecía de las setenta semanas*, que es una de las demostraciones más evidentes de la divinidad de Jesucristo, y por lo mismo, la razón principal de los ataques de la crítica racionalista.

∴

Daniel, el profeta cautivo, y objeto de las más altas distinciones en la córte de Babilonia, interpretó primeramente á Nabucodonosor un sueño profético. En este sueño el monarca había visto, bajo la forma de una estátua colosal cuya cabeza era de oro, el pecho y los brazos de plata, los muslos y el vientre de bronce, las piernas de hierro, y los piés en parte de hierro y en parte de arcilla.

Pues bien, bajo la forma de esta estátua había visto Daniel la sucesiónde las cuatro Monarquías: la de los caldeos, la de los medo-persas, la de los griegos y la de los romanos, hasta el establecimiento del reino espiritual de Jesucristo. Este aparecía figurado en la visión por una piedra desprendida de la montaña sin mano de hombre, piedra que vino á tropezar con los piés de arcilla, los pulverizó, hizo que se derrumbase la estatua, y se extendió luego por toda la tierra.

Mas tarde Daniel vió por revelación particular el número de años que habían de transcurrir hasta

que el Salvador viniese á fundar ese reino espiritual. Esta visión de las setenta semanas de años que debian transcurrir hasta el *Cristo Gefe ó Mesías*, constituye una de las profecías más importantes y por tanto mas rudamente atacadas, del Antiguo Testamento; pero es tambien la mas evidente y el mayor tormento de la incredulidad, porque queda reducida con su cumplimiento á dos hechos históricos de los más incontrovertibles, tanto el prenuncio como el cumplimiento.

La profecía de Daniel es asáz importante para no citarla toda entera. Héla aquí:

«Sesenta y dos semanas, dice el ángel Gabriel, han sido fijadas en favor de tu pueblo y de la santa ciudad á fin de que cese la prevaricación, tenga fin el pecado, reine la justicia eterna sobre la tierra, que las visiones y las profecías sean cumplidas y que sea ungido el Santo de los Santos.

«Sábelo pues, y grábalo en tu espíritu, que desde el dia en que será dada la órden para reedificar á Jerusalen hasta *El Cristo que será el Gefe del pueblo* se pasarán siete semanas y sesenta y dos semanas; y las plazas y los muros serán fabricados de nuevo en tiempos angustiosos y difíciles.

«Y despues de sesenta y dos semanas se dará muerte al *Cristo* y su pueblo que le negará, no será ya su pueblo.

«Un pueblo conducido por un gefe que aparecerá entónces, destruirá hasta los fundamentos la ciudad y el santuario; esta ciudad acabará así por una ruina completa, y terminada la guerra, sufrirá la desolación á que ha sido condenada.

«El (*el Cristo*) confirmará su alianza con muchos en una semana, y al medio de esta semana quedarán abolidas las hostias y los sacrificios; la abominación de la desolación vendrá sobre el templo y la desolación durará hasta la consumación *de los siglos* y hasta el fin *del mundo*» (Dar IX. 24–27).

Es inutil hacer notar que aquí el Mesias es llamado simplemente el *Cristo*, el *Gefe* del pueblo, el *Santo de los Santos*, denominaciones todas que sólo á él convienen.

Tampoco es necesario advertir que las semanas de Daniel son semanas de años, como nadie lo ignora. Las setenta semanas representan pues 490 (7×70) años; y puesto que los sacrificios han cesado en la mitad de la última semana, síguese que han debido transcurrir 487 despues del edicto ordenando la reconstrucción de Jerusalen hasta la muerte del Cristo.

Ahora bien, los reyes Ciro, Dario Histaspes y Artajerjes Longiman, publicaron sucesivamente cuatro edictos, y el último en data, publicado el vigésimo año del reinado de Artajerjes, remonta al año 454 antes de la era vulgar, y si se añaden á esta cifra los 33 años de la vida de Jesucristo, se obtiene un total de 487 años que equivalen á sesenta y nueve semanas y media (69×7+7-4=487).

Después de esto, tómese cada frase, cada palabra de la profecía, y ábrase la historia: veráse que todo queda cumplido al pié de la letra.

La ciudad y el templo fueron reedificados.

El Cristo ha venido, fué muerto y negado por su pueblo hasta el dia de hoy; y menos de cuarenta años mas tarde Jerusalen fué sitiada, quemada, destruida con su templo, y sobre sus ruinas aún humeantes, Tito hizo pesar la desolación.

Jamás se vió calamidad semejante; incendio, destrucción y degüello: era verdaderamente la abominación de la desolación, y la dispersión del pueblo judio á todos los vientos del cielo anuncian que la desolación dura aún, pues debe durar hasta la consumación de los siglos, segun Daniel

Hé aquí, sin duda, una profecía bien clara, matemática, y tan formal como es posible. Este es el caso, ó no lo será jamás, de decir: *El dedo de Dios esta aqui:* Dios es el autor de ese anuncio, puesto que jamás hombre alguno, por mas perspicaz que se le suponga, hubiese podido predecir acontecimientos tan remotos y con fecha tan precisa.

Sin embargo, para abundar en la demostración es necesario comentarla ante la crítica racionalista.

¿Qué significan las semanas de que se habla en la profecia y ¿desde qué época hay que empezar á contarlas?

La palabra hebrea *shabua* que emplea Daniel significa *septenario* y se usa en dos sentidos solamente: septena de días, es decir semana ordinaria, ó una septena de años, y esto porque los judíos observan el séptimo dia ó sábado, y el séptimo año, ó año sabático. Daniel la emplea aquí en el sentido de semana de años, porque cuando habla de semanas ordinarias añade la palabra *día*. No solo Daniel y Ezequiel hablan de semanas de años, sino también los autores profanos, como Varron y Gelio. Por lo demás los sucesos que han de ocurrir, según el Profeta, durante estas setenta semanas, indican bien á las claras que no se trata de semanas ordinarias.

Estas semanas de años deben empezar á contarse *desde la órden dada para reedificar á Jerusalen*. Ahora bien, esta orden fué el decreto dado por Artajerjes Longimano en el vigésimo año de su reinado, 454 antes de Jesucristo; porque en este decreto se trata directamente de la *reedificación de Jerusalen*, mientras que en los decretos precedentes se habla solo del templo.

La crítica racionalista se esfuerza sobre todo en acumular espesas sombras sobre el sujeto principal de la profecía: según ella el Cristo es Ciro ú Onias; y el Santo de los Santos, que recibe la unción, es el Altar de los holocaustos. Pero esto es absurdo: en la profecía se trata del Mesías esperado por los judíos, el *Mashiah nagid*, el «Príncipe ungido»; se trata de Jesucristo, de su advenimiento, de su muerte y de la ruina de los judíos como consecuencia de ella; como se deduce del contexto mismo. Después de las setenta semanas *será destruida la prevaricación, extinguido el pecado, borrada la iniquidad; vendrá la justicia eterna y el Santo de los Santos recibirá la unción*. Hé aquí perfectamente delineado el carácter del Mesías, como redentor y salvador del pecado y de la iniquidad.

Los acontecimientos anunciados se realizaron como Daniel los había predicho. Jesucristo empezó

su vida pública al fin de la semana sexagésimanona. Después de haber predicado y manifestado al mundo el objeto de su venida durante tres años y medio, fué clavado en una cruz. En virtud de esta muerte cruel, quedó abolido el culto levítico y rota la alianza pactada con el pueblo de Israel, que le negara; también estableció Jesucristo la nueva ley sellada con su sangre y reemplazó los sacrificios antiguos. Daniel vió que el Mesías haría cesar los sacrificios á mitad de la última semana; y en efecto los sacrificios quedaron abolidos con su muerte, sustituyéndolos con el sacrificio de la cruz.

Al mismo tiempo que al «Mesias herido de muerte» el profeta vé también «al Pueblo con un gefe que viene á destruir la ciudad y el templo, y que la guerra persiste hasta el esterminio». Pues bien, todo esto se ha verificado.

Poco tiempo despues de la muerte de Jesucristo, llegaron á Judea los romanos con Tito al frente, destruyeron hasta los cimientos la ciudad y el templo y dispersaron el pueblo judio para siempre.

Los judíos no experimentaron nunca ruina comparable á la que les causó Tito. Ni en tiempo de Antioco Epifanes, ni aun en el de Nabucodonosor, se vió cosa parecida; y la opinión racionalista que refiere la profecía á los tiempos de Antioco es inadmisible, porque este no destruyó ni la ciudad, ni el templo, ni duró su persecusión más que tres años, mientras que el profeta habla de una desolación que no tendrá fin.

Así pues, la interpretación racionalista no encuentra ni razón en el texto profètico, ni apoyo en la antigüedad; pues era opinión universalmente estendida entre los judíos de el tiempo de Jesucristo, que el Mesías se presentaría en breve; y este rumor había penetrado aún entre los romanos, y Tácito con Suetonio hacen mención de ello.

Es por tanto, Jesucristo el Mesías profetizado por Daniel con tiempo y fecha fijas.

Para no creer es necesario renunciar á la razón y á la historia, porque toda la cuestión queda reducida á hechos meramente históricos.

Era pues, importante el servicio prestado por la Asiriología con los monumentos cuneiformes al demostrar la autenticidad del libro de Daniel, que es lo que nos propusimos demostrar á nuestra vez como una conquista para la religión y para la Biblia.

La cautividad de los judíos en Nínive y Babilonia

Yo he denominado bíblico mi viaje á Mesopotamia porque los recuerdos bíblicos, de que está llena la historia de Nínive y Babilonia, fuè lo que me impulsó á visitar aquellos lugares, tan clásicos para la Biblia.

Hasta los sauces del Eufrates recuerdan la cautividad de los Hebreos, que en su murmullo eterno y triste parecen repetir aquel salmo tan sublimemente elegíaco: *Super flumina Babilonis sedimus et flevimus dum recordaremur tui, Sion.* «Sentados cabe la orilla de los rios de Babilonia nos poníamos á llorar, al acordarnos de tí, querida Sion?»

Yo me senté tambien á escuchar el éco, que aquellos lugares repetian, de ese canto triste de un pueblo cautivo, lejos de la patria, como yo lo estaba de la mia.

Yo me puse á meditar sobre los destinos de Israel en su cautividad y dispersión consiguiente, que ya no tuvo término.

Y ¡á cuántas reflexiones histórico-filosóficas no dá lugar!

¿Porqué los llevó allí, arrancándolos de la tierra de promisión, y permitió Jehovah su cautiverio?

¡Era conveniente para que así cumpliera su gran misión en el mundo y entre las gentes!...

Aquel pueblo cautivo llevaba consigo un inmenso tesoro, el monoteismo mosáico, cuyas doctrinas han influido tanto en los destinos de la humanidad. Las inscripciones y monumentos asirio-caldeos recuerdan esa cautividad, probando de paso la autenticidad de la Biblia, dándonos ocasión para resolver las cuestiones mas trascendentales acerca de los orígenes del cristianismo contra las falsas teorías de la crítica racionalista, así como nos darán ocasión más adelante para hablar de los orígenes históricos y religiosos de la humanidad.

¡Qué religión tan sublime, que siempre se la contempla unida á las más augustas tradiciones del género humano, á los más grandes acontecimientos y á los más preciosos monumentos de la antigüedad!

Vamos, pues, á ocuparnos de la cautividad asiria y babilónica bajo este aspecto científico-bíblico.

Es sabido que la política desacertada de los reyes de Israel, llamando en su auxilio á los reyes Asirios á Phul y Teglath Palasar, enseñaron á estos el camino de la conquista. Asi Salmanasar IV atacó á Oseas y le redujo á pagar tributo; y como supiera que luego se puso en tratos con Egipto para reconsquistar la independencia, volvió el asirio, puso sitio á Samaria, que se resistió por tres años, al cabo de los cuales fué tomada por Sargon y trasladados los moradores del país á las regiones asirias, como era costumbre de estos conquistadores. La historia de esta catástrofe está perfectamente confirmada por las incripciones cuneiformes de Sargon, quien terminó la expedición de Salmanasar.

Los districtos á donde fueron relegados los israelitas no pueden precisarse con toda exactitud, por no conocer bien la situación de los lugares citados por la Biblia; pero en general puede decirse que estaban entre el Tigris superior y la costa sur del mar Caspio, á entrambos lados de la cordillera que se estiende al Norte hasta el lago Van, y en ciudades medas, como *Raghes* y *Ecbatana*. La región

se llamó con una palabra sola Arrhapagitis,(1) que se cree por algunos ser el pais originario de los hebreos, tomando por nombre geográfico el del patriarca *Arphaxat*.

Como entre los desterrados había sin duda fieles adoradores de Jehovah, como Tobias, aunque al principio no ejerciesen gran influencia religiosa entre los pueblos paganos; pudieron, sin embargo, servir de medio de divulgación de las nociones religiosas è instituciones del mosaismo, sobre todo cuando se les agregó la cautividad de Judá, dato interesante para destruir ciertas teorias racionalistas, como dirémos mas abajo.

La toma de Samaria se verificó el año 721 antes de Jesucristo.

El reino de Judá mas adicto á las tradiciones pátrias y á la dinastia de David, pudo conservarse unos 130 años mas que el de Israel.

Cuando despues de la primera expedición de Nabucodonosor el rey Joaquin quiso sacudir el yugo asirio y volvió aquel, le llevó cautivo á Babilonia con otros personajes importantes, entre los que se hallaba el jóven Daniel.

Parece sin embargo, que le volvió á dar libertad y murió en Jerusalen. En el año 599 sucedióle Jechonias, que solo reinó tres meses, pues el rey babilonio envió sus guerreros, que le llevaron á Babilonia con gran número de vasallos principales y los utensilios preciosos del templo, y pusieron por rey á Sedecias, hermano de Jechonias. El cual desoyendo los consejos de Jeremias, que le inclinaban á estarse sumiso al omnipotente imperio babilónico, dió motivo á irritar al gran conquistador que vino con su ejército, tomó y quemó la ciudad y el templo, y se llevó á Babilonia el rey, despues de hacerle sacar los ojos, acto de crueldad muy comun entre los conquistadores asirios; asi como llevó á todo el pueblo judio, dejando algunos pobres cultivadores de campaña.

---

(1) Veáse el mapa N.° II.

Esta catástrofe acaecida en 588 fué el término final de la gran dispersión del pueblo de Dios, *á todos los vientos*, al decir de Ezequiel: con ella se rompió la existencia nacional en su constitución interior político-religiosa y comenzó la *cautividad* como forma exterior del pueblo hebreo; pues aún la parte que volvió por el edicto de Ciro el año 536, y se constituyó en una asociación que mas puede llamarse Iglesia que Nación, se daba á sí misma el nombre de *cautividad*, como se vé en Esdras; y fuera de una unión mas íntima, una semi-independencia y el ejercicio del culto nacional en el restablecido santuario, en poco se distinguió su manera de ser de la que tenian los que se quedaron en el destierro.

Los de Judá lo estaban en Babel, es decir, en un distrito de Babilonia ó en varios, citándose el rio Jobar, Aheva, Casphia, y probablemente la misma Babilonia.

Lo mas principal de la cautividad, que fué lo deportado con Jechonias, estuvo al principio en íntimas relaciones con la patria y grandes deseos y esperanzas de volver; pero los consejos de Ezequiel y de Jeremias los determinaron á establecerse del mejor modo posible en el país, como que habian de permanecer allí por 70 años, y sin duda se dedicaron á la agricultura, á la industria y especialmente al comercio, que proporcionó á muchos situacion desahogada y aún grandes riquezas, aunque la gran mayoria quedó sometida á la mas dura condición, como lo relata Jeremias, Ezequiel y Tobias.

Algunos alcanzaron gran consideración en la corte: Evilmerodach sacó de la cárcel y honró al rey Joaquin y luego, bajo la dominación persa, florecieron y ejercieron no pequeño influjo, Daniel Esther, Mardoqueo, Esdras y Nehemas, y aún se permitió á los judios una cierta autonomia civil.

Parece que las dos *cautividades* entrarían en relaciones y en parte se mezclarian, como es altamente verosimil, y asi vemos que entre los que volvieron con

Zorobabel y Esdras, se cuentan algunos de las diez tribus.

Pero, sobre todo aprendieron á estimar mejor su religión, á penetrar mas en su espíritu, á comprender lo que tantas veces les habian dicho los Profetas acerca de la inutilidad de las prácticas del culto, cuando no van acompañadas de buenas disposiciones del alma; á tener en mas la grandeza de Jehovah, por la comparación con las absurdas divinidades gentílicas; aunque también tomaron de la civilización asirio-caldea algo en la forma externa y meramente literaria.

Esto es lo que resulta de la reforma esdrina, de los escritos canónicos hasta Jesucristo, y aun de las mismas escuelas ó partidos que posteriormente se formaron, á pesar de sus desviaciones. ¿Háse visto acaso en el mundo pueblo más pertinaz que el hebreo para conservar sus doctrinas y tradiciones? Aun hoy día es bajo este aspecto lo que entonces fué.

Pero, si no tomaron doctrinas extrañas, infundieron las suyas en parte, y esto está muy bien fundado.

El *parsismo* recibió sin duda inspiraciones mosáicas, que se ven manifiestas en el *Avesta*, colección escrita en muy diversos tiempos y no antes de que el pueblo medo se pusiera en contacto con los semitas del Tigris y con los desterrados de Palestina.

En esta colección se encuentran elementos del antiguo *naturalismo* de los pueblos arios, del *mosaismo* y del *dualismo*, que despues prevaleció; pero en tiempo de los Aqueménidas, ni siquiera le profesaban los Reyes persas, como lo prueba el hecho mismo del sepulcro de Darío, contradicción flagrante al parsismo en una de sus leyes más severamente sancionadas, pues no permite sepulcros, ni cementerios, ni la inhumación de cadáveres, ni siquiera el contacto de los mismos. Si en la inscripción de Darío se llama á Dios *Ahura Mazda*, esto solo prueba que el parsismo con-

servó este nombre antiguo y tradicional entre las tribus medas y persas.

Lo que contribuyeron los judíos dispersos á la propagación del monoteismo y progreso de las ideas religiosas fuè mucho, particularmente en siglos posteriores, en Egipto, y despues de la última catástrofe de Jerusalen en la dispersión final por Oriente y Occidente; pero no es asunto para tratarlo aquí, prefiriendo ocuparme de la refutación de una teoría de la crítica racionalista que pretende servirse del hecho de la cautividad de los hebreos en Oriente para deducir de él los orígenes del cristianismo como una tradición del *Avesta* de los persas.

La cuestión ó el sofisma es azas serio para que lo dejemos pasar por alto, viniendo tan á propósito en este lugar.

∴

Como no podía satisfacer á la crítica incrédula la superficial obra de Renan titulada: *Vida de Jesús*, pues los pensadores de Alemania é Inglaterra esperaban algo más que una novela para satisfacer sus pretenciones de derrumbar científicamente el cristianismo, estos creyeron necesario recurrir á otro sistema, y Ernesto Bunsen dió á luz la obra titulada: *La doctrina secreta del Cristo* y *la llave de la ciencia ó la historia de los Apócrifos*, de la cual Emilio Burnouf ha dado un resúmen apologético bajo el epígrafe de: *Los orígenes del cristianismo segun Ernesto Bunsen*; del que nos serviremos con fines críticos.

«El *Zend-Avesta*, dice, encierra de una manera explícita toda la doctrina metafísica de los cristianos, la unidad de Dios, del Dios vivo, el Espíritu Santo, el Verbo, el Mediador, el Hijo enjendrado por el Padre, principio de la vida para el cuerpo y de santificación para el alma.

El contiene la teoría de la caida y de la redención por la gracia, la coexistencia inicial del Espíritu infinito de Dios, un esbozo de la teoría de las

encarnaciones, la doctrina de la fé, la de los ángeles buenos y malos..... y la de la salvación. En fin, la religión del *Avesta* escluye todo sacrificio sangriento expiatorio, y al pasar á los israelitas debía por necesidad suprimir la muerte del cordero pascual, reemplazándola con una víctima ideal.

Esto es, en efecto, lo que tuvo en un principio lugar entre los esenios y los terapeutas y despues entre los cristianos.»

Explicada así, según se lo imagina Burnouf con su idolatrado Bunsen, la gran conformidad de ideas filosóficas entre la doctrina de Zoroastro y la de Jesucristo, pasa á exponernos el modo como pudo penetrar la doctrina del Iran hasta nosotros; para lo cual se expresa del siguiente modo: «En tiempo de *la cautividad de Babilonia*, la religión persa, cuyos dogmas se hallan contenidos en el *Avesta*, dió orígen á una secta oculta entre los judíos, cuya doctrina, trasmitida por la tradición oral, se manifiesta de tiempo en tiempo, pero de una manera incompleta.

«La secta apareció dos siglos antes de Jesucristo con el nombre de *esenios* y bien pronto con el otro de *terapeutas*, cierta especie de religiosos que vivían reunidos en los conventos..... la doctrina secreta había pasado casi entera á los libros del judio helenizante Filon, el cual vivía en Alejandría en tiempo de Jesucristo.

«Esta es la doctrina que Jesús enseñó secretamente á sus discípulos..... Cuando la Iglesia estuvo sólidamente establecida, llegó el momento propicio para la publicación del secreto, y entonces fué cuando á mediados del siglo II fué entregado á los fieles en la propia lengua el Evangelio, segun San Juan.

«El misterio, pues, habia sido guardado en secreto durante setecientos años (desde el cautiverio de Babilonia): todo este intérvalo había sido necesario para que los pueblos de Occidente se pusieran en estado de aceptar los principios de fé legados por Zoroastro.»

En verdad, que no se comprende como todo esto se ha podido defender en serio; pues además de suponer una supercheria indigna de Jesucristo, este no pudo tomar su doctrina sublime de la secta de los esenios y terapeutas, porque ni Jesucristo tuvo relación con ellos, ni eran capaces de tanta sublimidad de doctrina.

Pero, vayamos á lo principal de la hipótesis racionalista. ¿Es verdad que los dogmas del cristianismo se encuentran en la doctrina de Zoroastro y que de ella han podido ser derivados? No negaré que en las doctrinas de este filósofo, lo mismo que en las de Lao-Tseu y Confucio en China, en la de los Brahmanes de la India, en las de los sacerdotes egipcios, y finalmente en las de los otros pueblos de la antigüedad, se conservan vestigios de la revelacíon primitiva.

Es este un hecho bastantemente comprobado en los orígenes religiosos de los pueblos, que pone en claro la verdad de la revelación mosáica y cristiana.

La doctrina religiosa de los iranios fué siempre mas pura que la de los demás pueblos, si se exceptùa el hebreo, al cual no han llegado ni con mucho todos los demás; pero si la consideramos cual se encontraba al tiempo en que los hebreos fueron transportados por Nabucodonosor á Babilonía, fecha que es el caballo de batalla para la teoria que estamos impugnando, hallarémos que ya la idea de un sólo Dios estaba sumamente desfigurada.

Entonces los persas admitian el dualismo de los dos principios del bien y del mal, entre si independientes y contrarios. Ni esto basta, los elementos, los astros, el fuego, el agua, la tierra, el sol, la luna, eran para los persas ó iranios otros tantos dioses. Y de este politeismo ó panteismo grosero ¿se quiere hacer derivar el monoteismo mosáico y la doctrina pura del cristianismo?

No, el cristianismo es la simple evolución natural de la religión judaica y de cuanto en los libros del Antiguo Testamento se halla mas ó menos abiertamente anunciado, especialmente del Pentateuco, y de los profetas, como Isaias y Ezequiel, que por ser anteriores al cautiverio de Babilonia, no pueden manifiestamente haber recibido sus magníficas inspiraciones de los libros de Zoroastro.

Y si hemos de decir que una de estas dos religiones, la hebrea ó la persa, ha copiado de la otra (1), más bien debemos creer que los persas han sido ilustrados por los hebreos, que estos por aquellos.

Estos, los hebreos, yá antes de la cautividad de Israel producida por Sargon, poseían una religión muy pura y espiritual, como se vé en los libros sagrados anteriores al cautiverio; mientras que los persas habían ya desfigurado horriblemente la tradición primitiva, introduciendo en su reino el politeismo más absurdo, con la multitud innumerable de dioses y diosas que al mismo tiempo dominaban entre los asirios y babilonios, comarcanos suyos.

Habían perdido la idea del verdadero Dios, noción tan obvia y conforme á la razón y ¿habrían de conservar más claras y expresas que el pueblo hebreo, siempre doctrinado por los Profetas, otros dogmas más difíciles de entender, cuales eran la creación, la existencia temporal de lo malo, la resurrección, el destino del espíritu despues de la muerte, la eficacia de las buenas obras, el purgatorio, la sabiduría subsistente y otras doctrinas análogas?

Sabemos que los persas introdujeron una reforma en su religión, corrompida paulatinamente al contacto de los pueblos vecinos.

¿Cuál fué el orígen de esta vuelta hácia las ideas primitivas?

Probabilísimamente las nociones esparcidas de la religión del pueblo hebreo, llevado cautivo á Nínive en tiempo de Sargon, dos siglos antes de la

(1) Ninguna necesidad tenemos de afirmarlo, puesto que ambas pudieron haber tomado los dogmas verdaderos de la revelación primitiva, y los tomaron efectivamente, pues de otro modo no se explica la conformidad tradicional.

victoria de Ciro, contra los babilonios, destructores del Imperio ninivita ó asirio.

El pueblo de Israel, en número de cuatro millones, se esparció entonces entre las naciones del Oriente para no volver jamás á verse reunido en Samaría, y esparciéndose, llevó á todas partes las ideas exactas de la divinidad y del Mesías libertador que esperaba, con todo lo demás que pertenecía á su religión, infinitamente más pura que la de los otros pueblos orientales, entre quienes se hallaba desparramado.

Con esto se debieron renovar las reminiscencias de la tradición primitiva entre todos aquellos pueblos; reminiscencias que produjeran mayor efecto en el país del Iran.

Bien puede ser que entonces, y antes de la cautividad de Babilonia sufrida por los judios, se levantase entre los persas algun hombre deseoso de hacer volver á su pueblo á las ideas primitivas, que veia profesar á los Israelistas dispersos, y que este reformador se llamase Zoroastro, el llamado *Spitama* por algunos para distinguirle de otro mas moderno en su manera de opinar.

Pero este Zoroastro, si acaso existió, no es ciertamente el Zoroastro famoso filósofo de Persia y fundador de la religión profesada por los Arios.

El Zoroastro fundador de la religión persa vivió dos siglos mas tarde, en tiempo de Dario Histaspes, sucesor de Cambises en el imperio persa, el cual gobernó despues de Ciro, que es á quien se debe la fundación del Imperio con la destrucción de Babilonia.

Los judíos tuvieron gran cabida con los reyes persas, como la habian tenido con los babilonios, y eran sumamente respetados por su religión y santidad, entre otros, Daniel, Esdras y Nehemias.

Era pues, natural, que con el influjo religioso de estos hombres, santos y profetas de Dios, se moviesen Dario y los persas en general, á volver á las tradiciones antiguas, yá de nuevo alteradas y despues de los muchos años que habian corrido desde la anterior reforma.

Sabemos que Dario concedió al pueblo judío la licencia para reedificar el templo de Jerusalen acordada por Ciro y reiterada despues por Artajerjes; y que no se contentó con esto, sino que ofreció ademas cuantiosos dones para su reedificación y para el culto del verdadero Dios, á quien no dudó llamar *Dios del cielo*, segun Esdras.

Este mismo influjo sintieron por entonces los habitantes de la China, pues de aquel mismo tiempo son Lao-Tseu y Confucio, el primero de los cuales conoció á Daniel en Babilonia, y llevó á su nación la noticia de que, dentro de cinco siglos, habria de venir «al mundo desde el Occidente la consumación de toda sabiduría, el Sábio por excelencia, el gran Salvador», noticia que repetía tambien Confucio.

En la misma ciudad Zoroastro debió tambien ver á Daniel, porque entonces Babilonia era el emporio de las ciencias, y á ella acudían todos los deseosos de saber, hasta que fué destruida por los persas.

Animado allí Zoroastro á desterrar las novedades introducidas en la religión de su patria con lo que veía y oía del pueblo judio, y en especial del gran Profeta Daniel, emprendería la reforma religiosa desterrando algunos absurdos, pero dejando otros muy antiguos, para lo cual hallaria protección en Dario.

Este mismo rey nos dice en la inscripción de Behistun, que la impiedad, y las falsas creencias cobraron gran pujanza en Persia, Media y otras provincias. En lo cual muestra el celo que tenía en restaurar la religión antigua, relativamente mas perfecta, aunque idolátrica tambien con dioses propios de cada país.

Parece pues, imaginaria la antigüedad que algunos atribuyen á Zoroastro, de unos dos mil años antes de Jesucristo. ¿Dónde estaban entónces los Histaspes? Dario no pone en la inscripción de Behistun, ya citada, sino ocho ascendientes suyos que hubiesen obtenido el poder real; de ellos solo su padre era Histaspes.

Por otra parte, la opinión de que Zoroastro vivió en tiempo de Darío es la que generalmente se sigue, porque los persas afirman que vivió bajo el rey *Vistaspa* ó Histaspes, sabiéndose que el rey Histaspes por excelencia, por ser el más grande y poderoso de este nombre, es Darío, sucesor de Cambises.

Algunos se dejan alucinar por ciertos escritos persas que parecen de época muy antigua, cuando no fueron hechos sino pocos siglos antes de Jesucristo; al reformarse la religión persa en tiempo de Zoroastro, escribiéronse libros religiosos en el idioma antiguo para dárseles más autoridad y lo mismo se hizo más tarde hácia la primera mitad del siglo III de la Iglesia. Así, para quien no se halla bien versado en las antigüedades de la Persia, podrian pasar estos libros por muy antiguos y de época anterior á la de la cautividad de los judíos en Babilonia, siendo así que en realidad muchos de ellos son muy posteriores al aparecimiento del cristianismo.

En estas obras relativamente modernas, se ven no pocas huellas de las ideas judáicas y cristianas; lo cual es muy natural, pues durante los primeros siglos de la Iglesia floreció mucho en Siria la universidad de Edesa, fundada ó al ménos acrecentada por S. Efren, y á esta Universidad, donde reinaban las ideas cristianas, acudían entre otros, los estudiosos de la Persia.

Con esto ya se vé cuan manifiestamente caen por tierra las nuevas teorías de Bunsen y de Burnouf sobre la doctrina oculta de los esenios; pues los persas léjos de suministrar á los cristianos por medio de estos sectarios las ideas y doctrinas del cristianismo, estas no tienen otro orígen sino el que la historia les señala, el antiguo Testamento, la divina revelación.

Por consiguiente, el hecho de la cautividad de los judíos en Nínive y Babilonia está muy léjos de probar que pueda atribuirse á la doctrina de Zoroastro ó al mazdeismo el orígen de los dogmas y creencias del cristianismo.

Más, como quiera que el racionalismo bíblico ha dado suma importancia á la teoría del mazdeismo como orígen del cristianismo, pondremos á manera de apéndice un estudio mas prolijo bajo el título de la *Biblia* y el *Avesta*, habiéndonos servido para ello del célebre orientalista de Harlez.

La Biblia y el Avesta

Como indicamos poco há, es de moda en la actualidad sostener que la religión judía y el cristianismo han tomado sus principales dogmas de otras religiones, especialmente de la Persia; para demostrarlo se hacen inútiles esfuerzos por encontrar rastros de rapsodia entre las nociones religiosas contenidas en la Biblia y las del Avesta.

Las creencias que se dicen comunes á la Biblia y al Avesta, y que el primero de estos dos libros ha copiado del segundo serian: la unidad divina y la creación, el Verbo creador y la mediación de un ser divino entre Dios y el hombre; el Espíritu Santo; la resurrección de los cuerpos y la vida futura; la existencia de los demonios y de los ángeles, y la de un coro de siete ángeles superiores á los otros; el profetismo y el paraiso terrenal.

Hé aquí ciertamente un catálogo formidable: en él está contenida casi toda la teología católica. Vamos á examinar en particular cada uno de estos puntos, empezando por aquellos que hay necesidad *á proiri* de excluir de la discusión, porque son del todo extraños á la religión de Persia.

I. *El Verbo creador.*—Es completamente falso que el Avesta contenga la menor idea de un Verbo creador.

Se ha considerado como tal á la que Anquetil habia llamado el *Honover*, del cual se decían mil maravillas. El error en este punto era posible

mientras no había otro medio de estudiar el Avesta que la supuesta traducción de Anquetil; pero desde que este libro se ha hecho accesible á todo el mundo, ya no puede admitirse duda alguna.

Pero es necesario refutar á M. Mario que es el principal defensor del Verbo como una idea perso-avéstica: citemos sus palabras.

«El Eterno es palabra (Wort) por esencia. Desde el trono del bien ha descendido la palabra (Wort), Honover, excelente, puro, santo, activo, que existe antes que el cielo y la tierra. De este Verbo y por este Verbo nacieron la luz primitiva, el agua primitiva y el fuego primitivo, es decir una forma incorpórea, intelectual, una como preformación de los elementos, y de aquí procede la luz, el agua, el fuego y todas las cosas.

«Este Verbo es Ormuzd engendrado del gérmen infinito del Eterno. Primogénito de los séres, esplendor y vaso de lo infinito, luz progresiva, incomensurable, su voluntad es infinitamente santa hasta en la raiz del ser. Procede de la mezcla del fuego con el agua primitiva. Llámase *Ehore Mezdas*, esto es, *Ahura Mazda*.»

Despues añade: «El Verbo originario, Honover, Enohe Verihe, es decir, el Eterno, pura voluntad, produjo el mundo bueno y venció al malo.»

Y concluye con estas palabras: «Véase lo que se deduce de estos descubrimientos de la ciencia: la caída del Verbum, del Logos histórico de Juan, cuyo orígen debe buscarse en la Persia.»

Pero estos supuestos descubrimientos científicos, solo son en realidad un tejido de errores.

El Honover no es sino una oración que consta de veintiuna palabras, especialmente preferida por los persas, que debian repetirla sin cesar. Ni el Avesta, ni ningun mazdeano ha tratado nunca de representarla como Verbo, ni menos como Verbo creador, persona divina.

Segun ellos es simplemente una oración muy eficaz, y nada más. Lo que ha dado orígen á este error es la manera singular con que Anquetil tra-

duce el capítulo 16 del Yazna, y sobre todo la palabra *racem* allí usada.

Esta palabra significa simplemente *expresión*, *oración*, pero de ningun modo *Verbum* en sentido teológico, Verbo substancial: jamas concibió el Iran idea semejante; por mas que Anquetil asimiló estas dos nociones extrañas entre sí.

Además, al principio del mismo capítulo 19, Ahura Mazda dice que él mismo pronunció esta oración y se la enseñó á Zoroastro antes de la creación del cielo y de la tierra, lo cual interpreta Anquetil como significando que Dios *creó inmediatamente esta supuesta palabra*. Pero el intento del autor avéstico es solo dar mayor respetabilidad á su oración favorita y nada más. El Verbo divino del Avesta es pues, fruto de la imaginación racionalista.

II. El *Mediador*. La concepción de un Mediador entre Dios y los hombres, así como la realización de esta concepción en la persona de Cristo, es segun Burnouf y otros una idea concebida entre los persas y se manifestó en la persona del Dios ó genio *Mithra*, cuyo nombre dicen que significa *el mediador*. Pero se ha errado comunmente sobre este punto de historia religiosa, á consecuencia de la interpretación errónea de un pasaje bien sencillo de Plutarco. En el libro de *Isis* y *Osiris* el historiadór griego dice: «Segun los Persas, Oromasdes (Ormuzd), se parece á la luz y Areimanos (Ahriman) á las tinieblas; Mithra está entre ambos; por esto los persas llaman á Mithra *intermedio*.»

No hay necesidad de ninguna discusión filológica para demostrar que Plutarco habla, no de un mediador entre Dios y los hombres culpables, sino de una simple naturaleza intermedia entre los dos principios de esencia opuesta. Dios es luz; el espíritu malo, las tinieblas, y Mithra es el crepúsculo. Hé aquí el sentido *obvio* y verdadero de la frase.

Se invoca además en favor de Mithra, mediador, un pasaje de Menokhired, concebido en estos términos. «El cuarto dia despues de la muerte, el alma llega al puente Chandór, alto y terrible.... Allí se presentan muchos antagonistas en espíritu

de enemistad.... y como intermediarios *Mithra, Craosha y Rashnu.*» De la palabra que se traduce por intermediario, *mianji*, se ha querido hacer *mediación* y sacar un argumento en favor de la tésis.

Pero este pasaje prueba ménos que el anterior, como quiera que esta mediación se explica en el mismo texto diciendo que la intervención de estos génios consiste: la de Rashnu, en juzgar severamente, la de Craosha, en auxiliar á los buenos y rechazar á los malos (de paso por el puente) y la de Mithra.. en no hacer nada mas que de simple espectador. ¿Habrá sido, pues, una mediación de este género la que sugirió la idea del Cristo, mediador entre Dios y el hombre, que da su vida humano-divina para aplacar al uno y salvar al otro? No hay necesidad siquiera de responder á semejante simplicidad.

III. *El Espíritu Santo.*—Nace el error de un juego pueril de palabras del Avesta. Es verdad que se encuentran las palabras *spenta manyus* que significa *espíritu augusto*; pero que nada tiene que ver con el Espíritu Santo. La idea de una Trinidad divina jamás ha sido sospechada por el mazdeismo: «Yo proclamaré, dice el Yazna, los dos espíritus gemelos, el espíritu bueno y el espíritu malo. Estos dos espíritus se reunieron en un principio para crear la vida y la muerte y la suerte de los séres.» Hé aquí la esencia del dualismo mazdeo; y no es esta teología á propósito para que de ella hubiesen podido sacar los cristianos la idea de la Trinidad, de tres personas divinas, unidas por los lazos de una misma naturaleza, de las cuales la segunda es engendrada por la primera, y la tercera procede de las otras dos por operación de amor.

IV. *Los Arcángeles.*—Hay al parecer semejanza de número entre los siete arcángeles de la teología cristiana, siempre presentes al trono de Dios, y los siete *amesh spentas* del cielo avéstico. Más en primer lugar el orígen del grupo de estos siete espíritus es reciente, datando desde la sistematización final del mazdeismo, creencia que por tanto no ha ejercido influencia alguna en la concepción bíblica.

Además, los dos grupos nada tienen de comun en sus funciones. Los arcángeles cristianos permanecen en la presencia de Dios para adorarle y recibir sus órdenes, y ejecutarlas con la mayor celeridad.

Los espíritus avésticos, ni están ante el trono de Dios, ni pueden estarlo, puesto que el dios de ellos se cuenta como uno de tantos y en todo se asimila á ellos. Sus funciones son todas terrestres. Uno vela por los ganados, otro por la tierra, el tercero por los metales, los otros tres por el fuego, las aguas y las plantas. Es pues, ilógico ir á buscar el orígen fuera de las ideas judías.

V. *Los Angeles custodios.*—Lo mismo se puede decir de la idea de los ángeles custodios: los espíritus *fravashis* con quienes se les quiere asimilar son los *manes*, las almas de los justos que vienen á la tierra para ser honrados y para recibir un alimento que los hace inmortales. El texto avéstico añade que protejen al país, que favorecen á las poblaciones, á las casas y á los guerreros, pero esto es á los que les honran y á título de *manes* ó *génios* y no de ángeles custodios. Ya se les confunde con las estrellas que adornan las bóvedas del cielo ó con ciertos espíritus-tipos. El católico pues, no puede ménos de lamentar la ignorancia de las verdades religiosas en hombres que son considerados y tenidos por sábios al ver asimilados los ángeles custodios á *manes* y génios griegos, acadianos ó persas.

∴

Vamos á hablar ahora de las ideas cristianas que se dicen tomadas de la religión mazdea y de las cuales se encuentra realmente algo en esta última. Los hechos científicos mejor comprobados demuestran sin embargo, que la Persia no ha proporcionado á la Judea tales ideas.

I *La creencia en la resurrección de los cuerpos.*—Esta no tuvo orígen en Persia, ni aun ha existido en este país hasta muy tarde, habiéndose desarrollado progresivamente, como se prueba por Herodoto, que no hubiese dejado de mencionar tan sin-

gular creación en el estudio que consagró á la religión de los persas, pues hubiese llamado la atención de un griego poco acostumbrado á semejantes ideas.

En el Avesta no se anuncia la resurrección de la carne en términos claros y precisos, sino en un solo lugar, en el Yazna XIX, que pertenece á las partes más recientes del libro y cuya fecha debe hallarse muy cerca de la era cristiana; y de todos modos posterior á la cautividad de los Judíos en Babilonia; de manera que no fué una creencia del Iran primitivo, sino que los semitas, que eran los únicos que la poseian entónces, fueron los que la comunicaron á los Persas, léjos de haberla recibido de estos.

II. *El Paraiso terrestre.*—Se ha dicho tambien que el Eden es una idea iraniana, transportada á la Judea; que es una imitación del Vara ó Parque construido por el héroe iraniano Yima, para servir de refugio á los hombres amenazados por la inundación de las aguas diluviales. Se pretende apoyar esta tésis recordando que la palabra *Paraiso* se deriva del persa *Paradaeza*, cuyo sentido es, *cercado*, *lugar cerrado,* jardin de recreo.

Pero, este argumento es fruto de una suprema ligereza. La palabra griega *Paraiso* tomada del persa en el sentido profano de jardin de recreo, fué introducida en el siglo tercero, antes de nuestra era, cuando los Setenta, al traducir la Biblia en griego, la emplearon para traducir la palabra hebrea *Gun*, que designa el paraiso terrestre en sentido religioso. Pero nótese que el Génesis fué escrito mas de diez siglos antes de esta época: ¿habría su autor colocado al primer hombre en un Eden porque sus descendientes, diez siglos mas tarde, hubieran de aprender que los reyes de Persia poseian *paradaezas,* jardines de recreo y cotos de animales salvajes?

Además el Vara persa y el Eden bíblico, tienen naturaleza diferente, como es diferente su razón de ser: el primero con ocasión del diluvio y el segundo por el estado de felicidad en que fué creado Adan.

Aún los mismos sábios racionalistas han reconocido y probado que la leyenda avéstica delataba por el contrario, varios plagios hechos al Génesis en su relato del diluvio.

III. *La Creencia en el demonio, Satan, representante del mal moral.*—Se ha dicho que el Satan bíblico es cópia de Ahrimán, el *adversario* zoroástrico, y gefe de los *devas*, espíritus malos. Pero es falso, en primer lugar bajo el punto fundamental de la doctrina, porque Ahriman es igual á Dios por su origen eterno, y por todas partes donde Ahura Mazda crea el bien, Ahriman le sigue para producir un mal capaz de aniquilar la obra divina; mientras que Satanás no es sinó un agente subalterno, enteramente sugeto á la voluntad de Dios, no obrando sino dentro de los límites trazados por Dios, impotente para contrariar sus designios, como tambien para impedir la reparación de los males que Dios solo le permite suscitar: es un simple tentador del hombre.

Por otra parte ¿es razonable suponer que los hebreos, rodeados de pueblos dominados por el temor de los malos espíritus, no tuvieran la menor idea de esta concepción, teniendo que ir á recibirla de los Iranios atravesando la Asiria, Babilonia y el Líbano? Si se hallaban dispuestos á aceptarla ¿por qué nó de sus vecinos inmediatos?

Finalmente no pueden suponerse relaciones entre los hebreos y los mazdeistas hasta principios del siglo VII ó IX. El año 835 es cuando el nombre de Persia (*Parsua*) aparece por vez primera en los anales de Asiria en el obelisco negro de Salmanasar. Y los hebreos solo pudieron tener relaciones con estos en la cautividad asiria ó babilónica.

Ahora bien: los documentos judíos que hablan de Satan son anteriores á esta época y aún el psalmo 78 lleva en sí mismo la fecha, puesto que relata todos los hechos bíblicos hasta el reinado de David. Cuando menos, el fondo del Pentateuco es aun más antiguo, sin género de duda alguna.

Todo, pues, concurre á hacer inadmisible la suposición de que la Judea haya copiado del Iran

lo que concierne á la creencia en la demonología.

IV. *El Monoteismo.*—El mazdeismo enseña un monoteismo imperfecto, aunque real en cierto sentido; es advenedizo por el contraste que forma con el naturalismo y el dualismo que le precedieron en el Avesta ¿cómo podría pues. nacer de él el monoteismo de Israel, puro y absoluto, cuyo Dios no reconoce rival, ni poder alguno capaz de resistirle por un solo instante, como á Ahura Mazdalo hace Ahriman?

Además, y esto es decisivo: el monoteismo de los judios es ciertamente mas antiguo que la creación de su monarquía; ahora bien, la Judea no ha tenido relación con la Asiria sinó mucho tiempo después. ¿Hubiera podido experimentar la influencia de los Iranios, de los cuales se hallaba separada por aquel vasto imperio, antes de estar en contacto con él? Es evidente que no; y por tanto *Ahura-Mazda* nunca pudo engendrar á *Jehovah.*

El testimonio histórico de la Biblia resuelve la cuestión: el libro de Daniel nos enseña que un soberano persa, convencido por la elocuencia de un profeta judio, mandó que se adorase en su imperio al Dios único de Ísrael.

Este hecho explica y concilia los testimonios de la Biblia, de Herodoto y de las inscripciones cuneiformes. ¿No es esto una prueba de su verdad? De aquí deducese también la falsedad de la hipótesis de de que Ciro sea el introductor por Esdras del monoteismo mosáico, como verémos más adelante.

V. *La Creación de la nada.*—Aquí más que en parte alguna, sería temerario afirmar que la Judea había bebido en fuentes iranias.

La palabra avéstica que traducimos *crear (dadhami)* no tiene por sí sola otro significado que el de constituir, establecer, y de ningun modo supone la creación propiamente dicha. Nada hay que nos permita atribuir esta significación excluyendo toda duda.

La creación *ex nihilo* no se halla claramente indicada, sino en los libros pelhvis, no avésticos, de la edad media, en el Bundehesh.

No se comprende pues, sino por sistemático prejuicio y contra todo principio científico, que quiera hacerse de la creación una concepción originalmente irania.

VI. *El Profetismo.*—Los rasgos esenciales del profetismo son los mismos en Zoroastro que en Moisés; por esto no ha faltado quien sostenga que el retrato del caudillo del pueblo judio se había calcado sobre el modelo del reformador iranio.

Mas para demostrar lo contrario basta recordar la historia de Zoroastro.

∴

La leyenda de Zoroastro no es antigua y la vemos formarse en el Avesta.

Los primeros autores griegos que hablaron de Zoroastro no ven en él sino un mago, un filósofo, el gefe de los magos, pero de ningun modo un taumaturgo.

Para hallar los primeros vestigios hay que llegar á Plinio, á Plutarco, á Dion Crisóstomo. Bajo la pluma de estos autores van en aumento las maravillas; por de pronto no son sino algunos hechos extraordinarios de poca importancia, los que hacen célebre su cuna, luego se le vé vivir en el desierto, alimentándose tan solo con leche ó queso.

Dion añade á estos rasgos una aparición maravillosa de Zoroastro en medio de una zarza ardiendo en lo alto de una montaña.

La leyenda de Zoroastro pues, ha venido constantemente tomando cuerpo hasta convertirse en ese conjunto de fábulas que componen el *Zarthusht Nameh*, y vemos que á medida que crece, vá tomando rasgos que recuerdan los relatos del Génesis; porque la historia de la montaña ardiendo es idéntica, al menos en el fondo, á la de la zarza ardiente de Moisés y análoga á las escenas del Sinaí y á la visión de Jacob.

Pero en la Biblia es Dios quien se manifiesta en la zarza; en la leyenda persa es el profeta.

¿Donde debe hallarse el original? En una crea-

ción torpe, sucesiva, que reune en un punto rasgos de otros tres relatos análogos, y muestra mayor solicitud por el engrandecimiento del hombre que por el de Dios? ¿ó en una producción completa y una desde su aparición, más á propósito para glorificar la fé del autor que á su héroe? Todo habla en favor de esta segunda suposición; porque es carácter de la antigüedad hacer desaparecer al hombre ante la causa religiosa.

Estas leyendas además, datan apenas del siglo IV; el Génesis con seguridad, es más antiguo.

Por esto la idea reinante en Oriente es que el zoroastrismo era tributario del judaismo y los historiadores árabes y persas están de acuerdo generalmente en hacer de Zoroastro un judio, ó al menos el servidor de un profeta de los hebreos.

El único plagio posible, por parte de los judios, es el nombre del demonio *Asmodeo* en el libro de Tobias que se pretende tomado del *Avesta*, pero esa semejanza única nada prueba, porque puede derivarse del hebreo *Asmed*, destruir, semejante al ángel exterminador del Exodo.

De lo que precede. se derivan las siguientes conclusiones

Muchos de los puntos de la doctrina que se dice haber tomado la Biblia del Avesta, es á saber, la noción del Verbo creador, la del Espiritu Santo y la de un Mediador, son extrañas por completo al libro zoroástrico.

Dígase otro tanto del Paraiso Terrestre y del Coro de Siete Arcángeles, que se pretende haber tenido origen en Persia.

En cuanto á las otras creencias, el monoteismo, la creación, la resurrección de los cuerpos, la demonología y el profetismo, no nacieron tampoco entre los discípulos del Avesta.

Los judíos estuvieron en posesión de ellas antes de que fuesen conocidas por los fieles de Zoroastro, y el propio parsismo ó zoroastrismo es de fecha demasiado reciente para que pueda haber dado orígen al judaismo.

Además, los persas se han mostrado siempre

imitadores, y esto es lo que debía decidir en contra suya, en caso de duda, la sospecha de plagio.

Así pues, la traducción moderna del Avesta, del señor Harlez, á quien se debe el mejor juicio crítico de las relaciones de la Biblia con el Avesta, prueba otra vez más, que una ciencia incompleta, un conocimiento imperfecto de las religiones, historia, literatura, etc., de los pueblos del Oriente, han sugerido muchas objeciones contra la Biblia, que luego ha desvanecido un estudio mejor y mas completo.

Y esto sucede especialmente con la idea absurda de suyo y ridícula, de que gran parte del mosaísmo y la mayor del cristianismo son derivaciones de la religion del Avesta, cuando puede afirmarse lo contrario, que los elementos monoteistas del parsismo se han introducido en él después de la cautividad asiria y por influencia del mosaismo.

Pero, al mismo tiempo séanos permitido recordar el inmenso servicio que para la solución de esta cuestión han hecho los descubrimientos asiriólogos, especialmente las inscripciones cuneiformes que dan autenticidad al relato bíblico de la cautividad asiria y babilónica, que es lo que nos propusimos demostrar.

Y ya que hablamos de la autenticidad de la Biblia, queremos indicar que no exige grandes esfuerzos de ingenio para comprender la inanidad de un motivo general que suele alegarse contra esa misma autenticidad, fundado en que las naciones antiguas que tenian libros y escritos religiosos, les daban tambien origen sobrenatural, venerando sus fábulas como hechos verdaderos y les atribuian á un dios ó un personaje extraordinario que trataba familiarmente con la divinidad; en suma, que todas las naciones han tenido en épocas de ignorancia mitos y leyendas, y no habia de ser menos la hebrea. Y nosotros pensamos que efectivamente los tendria como entre los cristianos han nacido y se han creido comunmente no pocas leyendas que la crítica desecha.

Lo que negamos, es que esos mitos y leyendas

hayan encontrado lugar en los libros de la Biblia, refiriéndolos ó enseñándolos por su cuenta; y negamos completamente la semejanza ó paridad que pretende establecerse entre los libros, diferentes evidentemente, así por su doctrina, como por sus caracteres históricos.

Se concibe además facilmente que el Código de Manú haya sido dictado directamente por ese legislador, que Confucio haya dictado los Kings y Zoroastro parte del Avesta; pero es del todo inconcebible y absurdo que un pueblo insignificante y ménos culto que el indio, el chino, el griego y el romano, haya penetrado tanto en la verdad filosófica y moral, que no solo los supera inmensamente, sino que sus doctrinas y sus libros son todavia, y no hay indicio de que no dejen de serlo, el código religioso, filosófico y moral de la humanidad civilizada y á pesar de haber sido objeto de todos los ataques, contar como elementos de su apología todas las ciencias y todos los descubrimientos del genio humano.

Una diferencia tan enorme de alguna manera se ha de explicar, y no es ciertamente la que se contenta con apelar al mito y á la leyenda, como quiera que sería la mayor de las maravillas que semejante origen produjera la mas admirable armonia, como es la que existe entre la Biblia y las ciencias filosófico-naturales inclusas las históricas. Y dicho sea esto para los racionalistas de quinto órden que toman por verdad irrefutable y juicio irrevocable de la *ciencia* una corriente temporaria, una moda, un contagio científico pasagero, que hoy arrastra á muchos, particularmente á los *pedisecuos*, y mañana caerá en olvido y en el desprecio más profundo.

A ello nos tiene acostumbrado la historia de las ciencias y de la filosofía, y no aventuramos una hipótesis infundada al afirmar que así sucederá, ante los crecientes progresos de la ciencia y de la crítica séria; ya que el erudito Ubaldi, después de hacer la historia de la crítica, concluye diciendo que el progreso de los estudios críticos ha sido un gran

triunfo para nuestra religion y una derrota para la incredulidad y el racionalismo.

Por tener suma relación con la cuestión que acabamos de tratar procuraremos aprovecharnos de los descubrimientos cuneiformes para rechazar la aseveración racionalista que atribuye á Ciro la introducción del monoteismo judáico, como propagador de la doctrina de Zoroastro.

∴

Es sabido que el gran Ciro es el rey persa que se apoderó de Babilonia, arrojó del trono á la dinastía de Nabucodonosor y reemplazó así en la Caldea á la dominación semítica, la dominación arya.

Tambien fué Ciro quien, según refiere el primer libro de Esdras, permitió á los judios cautivos en Babilonia que volvieran á Jerusalen y reedificaran el templo.

Pues bien, los enemigos de la Biblia han tratado de apoyarse en la historia de este rey para dirigir repetidos ataques contra la autenticidad de los libros santos y contra el carácter del pueblo judio; pero la epigrafía cuneiforme anula todos los sofismas.

En efecto: la victoria de Ciro, se decía hasta estos últimos tiempos, fué el triunfo del monoteismo sobre el politeismo.

Ciro era un ferviente sectario de la doctrina de Zoroastro y un enemigo de los ídolos, como lo indica su orígen persa, y tambien el testimonio de Isaías, cuando dice que á su llegada se derrumbaron los ídolos (XLVI. 2.). Los judios, se añade, debían ser politeistas, como todos los semitas, y en Babilonia, cerca de Ciro, es donde sin duda bebieron las creencias monoteistas que trajeron de la cautividad.

Con tales aseveraciones se proponían los racionalistas destruir la autenticidad de los libros santos que hablan del monoteismo del pueblo judio aún antes del cautiverio; pero no puede ya sos-

tenerse actualmente, siendo así que Ciro mismo nos dice en sus inscripciones que en vez de perseguir la religión de los pueblos vencidos, lo que hacía era respetarla y apropiársela hasta cierto punto; así un cilindro de Ciro nos lo representa reconstruyendo los templos idólatras de Bit-Saggata y de Bit-Zida.

En otra inscripción descubierta en 1879, el mismo conquistador nos enseña que Marduk, el antiguo dios de Babilonia, es ahora su dios, y que le ha restaurado su santuario y obtenido por esto sus favores; todos los días «pide á Bel y Nebo que prolonguen sus días, aumenten su prosperidad, y hablen á Marduk en favor de Ciro, su adorador».

Vése pues, que Ciro se acomodó á los pueblos semíticos, que adoptaban los dioses de los países en que se establecían y los colocaban para su culto, aunque en un puesto inferior, al lado de sus propias divinidades.

La humillación de los ídolos, de que hablan Isaías y Jeremías, á propósito de Ciro, quiere decir solamente que los dioses de los países vencidos, tenían su parte en la derrota, siendo así que cada pueblo atribuía á sus dioses las victorias ó descalabros de sus armas.

De manera que si los judios al volver de Caldea eran monoteistas, no lo debían á Ciro, ni mucho menos á los caldeos idólatras, sino que ya profesaban esas creencias antes de salir de la Judea para Babilonia.

Tambien encontraron los críticos incrédulos algo extraño aquello de que Ciro hubiese permitido á los judios volver á su patria y les devolviese los tesoros del templo.

Pues bien, la inscripción de que hemos hablado confirma la verdad de este hecho, enseñándonos que tal fué la política de Ciro: «Los dioses que habitaban entre ellos (entre los pueblos tributarios) los restablecí en su culto y les asigné una habitación permanente. Reuní todo el pueblo de ellos y lo hice volver á su país.»

No debe pues, parecer extraño que los judios participasen de este favor.

Es cierto que en el edicto real citado al principio del primer libro de Esdras, dice Ciro que ha obrado así «por mandato de Jehovah, Dios del cielo, que le ha ordenado construir un templo en Jerusalen.»

¡Que lenguaje tan extraño, se dice, por parte de un adorador de Ahura-Mazda!

Ciro no podía reconocer como dios á la divinidad de un pueblo extrangero: pues bien, ya hemos visto el valor de esta objeción.

En la inscripción citada Ciro reconoce haber recibido órdenes de Marduk; con mayor razón podía decir que las había recibido de Jehovah, cuya noción se aproximaba mucho más á las creencias monoteistas de su país de orígen.

Hé aquí pues, un nuevo triunfo obtenido por la asiriología en favor de la Biblia.

A manera de apéndice trataremos de la materia siguiente por relacionarse con la crítica bíblica.

La Cronología asirio-caldea y la Biblia

Aunque los descubrimientos realizados por la Asiriología constituyen una hermosa exégesis apologética para la Biblia, como queda constatado, no parece que pudiera afirmarse lo mismo con relación á la cronología asirio-caldea, comparada con la cronología bíblica: hé aquí porque debemos hacer algunas aclaraciones á este respecto para demostrar que aún bajo este aspecto nada hay que por lo menos implique una contradicción y menos un error cronológico de parte de la Biblia.

Desde luego debemos observar que la Caldea y

la Asiria á diferencia de los demás pueblos de la antigüedad, nos presentan cifras mucho más precisas, no suministradas por autores antiguos, sino por los monumentos indígenas descubiertos en estos últimos años,

No se poseen otros relatos antiguos indígenas de este país que los contenidos en la historia caldea de Beroso, sacerdote de Babilonia del tiempo de Antíoco II, rey de Siria (261–246 a. de J. C.); pero lo que nos dicen sobre la cronología los fragmentos de este escritor que han llegado hasta nosotros, es en gran parte fabuloso, y no había encontrado crédito, ni siquiera entre los griegos y romanos.

Cicerón decía de los caldeos: «debemos reprobarlos como insensatos y orgullosos, cuando quieren hacernos creer que sus monumentos comprenden una duración de cuatrocientos setenta mil años (470.000.)

Los Babilonios pretendían, en efecto, que su primer rey había existido 468.581 años antes que Phul, esto es, 468.330 años antes de nuestra era.

Siete dinastías habían ocupado sucesivamente el trono durante ese tiempo. La primera compuesta de diez reyes, había reinado antes del diluvio durante 432.000 años, lo qué dá un término medio de *¡43.200 años!* para cada rey. La segunda, comprendiendo ochenta y seis reyes, había durado 34,000 años!....

Las otras cinco dinastías llenan un espacio de 1.500 años poco mas ó ménos, habiendo así corrido cerca de 36.000 años desde el diluvio hasta la conquista persa.

Se han considerado siempre como evidentemente fabulosas las dos primeras dinastías de Beroso y no se ha atribuido valor ninguno á su cronología sinó á partir desde la tercera dinastía, la dinastía meda, cuyo advenimiento data desde 2250 ó 2460 años antes de nuestra éra.

Eusebio había yá mostrado que la cifra enorme de 460.000 años en que la cronología babilónica sobrepasa la cronología ordinaria estaba vacia de hechos y que una cronología no basada en acontecimientos carece de valor histórico.

Los Babilonios alegaban tambien en favor de su antigüedad, sus observaciones astronómicas que hacían remontar más allá de 450.000 años.

Pero esta alegación está en contradicción con lo que sabemos por los Griegos. Cuando Aristóteles, despues de la toma de Babilonia por Alejandro, encargó á Calistenes, su díscipulo, estudiar la astronomia caldea, este sábio comprueba que estas observaciones no abrazan más que un periodo de 1.903 años.

Los autores antiguos nada añaden á los datos de Beroso sobre la antigüedad caldea y hasta la segunda mitad del siglo XIX nada mas se sabía; pero los descubrimientos asiriólogos de estos últimos años han cambiado totalmente la faz de la cuestion.

Los documentos cuneiformes nos ofrecen, en efecto, nuevos datos sobre la cronología babilónica y han sido proporcionados por los Asirios especialmente, siendo estos el primer pueblo de la antigüedad en que encontramos el sentido cronológico.

Las inscripciones históricas que nos han dejado y que los esploradores contemporaneos han desenterrado de las ruinas de sus viejas capitales contienen los detalles mas preciosos y están cuidadosamente datados.

Este pueblo no databa como los Egipcios y Chinos por los años de reinado de sus soberanos, sinó por los nombres de oficiales epónimos, llamados *Limmí* ó *Limmú*, que daban su nombre al año, como los Arcontes de Atenas y los Consules de Roma.

Se formaban *cánones* ó listas de epónimos, y algunos de estos documentos han sido encontrados y publicados, aunque desgraciadamente no se posee más que una pequeña parte; sin embargo, tenemos certidumbre de que la institución de los *Limmú* remontaba al ménos hasta el siglo catorce antes de nuestra era, porque la inscripción de Bin-Nirar I está datada con el epónimo de Salman-Karradu.

Gracias á este sistema de cronología, los Asirios han podido darnos sobre los acontecimientos del

pasado datas y fechas precisas como no se han encontrado en ningun otro pueblo. Sennaquerib (705-681), el enemigo de Ezequias, menciona en una de sus inscripciones que un sello, que había pertenecido á Teglath-Ninip, había sido traido á Babilonia 600 años antes, y que 418 habian pasado cuando él mismo invadió á Babilonia (692) despues de la derrota de Teglath-Palasar I (hácia 1130) por los Babilonios. (Sennaquerib, inscripción de Bavian).

Teglath-Palasar I dice á su vez que él restauró en Khalah-Sherghat un templo edificado por Samsibin, hijo de Ismi-Dagan, 701 años antes. El hijo de Sennaquerib, Asurbanipal (668-626), cuenta por su parte que un ídolo, el de la diosa Nana, que el ha reconquistado en 639 en el país de Elam había sido sacado de Erech hacía ya 1635 años, por consiguiente en 2274 antes de nuestra era. (G. Smith); y esta es la data más antigua que hasta ahora nos han proporcionado los documentos asirios.

Un cilindro cuneiforme de Nabonidas, rey de Babilonia, encontrado en Abu-Abbas por M. Hormuzd Rassam nos suministra fechas más antiguas y por consiguiente más importantes que las de los documentos asirios. M. Puiches dió á conocer este cilindro á la sociedad de Arqueología bíblica de Lóndres en 1882, y en él se lée que Urbagas, rey de Ur (la pátria de Abraham) vivía 700 años antes de Hammuragas, cuya época es desconocida. Pero léese además que Naram-Sin, hijo de Sargon I, había fundado el templo del Dios *Samas*, el Sol, en Sippara, 3.200 años antes del reinado de Nabonidas, esto es, hácia el año 3750 antes de nuestra era.

Esta data positiva, la más considerable que hasta aquí haya sido descubierta sobre un monumento nacional antiguo, hace remontar el diluvio, que conocían los Babilonios como los Hebreos, á más de 4.000 años antes de J. C.; porque antes de Naramsin y antes de Sargon, había existido allí, segun el testimonio de los monumentos, un cierto número de reyes posteriores al gran cataclismo, Si se admite esta cifra, es necesario reconocer que

la cronología postdiluviana sacada de la Biblia, aún la de los Setenta, es insuficiente, puesto que no nos dá 4.000 años entre el diluvio y la venida de J. C.

Debemos observar, sin embargo, que aunque la data dada por Nabonidas haya sido enérgicamente sostenida por algunos Asiriólogos, hay el derecho de no admitirla sino bajo beneficio de inventario. Nada nos garante, en efecto, la exactitud del cálculo hecho para un período tan considerable por el rey Nabonidas, ó por los que le proporcionaron este dato.

Si no estamos obligados á aceptar las cifras contradictorias dadas por los cronologistas, nuestros contemporáneos sobre acontecimientos antiguos, tampoco estamos obligados á aceptar los que nos dan los cronologistas babilónicos sobre una época tan remota para ellos.

Encontramos entre los Asirios un canon cronológico que es para nosotros una garantía de sus cálculos; pero debemos hacer notar que hasta ahora no se ha encontrado trazas de un canon semejante entre los Babilonios. ¿Cómo, pues, Nabonidas ha podido calcular de una manera cierta el tiempo que lo separaba de Naramsin?

Los sacerdotes de Sippara ¿no han exagerado la antigüedad de su templo, y la cifra de su inscripción no es fobulosa ó aumentada, como tantos otros que se leen en Beroso?

Para la Caldea y la Babilonia, no comienza una cronología exacta, sino con la era de Nabonasar, en 747 antes de J. C.

El canon de Ptolomeo, las listas reales de Babilonia, los sincronismos de los monumentos asirios, y en fin, las numerosas tablillas datadas de la familia Egibi (desde Nabucodonosor hasta Dario Histaspes) nos proporcionan referencias precisas y seguras para esta época; pero todo medio de control nos falta para las épocas anteriores. fuera de los documentos asirios, que no se remontan mucho.

Así, en resúmen, los documentos cuneiformes

son, de entre todos los documentos antiguos, los que nos proporcionan los datos mas preciosos y mas remotos. Si la época á la cual Nabonidas hace remontar á Naramsin es la exacta, la cronología sacada de los Setenta está demasiado corta, y es necesario admitir que existen algunas en la cronología bíblica.

En el caso contrario, en espectativa de nuevos descubrimientos para reconocer si el Rey de Babilonia tiene ó no razón, no existe prueba alguna positiva númerica y rigurosa para declarar que las cifras de la versión griega no son suficientes.

La historia de la India, lo mismo que la de la China, en sus partes auténticas, pueden encuadrarse sin gran trabajo en la serie de siglos admitidos por los Padres griegos y latinos. En cuanto á Egipto, la gran antigüedad de Menes está lejos de quedar demostrada, y numerosas razones tienden á rebajar la data.

Se puede decir, en verdad, que los progresos de la civilización que florecía en Egipto y en Caldea desde tiempos de los mas antiguos reyes, cuyo nombre nos es conocido, lo mismo que los descubrimientos geológicos y paleontológicos, exigen un tiempo mas largo que el que nos dá la cronología de los Setenta; pero aquí todo cálculo se hace imposible, y solo se puede repetir á los sabios: estableced y fundad sobre buenas pruebas la antigüedad del hombre y de los antiguos pueblos; la Biblia no os contradirá.

Las genealogías del Génesis son incompletas probablemente; por consiguiente no pueden servir de base cierta para la cronología. La Escritura no se ha propuesto instruirnos directamente sobre la fecha precisa de la creación del cielo y de la tierra ni de la de nuestros primeros padres.

¿No quiere acaso hacernos entender que deja tambien estas cuestiones á la discusión de los hombres, con tal que se conserven en los límites de una sábia crítica, cuando nos dice por boca del Eclesiástico: «Las arenas del mar, las gotas de la lluvia y los dias del mundo ¿quién puede contarlos?» (Eccle. I.2.)

¡ANTE LAS RUINAS DE NÍNIVE Y BABILONIA!

CUMPLIMIENTO DE LAS PROFECIAS

I.—«Tornaráse la hermosa *Nínive* en soledad y en despoblado, como un yermo».

II.—Destruida será esta soberbia *Babilonia*, y no se verá jamás habitada, ni reedificada en el porvenir de los siglos».

Los Profetas.

El momento más solemne de mi excursión por Mesopotamia fué aquel en que desde lo mas alto del Birs-Nimrud veía clara y distintamente todo el conjunto de amontonadas ruinas que constituye al presente lo que ha quedado de la antigua Babilonia. No pudiera imaginarse un cuadro más completo de desolación!

Discurre la vista por un árido desierto en que solo las ruinas amontonadas dan indicio de que ha sido habitado en otro tiempo, ¡grandezas sepultadas, sombras de un antiguo esplendor!

Imposible era contemplar esta escena y no reconocer en el golpe de vista que presenta, la exactitud con que han quedado cumplidas las profecias: que jamás sería habitada; que los árabes no pondrian sus tiendas en ella; que sería reducida á montones de ruinas, y que sus ciudades serían desoladas, un país árido y un desierto.

Ni podré expresar la fuerte sensación de asombro que se apoderó de mi al contemplar la extensión y magnitud de ruinas y de devastación, que aparecía por todas partes.

Sentíme sumergido en la más profunda meditación.....

La historia del linage humano no presenta un contraste más estupendo que el de Nínive y Babilonia, comparando su antigua grandeza con su total desolación y el literal cumplimiento de todas y cada una de las profecias sobre su inmensa desgracia.

Arrobado ante el espectáculo que presenta Babilonia podía también decir con un insigne turista:

«El todo de este sitio presenta un aspecto augusto y grandioso, único en su clase.

La magestuosa corriente del Eufrates, errante por el desierto á manera de un monarca que vá peregrinando por las silenciosas ruinas de su devastado reino, á pesar de las desventajas de haber abandonado la dirección de su corriente, y de hallarse dividido y subdividido una y otra vez como una especie de red tendida sobre un terreno interminable, todavía aparece un noble rio, y lame aún las murallas que edificaron y reconstruyeron un Nabuco, Neriglisor y Nabonidas; sus márgenes están cubiertas de cañaverales, y aún crecen aquellos blanquizcos sauces en que los cautivos de Israel colgaban sus arpas, rehusando todo consuelo, mientras no fuese restablecida Jerusalen.

Mas, ¡cómo ha cambiado la escena! Este vasto desierto pululaba de súbditos de la orgullosa hija del Oriente: ahora no se encuentran yá sus opulentas y magníficas mansiones, y hasta de ella misma se ha apoderado la carcoma. Del trono del mundo ha pasado á yacer echada sobre el polvo, polvo de siglos: del ruidoso murmullo y del fragor de los vítores triunfales, al silencio de muerte que reina en el sepulcro: del almacen y emporio del mundo, en cuyo fondo venían á descargar los tesoros de la tierra, á ser un despojo sin figura. Ya no *tiembla* la tierra bajo sus plantas, ni se conmueven las naciones al éco estentóreo de su voz.»

Tambien es grande y augusto el aspecto de Nínive, la magnitud de cuyas ruinas la hacen digna de figurar y de distinguirse como el inmenso cúmulo de las de la grande Babilonia, su émula en grandeza, poderío y desolación; tambien ella ofrece un monumento perenne de los juicios de Dios en que han tenido parte las avenidas é inundaciones del Tigris, los destrozos de las bestias feroces, la carcoma del tiempo y la rapacidad de los hombres.

Nínive y Babilonia pasan, pues, á nuestros ojos con todo su poder, con todo su orgullo, desapareciendo como sombras al soplo de la justicia de Dios.

Nuestra meditación vá á detenerse un momento acerca de estos recuerdos espantosos, sobre estas grandes caídas, que dando testimonio de la veracidad de la Biblia, señalan al mismo tiempo desde los más remotos siglos la grandeza del poder y de la justicia de Dios sobre la soberbia humana para lección terrible de los pueblos.

Empecemos por considerar la profetizada destrucción de la inmensa y populosa Nínive y del imperio colosal de Asiria, cuya capital era, y en donde reinaron, asombrando y desolando á las naciones, los Sargon, los Sennaquerib, los Asarhadon, los Asurbanipal y los Asurnasirhabal, hasta caer bajo el *Saracus* bíblico el Asarhadon II de las inscripciones cuneiformes.

Esta orgullosa ciudad, arrepintiéndose y haciendo penitencia por la predicación de Jonás, evitó por algun tiempo la destrucción con que estaba amenazada; más volviendo de nuevo á su iniquidad, fué barrida de la tierra, y convertida en ruinas tan grandes como su desolación. Los Asirios oprimieron duramente á los Isrealitas, tomaron á Samaría y redujeron las diez tribus á cautividad; mas Dios castigó á su vez al poderoso imperio ninivita, como lo habían profetizado muy especialmente Sofonías y Nahum.

En cuanto á documentos asirios con respecto á la catástrofe de Nínive no podemos encontrar gran

cosa, como era natural que no pudieran preocuparse de ello los ninivitas derrotados; sin embargo algun indicio ha llegado hasta nosotros.

Entre las tablillas cuneiformes encontradas en Nínive, Smith descubrió algunas de forma y escritura azás deteriorada, que parecen hablar de Ciaxaro el destructor y de los últimos momentos de la monarquía asiria.

Allí, después de Asurbanipal vése mencionado un segundo *Asarhadon* que debe ser Asuredilili, y es llamado hijo del *Bit-riduti*, esto es, nacido en el famoso palacio de Sennaquerib y de Asurbanipal en *Ninive*, que lleva en las inscripciones el nombre de *Bit-riduti*.

De los trozos de este relato se deduce que, reinando este Asarhadon, en las provincias del este y norte del imperio había estallado una revolución y una gran confederación de pueblos *Madai*, (Medos), *Mannai*, (Armenos del Lago de Van), *Gimmirrai* (Cimerios) y otros, se habían alzado contra el Rey asirio, á cuya cabeza se encontraba un Rey denominado *Kastarito* ó *Kassarito*, nombre semejante á *Ciaxaro*. Los invasores habían tomado muchas ciudades asirias y amenazaban la capital; en tal aprieto el Rey asirio ordenó en Nínive un ayuno de 100 dias y 100 noches á fin de aplacar á los dioses, para salvarse del peligro que amenazaba al Imperio.

Aquí termina el relato de las Tablillas, las que parecen haber sido escritas de prisa y en los últimos momentos del sitio á la ciudad de Nínive. Pero sábese por los autores griegos que fué asediada esta ciudad por los Medos y Babilonios bajo Ciassaro y Nabopolasar durante largo tiempo, hasta que, por una extraordinaria inundación del Tigris se derrivó gran parte de los muros dando así entrada á los enemigos.

Entonces *Sardanápalo* (Sarakus) por no caer vivo en manos del enemigo victorioso, dió fuego á su palacio, muriendo en él con los de su corte. Es indudable que los invasores destruyeron totalmente á Nínive, aterrando los muros, los palacios y templos, y entregando la ciudad entera á las llamas.

Que el incendio tuviese gran parte en esta desolación, vénse aún hoy dia las pruebas; pues encuéntranse mármoles calcinados, masas de carbón y de madera carbonizada, estatuas colosales rasgadas por el calor, lo cual atestigua la veracidad del profeta Nahum: «Te devorará el fuego..... y el fuego consumirá tus puertas....dice el Señor de los Ejércitos».

Aunque Isaías (X. 5.), Tobías (XIV. 6.) y Sofonias (II. 13. 15.) hablen de la destrucción de Nínive, solo querémos citar por estenso la profecía de Nahum, *Onus Nínive*, quien con antelación de más de un siglo anunció patetica y enérgicamente la ruina de Nínive desde los tiempos gloriosos de Teglath-Palasar II.

Yá comprenderá el lector el encanto solemne que tendria para el espiritu leer á la vista de las ruinas los vaticinios con que los profetas anunciaron aquella desolación. Hé aquí el texto en extracto de la profecia de Nahum:

Cap. I. *El Profeta, despues de ensalzar el poder, justicia y benignidad del Señor, anuncia la ruina del imperio de los Asirios, para consuelo del Pueblo de Dios, tan oprimido por ellos.*

«1. Duro anuncio contra Nínive en el libro de la visión que tuvo Nahum Elceséo.....

3. El Señor es sufrido y de grande poder; ni *porque sufra perdonará al malvado*. El Señor marcha entre tempestades y torbellinos, y debajo de sus piés se *levantan* nubes de polvo.

4. El amenaza al mar y le deja seco; y á los rios los convierte en tierra enjuta. Háce volver estériles *las fértiles montañas* de Basan y del Carmelo, y que se marchiten las *florestas* del Líbano.

5. El hace estremecer los montes y deja asolados los collados: ante él tiembla la tierra y el orbe entero, y cuántos en él habitan.

6. ¿Quién podrá sostenerse cuando se deje ver su indignación? ¿Ni quién será capaz de resistirle cuan-

do esté airado y enfurecido? Derramaráse cuál fuego su cólera y hace derretir los peñazcos.

7. Bueno es *al mismo tiempo* el Señor, y consolador es *de sus hijos* en tiempo de la tribulación: y *proteje* á los que ponen en él su esperanza.

8. El destruirá como una avenida impetuosa la corte *(Nínive)* de aquella *nación*.....

9. El Señor acabará *con Nínive*; no habrá otra tribulación.....

12. Esto dice el Señor: Aunque sean *los Asirios* tan fuertes y en tan gran número, con todo serán *destruidos* y pasarán *á ser nada*. Yo te he afligido, *oh pueblo mio*; pero no te afligiré ya mas *por medio de ellos*.

13. Y ahora romperé la vara de su tirania *que descargaba* sobre tus espaldas, y quebrantaré tus cadenas.

14. Y el Señor pronunciará contra ti, *oh Nínive*, esta sentencia: No quedará más semilla de tu nombre: exterminaré de la casa de tu dios los simulacros y los ídolos de fundición: la haré sepulcro tuyo, y tú quedarás deshonrada.

15.... Celebra, oh Judá, tus festividades y cumple tus votos, que ya no volverá más á hacer por tí correrias aquel Belial, *el rey de los Asirios*: pereció del todo.

Cap. II. *Destrucción de Nínive y cautiverio de sus moradores, en castigo de los males que han hecho al pueblo de Dios.*

1. Sale ya á campaña, *oh Nínive*, aquel que ante tus ojos devastará *tu reino* y estrechará tu sitio: bien puedes observar sus movimientss, reforzar tus flancos, acrecentar tus fuerzas: *todo será en vano*.

2. Porque el Señor vá á tomar venganza de tu insolencia contra Jacob, como igualmente de tu soberbia contra Israel, pues que *tus ejércitos* destructores devastaron sus campiñas.

3. Resplandecen como una llama los escudos de tus valientes, sus guerreros están vestidos de púrpura, y *centellean* en el dia de la reseña *para la pelea* sus carros de guerra, y están como ébrios sus conductores.

4. Se agolpan en los caminos: los carros se chocan unos con otros en las calles: sus ojos son como centellas de fuego, como relámpagos que pasan de una á otra parte. (1)

5. *Enviará al combate* sus valientes: marcharán de tropel por los caminos, escalarán con denuedo los muros, preparando antes los medios para ponerse á cubierto *de los sitiadores*.

6. Se han abierto las puertas *en los muros por la avenida* de los rios, y el templo ha sido arrasado.

7. Han sido llevados cautivos sus soldados y las mujeres conducidas á la esclavitud, gimiendo como palomas y lamentándose en sus corazones.

8. Y Nínive *inundada* con las aguas *del Tigris* ha quedado hecha una laguna. Huyeron sus defensores y por más que les gritaban: ¡Deteneos! ninguno volvió á mirar atrás.

9. Robad, *caldeos*, la plata, robad el oro: es inmensa la riqueza de sus preciosas alhajas.

10. Devastada ha quedado *Nínive* y desgarrada y despedazada.....

13... Díce el Señor de los Ejércitos: Yo reduciré á humo tus carros de guerra..... y arrancaré de la tierra tus rapiñas y no se oirá ya más la voz *temible* de tus embajadores.

Cap. III. *Descripción de la toma y ruina de Nínive: de nada le servirán sus muros, su tropa, ni el valor de sus capitanes.*

1. ¡Ay! de tí, ciudad sanguinaria, llena toda de fraudes y de extorsiones y de contínuas rapiñas!

2. *Oyese yá* estruendo de látigos, estruendo de impetuosas ruedas, y de relinchos de caballos, y de carros ardientes y de caballeria que avanza.

3. Y de relucientes espadas, y de relumbrantes lanzas, y de muchedumbre de heridos que mueren, y de grandísima derrota: son innumerables los cadáveres: los unos caen muertos sobre los otros.

4. *Todo esto* por causa de las muchas fornica-

(1) Todo esto es una enérgica pintura del poderoso y brillante ejército de la opulenta Nínive: el color de púrpura ó encarnado era particularmente usado por los militares segun Xenofonte.

ciones de la ramera bella y agraciada (*Nínive*) que posee el arte de hechizar, y ha hecho esclavos de sus fornicaciones á los pueblos y de sus hechizos á las familias.

5. Aquí estoy Yo contra tí, dice el Señor de los Ejércitos, y descubriré tu infamia ante tu misma cara y mostraré á las gentes tu desnudez, y á *todos* los reinos tu oprobio.

6. Y haré caer sobre tí tus abominaciones y te cubriré de afrentas, y te reduciré de modo que sirvas de escarmiento.

7. Y entonces todos cuantos te vieren, retrocederán lejos de tí, *horrorizados*, diciendo: Nínive ha sido asolada. ¿Quién mostrará compasión de tí, ni donde encontrarás quien te consuele?.....

11. Tú, pues, oh Nínive, beberás hasta embriagarte; (1) y serás abatida, y pedirás socorro á tu mismo enemigo.

12. Caerán todas las fortalezas, como á una sacudida caen las brevas *maduras* en la boca del que vá á comérselas.

13..... Las puertas de tu país se abrirán de par en par á tus enemigos; devorará el fuego los cerrojos que le pongas.....

15. Entónces tú misma serás devorada por el fuego; perecerás al filo de la espada, la cual te devorará, como el pulgon *á la yerba*, aunque reunas gente en tanto número como el pulgon y la langosta.

16. Tus negociantes eran en mayor número que las estrellas del cielo; mas *fueron como* el pulgon, que habiéndose engordado voló para otra parte.

17. Tus guardas se parecen á las langostas, y tus pequeños á las tiernas langostas; las cuales hacen asiento en los valles durante el frio *de la noche;* pero luego que el sol ha nacido, se levantan y ya no queda rastro de ellas en el lugar en donde han parado.

18. Durmiéronse, oh rey de Asur (Asiria) tus

(1) Alusión al estado de embriaguez en que estaban los grandes del reino al ser tomada la ciudad.

capitanes: enterrados serán tus príncipes: escondióse tu gente por los montes y no hay quien la reuna.

19. Notoria se ha hecho tu calamidad: tu llaga tiene muy mala cura. Batieron palmas *en señal de alegria* todos cuantos han sabido lo que te ha acaecido; porque ¿á quién no dañó en todo tiempo tu maldad?»

Hasta aquí la profecía de Nahum.

Sofonías (II. 15) tiene en la suya estas palabras: «Esta es aquella ciudad gloriosa que nada temía y que decía en su corazón: Yo soy, y fuera de mí no hay otra ninguna. ¡Cómo ha venido á quedar hecha un desierto y una guarida de fieras! Pues *el Caldeo* extenderá su mano contra el águila y exterminará á los Asirios y convertirá la hermosa ciudad *de Nínive* en una soledad y en un país despoblado y en un yermo.»

Y en verdad, que es conmovedor recordar estos terribles vaticinios en el campo de la desolación profetizada, allí sentado sobre las ruinas y escombros de la orgullosa ciudad.

¡Y como es admirable el cumplimiento de la destrucción preestablecida por Dios en castigo de las crueldades de Nínive contra Israel!....

Y esa desolación, ese tremendo castigo, tuvo éco en el mundo.

Un historiador griego que hace contínuas alusiones á la destrucción de Nínive, refiere que el ejército asirio fué atacado improvisamente por los medos al tiempo de celebrar un festin, en que debilitados por el exceso del vino y sin fuerzas para resistir al enemigo, fueron casi todos destruidos. Refiere que habiendo crecido extraordinariamente el rio por las grandes y contínuas lluvias, desplomó gran trozo de las murallas, abriendo así la entrada al enemigo, é inundando la parte baja de la ciudad. Refiere que el rey por un efecto de desesperación y creyendo llegado el fin de su imperio, hizo formar una inmensa pila funeral, y pegándole fuego como á todo su palacio, quedó allí consumido con toda su servidumbre y sus riquezas; y finalmente que los medos,

tomada la ciudad después de un sitio de tres años, llevaron á Ecbatana muchos talentos de oro y plata. Y ¿no era todo esto lo profetizado tantos siglos antes del suceso?

Y si la incredulidad llegó hasta poner en duda la grandeza de Nínive por extensión y opulencia, así como de los estragos de su destrucción; los descubrimientos han comprobado todo, excavando el sitio de la desolada Nínive, en donde se han encontrado palacios calcinados y monumentales muros derruidos. Pero de todos modos esa vasta y extensa llanura cubierta de montículos llenos de escombros, es realmente lo que anunciara Sofonias: «Tornaráse la hermosa Nínive en soledad y en despoblado, como un yermo».

Pasearse por aquellas ruinas con el libro de las profecías en la mano, es para el creyente una escursión que produce emociones incomparables! Vè *el dedo de Dios* señalando aquellas ruinas como ejemplo de su justicia soberana para los pueblos y naciones de todas las edades!

La destrucción y ruina proféticas de Babilonia

Pasamos ahora á narrar la tragedia de Babilonia, que es mas solemne y maravillosa en el acuerdo del texto sagrado de las profecías comparado con el relato histórico de que ya hicimos mención y que debe recordar el lector.

Empecemos con la narración bíblica: (1)

El Profeta.—«Veo salir del desierto ejércitos que avanzan contra Babilonia, parecidos á los remolinos que arroja el viento africano. Se me ha presentado

(1) De estas profecías sobre Babilonia ya había hecho mención en mis «*Ruinas de Palmira*».

una visión espantosa. El impío se mantiene impio y obra como tal, el que destruye no cesa de destruir. Persa, sube, sube, yo he resuelto contener los ayes de los oprimidos.»

Baltasar.—«Mis entrañas están penetradas de dolor, siento devorarme interiormente como mujer en el apuro del parto; me llena de temor lo que oigo, y lo que veo me espanta. Cae mi corazón desfallecido; mi alma se cubre de asombro y de tinieblas. Esta Babilonia, que era mis delicias, es para mi un espanto.»

Los cortesanos.—«Cubrid la mesa, ¡ó rey! continuad en hacer que sirvan el banquete; observad desde la garita lo que pasa en el campo enemigo, para poder entregarnos sin temor á los placeres.»

El Profeta.—«Príncipes, levantaos, tomad el broquel; poneos en defensa, y no penseis en los deleites: porque me dijo el Señor: vé por un centinela que te anuncie todo lo que vea.

«Y el centinela vió un carro guiado por dos caballeros, el uno montado en un asno, y el otro en un camello, y los observó con grande atención, y (habiendo reconocido que los dos hombres eran Dario y Ciro conduciendo los ejércitos contra Babilonia) exclamó como un león: Yo hago centinela en servicio del Señor, y me quedo allí todo el día, hago la guardia y paso allí las noches enteras.

«Habiéndose acercado los dos hombres que guiaban el carro, oí lo que decía una voz: Cayó Babilonia y todas las imágenes de sus dioses se hicieron pedazos contra el suelo.» (1)

Acabada la misión de Isaias, principia la de Jeremías. Él desenvolverá la idea de la ruina, manifestará por qué medios debe cumplirse. Estos detalles, con respecto á la historia, son del más alto interés.

El Profeta.—«Veo un pueblo que viene del aquilón; una nación temible y reyes grandes se levantan de las extremidades de la tierra.

«Ellos toman el arco y el escudo; son crueles

(I) ISAIAS, cap, XXI, v, 1, 2, 3, 9.

y de nada se compadecen; el estrépito de sus tropas resuena como el del mar; y suben en sus caballos y vienen contra tí, hija de Babilonia, como un guerrero pronto para entrar en el combate.

«El rey de Babilonia tuvo noticias de la fama de tales reyes, y desfallecieron sus manos, y el miedo conturbó su alma.

«El enemigo viene como el león que sale de las solitarias riberas del Jordan y que dirige el paso hácia redil fortificado. Yo le soltaré de pronto contra Babilonia.

«Aguzad las flechas, llenad el carcaj; el Señor ha suscitado (contra vosotros, ó Babilonia,) el valor del rey de los medos; él ha resuelto perder á Babilonia, porque llegó el tiempo de la venganza divina.....

«Tú, pués, que moras sobre las grandes aguas (del Eufrates), tú que estás tan repleta de tesoros; llegó tú fin, ya estás en tu destrucción total.

«¡O Babilonia, tú eres el martillo con que romperé las armas de mis enemigos, valiéndome de tí, destrozaré las naciones; sirviéndome de tí, destruiré los reinos..... Acabaré por tu medio con el pastor y el ganado, el labrador y los bueyes, los jefes y los magistrados.

«Y después de todo esto daré yo en retorno á Babilonia y á todos los habitantes de la Caldea todo el mal que hicieron ellos en Sión á vista de los hombres, dice el Señor.

«Levantad el estandarte sobre la tierra, tocad la trompeta, excitad contra ella las naciones de entre los pueblos, llamad á los reyes de Ararat, de Menni, de Ascenez: reunid contra ella Taspar, traed sus cabellos erizados de punta como las orugas.

«Los valientes de Babilonía se han retirado del combate; se quedaron en las plazas de guerra; aniquilóse toda su fuerza; parece que se han vuelto mujeres; se quemaron sus casas; rompiéronse todas las barreras,

«Los correos irán unos tras otros, y los mensajeros tras los mensajeros para dar parte al rey de Babilonia de haber sido tomada su ciudad de alto á bajo.

«Qué se apoderó el enemigo de los vados del rio, que prendió fuego á los cañaverales de las lagunas secas, y que se acobardaron y llenaron de terror los guerreros que debían defenderse.... Óyense grandes gritos en Babilonia, y en el país de los caldeos resuena un estrépito ruinoso.....

«Esto es lo que dice el Señor delos ejércitos: Estos gruesos baluartes de Babilonia serán derribados por los cimientos y vendrán á tierra; sus puertas tan altas serán quemadas, y quedarán reducidos á la nada los trabajos de tantos pueblos y naciones diferentes, consumidos por las llamas, y perecerán eternamente.» (1).

Recordemos aquí las palapras de Isaías sobre la muerte de Baltasar el soberbio.

«Todos los reyes de la tierra fueron sepultados con honor, cada uno en su sepulcro: en cuanto á tí, tú fuiste arrojado muy lejos de tu sepulcro, cual inútil tronco; y estando cubierto con tu sangre própia, quedaste confundido entre los de la multitud, que fueron pasados á cuchillo, y que fueron á toda prisa sepultados como el cadáver corrompido..... (2)

«Destruida será como Sodoma y Gomorra esta soberbia Babilonia, que se decía la gloria de los reinos, el orgullo de los caldeos.

«No se verá jamás habitada ni reedificada en el porvenir de los siglos y de las generaciones. No se atreverá el árabe á plantar en ella su tienda, y los pastores no se atreverán á dejar que reposen allí sus ganados.

«Será la guarida de bestias feroces, llenaránse sus palacios de serpientes; pájaros de mal agüero causarán espanto con sus gritos; saltarán los machos cabríos; las sirenas se instalarán en este palacio de delicias.» (3)

¿Qué puede decirse despues de haber leido estas admirables predicciones, y de haber verificado

(1) JEREMIAS, cap. L, v. 41; y cap. LI, v. 11—58.
(2) JEREMIAS, cap. LI, v. 58.
(3) ISAIAS, cap. XII, v. 22.

con la historia, la geografía y la inspección personal su perfecto cumplimiento?

¿Qué se debe pensar del profeta que á Ciro le llama por su nombre, más de dos siglos antes de su nacimiento; que designa tambien por sus nombres á los dos pueblos bajo quienes debe caer la reina de las metrópolis; que da las señas y circunstancias de su sitio, de su ocupación; predice la huida y cobardía de la guarnición, la irresolución y asombro del rey, su fin, el estado de su cuerpo desfigurado, la suerte de Babilonia, la demolición de sus baluartes, el destino de sus vestigios, y en fin que desaparecerán cubiertos por las aguas de las lagunas, como para sepultar bajo un fango eterno la ciudad de las impurezas y de la abominación?

¿Cómo explicar naturalmente el destino de esta capital?

Porque, según la profetica expresión, la Providencia se sirvió de ella como de martillo para quebrantar la insolencia de los pueblos, y esta Providencia misma la destruye también después, dando con su castigo á los pueblos un ejemplo inaudito talvez en los anales de los imperios.

Esto es admirable!....

¿No es una cosa singular que la ciudad más poderosa del universo, colocada como en medio de la cuna de la familia humana, después de haber oprimido ó asombrado al mundo entero con su fama, se haya borrado y desaparecido de sobre la faz de la tierra, de modo que apenas haya sido posible indicar el área donde estuvo situada?

Consideremos también el papel tan extraño que hizo Nabucodonosor entre los hombres; cual su gloria, cuales sus hazañas, hasta donde llegaron sus conquistas, y cual el resultado de su ruido.

Fué el primero que fundó un gran imperio sobre los escombros de otros ciento, marchando así á la cabeza de los Ciros, los Alejandros y los Césares, de todos estos héroes elogiados por el orgullo de las naciones y el estragado gusto de los retóricos. Siempre fué victorioso; no tuvo más que

abrir la boca, y los pueblos se postraron á sus piés.

Subyugó igualmente la sabiduría del Egipto, las riquezas del Asia, el fausto de los fenicios, la vida vagabunda de los nómadas y africanos, la feliz sencillez de los moradores de la Bética; y en fin, para que á su gloria y grandeza nada faltara, levantó una ciudad inmensa, donde se presentaba para exitar la admiración.

La vasta extensión de sus palacios y su magnificencia, la elevación y solidez de sus muros, las calles grandes y tiradas á cordel, los puentes y soberbios muelles que dominaban el río; ciudad pasmosa, que por su fuerza, riquezas, y numerosos habitantes, parecia capaz de asegurar para siempre la duración del imperio babiló nico.

Mas, con todo eso, antes de cinco lustros, ya no existirá este imperio; Babilonia será la presa de un pueblo despreciado por bárbaro, y que no presentando ni fausto ni riquezas, no inspiraraba el mas pequeño interés á las miras ambiciosas del conquistador.

Exégesis sobre el cumplimiento progresivo de las profecías

Cumplióse la profecía por grados. Teniendo á menos su conquista el vencedor Ciro, no quiso fijar en Babilonia su trono imperial, y con el intento de abatir el orgullo de sus habitantes, afectaba no pasar en ella mas que una parte del año.

Los atractivos de Susa, de Persépolis, y de Ecbatana encantaron y arrebataron enteramente á los herederos de su cetro, que abandonaron á Babilonia. Corrida por este desprecio, trató de rebelarse al principio del reinado de Dario, hijo de Histaspes pero sometida por el jóven rey, fué dejada entre

las manos de la tropa furiosa, horriblemente saqueada, padeció un castigo aflictivo é infamante por la reducción de sus empinadas murallas.

Después de la conquista de los macedonios, haciendo edificar el príncipe Seleuco sobre el Tigris la ciudad á que llamó Seleucia, fueron todos los ciudadanos de Babilonia trasladados á la nueva ciudad en virtud de órden suya. No dejó en ella más que los muros, el templo de Belo, y por excepción algunos caldeos, á quienes concedió el privilegio de morar cerca del monumento, como guardianes de aquellas soledades, segun Herodoto y Strabon.

En su tiempo dice Plinio, que no había nada en pié sino el famoso templo, rodeado de algunos despojos de los muros. Hácia el medio del segundo siglo de la era cristiana, en tiempo de Pausanias, todavía se distinguía el recinto de las murallas.

Cuando vivía san Jerónimo los reyes de Persia se servían de este sitio como de parque para cazar bestias feroces. En 1037, quedaron estas ruinas enteramente demolidas; en el dia de hoy la mayor parte están cubiertas por las aguas, que forman charcos con las avenidas del rio.

¿No estababan estos acontecimientos fuera del humano alcance? La magnificencia de los palacios, cuyos jardines parecían suspendidos en los aires, las riquezas, la fuerza de la población y de los baluartes: ¿no parecía que todo ello prometia la inmortalidad á Babilonia, tal como ella la esperaba?

A pesar de todo esto y en medio del prestigio de esta grandeza: vieron Isaías y Jeremías la toma, la caida de aquella capital, y el profundo abatimiento que se le tenía reservado.

«Ellos conocieron á sus vencedores, dice M. de Pampignan. No los designó al principio Jeremías sino por su situación hácia el norte; muy poco despues los nombra, y dice claramente como Isaías que los reyes medos armarán sus súbditos contra Babilonia y sus aliados: esta predicción es exacta. Los persas, inferiores en número á los medos,

no eran mas que auxiliares en el ejército; y Ciro, á quien Ciaxaro, su tío, había entregado el mando, parecía obrar con dependencia de su autoridad; y sin embargo Isaías previó esta circunstancia de la unión de medos y persas, y apenas anuncia la triste nueva que lleva contra Babilonia, cuando ya exclama: «Marcha, principe de los elamitas (así se llaman los persas)y tu, medo, comienza el sitio».

El centinela que debía observarlo todo, descubre en el momento en que fué tomada Babilonia, dos caballeros montados, el uno en un camello y el otro en un asno. Por lo que se acaba de decir, es fácil de comprender en estos dos caballeros, montados de modo tan diferente, la nacion de los medos, poderosa y magnífica, y la de los persas, pueblos de poco nombre hasta entónces, habituados á una vida lavoriosa y frugal.

Parece que habían asistido los profetas en espíritu al soberbio banquete de Baltasar que se dió en su palacio, la noche misma en que se verificó la toma de Babilonia.

Vió Jeremías á todos los grandes de la Caldea sumergidos en la embriaguez, y que no vuelven de este letargo, sino para comenzar el sueño de la muerte; y á fin de que no se tomen sus expresiones en el sentido metafórico de sorpresa y aturdimiento, Isaías deja escuchar las mismas palabras que se le dijeron á Baltasar en medio del festín para tranquilizarle.

Se turbó el regocijo á vista de una mano que se dejó ver á lo mejor de la fiesta, escribiendo en la pared de la sala del festín unas palabras que no habian podido leer ni explicar los magos más instruidos.

La interpretación de Daniel redobló el espanto; pero se tardó poco en desterrar estas lúgubres ideas.

Lisonjeóse el rey con los cortesanos de que, la profecía no pasaba de amenaza susceptible de suavizarse, ó de que su cumplimiento estaba muy distante.

Mandad, dijeron á Baltasar, que vuelvan á ser-

vir la cena, y que se ponga en lo alto una garita desde donde se vea todo lo que pasa: comamos y bebamos como antes.

Se trata de agradarle, disipándole. Por lo tanto este rey tan impío, como le llamó Jenofonte, se precipitó por sí mismo al peligro, de que se le hubo advertido antes; pero su perdición estaba ya resuelta, y la ceguera que debia precederla, tambien pronosticada.

Supieron los profetas que no se tomaria Babilonia por asalto, ni rendida por capitulación, sino por sorpresa.

Ellos aseguraron que se secaria el rio que atravesaba á Babilonia (el Eufrates,) y que por esta parte sin agua entrarian los enemigos en la ciudad por las dos extremidades; que el rey encerrado en su palacio recibiria por los correos que vendrian unos despues de otros, noticias de haberse perdido todo.

Isaias y Jeremias hablan de esta sequedad del Eufrates; pero el segundo está más circunstanciado y terminante en cuanto á la profecía que cita: esto es decir palabra por palabra lo que la historia nos enseña acerca del modo como se tomó Babilonia.

Ciro, con el designio de volver el giro del Eufrates, había hecho abrir canales por la parte superior é inferior de la ciudad. Cuando llégó el tiempo de poner en ejecución su proyecto, instruido de que los babilonios celebraban una fiesta en que se abandonaban á todos los excesos de la intemperancia y el desórden, hizo entrar las aguas del Eufrates en los canales que les tenia preparados, y la madre del rio presentó á sus tropas un paso seguro y fácil. Queman las junqueras que les impiden el paso, y entran sin ser vistos en una ciudad que no les ofrece resistencia alguna.

Los mismos profetas pronosticaron además, según el testimonio de la historia, la horrible matanza que hicieron los persas y medos en Babilonia. El mismo rey fué muerto en medio de sus

oficiales y guardias, quedando confundido su cadáver entre los demás muertos.

Profetizaron los profetas el estado de anonadamiento á que se reduciria Babilonia, anunciando que seria destruida hasta los cimientos; que nunca seria restablecida, y que solo serviría de asilo á las aves nocturnas, bestias feroces y animales ponzoñosos. Todo se verificó punto por punto; y hasta los rastros de esta desdichada ciudad desaparecieron de tal modo que á los más hábiles geógrafos costó determinar el sitio donde se hallaba situada.

Brilla en esta predicción la presencia de un espíritu mas que humano. La intuición del profeta, sin reconocer los límites legales del espacio y el tiempo, toma en lo contemporáneo absoluto los hechos mismos, que anuncia; pero cuando deben realizarse, se desenvuelven segun las leyes del órden natural de sucesión y no se determina lo que deben durar los intérvalos entre cada uno de los sucesos.

Asi pues, se toma la ciudad y quedan desmantelados los baluartes: y ya no estaban en disposición de servir, no siendo para guarida de bestias feroces.

Luego viene todo por tierra.

Las bestias feroces estan ya reemplazadas por otros habitantes de nueva casta, reptiles, insectos venenosos.

Ranvolf nos enseña que hacía ya muchos siglos que nadie se atrevía á llegar á semejantes parajes por miedo de los peligrosos huéspedes. «No se atreverá el árabe á plantar en ella su tienda, y los pastores no se atreverán á dejar que reposen allí sus ganados.» (ISAIAS, cap, VII, v. 20)

Desde tal tiempo desaparecieron las ruinas.

Despues de haber hecho la Providencia ostentación de ellas, exponiéndolas á la contemplación del hombre, las quitó de la vista cubriéndolas en gran parte con unas aguas cenagosas y sin nombre.

¡Terrible lección!

Aquella Babilonia que, sentada con arrogancia en las llanuras de Sennaar, vana y orgullosa, vién-

dose ceñida de baluartes, llevaba por joyas columnatas de pórfido, templos de jaspe y plata, cimborios guarnecidos de piedras, levantaba su diadema de torres hasta las nubes, embriagándose con la fragancia que despedían sus prodigiosos jardines: aquella que cual ídolo pretendía las adoraciones de los pueblos; aquella Babilonia fué por fin abatida.

Ya por tierra como el gigante mal herido en la frente, tendida sobre el polvo; fueron sus sabios magos y sátrapas los tigres y panteras, los leopardos sus ejércitos, los erizos y los mochuelos su pueblo bajo.

Entregada despues á los escorpiones y serpientes, acabó reduciéndose á cloaca. La *sirena* (reptil anfibio con doble aparato respiratorio) se instaló en sus ruinas. Entonces se vió verificado el último dicho del profeta.

« Y habitarán las *sirenas* sus palacios deliciosos.» (ISAIAS, cap. XII, v. 22).

Faltaba, para el total cumplimiento, que se extendiera una gran laguna como espeso y fúnebre velo por el terreno llano que antes ocupaba Babilonia.

Hasta entonces no estaba concluida la obra profética, aún faltaba cierta cosa.

Léjos de ser contradictorios tales hechos diferentes se testifican y apoyan mútuamente, con la condición de que no se puede violentar la historia, presentando como simultáneos, sucesos necesariamente progresivos, pues que los unos con frecuencia son producciones de los otros. ¡Qué ignorancia de la naturaleza no hay en el fondo de las chanzas sobre las sirenas de tierra firme, infelices por no haber algun Ulises á quien tentar en las sirtes del desierto, por donde jamás pasará *nadie!* ¡Cuán miserables son todas estas bufonadas en presencia del exámen practicado por la ciencia!

Estos hechos llevan en si enseñanza, y hacen superfluo todo comentario.

Aun tendríamos bastantes verdades que declarar, aun nos faltaría demostrar aquella inaudita predicción de Ciro (que nuestra razón puede muy bien no admitir, pero á la que aun no han podido convencer de interpolación todos los esfuerzos de la crítica), de Ciro, designado por su propio nombre más de doscientos años antes de venir al mundo. Hé aquí lo que dice el Señor á Ciro que es su Cristo, á quien tomará por la mano para rendirle todas las naciones..... A causa de Jacob, que es mi siervo, y de Israel, que es mi escogido, os hice yo llamar por vuestro propio nombre, os he marcado con títulos honoríficos, y no me habeis conocido.» (Cap. XVI, V. 4.)

Pero ¿qué nueva confirmación podrán traer estos hechos, si los que preceden no fuesen ya suficientes?

Discusión sobre las profecías

Las profecías se han realizado y sobre ellas no hay discusión posible. Forzados los incrédulos por la evidencia, se ven precisados á declarar que las evoluciones de la *¡suerte!* han dado cumplimiento al ORACULO! (Volney).

Los incrédulos no hacen en ellas incapié. Pero como la de Daniel, que ya citamos, es de vida ó muerte para el racionalismo, queremos ampliar lo que dejamos dicho sobre su valor crítico.

Porfirio, en su libro XII contra Daniel, no pudiendo negar el cumplimiento de las profecías, pretende hacer ver que se han fabricado posteriormente á los hechos. Los sofistas modernos no dejan de adoptar este mismo medio, tan cómodo para eludir una concluyente autoridad. Por poco que se les atienda, indicarian el lugar y el día de la falsificación, tal vez los falsarios mismos, la calle y el número de sus casas en Babilonia ó en Jerusalen, porque ¿cuál será la cosa que un sofista no esté dispuesto á probar?

Más, pasó ya el tiempo en que se juraba sobre la palabra del maestro; en el que alcanzamos, se pierde todo el tiempo y el crédito sin una demostración racional, aunque se llamara uno Voltaire Rousseau ó Renan ¿En qué datos históricos se han fundado para sostener que fueron redactadas

las profecías despues de verificados los acontecimientos?

Concretémonos, pues á la profecía de Daniel, porque es más importante para el cristianismo por el anuncio del Mesias.

El único testimonio presentado estriba en la acusación del pagano Porfirio. Él dice que se compusieron las profecías de Daniel después del acontecimiento, por un autor que vivía en tiempo de Antíoco Epífanes. ¿Qué prueba da él de todo esto? Ninguna. ¿Quién es ese autor? No lo sabe.

Citemos su acerto mismo para que por él pueda formarse juicio. «La obra de este profeta no es del que se dice y nombra, sinó de alguno que vivia en Judea en tiempo de Antíoco Epífanes. Este desconocido ha contado mas bien cosas pasadas, que descrito acontecimientos futuros; por fin todo lo que ha dicho anterior á Antíoco es verdaderamente histórico: pero se ha adelantado más allá, y en esto ha mentido, porque no conocia el porvenir».

Al momento quedó reducida esta imputación miserable á la nada refutándola Metodio, Apolinario y Eusebio.

Porfirio fundaba su argumento principal, como lo hacían Espinosa y Voltaire, combatiendo la autenticidad de los escritos del profeta, en esta suposición absurda de que Dios no puede revelar á los hombres el porvenir, y sobre todo que la profecía de Daniel está tan precisa, que parece haber visto los acontecimientos que vaticina.

Por ahora no se alegan oscuridad ni contradicciones, y si probamos ser la profecía de Daniel anterior al tiempo de Antíoco Epífanes, todo está concluido.

Daniel es verdadero profeta.

Importa sentar este punto; porque este mago es soberano de la ciencia sagrada y humana. I ha pronosticado la venida del Redentor á la tierra; él ha determinado la época y el año de la inmolación de esta víctima celeste, y ha confirmado su palabra, tomando á los astros por testigos, y haciendo la indicación admirable del SICLO PERFECTO.

Declaramos el libro de Daniel tres siglos anterior á la persecución de Antíoco Epífanes, y desaflamos á los incrédulos para que nos desmientan.

Veamos las pruebas.

El profeta Exequiel, que murió hace mas de dos mil y doscientos años, ha hecho mención dos veces escritos en sus de Daniel. Habla de su santidad, de su ciencia prodigiosa que penetraba las cosas ocultas al resto de los hombres. Con que en esta época Daniel era ya famoso (1).

La historia de las antigüedades judáicas, refiriendo la entrada de Alejandro el Grande á Jerusalen, la visita que hizo al templo, donde sacrificó, dice que el sumo sacerdote Jaddo le hizo ver el libro de las profecías de Daniel, que anunciaba que un griego destruiría el imperio de los persas; que Alejandro se reconoció designado, y que se alegró mucho de ello (2). Esta fué sin duda la causa de la munificencia del vencedor para con los sacerdotes de Israel.

El viejo Matatias, tomando las armas contra Antioco, recordaba á sus hijos, para infundirles ánimo en la causa sagrada, que la fé en los socorros de Dios habia librado del fuego del horno á Ananias, Azarías y Misael, y que la boca de los leones se cerró ante la inocencia de Daniel (3).

Es evidente que estos dos pasajes de los anales judíos no se hallan sino en el libro de Daniel: por tanto antes de la persecución que pronosticaba él, estaba ya conocido y en veneración este libro.

También se puede leer en un libro publicado por un judío célebre, cerca de diez y ocho siglos ha: «Todas las desgracias cayeron sobre nuestra nación en el reinado de Antíoco, como *Daniel lo tenia pronosticado largo tiempo antes*. Ha tratado también del poder de los romanos y de su imperio y ha previsto los males con que debían de afligir á nuestra nación. Todos los escritos que nos ha

(1) EZECH., cap. XV, v. 14-20.—Cap. XXVIII, v. 3.
(2) FLAV. JOSEPH., *Antiq. Jud.*, libro. XI, cap. VIII.
(3) *Lib. Machab* I. cap. II v. 59.

dejado Daniel se leen todavia hoy en nuestras asambleas, etc. (1)» ¿No es bastante precisa esta afirmación?

Una constante tradición de la sinagoga moderna y antigua honró y honra las profecías de Daniel, el mismo Jesucristo las ha testificado, recordando su advertencia, y nombrando por su nombre al autor en presencia de los que estaban al rededor de él. Ha citado al *profeta Daniel*, como que tenía una autoridad reconocida y vulgar en Israel. (2) Se abstuvo de toda explicación porque su libro famoso era demasiado antiguo, demasiado célebre, para que tuviese necesidad de dar alguna.

Estos son hechos: refútense, si es posible.

Evidencia histórica de la profecía de Daniel

M. de Gebelin ha formado una cronología exacta de la profecía de Daniel; las observaciones de este sabio muestran, en todos los puntos, la conformidad de la narración sagrada con el relato de la historia profana. (3)

Se sabe que se reunieron y acordaron los testimonios de Eusebio, de Diodoro Sículo, de Tucidides, de Caron de Lampsaco con los de Esdras y de Nehemias para fijar la época del reinado de Artajerjes en la olimpiada setenta y seis: que esta época viene al año 4240 del período juliano; que por consecuencia es el año veinte del reinado de Artajerjes, correspondiente al año 4260, que es la fecha de la profecía de Daniel, sobre la venida del Mesías.

Daniel anuncia la venida del Salvador dentro de sesenta y nueve semanas de años. Este espacio que

(1) FLAV. JOSEF., *Ant. Jud.*, lib. X. cap. XII.
(2) MATTH. cap. XX. V. 15.
(3) *Disert. sobre la Hist. orient.*

comprende 483 años, (69×7=483) se halla transcurrido en el mes de marzo (*Nisan*) de 4743, año que coincide exactamente con el año 30 de nuestra era, tiempo en que comenzó la predicación del Salvador.

El cálculo astronómico y las observaciones de Flegon, historiador de las Olimpiadas, se concuerdan aún en poner la muerte de Jesucristo en el año 4746 del período juliano, 33 del nuestro y en atestiguar el cumplimiento de las profecias de Daniel, pues entonces sería el correspondiente al 487 de que hablamos al tratar de la profecía de las setenta semanas.

M. de Cheseaux ha compuesto sobre Daniel notas astronómicas que establecen la ciencia superior y trascendental del profeta en el mecanismo celeste. No podemos ponerlas aquí por entero, además de que no todos serian jueces competentes en esta materia; bastará por tanto exponer la opinión de los hombres más notables en astronomía.

Escribía el ilustre Mairan á M. de Cheseaux: «No hay medio para no convenir en las verdades y descubrimientos probados en nuestra disertación; pero yo no puedo comprender cómo y porqué se hallan tambien realmente contenidas en la santa Escritura.» El no lo negó, lo admiró.

Cassini declara haber hallado todos sus métodos para los cálculos de los movimientos del sol y de la luna, *deducidos del ciclo de Daniel*, y de la llegada de los equinocios y del solsticio en el meridiano de *Jerusalen* muy demostrados, y enteramente conformes á la más exacta astronomía.

Bonnet, en sus indagaciones filosóficas, habla del jóven sábio cuyos descubrimientos « habian pasmado á los dos astrónomos Mairan y Cassini..... ¿Se hubieran sospechado, añadía, que el estudio de un profeta enriqueciera la astronomía trascendental y que nos valdría, en cuanto á ciertos puntos difíciles de esta bella ciencia, un grado de precisión muy superior al que nos había dado el cálculo hasta el presente?

Al acabar M. de Chesseaux su demostración del CICLO PERFECTO, que se ha buscado sin fruto por tantos siglos, y se halla dispuesto de algun modo en Daniel mas de dos mil trescientos años ha, hace esta observación: «Entre muchos millares de años diferentes, el designado por el profeta, y escogido por el Criador para el cumplimiento de los divinos oráculos, abraza entre un número infinito de períodos y de intérvalos de años, los dos solos números redondos, que fuesen cíclicos, y que lo fuesen de modo que su diferencia misma fuese un CICLO PERFECTO!».

Vamos ahora á continuar con la prueba esencial de la integridad y de la data del libro de Daniel, que es corta, pero decisiva.

El libro de Daniel siempre ha sido uno de los comprendidos en el cánon de los judíos, y la conclusión del cánon judío fué anterior á la llegada de Alejandro el Grande á Jerusalen.

Las tradiciones de los doctores hebreos están acordes en este punto. Josefo lo reconoce escribiendo contra Apion.

La veneración de los sacerdotes judios para con los escritos introducidos en el canon, su respeto al asunto juzgado, eran tan grandes, que jamás fueron admitidos como canónicos el libro de los Macabeos ni el del Eclesiástico, á pesar de lo santo de su inspiración. ¿No son prenda de la inviolabilidad de los libros sagrados lo constante de esta prohibición y su inflexible inmutabilidad? Cuando se rehusaba el admitir el libro de los Macabeos y el Eclesiástico hubiérase admitido la de autores sin nombre? ¿No es insensata semejante suposición?

Reconocemos el interés del racionalismo en sostener la falsificación de la profecía de Daniel: en suposición de ser, como efectivamente es, el sentido y al mismo tiempo la explicación de las profecías precedentes. Pero ¿se reflexionó como era debido, al hacer semejante acusación, en el enlace y correspondencia tan admirable con que se liga la sagrada tradición? ¿Habíase considerado no ser fácil desmembrarla impunemente, y que tocando una sola de sus verdades debían resentirse todas las demás? Esta es la consecuencia inevitable á donde se debe llegar. Si la profecía de Daniel es de data más antigua, tambien debe serlo la de Ezequiel que hace mención de ella, y lo mismo deberá decirse de las demás, pues que casi todas se apoyan mútuamente. Póngase atención en esta prueba importante.

Léjos sin embargo de cejar la incredulidad á vista de tal inducción, no vacila, la concede con el mayor gusto. «Todos los libros dice ella, los han compuesto por conveniencia algunos anónimos.» Si aún pudiera darse crédito á Voltaire, (1) en Alejandría ó Jerusalen fué donde los judíos, *sumergidos por todos los tiempos en la más profunda ignorancia, comenzaron á escribir.*

Pero ¿se nos puede persuadir que por ensayo y por la primera vez *estos ignorantes* pudieron escribir el Pentateuco, los cantos de David, las profecías de Isaias, de Jeremías? ¡Este es un modo de principiar á escribir al que ningún esfuerzo del ingenio del hombre pudo llegar todavía! En cuanto á esto, lo absurdo y gratuito del caso nos excusa de la refutación.

¿Quién en nuestros días osaría comparar el estilo de la *Sabiduría* con el del *Génesis*, confundir el caldeismo tan frecuente de Daniel con el hebraismo griego de Filon, haciendo así á Vico contemporáneo de Virgilio, á asemejar á Esquines ó á Isócrates con los retóricos Emporio, ó Eucébolo el bizantino? Pero, suponiendo que no haya entre los diferentes autores sagrados de cada época alguna marca distintiva del lenguaje, ¿cómo se hace adoptar la impostura? ¿Qué interès tenian los sacerdotes para introducir en el cánon escritos en que sus faltas fuesen rigurosamente censuradas, en que se anunciase que la ciudad y santuario serian saqueados, los sacrificios y oblaciones abolidos? ¿No debían estas promesas aflictivas excitar naturalmente la inquietud y el enojo de los príncipes, de los sacerdotes, de

(1) Prescindimos ahora de los descubrimientos asiriólogos, que mencionamos en su lugar.

los ancianos del pueblo, y de toda la nación judía, tan orgullosa, tan aferrada á sus ideas de dominación universal?

Por otra parte, era el fin general de las profecías la venida del gran Reparador; los falsarios que hubiesen pronosticado tales circunstancias de su misión y suplicio, cualquiera que por otra parte fuese su nombre, serian realmente profetas.

Admítase que la profecía de Daniel está escrita despues de Antíoco, aun precedía con mas de siglo y medio al nacimiento de Cristo, y no dejaría por eso de ser menos milagrosa, puesto que su cumplimiento es positivo.

Asimismo es preciso limitarse al tiempo en que las profecías estaban ya cumplidas, á fin de poder falsificarlas, es decir, bajo Tito, después del saqueo de Jerusalen, porque hasta entonces no puede menos de haber inspiración divina.

Luego en esta misma época, era imposible la falsificación.

La famosa traducción de los libros hebreos en griego, su depósito en la biblioteca de Alejandría, de dónde los sábios extranjeros habían sacado copias; la división y multitud de sinagogas del Asia menor, de Italia, Grecia y Egipto, se oponian á la ejecución de tal idea.

Estaban además siempre á la vista las tres grandes sectas rivales de los esenios, fariseos y saduceos cuya disidencia presentaba un obstáculo insuperable á las mas mínimas alteraciones de la letra, cuando hacían de ella un estudio contínuo.

Después de Jesucristo era mayor el impedimento.

Las profecías se habían multiplicado por las copias cuya exactitud reconocían los mismos judios; los cristianos tambien por su parte, prevenidos con estas profecías, hacían ver á los doctores de Israel que era el Salvador esperado con tanto ardor el hombre mismo á quien ellos habian perseguido y ejecutado; con lo que los confundían ó los invitaban á la nueva fé.

Si los saduceos y los fariseos tan orgullosos, hubieran podido negar la fecha que los acusaba,

convencer de falsas las predicciones que se les oponían ¿no hubieran refutado á sus adversarios victoriosamente?

¿Y lo hicieron?

No; porque los cristianos no eran los inventores de tales profecias, sinó que las tomaron de los judios tal y como las tenían ellos en su Cánon.

Los judios y solo los judios pudieran haberlas adulterado, es decir, haberlas comunicado según que ellas nos han venido hace dos mil años.

Pero lo repetimos, era imposible hubiese falsificación antes de Cristo.

Todo y cualquier acontecimiento futuro que se cumple es una verdadera profecía, un efecto sobrenatural.

La imposibilidad de forjar profecías, despues de la muerte de Cristo, está protejida y asegurada por el interés de la autoridad y del porvenir de los sacerdotes y de los antiguos; además que también está demostrada por la publicidad anterior. ¿Cómo y para qué hubieran compuesto pasajes, ó permitido se interpolasen, siendo estos mismos una sentencia fulminada contra ellos de interdicción, del anuncio de una nueva era, la ruina del templo, y por consecuencia la supresión de sus beneficios?

Si mañana algún anónimo dirigiese á Roma una predicción forjada en Iberia y atribuida á san Isidoro, que fijara un cierto número de años, despues de cuyo tiempo ya no habría ciudad eterna (Roma), ni sacrificio eucarístico, ni menos Iglesia de Cristo, ¿es creible cuidara luego el sacro Colegio, de poner un tal escrito á continuación de las epístolas de San Pablo y San Juan como si fuera una verdadera profecía, ?

¡Imagínese si es posible que las familias sacerdotales hubieran acogido benignas presagios parecidos á los de Isaias y Daniel! Sin embargo los hemos hallado en su Canón. ¿No es este un hecho superior al que puede concebir el espiritu humano? ¿No es la conservación de las profecías realizada por los mismos judios en ellas condenados, una maravilla tan grande ó mayor que las profecías en sí mismas?

Resumamos. Las profecías no se han fabricado antes del nacimiento del Salvador, ni en su totalidad ni en parte por alguno ó por algunos hombres falsarios, como quiera que no es posible citar racionalmente una época en que tal hecho haya podido llevarse á efecto; puesto que no se podría, sin llegar al extremo de la locura, persuadir que fuesen compuestas en tiempo de Octavio Augusto, puesto que ya en tiempo anterior á Augusto estaba cerrado el Cánon judío; y puesto que habiéndose verificado los hechos anunciados, las profecías serían siempre reales, independientemente del nombre de su autor.

No hacen más que aumentarse las dificultades después de la venida del Mesías, y vienen á ser innumerables; nadie se atreve seriamente á imputar á los cristianos haber imaginado semejantes predicciones, y mucho menos á los judíos, cuando ellas mismas los condenan; de modo que con algo de buena fé, para explicar lo que ninguna inteligencia humana puede resolver, se vé uno precisado á decir: «No puede menos de haber en esto una causa superior.»

¿Por qué negarse á admitir lo sobrenatural, cuando sin Dios no se explica la naturaleza?

Seamos racionales admitiendo la razón divina, que es la razón sobrenatural revelandose.

¡Es tan orgulloso el hombre que se atreve á decir en su corazón: «No hay Dios;» cuando debiera decir: «Sin Dios nada puede concebirse!....»

TERCERA PARTE

La ciencia moderna, los orígenes religiosos y la Biblia

Los descubrimientos de la Asiriología al confirmar las tradiciones bíblicas, han venido á traer un gran contingente para la solución del gran problema de los orígenes religiosos.

Y hé aquí la gran cuestión que ha venido á solucionar indirectamente la ciencia moderna, apoyada en los últimos adelantos de los estudios orientalistas; los que nos llevan á demostrar, aunque de una manera lacónica, que el desenvolvimiento religioso de los pueblos antiguos prueba la revelación originaria, desmintiendo asi los sistemas que pretenden explicar sin el auxilio de la revelación los orígenes religiosos de la humanidad.

Las investigaciones científicas demuestran en efecto, que el hombre no se elevó progresivmente hasta el concepto religioso, sinó que fué iniciado en la religión por una enseñanza originariamente divina; como quiera que las primeras manifestaciones religiosas de la humanidad y las religiones mas antiguas nos trasmiten mas ó menos claro el éco de esa revelación primitiva, lejos de acusar la exclusiva intervención del genio del hombre; de manera que *la ciencia contemporánea confirma como únicos orígenes religiosos de la humanidad los enseñados por la Biblia.*

Y en verdad; las investigaciones sobre los orí-

genes religiosos han hecho preciosas y graduales conquistas para facilitar la solución de este trascendental problema, enumerándose entre las principales los estudios etnológicos, recientemente realizados por los asiriólogos, egiptólogos é indianistas.

Esas investigaciones han demostrado que la noción religiosa no ha nacido en el mundo al espontáneo impulso de los esfuerzos humanos y en virtud de las tendencias progresivas del hombre que desde un principio pugnara por elevarse desde el salvajismo á la barbarie y desde esta á la cultura; han demostrado que todos los pueblos antiguos, que adquirieron alguna cultura, arias, semitas y camitas, profesaron un monoteismo primitivo antes de ser politeistas, y que el politeismo mitológico provino del monoteismo tradicional de los pueblos, que confundieron la noción originaria de Dios con las fuerzas del universo, y que habiendo perdido al Dios del cielo, lo sustituyeron levantando al hombre hasta el Olimpo, divinizándolo. Han demostrado en fin, que en ningun pueblo la religión ha presentado caractéres de institución humana, y que siempre ha arrastrado á la humanidad hácia destinos sobrenaturales.

Asi que el establecimiento de la religión en el mundo ha sido mediante el concurso de la enseñanza revelada, quedando por tanto, desacreditadas ante la verdadera ciencia las teorías de los transformistas, de los etimologistas y de los mitólogos partidarios del naturalismo religioso; al mismo tiempo que dan la más espléndida confirmación á la enseñanza bíblica, como nos proponemos exponerlo someramente, siguiendo al ilustre conferencista E. Llanas, gloria española de la exégesis bíblica; aunque lo compendioso de esta exposición nos hará proceder por medio de grandes síntesis.

El argumento de que nos valdrémos, es decisivo.

Si el hombre fué iniciado en la religión por una enseñanza originariamente divina, ha debido dar muestras asáz inequívocas de ese hecho primitivo en sus primeras evoluciones históricas.

En efecto: si es cierto, como el Génesis atestigua, que el hombre fué creado inmediatamente por Dios; que vivió en estado de inocencia y de felicidad inefable en el Paraíso, en los principios de su existencia; que en virtud de su deslealtad al Creador perdió esa felicidad, arrastrando en su desgracia á todos sus descendientes; si es cierto, como el Génesis atestigua que el primer hombre recibió la promesa de que su desdicha no sería eterna, y que de su descendencia nacería un Restaurador del humano linaje, reparador de la prevaricación primera; si es cierto, que esa primera humanidad olvidó sus deberes hasta un extremo incomprensible, de modo que Dios, para castigarla, envió sobre ella un Diluvio, del cual sólo se salvaron Noé y sus hijos; si todos los hombres de la humanidad histórica, son descendientes de los que en el Arca se salvaron debieron conservar claras las tradiciones antediluvianas, trasmitiéndolas á sus hijos é inmediatos sucesores.

En una palabra, si la humanidad tuvo los orígenes indicados en el Gènesis, y fué testigo y sujeto de tan grandes y trascendentales acontecimientos: es necesario que el recuerdo de esos grandes hechos y de esas grandes emociones, de esas grandes catástrofes y de esas grandes esperanzas, de esas grandes prevaricaciones y de esos grandes castigos, viviese imborrable, y hasta espantoso, en la conciencia de las primeras agrupaciones humanas.

No lo dudemos, la noticia de todos esos grandes, trascendentales y nunca igualados acontecimientos, debió acompañar á los primeros grupos humanos cuando, agitados por el soplo de Dios, abandonaron las llanuras de Sennaar para tomar posesión del mundo.

Y si los orígenes humanos son los indicados por Moisés, no hay más que preguntarlo á las primeras tríbus que emigran del Asia y llegan á Europa y al Africa, y á América; y deben respondernos, como las que en el Asia permanecieron, que en efecto, la humanidad procede de una pareja creada por Dios

en estado de inocencia y felicidad, que cayó de ese estado por su prevaricación primera, que escuchó de Dios la promesa de una restauración, y que habiendo olvidado los caminos de la virtud, fuè castigada por el Diluvio, durante el cual, solo los del arca noética se salvaron.

∴

Y que tales tradiciones llevaron consigo todas las tribus que emigraron del Asia allá en los orígenes históricos, es un hecho plenamente confirmado por la etnología; y podría concretarme á recoger los écos de esas tradiciones primitivas, valiéndome al efecto de los trabajos que sobre este particular hombres ilustres han emprendido.

Más, sería tarea de compilación y de memoria, pues ¿quién no conoce la *Apología* de Hettinger y *Las Tradiciones de la Humanidad* por Enrique Luken? obras, que bastan al hombre imparcial, para persuadirse de que en efecto la humanidad primitiva mantuvo constantes y firmes las noticias sobre los orígenes humanos, que son los orígenes religiosos; asi como bastaria transcribir á Humboldt para las tradiciones de la América.

Todo ese trabajo de indagación y de compilación está hecho por sabios eminentes ¿á qué reproducirlo ahora, haciendo inútil alarde de erudición y memoria, y ya que respecto á las tradiciones americanas las he consignado en mi «América Precolombiana»?

Mas ùtil será que saquemos de estos trabajos, llevados á cabo recientemente, por eminentes egiptólogos, asiriólogos é indianistas, las consecuencias que naturalmente se desprenden.

Y desde luego, no se puede comprender cómo pueda negarse el hecho de la revelación primitiva, desde que se admiten esas tradiciones, universales á todos los pueblos antiguos.

Es irrecusable la autoridad de Moisés narrando los orígenes humanos, ó si se quiere, los

orígenes religiosos, desde que puede comprobarse que todos los grandes acontecimientos por él descritos, se hallan indicados en las tradiciones y prácticas religiosas de todos los pueblos.

Aun cuando se quisiera suponer en Moisés una autoridad estrictamente humana, tendría que reconocerse la indiscutible verdad de los acontecimientos que relata, por hallarlos conformes en el fondo con las noticias tradicionales de la humanidad antigua.

Si Moisés ha escrito la verdad, es preciso que su relato esté confirmado por las tradiciones universales; y mas aùn, si las tradiciones universales de la humanidad antigua, se refieren á los acontecimientos descritos en el Génesis, es necesario reconocer y confesar que Moisés escribió la verdad.

Esas tradiciones no pueden tener mas que en un sentido, el sentido contenido en la narración genesíaca: nada de símbolos, nada de alegorías. Moisés y los pueblos antiguos repitieron el éco de los grandes acontecimientos del órden divino, del órden humano y del órden geológico, realizados en el período originario de la humanidad.

Solo una crítica sofística, ha podido sospechar diferencias de sentido entre el relato genesíaco y el fondo primitivo de las humanas tradiciones; diferencias que no podrán jamás ser admitidas por el recto criterio de los hombres imparciales.

He hablado de crítica sofística, cuando debiera haber hablado de parcialidad racionalista, pues tengo para mi, que si Moisés hubiera tomado el principio de su narración desde los orígenes históricos del pueblo hebreo, es decir, desde la creación de Abraham que en su tiempo debía tener un valor histórico para los israelitas, y nada nos hubiera dicho sobre los orígenes humanos; y además, si hubiera sido posible que la Iglesia no hubiese manifestado sus creencias dogmáticas sobre esos orígenes; es indudable, que los críticos racionalistas, que hoy pretenden darnos interpretaciones alegóricas y simbólicas sobre las primitivas creencias de la humanidad, no tendrían empacho en escribir la historia de los orígenes humanos, tal como Moisés

nos la ha referido, prescindiendo no más del colorido sobrenatural de que se halla revestida.

∴

El testimonio unánime de los pueblos primitivos, en favor de la relación mosaica relativa á los orígenes humanos y religiosos, es el mas grande y respetable de los humanos testimonios.

Reflexiónese sobre la significación de esa unanimidad con que los pueblos antiguos atestiguaron los acontecimientos genesiacos, y no podrá dejar de concebirse la convicción de que tales hechos debieron realizarse con toda la grandiosidad y con todo el aparato sobrenatural y con la manifiesta intervención divina con que en el Génesis están referidos. Lo contrario hubiera sucedido si el relato de Moisés fuese una leyenda hierática, que hubiera interesado al pueblo hebreo, pero á la cual hubieran sido extrañas las tradiciones, leyendas y mitos de los demás pueblos antiguos. Y nadie dejará de participar de estas convicciones, si se fija en el valor excepcional de ese testimonio.

En efecto: si se reflexiona detenidamente sobre el génesis histórico de la humanidad, sobre sus primeras evoluciones históricas, sobre el período que precedió á la constitución de las primeras nacionalidades, poco habrá que esforzarse para persuadirse que las tradiciones primitivas solo pudieron conservarse en el caso de que los acontecimientos genesiacos hayan sido tan grandiosos, tan sobrenaturales, tan divinos, como Moisés nos refiere.

Solo hechos de esa naturaleza pudieron impresionar tan vivamente al hombre, que conservara su recuerdo hasta el tiempo de constituir las primeras nacionalidades.

Durante esa agitación convulsa que se apoderó de la humanidad, cuando todavía no había abandonado el centro del Asia, su cuna primitiva; durante ese vaivén incesante, ese flujo y reflujo de tribus que avanzan y retroceden, que conquistan y

son conquistadas, que se encuentran en un movimiento vertiginoso y unas veces se compenetran y otras se chocan con extrepitoso estruendo y universal desquiciamiento y ruina; durante esa indecible confusión de familias, de idiomas, de costumbres y de tradiciones que se advierte en una misma región y que desaparece como por encanto, para dejar lugar á otras familias, con otros idiomas y otras costumbres y otras tradiciones, sin que sea dable decir de donde vienen las últimamente llegadas, ni á donde fueron las que últimamente han desaparecido; durante esa general anarquia de todas las ideas y esa expansión de todas las pasiones y esa manifestación de todos los odios y esa amalgama de todos los elementos sociales, nada saben decir de sus nacionalidades ni de su individualismo social y religioso.

Pero ¿qué ideas, qué tradiciones, qué instituciones sobrenadaron en ese universal naufragio de todas las ideas, de todas las tradiciones, de las instituciones todas? Las tradiciones primitivas de los origenes humanos y religiosos.

Considérese á la humanidad irradiando de su primer foco; sentando sus tiendas al Oriente, al Norte, al Occidente y al Sud de la cordillera tibetana, en el valle del Nilo, en la risueña Grecia, en los bosques de Germania, en las llanuras de Italia, en los hielos de la Escandinavia, y pregúntesela qué recuerdos conserva de su patria primitiva, qué instituciones heredó de sus originarios ascendientes, y en todas partes dará la misma respuesta. Sabe que viene de Dios, que perdió por su prevaricación la felicidad originaria, que su culpa debe ser reparada por un Restaurador divino, que debe ofrecer sacrificios expiatorios al Dios ofendido, quien en su justicia la habia castigado con universal Diluvio, y habia quebrantado su propósito de eternizarse en las llanuras del Sennaar, confundiendo sus lenguas y obligándolas á expatriarse.

Esto es lo que recuerda de su pasado, porque era universal recuerdo de todas las gentes que en Asia vivieron, lucharon y trataron de exterminarse.

Y como esos acontecimientos fueron la preocupación constante de los grupos humanos emigrados del Asia, constituyeron el único patrimonio tradicional de la humanidad entera, inclusa la América prehistórica y precolombiana.

∴

Jamás se dará bastante importancia al hecho innegable de que el ùnico fondo tradicional, común á todos los pueblos antiguos, es el relativo á los orígenes humanos y religiosos, tan esplícitamente consignados en el Génesis.

No es fácil describir, ni siquiera imaginarse, los grandes trabajos, los heróicos esfuerzos, las catástrofes inmensas, las tremendas vicisitudes que debieron formar la accidentada historia de todos esos pueblos que toman posesión del Asia, del Africa, de la Europa, de América, de las islas próximas á los continentes, desde que empezaron sus emigraciones hasta que fijan su morada definitiva y tratan de constituirse en nacionalidades.

Y sin embargo, apenas recuerdan nada de su pasado individual, nada de sus luchas y contiendas junto á la cuna primitiva, nada de sus luchas con los pueblos que á su encuentro hallaron, nada de los paises que recorrieron, de los obstàculos pavorosos que la naturaleza inanimada y animada á su paso levantara. Todo eso tiene para ellos un interés secundario al lado de los grandes acontecimientos primitivos, únicos que recuerdan, únicos que informan su vida, únicos que han de influir en su porvenir.

No fueron ellos, sinó sus desconocidos ascendientes, los actores y espectadores de esos grandes hechos originarios; y ellos fueron, y no sus desconocidos ascendientes, los que tuvieron que buscarse una patria á través de obstáculos incomensurables, de privaciones indecibles, de luchas titánicas de heróicos sacrificios y esfuerzos; y con todo, mientras apenas conservan un recuerdo vago de su pasado individual, mantienen vivas y claras las tradiciones relativas á los orígenes.

Los críticos modernos que pretenden explicarnos los orígenes religiosos por referencias alegóricas ó simbólicas ó hechos humanos ó conocimientos científicos, desconocen el período constitutivo de la humanidad, ó no han meditado nunca sobre el alcance de las tradiciones, usos y leyendas de los pueblos primitivos.

Y en efecto: convienen esos críticos en que todos los pueblos fueron procedentes de Asia; en que durante su larga emigración tuvieron que arrostrar gravísimas dificultades y sufrir horrorosos contratiempos; en que, á consecuencia de las hondas vicisitudes que experimentaron desde que iniciaron sus varios movimientos hasta que fijaron el punto de su residencia definitiva, perdieron los elementos de la primitiva cultura, y lo que es más, los rasgos fisiológicos de familia, y lo que tal vez sea más todavía, modificaron más profundamente su lenguaje que su fisonomía.

Y con todo, quieren darnos á entender que trajeron del Asia un conjunto de símbolos, de prácticas y noticias alegóricas, que supieron conservar durante aquellas excepcionales vicisitudes y profundas modificaciones á las cuales no resistieron ni sus tradiciones particulares, ni sus costumbres originarias, ni su fisonomía primitiva, ni su primitivo lenguaje.

No: esos símbolos, esas alegorías, conservadas por todos los pueblos durante sus fluctuaciones asiáticas y durante sus asáz laboriosas peregrinaciones, se referían á hechos y verdades del órden más trascendental, á hechos y verdades que impresionaron al hombre primitivo más que todos los gravísimos acontecimientos en que despues intervino, y que tan profundamente modificaron su existencia. Se referian á esas verdades del orden sobrenatural y divino que se hallan consignadas en el Génesis, y claramente en esos símbolos y alegorias contenidas.

A representar verdades y noticias del orden natural y humano, se hubieran perdido en esa gran confusión en que desaparecieron todas las verdades sabidas y todas las noticias adquiridas en

el orden natural y humano; hubieran sido arrebatadas por el torbellino de las humanas pasiones; hubieran sido eclipsadas por aquellas interminables luchas de exterminio.

Pero si conservaron todos esos pueblos la memoria de los hechos y noticias genesíacas, es porque debieron darles la significación misma que les da Moisés; es porque para ellos, como para Moisés, entrañaban el origen, el presente y los destinos futuros del hombre en el tiempo y en la eternidad; es porque pesaban en la conciencia de aquellos pueblos más que todas las grandiosas, pero transitorias vicisitudes por que habían pasado.

Ahora bien: extiéndase la vista por toda la superficie terrestre, sin movernos todavia de ese período constitutivo de la humanidad.

En Europa no se hallan más que tribus semibárbaras; en Africa veremos á los sacerdotes egipcios que organizan una constitución hierática para ese estado incipiente, determinado por las fronteras del salvajismo; en Asia sorprenderémos á los iranios que se separan violentamente de los vedas, mientras los caldeos establecen diversos centros religiosos y astrológicos, y los asirios cambian incesantemente de lugar sus tiendas, y los sirios y los fenicios aspiran á constituirse independientemente de esas tribus arias que marchan hacia Occidente y recorren el Asia Menor sin designio preconcebido, así como los Acadianos emigran quizás al Aztlan americano.

Búsquese luego cuales son los elementos de cultura y civilización, las instituciones, leyes y costumbres, comunes á todos esos arias de Asia y Europa y á todos esos camitas y semitas de Egipto, y Mesopotamia y esos hijos del Votan del Anahuac en América; y verémos que la cultura, las prácticas y costumbres de unos pueblos arias son distintas de las de los camitas, y las de estos distintas de las de los arias y semitas, de tal suerte, que desde un principio cada pueblo representa una fisonomía particular, característica, de modo que es imposible confundir el existir de un pueblo con el

de otro pueblo, no ya de raza distinta, pero ni de los pertenecientes á una misma raza.

Prueba este hecho que durante la trasfusión y compenetración de las primeras tribus en el Asia, y durante su agitado éxodo y sus trabajosas emigraciones, perdieron todos los elementos de cultura y de organización que formaron su modo de ser en el primer periódo de su existencia.

¿Cómo no perdieron también esas tradiciones relativas á los acontecimientos narrados en el Génesis?

Unicamente pudieron conservarlas porque, además de ser patrimonio de todas las tribus, tenian la importancia asáz excepcional que el Génesis les atribuye. No era fácil que la humanidad olvidara su origen divino, sus grandes privilegios originarios, su funesta caida, sus pingües esperanzas, sus grandes transgresiones y sus tremebundas expiaciones.

Aquí no caben alegorías y símbolos de hechos normales y de conocimientos adquiridos.

Todo lo normal, todo lo puramente humano, relativo á los orígenes, había desaparecido al constituirse las primeras nacionalidades.

Y no solo demuestra el orígen divino de la religion el hecho de haberse conservado sus elementos fundamentales, durante todo el período de las primeras evoluciones de la humanidad, durante la época transcurrida desde la aparición del hombre hasta que constituye los primeros organismos sociales y nacionales; sino tambien el hecho de que en esa misma constitución entraron aquellos elementos tradicionales, como base fundamental de que el hombre no pudo ó no supo prescindir, cual si los hubiera impuesto una fuerza superior é irresistible.

En el periodo constitutivo de la humanidad, los principios de la religión consignados en el Génesis fueron el tema obligado sobre el cual todos los pueblos desarrollaron sus constituciones herráticas: prueba evidente de que siempre les atribuyeron un origen sobrenatural y divino.

Confírmase la teoría de los orígenes religiosos

En tanto es cierto que esos principios originarios se impusieron á la humanidad por su propio prestigio, nacido de la nobleza soberana de su procedencia sobrenatural, que todas las religiones primitivas son efecto del desenvolvimiento analítico de esos principios, al paso que todos los pueblos al elaborar su propia cultura, tuvieron que someterse á la ley indeclinable y universal del procedimiento sintético.

Es necesario desarrollar esta observación importantísima, aunque sea asáz someramente.

El proceso de la civilización y cultura ha sido desde un principio, para todos los pueblos, efecto de una elaboración sintética de diversos elementos, venidos la más de las veces de puntos diversos, purificados siempre por los pueblos más inteligentes.

Cierto que ha habido civilizaciones locales, de carácter indígena y autóctono, como fué la del Egipto; pero aun éstas han admitido elementos extraños á su índole originaria y sobretodo, se han formado sintéticamente por el amalgamiento de elementos antiguos con elementos nuevos, de suerte que cada generación ha aportado una piedra al edificio de la cultura nacional.

Civilizaciones ha habido que desde un principio se distinguieron por su carácter cosmopolita y expansivo, así como la de los griegos; estas representan el producto de generaciones nacionales antiguas y el producto de generaciones extranjeras, unificados con el producto de la actual generación que representa el momento histórico de la cultura, y que imprimiendo al conjunto su propia fisonomía, lo propaga con su marca.

También ha habido civilizaciones dotadas de una

fuerza asimiladora especial; tal fué la de Roma, que se asimiló los elementos principales de todos los pueblos, y los acomodó á sus propios usos, y así modificados los impuso á los pueblos sometidos.

Mas siempre se vereficó que el momento histórico de una civilización cualquiera, representó el esfuerzo y concurso de muchas generaciones que á ella contribuyeron, enriqueciéndola con su contingente.

Y considerando la cultura humana en general, se ha verificado siempre que la de una época se ha formado con elementos antiguos amasados con los elementos nuevos, de modo que no es del todo gratuita la ley histórica llamada por Tylor *ley de la supervivencia*.

No discutirémos el alcance de esa ley histórica, llevada sin duda á la exageración, por no ser procedente ahora su exámen. Consignamos únicamente que el hombre ha progresado por un procedimiento sintético, elaborando nuevos elementos de cultura y perfeccionando los heredados.

Las ciencias, las artes, las instituciones, las leyes, las industrias se perfeccionan paulatinamente con el esfuerzo y concurso de muchos pueblos. Pero á esa ley del desenvolvimiento, hija de la armonización de elementos varios, llegados en tiempos distintos, y venidos de distintos puntos de procedencia, se opone la ley del desenvolvimiento religioso de los pueblos, porque este desenvolvimiento ha sido analítico y divergente.

Las religiones han empezado ostentando un fondo común, un patrimonio de creencias y de noticias tradicionales que originariamente á todas pertenecía, y sobre ese fondo común han trabajado todas, y ese común patrimonio ha sido la herencia de todas.

Los sábios han organizado teogonías, han establecido constituciones hieráticas, pero no han creado las religiones, solo han conseguido modificar las preexistentes.

Hasta puede decirse, porque puede demostrarse,

que el hombre ha hecho las civilizaciones, pero ha deshecho las religiones; siempre ha podido jactarse de su influencia en la cultura, pero siempre ha debido sonrojarse de su influencia en la religión.

Las generaciones y los siglos pasados son ríos que desembocan en el lago de la actual cultura y civilización, al paso que las religiones son rayos luminosos que brillan mas cuanto mas cercanos á su foco, cuanto mas convergen hacia la región donde primitivamente se meció la cuna de la humanidad: variaciones sobre un mismo tema escuchado por el hombre allá en la primera mañana de su existencia.

Todas ellas consignan de modos varios, ya en sus ritos, ya en sus ceremonias y símbolos, ya en en sus leyendas, esos grandes hechos y esas grandes noticias dogmáticas expuestas por Moisés en el Génesis, y que han sido el asunto obligado de sus mas grandiosas manifestaciones.

Ninguna ha dejado de consignar el dogma del origen divino de la humanidad, el estado de felicidad paradisíaca, la prevaricación original, la degradación humana subsiguiente, la esperanza de una restauración divina, la necesidad de aplacar al Dios originariamente ofendido, y todos los demás dogmas que en el Génesis se hallan contenidos.

Ahí está el punto de partida para todas las religiones, ahí el fondo doctrinal de sus símbolos y leyendas.

En resúmen: mucho significa el hecho de que los pueblos primitivos consignaron ese fondo tradicional á través de las grandes y profundas convulsiones que experimentaron al iniciar sus emigraciones y durante las vicisitudes que en éstas sufrieron; pero no menos significa el hecho de que, al tratar de constituirse, no sólo prescindieran de ese fondo tradicional, sino que sobre él se propusieran todos basar su organización religiosa.

Medítese sobre la modificación de esos dos hechos, porque constituyen el testimonio más irreprochable en favor de la revelación divina: testimonio de que en manera alguna puede desentenderse la ciencia más exigente.

Yo quiero suponer que vamos á discutir la autoridad de Moisés ante el tribunal de la ciencia imparcial; quiero suponer que no tenemos preconcebida idea alguna sobre el carácter inspirado del legislador hebreo, y que por primera vez nos proponemos averiguar si estuvo en lo cierto al consignar los orígenes religiosos expuestos en el Génesis.

¿Cuál debe ser nuestra conducta para que nuestro fallo sea rigurosamente científico?

Yo entiendo que la ciencia no puede adoptar más procedimiento que el que llevo indicado.

Si Moisès expuso la verdad de los orígenes religiosos, la humanidad primitiva debió conservar la memoria de los grandes y extraordinarios acontecimientos narrados en el Génesis; debió además darles una importancia capital; debió basar sobre ellos sus constituciones hieráticas. Pues si esto consignan las tradiciones y monumentos hierológicos de los pueblos más antiguos; ¿cómo no entrar siquiera en sospecha de que Moisés debió escribir la verdad sobre los orígenes religiosos?

∴

Pero hemos hecho más que consignar esta fundada sospecha; hemos llegado en nuestras investigaciones hasta la certidumbre.

Al observar que los pueblos primitivos habian perdido todas las noticias tradicionales, extrañas á los orígenes religiosos, en medio de sus profundas modificaciones; y que habian conservado las noticias consignadas en el Génesis, referentes á los principios originarios de la humanidad; instintivamente hemos exclamado: este hecho solo se explica suponiendo que los pueblos primitivos, además de conocer los acontecimientos genesíacos, los calificaron de sobrenaturales y divinos, y así pudieron conservar su memoria, aún habiendo perdido la memoria de otros aconteci-

mientos más recientes y que debieron afectarlos con viveza y energía.

Y por si cabía aùn algun reparo en la significación que dábamos á la narración mosaica, hemos investigado si el proceso religioso habia estado sometido á las leyes que han regulado el proceso de la cultura y civilización, y hemos visto que siendo éste esencialmente sintético, ha sido aquél esencialmente analítico, como debia necesariamente ser si el hombre no ideó los principios fundamentales de la religión, sinó que fué en ellos iniciado y sobrenaturalmente instruido.

La argumentación anterior es inatacable: ó hay que admitir su válida firmeza, ó hay que abandonar el estudio científico de los orígenes religiosos, y dejar en este caso dueña absoluta del terreno á la revelación.

La ciencia no puede llegar por si sola á los orígenes religiosos de la humanidad: pero sí, puede aseverar sin temor de ser desmentida: que las más antiguas evoluciones humanas conocidas presentan el carácter que debieron tener si los orígenes humanos y religiosos fueron los consignados en el Génesis: los orígenes históricos de los pueblos reflejan vivamente los orígenes humanos narrados por Moisés.

Quizás para algunos espíritus exigentes y algo prevenidos contra la revelación sea la argumentación anterior poco decisiva; porque estos tales quieren ver demostrada la verdad de los orígenes religiosos consignados en el Génesis, como se demuestra una verdad matemática. Exijencia injusta! pues cada órden de verdades tiene su forma propia de demostración.

¿Qué sabríamos hoy sobre los orígenes de los índios y de los caldeos y de los persas y de los egipcios y de los helenos y de los latinos, si fuéramos tan exigentes para admitir los hechos referentes á la historia profana, como lo somos para admitir los hechos referentes á la historia sagrada?

¿Y qué tienen que ver los testimonios que deponen en favor de los acontecimientos mosáicos con los que deponen en favor de los acontecimientos relativos al orígen de cualquiera de los pueblos?

Y con todo, se admite la autoridad de Chabas para dar por conocidos los orígenes egipcios, y la de Smith para los de la Caldea, y la de Bournouf para los de la India, y la de Preller para los de Grecia é Italia; y no se quiere admitir la de Moisés para los orígenes humanos, estando su narración confirmada por el testimonio de todos los pueblos y por el testimonio de los sabios más imparciales.

No es solo el testimonio de Moisés, sino el de la humanidad antigua, el que afirma los orígenes humanos y religiosos contenidos en el Génesis.

¿Qué más puede exigirse, sobre todo cuando la ciencia moderna nada puede oponer á ese excepcional testimonio, y por el contrario, cada día descubre nuevos elementos del mismo?

Ah! si á Moisés se le juzgara con el espíritu de imparcialidad, no ya de benevolencia, con que son juzgados los legisladores profanos de los pueblos antiguos, y hasta los mismos legisladores religiosos, indudablemente que á la vista de los firmísimos alegatos que abonan su testimonio, nadie pondría el menor reparo sobre la verdad de los acontecimientos y dogmas genesiacos, como quiera que no es la ciencia sinó la parcialidad racionalista y antibíblica, la que rechaza la relación mosaica sobre los orígenes religiosos, antes bien la ciencia los confirma.

∴

Con todo, es preciso convenir en que hay hombres de buena fé que después de haber visto los esfuerzos hechos para aclarar los orígenes religiosos, fuera de la tradición bíblica, han tomado el partido de abandonar esa discusión á la categoría de las discusiones teóricas, y han perdido á la vez su fé en la revelación y su fe en la ciencia.

¡Qué lastimosa caida; qué suerte lamentable, después de tantos esfuerzos!

Pero, esto ha sido en castigo de su heterodoxia; han querido justificar su incredulidad ó su naturalismo, abusando de la razón contra la religión, y han venido á parar al excepticismo: ni ciencia ni revelación.

Pretendían valerse de la ciencia para atacar la religión; mas como la ciencia ha venido á confirmar la revelación, por no confesar su derrota, después de ensayar todos los sistemas imaginables, han perdido la fé en la misma ciencia; mientras el creyente ha visto retemplarse su fé religiosa con las conquistas de la ciencia.

¡Qué desengaño para la ciencia incrédula! En efecto; si después de tanto estudiar el sanscrito, el zend, el copto, los caracteres cuneiformes y los geroglíficos; si después de tanto estudiar los Vedas, el Avesta, las inscripciones y códigos de la Caldea, Asiria y Egipto, las Mitologías clásicas de Grecia y de Roma, y las tradiciones y costumbres de tantos pueblos modernos y antiguos, cultos, bárbaros y salvajes; si después de tanto anunciar que la Mitología Comparada, y la Etnología y la Lingüística y la Crítica iban de un día á otro á sorprender los verdaderos orígenes religiosos de la humanidad fuera de la revelación primitiva, para desmentir la Biblia; si después de tanto viajar y de tanto estudiar, y de tanto traducir y de tanto combinar sistemas y teorías, y de revolver tantos y tan respetables documentos, y de emplear tantos y tan eficaces medios de averiguación, con el objeto premeditado de desmentir la narración mosaica sobre los orígenes humanos y religiosos, sin haber descubierto ningun hecho positivo, ninguna noticia tradicional ó escrita, ni una sola indicación contraria á la enseñanza revelada; ¿no es evidente la derrota de la crítica racionalista, que solo ha conseguido con sus afanes y estudios prodigiosos convertir la ciencia en apología de la religión?

La impotencia de los esfuerzos científicos del racionalismo debe afirmarnos más en nuestras convicciones religiosas y tradiciones bíblicas, porque, seguramente, á ser vulnerable el testimonio de Moisés, hubiera quedado profundamente debilitado, si no ya desprestigiado por completo, á consecuencia de los ataques contínuos, enérgicos y bien combinados, que en estos últimos años le ha dirigido la ciencia racionalista y positivista.

Y sin embargo, Dios ha permitido esos colosales esfuerzos de la incredulidad para comprobar mejor los relatos mosaicos y hacer de la ciencia moderna, depurada de sus extravíos, el más poderoso auxiliar del catolicismo, que nunca ha temido los progresos de la ciencia, porque está seguro con infalible certeza que sus conquistas legítimas y verdaderas son para la religión el más espléndido trofeo.

Y he aquí explicado el afan permanente de la Iglesia en promover, proteger y bendecir la civilización y el progreso, como lo advierte el sábio Leon XIII y lo demuestra la historia, pues asi tiene el honor de haber asilado en sus conventos los restos de los conocimientos antiguos, como la de ser autora y creadora de las primeras universidades y bibliotecas del mundo.

Mas, para mengua y confusión de la ciencia heterodoxa y demostración de la inquebrantable verdad del cristianismo al alcance de todas las inteligencias, permítasenos hacer la siguiente reflexión, que es también del ilustre sabio español, que al principio citamos.

Si prescinden de los conocimientos adquiridos sobre la etnología de los pueblos particulares ¿qué saben nuestros sabios mas eminentes sobre los orígenes religiosos de la humanidad que no lo supieran un S. Jerónimo, S. Agustin y Sto. Tomás; que no sepan hoy las personas más sencillas, conocedoras de las enseñanzas reveladas? Ni Platon en los tiempos antiguos, ni Bournouf en los tiempos modernos, saben los orígenes humanos y religiosos tanto como lo saben los mas simples fieles; cuyas noticias tienen en su apoyo el testimonio de todas

las generaciones antiguas, de todas las generaciones cristianas y de todo el órden sobrenatural y divino: saben por la revelación con mas certeza que la ciencia, lo que esta á ningun hombre del pueblo podrá demostrarle jamas, porque no es capaz de esas demostraciones científicas.

¡Pobre pueblo, si había de estar condenado á no saber sobre las mas grandes verdades, sino lo que la ciencia le pudiera demostrar!

Pero, no por eso deja de ser científica la teoría cristiana acerca de los orígenes religiosos, y la única conforme con las investigaciones históricas.

Hubo un pueblo, único en los tiempos antiguos que conoció á ciencia cierta sus orígenes religiosos, único que pudo otorgar el carácter de personage histórico á su legislador sagrado, al organizador de su nacionalidad. Ese pueblo, fué el pueblo hebreo y ese legislador fué Moisés.

Siempre ese pueblo es una excepción en medio de todos los pueblos; siempre ese legislador es excepción al lado de todos los legisladores.

Y ¿quiere saberse porqué? Porque ese pueblo fué el único que profesó la religión verdadera, porque ese legislador fué el único que profesó una enseñanza revelada, como lo acabamos de demostrar.

Ahora bien, el cristianismo no es mas que la evolución prenunciada de esa revelación primitiva.

No hay pues, porque extrañar que el progreso de la ciencia como lo dejamos indicado, confirme la teoría cristiana, al par que desacredita las tres famosas teorías heterodoxas, la evolucionista, la naturalista y la racionalista védica de Bournouf, las cuales resúmen las principales afirmaciones de la incredulidad, que pretende explicar los orígenes religiosos sin el concurso de la revelación primitiva, evidentemente constatada por todos los orígenes históricos.

La religión no es una invención, ni un producto del ingenio humano, sino una necesidad esencial, satisfecha por el Creador en el momento de la creación del hombre,

El hombre, según la teoría católica, que es la

única conforme con la historia, fué religioso desde el primer dia de su existencia; y la religión que desde entonces practicó, fué una religión pura y sublime, porque desde el principio fué aleccionado por Dios mismo al crearle, pues era obra inmediata de sus manos.

El Creador que habia dotado al hombre de ese instinto de lo sagrado y divino, púsole tambien en posesión de los principios fundamentales de la única religión verdadera, pues tuvo que ser su creador y su maestro, y como quiera que el primer hombre no pudo tener otro hombre por maestro, asi como no pudo tener infancia.

Teniendo el instinto religioso pábulo conveniente en que alimentarse, el hombre no había ya de abandonar del todo la religión, que era para él una necesidad psicológica; bien que con el tiempo, merced á la ignorancia, á su variabilidad ingénita y á sus pasiones, podría desfigurar y falsear esa religión que de lo alto le había sido impuesta.

Las religiones antiguas solo tienen de verdadero lo que de esa religión primitiva y revelada conservaron: cuantas modificaciones el hombre en ella introdujo son aberraciones de las cuales debieron purificarse; son las múltiples aberraciones del politeismo, que es una degeneración del monoteismo originario,

Y ¿no es verdad que la doctrina cristiana sobre los orígenes religiosos se aviene mejor que las teorías racionalistas, las que en su misma multiplicidad demuestran su falsedad, con la universalidad y constancia del fenómeno histórico, llamado religión, y sobre todo, con la influencia decisiva que siempre ha ejercido sobre la vida de la humanidad?

No es verdad que se aviene mejor con el fenómeno psicológico, llamado instinto y carácter religioso del hombre?

La doctrina cristiana está conforme con el hecho histórico de que la religión jamás ha faltado en el mundo, y está conforme tambien con la teoría psicológica de que jamás ha podido faltar en el mundo.

Pero, como no nos propusimos dar una teoría

filosófica, sino histórica, para llegar á la averiguación de los orígenes religiosos, hé aquí porque nos redugimos á indicar la argumentación siguiente:

Si la religión cristiana es la verdadera, preciso es que todas las religiones primitivas coincidan en un fondo comun de enseñanza revelada; y que esa enseñanza sea tanto más clara y sublime, cuanto las religiones se acercan más á la cuna de la humanidad, teniendo todas los mismos principios indicados por el Génesis, diversificándose ó corrompiéndose, á medida que se alejan de su orígen.

Esto es lo que dejamos expuesto á grandes rasgos en el presente capítulo; y esta argumentación es también la única que puede persuadir á los partidarios de las teorías heterodoxas que se dedican al estudio de los orígenes religiosos.

∴

Vamos á terminar este materia con la solución de la dificutad capital quizás que el racionalismo hace á los orígenes religiosos por la revelación primitiva.

Grande es la influencia que ha ejercido en la formación de las religiones el génio del hombre y el empeño en ocultar bajo el símbolo sus concepciones cosmogónicas y las ideas filosóficas que tenian sobre los principales fenómenos y fuerzas de la naturaleza, y cierto es que así se explican muchos mitos del paganismo politeista y mitológico.

Pero, que de ese simbolismo naturalista hayan tomado origen las religiones, como afirman ciertos críticos, es un error lamentable.

La religión es presentada por esos críticos como obra de la raza humana, sin advertir que jamás institución alguna ideada por el hombre ha podido gozar de la universalidad y persistencia que la religión ha disfrutado.

¿Quien fué el génio privilegiado que ideó el primero la religión, y fué bastante poderoso por su palabra, por su inteligencia y por su virtud para hacerla adoptar á todos los pueblos, cualquiera que fuera su grado de cultura, cualquiera el rincón del mundo dónde desarrollaran su existencia?

Ningun mortal pudo influir tan decisivamente sobre la humanidad!

Ni vale replicar que han sido varios los patriarcas de las religiones; que en los origenes de la historia aparecen varios focos de los cuales irradia la luz religiosa; que cada pueblo culto de la antigüedad ha mecido la cuna de algun hombre ilustre, el cual ha sido su patriarca, su legislador sagrado, su apóstol, su profeta, que con su génio eminente sorprendieran los destinos de la humanidad.

Sin ellos, dicen, la religión no hubiera existido en el mundo y á lo más, el hombre se hubiera entretenido en groseras y absurdas supersticiones; pero la filosofia, aleccionada por la voz de la naturaleza, inspiró el concepto religioso á esos hombres organizadores de las primeras sociedades, legisladores de las primeras comunidades religiosas, artífices de las primeras formas del culto.

Así, Moisés entre los hebreos, Hermes entre los egipcios, Zoroastro entre los persas, los Ribbús entre los indios, Orfeo entre los griegos, Numa entre los romanos..... Hé aquí los que personifican las antiguas religiones, los fundadores de las más ilustres teogonias de la humanidad.

Pues bien, esta que parece una gran objeción, en favor de esa doctrina que quiere hacer á la religión obra de la sabiduria humana, es de fácil solución.

El verdadero papel desempeñado en el desenvolvimiento religioso por los grandes génios que brillan en los orígenes sociales y políticos de los pueblos, no es mas que el siguiente: esos génios no introdujeron la religión en país alguno, y su misión estuvo limitada á modificar más ó ménos, segun la índole de cada pueblo, las formas del culto; no fueron creadores sinó organizadores de las religiones, que hallaron ya prexistentes.

Valga un ejemplo por todos. Bien conocida es la misión de Moisés para con el pueblo hebreo. Sábese que ántes de Moisés ese pueblo adoraba á un

Dios creador del universo, creía en el origen monoteista de la especie humana, en el período paradisíaco de la inocencia, en la desobediencia de nuestros primeros padres, en la caida del hombre, en la venida del Mesías, restaurador del linaje humano, en la edad patriarcal, en el diluvio, en el orígen noético de la humanidad postdiluviana, en la confusión babélica de las lenguas, dispersión del género humano, vocación de Abraham.....

En todo eso creía el pueblo hebreo ántes de Moisés: ¿qué hizo este legislador sagrado?

En primer lugar, consignó esas verdades fundamentales de la religión para perpetua enseñanza de las venideras generaciones; y en segundo lugar preparó la nacionalidad del pueblo hebreo, elevando el culto doméstico y patriarcal á la categoria de culto público, organizando el sacerdocio oficial, fijando las ceremonias y los ritos, creando los símbolos, erigiendo el Tabernáculo.

Fijémonos bien en esta doble misión de Moisés, porque si prescindimos de su carácter revelado, hallamos que fué muy parecida á ella la que se impusieron los antiguos legisladores religiosos: fijaron las creencias existentes y elevaron el culto á la categoria de público.

De manera que así como Moisés no creó la religión de los hebreos, tampoco Manú la de los brahamanes, ni los Ribbús la de los arias indios, ni Zaratustra la de los iranios ó iranianos, ni Hermes la de los egipcios, ni Orfeo la de los griegos, ni Numa la de los romanos.

Esos personajes legislaron sobre el culto, aclararon las creencias, consignaron las tradiciones, reformaron las costumbres, que de todo ello tenemos testimonios preciosísimos, pero esto no es decir que hicieran la religión, y que iniciaron las creencias.

No es díficil determinar para muchos pueblos á quien deben su primitiva constitución nacional; pero ningun pueblo sabe á quien agradecer su primera religión, porque nunca se encontró en el pretendido originario estado de ateismo negativo.

Por el contrario todos han reconocido que la religión no les fué presentada por la mano del hombre, sino que todos le han atribuido un orígen divino primitivo.

Y si no han hallado á los *creadores* de la religión, es porque verdaderamente no podían hallarlos; y ¿cómo, si no existieron?

Los dioses comunes á las naciones gentilicas tienen en todas partes el carácter de adoptivos, y ningun pueblo puede jactarse de haber sido su apóstol en el mundo, como ningun hombre puede gloriarse de haberlos introducido en su propio pueblo.

Los dioses del paganismo han emigrado desde los tiempos mas remotos en direcciones varias, aunque parece cierto que el Asia fué su primer punto de partida.

Pero ¿quién los guiaba en sus emigraciones? Cuando empezaron á invadir los Olimpos mitológicos? Son problemas insolubles á las pretenciones humanas.

Hubo un tiempo mas ó menos lejano, segun los paises, en que los dioses gentiles no eran conocidos en los pueblos que despues los adoptaron.

No existian en la Bactriana antes de las primeras emigraciones arias; no existian en Egipto antes del sacerdocio hermético y durante las diez primeras dinastías.

No existian en Italia antes del establecimiento de las colonias griegas; no existian en Grecia antes del establecimiento de las colonias fenicias; no existian en Fenicia antes del establecimiento de las primeras colonias asirias.

Y bien ¿á quien adoraban esos pueblos antes de las épocas indicadas?

Para Grecia todavía no habian llegado los tiempos lamentados por Herodoto, en que los Helenos corrompieron la pura y monoteista religión de los pelasgos; y en todos los pueblos itálicos, en los germánicos y escandinavos era adorado un Dios Supremo, autor del hombre y del universo, llamado Diovis ó Diuvís, ó Jovis por los latinos; Tin, Tina ó Tinia por los etruscos; Zio por los germanos, Tius por

los godos, que era el Zeus de los griegos, el Diaus de los indios y persas.

Los Fenicios ántes de conocer á Astarte adoraban á Elyum, el Eloym de la Biblia, superior al mismo Dios nacional Baal, y á la diosa Baaltis.

Los asirios y caldeos reconocían á Ilu, el Elyum fenicio, el Eloym hebreo, como Dios absoluto é incomprensible, anterior á Nuah el Dios organizador, á Bel el Dios conservador, á Anu el Dios creador.

En Egipto vivian los monoteistas de las primeras dinastías, sin que en los monumentos del primer imperio aparezcan los *servidores de Horus* con su culto de Osiris, Ysis, Anubis, con sus sacerdotes y sus ritos.

Pues bien, todos esos pueblos monoteistas en el primer período de su existencia, adoptaron más tarde el politeismo, y antes de los tiempos de Alejandro, antes de los tiempos de Ciro, profesaban una misma teogonía, al menos en cuanto se refiere á los doce dioses mayores; admitían unos mismos mitos, recordaban unas mismas leyendas.

Y si es cierto que unos mismos dioses, unos mismos mitos, unas mismas leyendas, no pueden ser indígenas de diversos paises, es preciso convenir en que el politeismo itálico no fué obra de Numa, ni el politeismo griego fué obra de Orfeo, ni el egipcio fué obra de Hermes, ni el asirio fué obra de algun venerable personage.

El hombre privilegiado que en un país hubiera ideado el politeismo pagano, hubiera sido el fundador de todas las religiones clásicas del mundo antiguo.

Si ese genio excepcional hubiera sido heleno, Grecia sería la cuna primitiva del paganismo mitológico, como pudo en su tiempo creerlo Quinet; pero cuya opinión en vista de los estudios mitológicos, lingüisticos, etnográficos y hierológicos de nuestros dias, es hoy de todo punto insostenible.

Por mucho tiempo se creyó, bajo el testimonio de los clásicos griegos y romanos que los dioses olímpicos eran originarios de Etiopia, y que de la Etiopia pasaron al Egipto, y de este á la Grecia, y de esta al Asia menor, á Italia. Pero ¿quién osaria hoy defender esa opinión, tan opuesta á las mas fundadas conclusiones de la mitología comparada y de la crítica moderna?

Hoy ya nadie desconoce que el paganismo es hijo del Oriente, como fué hijo del Oriente el monoteismo primitivo, como es hija del Oriente la humanidad.

Y ¡rara coincidencia! Todo viene á comprobarnos que los Olimpos del paganismo se poblaron en todas partes con dioses venidos los unos de Asiria y Caldea, provenientes los otros del vedismo de la India.

Pues bien, ni en Mesopotamia, ni en la India se creyó que la religión politeista fué obra del génio organizador de algun personaje ilustre; ni la Caldea, ni la India tuvieron un Rey-Pontífice, como Numa; un patriarca legislador como Zoroastro, un vate divino é hijo de dioses, como un Orfeo, un génio de la sabiduría inspirado al soplo de la divinidad, como Hermes.

La Caldea nos ofrece grandes centros hieráticos, ilustres celegios de sacerdotes magos, que conocen los misterios de la religión por enseñanzas tradicionales. La India nos habla de los Richis, que cantaban los dioses nacionales, y á los Ribbús que enseñaron las ceremonias con que debian ser honrados.

Solo en estos paises el politeismo pagano se pierde en la noche de los tiempos, sin que se atribuya su establecimiento al genio del hombre, ni á la intervención directa de la divinidad.

Era propio de los pueblos que recibieron de otros pueblos sus teogonías, disfrazar esa importación extrangera, suponiendo que algun hombre privilegiado fué suscitado exprofeso por la divinidad, para determinar las formas religiosas adoptadas por ellos.

Tan cierto es que los legisladores sagrados que intervinieron en la organización y consolidación de las antiguas nacionalidades, no fueron los fundadores de las religiones por estas profesadas, que todo indica que el orgullo nacional les atribuyó esa misión, unicamente para no confesar el orígen ex-

tranjero de sus teogonias y de sus leyendas hieráticas.

Asi es como la Asiria y la India, que tambien tienen sus héroes y su ciclo épico, no aducen ningun personaje ilustre que les enseñara los nombres, los atributos, los misterios de sus dioses y la necesidad de honrarlos; y asi es como podemos esplicarnos la formación del politeismo caldeo y védico por degeneración gradual del monoteismo primitivo; extendiéndose desde aquí á los demás pueblos, porque esa es la cuna del género humano.

Solo un pueblo tiene ciencia cierta de sus orígenes religiosos, y posee un legislador histórico: ese pueblo es el hebreo y su legislador Moisés.

Pero si ese pueblo es el único que conservó intacto el monoteismo primitivo, es porque conservó la primitiva revelación intacta tambien.

Queda expuesta por tanto, la solución que la ciencia moderna se vé obligada á dar al problema religioso, al hecho histórico llamado religión; y á esta solución ha contribuido grandemente la asiriologia, proporcionando así á la Biblia un triunfo espléndido, además del de su autenticidad, como lo hemos demostrado en la parte segunda de nuestro Viaje Bíblico.

Mas, para que se contemple en toda su amplitud el triunfo de la religión ante la ciencia contemporánea, queremos mencionar el ensayo de armonía entre la fé y ciencia que constituyó la materia de un discurso y que reiteraré aquí con pequeñas alteraciones, á fin de que se vea como es valadí la afirmación de los que creen que existe contradición entre la revelación y la ciencia; y para que no se crea limitado á la asiriología y etnología el triunfo de la Biblia.

Paralelo científico religioso

Consistirá el presente estudio en un somero ensayo acerca de cuán fácil es demostrar la armonía entre la religión y la ciencia en los puntos en que ambas dicen relación con los mas importantes problemas de los conocimientos humanos y los recientes descubrimientos de las ciencias modernas, para persuadir de camino, á los defensores de la santa causa, que en el momento histórico actual es absolutamente necesario en los católicos y especialmente en los eclesiásticos, el concurso de las ciencias naturales, como auxiliares poderosos de la teología, para la controversia religiosa y apología del catolicismo.

Hoy día, sin marcado desdoro, no debe ningún publicista católico, rehuir el ocupar el puesto que se le señale en las lides de la inteligencia y en el terreno predilecto de la época presente.

Combate reñidísimo libra en nuestros tiempos el espíritu de incredulidad contra la Iglesia Católica y por ello, como buenos, debemos defender á esa depositaria de la verdad, cada uno en la medida de sus fuerzas y de sus talentos, sin cejar ni desmayar un punto en esa lid intelectual y científica.

En ordenado escuadrón trae hoy la incredulidad bajo sus banderas á todas las ciencias para que le auxilien en la lucha que contra la Iglesia ha promovido.

Hay pues, que colocarse á la altura de las exigen-

cias del combate; y nuestra más levantada y digna misión es la de hacer católica la ciencia; la de arrebatar su dirección á la impiedad, que tanto se engríe con su pretendida conquista; y para ello debemos descender del terreno teológico al de las ciencias naturales, como lo hacen con tan benéficos resultados tantas Asociaciones científicas, y de una manera esplendorosa los Congresos científicos internacionales de los católicos, iniciados en Francia. Y ¿cómo conseguirémos ésto, si no logramos enseñorearnos de ese amplísimo campo de la ciencia hasta en sus últimos y lejanos horizontes, yendo asi al frente del gran movimiento intelectual que se opera en los tiempos modernos?

Por esta razón debemos afirmar que no es solamente la ciencia teológica la que deben cultivar hoy los ministros del Santuario. Ella, ciertamente, será siempre la reina de las ciencias, y la que entraña mayor interés para la humanidad, pues se ocupa de tan altísimos é importantes objetos.

Excusado es hacer su encomio, porque es innegable su importancia; véase sin embargo, lo que de ella dice magníficamente Donoso Cortés: «La teología católica es un sistema de civilización completo: tan completo que en su inmensidad lo abarca todo: la ciencia de Dios, la ciencia del ángel, la ciencia del universo, la ciencia del hombre.... La humanidad entera ha cursado por espacio de diez y nueve siglos en las escuelas de los teólogos y doctores; y al cabo de tanto aprender, y al cabo de tanto cursar aun no ha llegado con su sonda al fondo del abismo de su ciencia. Allí aprende cómo y cuándo han de acabar, y cuándo y cómo han tenido principio las cosas y los tiempos.

Allí se le descubren secretos maravillosos que estuvieron siempre escondidos á las especulaciones de los filósofos gentiles y al entendimiento de sus sábios; allí se le revelan las causas finales de todas las cosas, el concertado movimiento de las cosas humanas, la naturaleza de los cuerpos y las esencias de los espíritus, los caminos por donde andan los hombres, el término adonde ván, el punto de donde

vienen, el misterio de su peregrinación y el derrotero de su viaje, el enigma de sus lágrimas, el secreto de la vida y el arcano de la muerte.... Llámase esta teología *católica* porque es universal; y lo es en todos los sentidos y bajo todos los aspectos; es universal porque abarca todas las verdades; lo es porque abarca todo lo que todas las verdades contienen; lo es, porque por su naturaleza está destinada á dilatarse por todos los espacios y á prolongarse por todos los tiempos; lo es en su Dios y lo es en sus dogmas». *(Ensayo sobre el catolicismo*, etc.)

Pero si esto es cierto, no lo es menos que la teología utiliza todos los conocimientos humanos para dar mayor fuerza y robustez extrínseca (*ad extra*, como dicen los escolásticos) á muchas de las pruebas que se basan en la revelación ó en la autoridad de algún agiógrafo, y á los argumentos de pura razón teológica; y también para rechazar las impugnaciones del racionalismo, que vá á buscar sus armas en el inmenso arsenal de las ciencias filosóficas y naturales. Estas son pues, poderosos auxiliares de la teología, y sí su concurso para la defensa de la verdad católica ha sido en todo tiempo conveniente, *rationabile obsequium fidei*, en el momento histórico actual es absolutamente imprescindible para la controversia y para la apología.

Pocas discusiones de pura razón teológica se ofrecen sostener al apologista católico, si no es con algún sectario iluso del protestantismo ó con algun vergonzante jansenista.

Ya no hay pelagianos, ni partidarios de Eutiques ni de Nestorio: es bueno, sí, conocer esos errores porque algunas veces pueden relacionarse con otros modernos; pero no está ahí hoy el verdadero peligro para la verdad religiosa; es por otra parte que acuden los sectarios del racionalismo á dar el asalto á la Iglesia Católica. El naturalismo ateo: hé ahí el espantable Briareo que se ha levantado en nuestros tiempos contra el catolicismo, pretendiendo ahogarle entre sus gigantescos brazos, que, sin embargo, caerán desfallecidos como los de tantos otros pretendidos titanes: el ya olvidado arrianismo, que

hizo gemir al mundo, y el protestantismo, poderoso antes, hoy cadavérico.

El naturalismo positivista, al servirse de las ciencias modernas, es un sofisma sumamente peligroso, por lo mismo que los argumentos que expone contra la verdad católica son prácticos y asequibles á todas las inteligencias. Admitiendo como única y primera causa de la creación, y por consiguiente de todos los fenómenos físicos y orgánicos, la acción fatal de leyes naturales, que existen con independencia de la voluntad divina; al admitir ésta, su principal objetivo es la destrucción del órden sobrenatural; y por ello combate sin tregua ni descanso las verdades que, referentes á la creación del mundo y al orígen divino de nuestra religión, consignan los Libros Santos.

Para sostener esta lucha titánica trae en su auxilio, como á obedientes conscriptos, á todas las ciencias cosmogónicas y zoológicas; á la ástronomía, á la geología, á la pateontología, á la biología y á la antropología, y hasta á la lexicografía.

Pertrechado el naturalismo con tales armas de nuevo temple, ha atacado rudamente y con tono triunfal la verdad católica, creyendo poder destruirla.

El ha registrado con ese objeto la corteza del planeta que habitamos, estudiando las revoluciones que han tenido lugar en nuestro globo, y descendiendo á los estratos sedimentarios, á esas inmensas catacumbas de las faunas y floras extinguidas, para hallar los restos orgánicos de éstas y poder desmentir así la narración cosmogónica de Moisés.

Incansable en su tarea, el estudio de la anatomía comparada le ha suministrado argumentos especiosos para probar á su modo el orígen simíaco del hombre y hasta la unidad específica de todos los organismos.

A su ávida y escudriñadora mirada no se han escapado los monumentos dejados por las generaciones que fueron, y con las tablas astronómicas y los zodiacos egipcios, ha venido á decirnos que la cronología bíblica es un absurdo; y así, y de idéntico modo, apelando á todas las ciencias, de

todas ellas ha sacado argumentos para impugnar los dogmas de la Iglesia y las verdades de ellos deducidas.

Y ¿á este enemigo hábil, parapetado tras esa inmensa balumba de pretendida ciencia, y que nos argumenta con hechos, podremós contestar victoriosamente aduciendo razones puramente teológicass Si así obramos, léjos de derrotarlo, no haremos otra cosa que dar márgen á que esfuerce la vocinglería de su incredulidad y proclame lo absurdo de los dogmas.

Así, por ejemplo, á nuestras pruebas teológicas y demostraciones bíblicas de que el orígen del hombre es distinto de el del cuadrumano, responderá el naturalismo presentándonos el cráneo hallado en la caverna de Neanderthal, cuyo hueso coronal le da gran parecido al frontal del gorila, y diciéndonos: hé ahí el *homo simiacus*, el nexo que une al hombre actual con el gorila, su verdadero progenitor.

¿Què contestaríamos á esto? Seguiríamos en la discusión con nuestra argumentación teológica? Seguramente que no; pero valiéndonos de la craneoscopía, podríamos demostrar triunfalmente que, mientras el hueso coronal del gorila es sólido en la parte superciliar, el del cráneo de Neanderthal tiene una gran cavidad interior, que marca la existencia de lóbulos encefálicos en aquella región, y por tanto, gran desarrollo de los órganos perceptivos. En una palabra, tendríamos que hacer un trabajo concienzudo y especial como el del eminente Pruner-Bey, cuando estudió dicho cráneo.

A argumentos especiales sólo se puede contestar cumplidamente con razones tomadas de la determinada ciencia á que correspondan aquellos. Por tanto el apologista, sacerdote ó seglar, que no esté iniciado en las ciencias naturales y que desconozca la crítica racional, no puede defender ventajosamente la Religión de los múltiples y reiterados ataques de sus enemigos.

∴

Es notorio que entre las diversas cuestiones que llaman vivamente la atención de los espíritus pensadores, ninguna ha excitado un interés tan universal como la de las relaciones entre la religión y la ciencia, y más especialmente las relaciones entre la ciencia moderna y la Iglesia católica.

Los que dejan á otros pensar por ellos, que se contentan con las informaciones de segunda mano, que adquieren frecuentemente en las columnas de diarios sin fe y de revistas hetorodoxas por sistema, y aun personas que tienen conocimientos mas perfectos, parecen encontrarse bajo la impresión y á las veces convicción, de que existe realmente conflicto entre las enseñanzas de la Iglesia y las conquistas de la ciencia.

Mas aún; hasta llegan á creer que los dogmas de la Iglesia son inconciliables con las conclusiones de la ciencia moderna, y que, en una palabra, si la Iglesia quiere marchar de acuerdo con los progresos de los conocimientos humanos, debería no solamente modificar muchos de sus dogmas, sino también abandonar varios de entre ellos.

Me propongo por tanto, demostrar la falsedad de semejante aseveración. Para ello examinaré desde luego las principales objeciones propuestas en nombre de la ciencia moderna contra la enseñanza de la Iglesia, para que se vea tan clara y sucintamente como sea posible, la naturaleza y el fin de la Religión y de la ciencia, lo que son actualmente, lo que han sido y serán siempre en todo caso las relaciones entre la Iglesia y la ciencia, la fé y la razón. (1)

Aunque entre en mi plan hablar de la Iglesia en sus relaciones con la ciencia, no intento, sin embargo, constituirme en apologista de la Iglesia, como quiera que *la Iglesia no tiene necesidad de apologistas*, porque la historia de su pasado es su mejor apología.

Su razón de ser resplandece en las transformaciones maravillosas que ha realizado, en la condición moral, social é intelectual del género humano

(1) Es muy clara y precisa á este respecto, la definición de la Iglesia, contenida en la «Constitución dogmática de la Fé Católica» del Concilio Vaticano:

«*De la fé y la religión.*—La Iglesia católica ha sostenido siempre y sostiene ahora, que existen dos clases de saber, distintos uno de otro, tanto en su principio como en cuanto á su objeto. En cuanto á su principio, porque en el uno sabemos por la razón natural y en el otro por la fé divina; en cuanto á su objeto, porque además de aquellas cosas que nuestra razón natural puede alcanzar, se presentan á nuestra creencia misterios ocultos en Dios que, á menos que Él los revele, no podemos llegar á saber.

La razón, ciertamente, iluminada por la fe, puede llegar por la gracia divina á alguna comprensión, limitada en extensión, pero saludable en sus efectos, de los misterios, tanto por analogía de las cosas que le son naturalmente conocidas, como por la conexión de los mismos misterios entre sí, y con el destino final del hombre. Pero nunca puede ser capaz la razón de comprender completamente los misterios, como comprende aquellas verdades que forman su propio dominio. Los misterios de Dios, en su propia naturaleza, sobrepujan tanto á los límites de la naturaleza creada, que aún enseñados por la revelación y recibidos por la fe, quedan cubiertos por la fe misma como con un velo, y ocultos, como si dijéramos en las tinieblas, por tanto tiempo como dura esta vida mortal.

Pero aunque la fe esté sobre la razón, nunca habrá ningún desacuerdo real entre ellas, puesto que el mismo Dios, que revela los misterios é infunde la fe, ha dado al alma del hombre la luz de la razón, y Dios no puede negarse á sí mismo, ni puede una verdad contradecir á otra. Luego, la sombra vana de estas contradicciones viene principalamente de que, ó las doctrinas de la fe no son comprendidas y enseñadas como la Iglesia realmente las entiende, ó las falsas teorías y opiniones de los hombres son errores no dominados por la razón. Declaramos, por lo tanto, como falsa toda aserción que sea contraria á la luminosa verdad de la fe.

Además, la Iglesia, que á más de la misión apostólica de enseñar á los hombres, está encargada también de la custodia del depósito de la fé, tiene, como Dios, el derecho y el deber de condenar «el saber, falsamente llamado así, por temor de que el hombre pueda ser seducido por la vana filosofía.» De aquí, pues, que no solo está prohibido á todo buen cristiano defender como conclusiones legítimas de la ciencia aquellas opiniones que se sabe son contrarias à la doctrina de la fe, especialmente si están condenadas por la Iglesia, sino que está, además, obligado á tenerlas por errores revestidos con el aspecto de la verdad.

No solo es siempre imposible que la fe y la razón se contradigan entre si, sino que más bien se favorecen mutuamente, puesto que la recta razón establece los cimientos de la fe y con ayuda de su luz cultiva la ciencia de las cosas divinas; y la fe, por otra parte, libra y preserva á la razón de errores, enriqueciéndola con conocimientos de muchas clases. Tan distante está, pues, la Iglesia de oponerse á la cultura de las artes y ciencias humanas, que antes las promueve y estimula de varios modos, pues no ignora ni desprecia las ventajas que de ellas se desprenden para la vida del hombre; al contrario, reconoce que vienen de Dios, Señor de todo saber, así que si son estudiadas rectamente, con ayuda de la gracia, conducen à Dios. Ni prohibe á ninguna ciencia el uso de sus propios principios y métodos dentro de su propia esfera; pero, reconociendo esta razonable libertad, nacida de que no pueda contradecir la enseñanza de Dios, caer en errores ó traspasar los verdaderos límites, é invadir ó introducir confusión en el campo de la fé.

Pues la doctrina de la fe revelada por Dios no ha sido propuesta, como algunos descubrimientos filosóficos, para ser perfeccionada por el ingenio humano, sino que se ha entregado á la Iglesia de Cristo, como un depósito divino para ser fielmente guardado y enseñado.

De aquí que todos los puntos de la santa fe han de ser explicados siempre, segun el sentido y la intención de la Iglesia; ni es permitido jamas separarse de ellos so pretexto ó color de una explicación mas luminosa. Por lo tanto, á medida que pasen las generaciones y los siglos, crezcan la inteligencia, el saber y la ciencia de todos y cada uno, y de toda la Iglesia; pero no obstante, consérvese puro é inviolable el sentido y la interpretación y creencia de la misma doctrina.

desde su aparición en el mundo. Toda la civilización, todas las luces de que gozamos, todo lo que hay de grande, de bueno, de sublime en la humanidad le pertenece.

Ella sola hizo posible la condición actual de las sociedades, y es á ella á quien debemos agradecer sus ventajas y sus bienes; sin ella la civilización, tal como la comprendemos ahora, hubiese sido eternamente imposible; sin ella no seríamos mejores que nuestros antepasados lo eran en el momento en que la Iglesia asumió la misión de purificarla y espiritualizarla diez y ocho siglos hace.

La Iglesia no tiene tampoco ninguna retractación que hacer; porque ella no sabe lo que es hacer concesiones en lo que ha definido ser dogma de fé. Consciente de su orígen divino, de la presencia perpetua en ella del espíritu de verdad para asistirla y preservarla del error, continúa su misión sublime de maestra, á despecho de todo lo que se diga ó haga contra ella; y por consiguiente, todo lo que la Iglesia enseña debe ser aceptado como una verdad divina, á pesar de todo lo que una pretendida ciencia puede enseñar en contrario.

Puestas estas premisas, procederé, á manera de ensayo, al exámen de las principales dificultades que el racionalismo cree haber encontrado contra la revelación.

Es sabido que las objeciones generalmente invocadas, y á las que se les da más importancia, son aquellas á las cuales dan una apariencia de realidad *los recientes estudios antropológicos, geológicos y astronómicos;* y aunque existen otras deducidas de las investigaciones y descubrimientos realizados en las otras ramas de la ciencia, los argumentos tomados de las ciencias mencionadas, son aquellos sobre los cuales se apoya principalmente el racionalismo en las controversias con los defensores de la verdad revelada.

Ahora bien, las objeciones principales sacadas de la geología contra la Biblia tienen por punto de partida *ciertos pasajes del Génesis,* y sobre todo, la interpretación dada al capítulo primero sobre la creación del mundo.

Estas objeciones tienen tanta importancia, como es grande su interés; y si estuviesen bien fundadas, sería necesario desesperar de lograr la conciliación entre las enseñanzas de la ciencia y los dogmas de la Iglesia.

Entre otras cuestiones, comprenden las siguientes, que son fundamentales: la edad del mundo, los dias de la creación, el origen y antigüedad del hombre, la unidad de las especies y la teoría de la evolución, de las cuales me ocuparé con la extensión suficiente, aunque lacónica, para dar una solución satisfactoria.

∴

Edad del mundo. — Los astrónomos y geólogos afirman que millones y centenares de millones de años han transcurrido desde la creación del mundo, si ya no es eterno. Por consiguiente, dicen, la ciencia está en contradicción directa con la opinión generalmente admitida, que no hace remontar la creación del mundo más allá de *ocho* mil años.

Pero aquí, desde el principio, se cometen varios engaños. Se toma una opinión por una doctrina definida por la Iglesia, mientras la Iglesia jamás ha definido nada relativamente á la edad del mundo, y probablemente jamás definirá nada semejante, porque la edad del mundo nada tiene absolutamente que ver con lo que constituye el objeto de su enseñanza: el código moral y religioso de la humanidad.

Además se pretende hacernos creer que las conclusiones de la ciencia, relativamente á la edad del mundo, están en desacuerdo con la Sagrada Escritura, mientras que en realidad la Bíblia *en ninguna parte* dice cosa alguna sobre la materia, excepto lo contenido en las primeras palabras del Génesis: «*In principio creavit Deus coelum et terram*: en el principio crió Dios el cielo y la tierra» enseñándonos con ello únicamente el dogma de la creación.

Pero ¿cuándo tuvo lugar ese principio? Nadie

lo sabe. Nada evidentemente está ménos definido, pues bien pudo ser hace ocho mil años ó quinientos millones de años, como algunos cosmólogos lo pretenden.

La Sagrada Escritura nada definido enseña, más que las citadas palabras, y la Iglesia jamás ha hecho declaraciones á este respecto; de manera que se deja á los sábios toda la latitud que pueden desear al tratarse de la creación del mundo.

Es cierto que algunos comentadores del texto sagrado han emitido la opinión de que la creación del mundo fué simultánea con la del hombre, lo cual es disculpable, como quiera que cuando escribían, ninguna razón existía en contrario; y por tanto creyeron que la creación del mundo se remontaba á unos ocho mil años, como la del hombre.

Pero evidentemente la opinión de estos comentadores no puede ser confundida con la enseñanza oficial de la Iglesia; de la misma manera que no podemos decir que las teorías ó hipótesis de los sabios individuales, deben siempre ser aceptadas como verdades demostradas por la ciencia.

Si esta distinción entre la opinión y la doctrina, entre la teoria y la demostración se tuviese perpetuamente presente, no se oiría hablar tanto de pretendidos conflictos entre la ciencia y la religión: el nombre verdadero sería «conflicto entre comentadores y ensayos científicos.»

Los días de la creación.—Se ha admitido, en efecto, y no había razón para lo contrario, mientras el estado de la geología no había abierto nuevos datos á la ciencia, que los seis días de que habla el Génesis eran días ordinarios de 24 horas. Pero la geología y la astronomía han descubierto edades prolongadas durante esos seis días, y por consiguiente parece que la Escritura cometería un error.

Mas, examínese de nuevo el texto sagrado, y se descubrirá que los días en cuestión no significan necesariamente días de una duración media de veinticuatro horas, sino que pueden ser interpretados como períodos indefinidos de tiempo.

Más aún: una evidente presunción, proporcionada por el mismo texto sagrado, nos indica que los días de la creación fueron, no días solares, sino al contrario, *períodos de tiempo*, exactamente como lo exigen los geólogos y astrónomos modernos.

En efecto, según la Sagrada Escritura, el sol (en cuanto luminar de la tierra) no apareció sino en el *cuarto* día; por consiguiente, no existían alternativas de día y noche, como al presente, ni ningún medio de dividir el tiempo en días de 24 horas, como lo fué recien al cuarto día, después que apareció el sol como astro luminar.

Y esta interpretación no es nueva, ni una de aquellas que hubiesen exigido los progresos de las ciencias modernas. Es cierto que las recientes investigaciones han hecho que esta interpretación sea hoy día generalmente admitida; pero ya en tiempos de San Agustin, y aun antes, la dificultad de considerar los seis días del Génesis como días ordinarios, había llamado la atención de los intérpretes sagrados.

Y en verdad, el mismo Santo, en su tratado magistral sobre el Génesis, se inclina por la opinión, mucho más razonable, de que los días mencionados eran períodos indefinidos de tiempo. Y en esta opinión ha sido seguido por los más grandes teólogos y comentadores de la edad media, entre otros, por Alberto Magno y Santo Tomás de Aquino.

El ángel de las escuelas dice, que la opinión que hace de esos días genesíacos periodos de tiempo, es más razonable, la más adaptada para defender el texto sagrado de los ataques de los incrédulos, y que es la que más le agrada. ¡El génio de la fé adelantándose á la ciencia!

Y esta opinión no podrá jamás ser considerada como de iniciativa de la ciencia moderna, aunque los recientes descubrimientos la hayan hecho más probable; sostenida por San Agustin y los más grandes doctores de la Iglesia durante la edad media, es hoy casi universalmente adoptada.

Como en la cuestión de la edad del mundo, la Iglesia tampoco se ha pronunciado en esta otra

de las épocas, y probablemente no se pronunciará jamás por la razón indicada.

Es una opinión que no contradice absolutamente en nada ninguna de sus enseñanzas, y que lejos de ser contraria á ninguna de las afirmaciones de la Sagrada Escritura, es la única que parece ser sostenible, independientemente de la luz con que la ciencia moderna la ha esclarecido.

Es, pues, en definitiva una opinión libre para creyentes y no creyentes admitir los dias de la creación como verdaderos dias solares ó como períodos indefinidos de tiempo. No hay, por tanto, conflicto alguno.

∴

La teoría de la evolución—La teoría de la evolución, aunque haya sido muy poco discutida antes de estos últimos años (época de la aparición de la obra de C. Darwin sobre el *origen* de las especies) es al presente de un interés superior al de otra cuestión cualquiera.

Ha sido tratada en las revistas y diarios, discutida en los ateneos y academias, y hasta tiene ya su literatura propia.

Es el lugar común de todas las conversaciones y disputas; todos hablan de evolución, de transformismo y darwinismo, y generalmente sin saber otra cosa sobre la materia que este hecho: que cierto naturalista ha afirmado que el hombre desciende del mono.

Aunque no podamos ni siquiera dar un resúmen de la enseñanza de los evolucionistas, podemos recordar ciertos hechos y ciertos principios que bastarán á nuestro designio.

Uno de los principios fundamentales de la evolución, el único que nos atañe particularmente, es el que proclama que *las más altas formas de la vida* animal y vegetal son derivadas por intermedio de las fuerzas naturales, de formas inferiores; y que estas formas inferiores de la vida *orgánica* han sido producidas á su vez por la acción de las

fuerzas de la naturaleza sobre la materia *inorgánica*. Los evolucionistas están todos de acuerdo sobre este solo punto, pero muy divididos acerca de las causas en juego para este desarrollo del mundo orgánico, ó del procedimiento por el cual ha pasado de lo que era á lo que es hoy día; aunque en cuanto á lo que voy á decir á este respecto, esta diferencia de opiniones carece de importancia.

Esto supuesto, empiezo por constatar desde luego que la evolución, léjos de ser una teoría, es una simple hipótesis, una suposición basada sobre otras muchas suposiciones. Ninguno de los que han estudiado la cuestión, aun con mediano empeño, y que perciben las distinciones entre una teoría y un dogma, entre una hipótesis y un hecho demostrado, no pretenden que sea algo más.

Supone verdadera, en primer lugar, la *hipótesis mecánica* de Laplace sobre la formación del Universo, tal cual está formulada en su célebre *hipótesis de la nebulosa*; en la que sostiene que la tierra y todos los cuerpos celestes han existido al principio en estado *incandescente*, como inmensas nubes de torbellinos de fuego, las que después de incalculable lapso de tiempo, se condensaron en los cuerpos sólidos que llamamos globos, las estrellas, soles y planetas.

Esta aserción, por su propia naturaleza es una hipótesis, que tendrá todas las probabilidades imaginables, pero que jamás podrá ser demostrada.

Podrá parecer más ó ménos plausible á los astrónomos, á los físicos, y á los geólogos, pero jamás podrá llegar al rango de teoría. Es, si se quiere, la mejor explicación mecánica de la formación del Universo que se ha dado hasta aquí, pero nada más que un ensayo de explicación de un hecho que no será jamás conocido con certeza sin una revelación divina.

Pero lo esencial de la teoría de la evolución consiste en suponer que la materia *orgánica* deriva de la materia *inorgánica* por la sola intervención de las fuerzas de la naturaleza.

He aquí las palabras de Huxley: «Si la hipótesis de

la evolución es verdadera, la materia *viviente* ha debido surgir de la materia *no-viviente*; porque, por hipótesis, la condición del globo ha sido tal en otro tiempo, que la materia viviente no podía existir, puesto que la vida es incompatible con el estado gaseoso.»

Por tanto, la teoría de la evolución admite la *generación espontánea*, que es la producción de un ser sin gérmen preexistente, un efecto sin causa; hipótesis contraria á la evidencia científica irrefutable, que la rechaza y niega.

Quien quiera que haya seguido las investigaciones hechas sobre este asunto por el eminente sábio Pasteur para refutar triunfalmente las ingeniosas objeciones de Tyndall, se verá obligado á admitir, cualesquiera que hayan sido las ideas preconcebidas, la fuerza de su argumento contra la posibilidad de las generaciones espontáneas.

Después de haber sido publicadas las investigaciones de estos eminentes experimentadores, ninguna persona de algun valer científico ha podido dejar de ver en la generación espontánea una hipótesis caduca, añeja y absurda.

El mismo Darwin consideraba la generación espontánea como *un resultado absolutamente inconcebible*. El doctor Carpenter, uno de los más eminentes biólogos del siglo, la considera como una hipótesis atolondrada; mientras el célebre naturalista Vichow, en el Congreso de sábios de Munich, no titubeaba en afirmar que *es una teoría que carece en su favor de toda prueba, y enteramente desacreditada.*

∴

La evolución supone tambien y se basa en *la transmutación de las especies*, transformación rápida ó por grados de una especie animal ó vegetal en otras. Pero es una suposición que no está autorizada por prueba alguna, ni siquiera la más débil. No existe hecho alguno en toda la serie de las ciencias naturales que pueda invocarse en favor de la transmutación de las especies; no podría citarse

un solo ejemplo de una especie cualquiera, sea planta ó animal, que por la acción de las fuerzas naturales ó por artificio del hombre, se haya cambiado en otra especie. El criador de pájaros y el florista pueden producir variedades, pero jamás una especie, como lo demuestra M. de Quatre-Fâges.

Se han producido diferentes variedades de rosas, diferentes variedades ó razas de palomas; jamás una nueva especie de rosas ni de palomas.

Y sin embargo, si algo de verdad existiese en la teoría de la transmutación de las especies, se hubiese descubierto ciertamente alguna prueba concluyente de su realidad.

¿Qué es lo que no se ha investigado y examinado con este fin? Durante largos años en experimentos y exploraciones científicas, millares de observadores han estudiado millares de especies y millones de individuos animales y vegetales, en todas las partes del mundo; y sin embargo no se ha descubierto un sólo ejemplo que justifique semejante hipótesis, absolutamente indispensable á la teoría de la evolución.

La paleontología ha descubierto una fauna y una flora fósiles, y nada tampoco se encuentra en favor de la transmutación de las especies.

Así es que Huxley, á pesar de todas sus tendencias evolucionistas, se ve obligado á admitir como conclusión clara, al hablar de la hipótesis darwinista, que tratándose de pruebas, no ha sido demostrado que un grupo de animales con todos los caracteres de una especie natural, haya jamás tenido su orígen en la selección artificial ó natural.

Ahora bien, si no existen pruebas de la transmutación de una especie en otra en las formas inferiores de la vida, menos existirá al considerar *la transformación de la forma animal más elevada, cual es el hombre*

Entre la creación bruta y más perfectamente desarrollada y el hombre dotado de todos los dones maravillosos del alma y del genio, existe una distancia infinita, que ningún eslabón ó série de eslabones podría unir.

Entre la expresión más elevada del instinto de

los brutos y las manifestaciones más rudimentales de la razón humana, existe una distancia tan grande, como la que separa la tierra de los cielos.

He aquí algunas de las suposiciones de los evolucionistas, absolutamente necesarias cada una de ellas para establecer la verdad de la hipótesis evolucionista, y sin embargo ninguna de ellas está fundada en un solo hecho demostrado.

¿Cuál será, pues, nuestra conclusión con respecto á *la evolución y á la fé?*

Al ménos, por no decir algo más, es esta: que la evolución no ha podido probar nada contrario á la enseñanza de la fé en razón de este simple hecho, que la evolución á lo sumo es una conjetura, una teoría, no solamente desprovista de toda prueba, sino absolutamente improbable.

Suponiendo, pues, que las hipótesis de la nebulosa, de la generación espontánea, de la transmutación de las especies, y todos los demás postulados necesarios para el establecimiento del hecho de la evolución, son realidades; suponiendo que el descubrimiento de nuevos hechos y que la naturaleza mejor estudiada llegasen á poner en evidencia ese tránsito de las formas inferiores de la vida á las formas superiores, de que hablan los evolucionistas, ¿qué resultaría?

Podría contentarme con decir que tengo el derecho de esperar, para responder á esta cuestión, que *se haga la luz sobre la evolución.*

Mientras ella no aparezca, complázcome en dar una idea más completa de la libertad de pensamiento de que gozan los católicos en lo relativo á esta cuestión y á las cuestiones semejantes.

∴

Antes de pasar adelante es conveniente establecer mejor el sentido de algunos términos mal comprendidos.

He dado la definición general de la evolución, definición que bastaba para el caso; pero como sus

partidarios están muy léjos de encontrarse acordes acerca de las causas y de la manera con que se ha realizado, convendrá definir las opiniones de las principales *clases de evolucionistas.*

Existen, desde luego, los evolucionistas ateos, que niegan la existencia del Creador, como Haeckel, Vogt, Büchner y sus discípulos. La segunda clase comprende la escuela de los evolucionistas positivistas, quienes, aunque no admiten la existencia de un Dios Creador, no la niegan esplícitamente, puesto que se contentan con decir que nc le podemos conocer, como Hebert Spencer, Tyndall, Huxley, Bain y Littré. Los evolucionistas de la tercera clase, los teístas, admiten la existencia de un Dios personal, sábios y filósofos eminentes como Owen, Herschel, V. Thompson, Gray, Vallace, Nadin y otros.

Un católico, como ningun filósofo espiritualista, no puede admitir la evolución en el sentido de los positivistas y ateos; pero ¿podrá admitirla en el sentido teísta?

Antes de responder á esta pregunta es necesario explicar un término esencial, *la creación,* que es la producción por el poder divino de un ser sin materia preexistente, esto es, *de la nada.*

Pero además de esta creación primitiva y absoluta, existe una creación secundaria y derivada, que tiene lugar, por ejemplo, cuando Dios, después de haber creado directamente la materia, le engendra ó imprime el poder de evolucionar, de adquirir por evolución todas las formas que puede tomar sucesivamente.

En este segundo sentido, Dios crea absolutamente la materia y le da ciertas propiedades ó facultades, llamadas fuerzas de la naturaleza, imprimiéndole *potencialmente* todas las formas, que evolucionarán mas tarde bajo la acción de las fuerzas y propiedades que le fueron comunicadas desde el principio del ser á la materia.

En tal hipótesis, la cuestión se reduce á estos términos: ¿existe en la teoría teísta de la evolución alguna cosa contraria á la Sagrada Escritura

ó á *la enseñanza de la fé católica?* Creo no proclamar una novedad, ni una opinión heterodoxa, al declarar con la más sincera convicción que no existe contradicción alguna.

Nunca he exigido á mi inteligencia más de lo que reclama la ortodoxia, de la cual tengo la gloria de declararme incondicionalmente adepto, porque al someterme á la fé, someto con orgullo santo mi razón á la Razón divina, que es la luz de las inteligencias estampada en nuestro rostro.

Según las palabras del Génesis, Dios no creó los animales y las plantas en el sentido estricto de la palabra *creación*, sino que hizo que fuesen producidos de materiales preexistentes: «que *la tierra produzca; que produzcan las aguas,*» dijo, expresando claramente que la creación de estas cosas era solamente secundaria ó derivada.

Aquí, pues, el modo de la producción de los sères es claro; pero la creación ¿fué instantánea ó fué realizada al través de ciertos períodos de tiempo, por obra de las fuerzas ingénitas de la naturaleza? Los animales y las plantas ¿fueron inmediatamente creados por el poder de Dios, ó lenta y gradualmente producidos por la evolución de la materia inorgánica, desarrollados por el tránsito de las formas inferiores á las superiores, según las leyes establecidas por Dios desde el principio?

La opinión vulgar es que la creación fué *instantánea;* pero los evolucionistas, teistas ó espiritualistas sostienen que fué gradual, como resultado de la acción de las leyes preextablecidas por Dios: las fuerzas y la materia.

En ambos casos, la acción creadora está afirmada igualmente; como quiera que los evolucionistas sostienen simplemente que Dios ha obrado potencialmente, mientras que los intérpretes ordinarios de la Escritura creen que ha obrado en virtud del ejercicio distinto de su poder infinito, que no parece admisible por la dignidad de la causa primera, que se vale de las causas segundas para el complemento de su obra.

Bien comprendido esto, creo muy claro que nada

existe contrario á la Escritura en *la teoría de la evolucion*, en el sentido teista.

Pero ¿no existe en contrario alguna definición dogmática ó la enseñanza comun de los Padres y Doctores de la Iglesia?

En cuanto á la Iglesia jamás se ha pronunciado sobre la materia, pudiendo afirmar que no existe una sola definición que implícitamente siquiera condene la evolución.

Pero podríamos ir mas léjos: ¿qué han dicho los Padres y Doctores de la Iglesia respecto á esta cuestión? No es necesario declarar que nada dijeron á este respecto explicitamente, porque no se conocia esa teoría.

Sin embargo, en su gran obra sobre el Génesis, San Agustin hablando de la creación de los animales y de las plantas, afirma varias veces su opinión de que debieron su existencia á la acción de las causas segundas ó naturales.

Del mismo modo, enseña él, que la semilla contiene en gérmen todo lo que contiene el árbol en pleno desarrollo; así el mundo, ó materia cósmica, despues de su creación por Dios, contiene todos los gérmenes de las formas de la vida que han sido creadas posteriormente.

Santo Tomas ha seguido la enseñanza de San Agustin respecto á la creación derivada, como el célebre teólogo Suarez y muchas otras grandes autoridades teológicas, pudiendo los que quieran enterarse de ello acudir á las fuentes; pero ¡cosa admirable! los comentadores de la Sagrada Escritura se han adelantado á la ciencia, previniendo sus conquistas y sospechas.

Vemos, pues, que el sistema evolucionista que reconoce á Dios como *Creador directo* de la materia y de la fuerza, y como *Creador indirecto*, por la intervención de las causas segundas, de las múltiples formas de la naturaleza orgánica que conocemos, no está en desacuerdo con las doctrinas católicas.

Por consiguiente, en el punto en que se encuentra la cuestión, la evolución no es contraria á la

doctrina católica y cada cual puede sostener libremente semejante teoría con tal que le satisfagan las pruebas de sus partidarios.

Pero el sistema de la evolución ¿podrá sin faltar á la fé extenderse hasta el hombre? No, en cuanto se refiere al alma; pero en cuanto á saber si la teoría teística de la evolucion puede comprender el cuerpo independientemente del alma, me contentaré con advertir que la afirmativa ha sido entre otros, defendida por un naturalista y sábio eminente, Sir George Mivart, profesor de la universidad católica de Lóndres, sin que haya sido condenado ni reprobado.

Así mismo la evolución es una teoría, *una teoría seductora*, como decía el gran Agustin, pero nada más.

Las fuerzas orgánicas han podido desarrollarse segùn las leyes de la evolución teista; pero ¿son acaso el resultado de la evolución? Trátase ahora, no de una cuestión imaginaria, sino de una cuestión de hecho. Ahora bien: á esta cuestión de hecho tenemos el derecho de responder con el eminente fisiologista alemán Du Bois Raymond, al proponerse una cuestión semejante: *Ignoramus, ignorabimus:* lo ignorámos y lo ignoraremos siempre.

Sabemos que Dios ha creado todo lo que existe, pero ¿cómo lo ha creado? es un misterio que no nos corresponde sondear. Sabemos que todo lo que es grande, sublime y bello en la naturaleza es obra de sus manos; aun cuando no pudièsemos jamás conocer mas de lo que al presente, acerca de la manera y de los procedimientos maravillosos que empleara; encontrándonos asi en presencia de uno de esos misterios del órden natural, cuya solución jamás se proporcionará por la ciencia.

Pero cualesquiera que puedan ser los progresos de las ciencias naturales, podemos confirmarnos en esta convicción, que en la evolución nada existe, fuera del sistema ateo ó positivista, que sea opuesto ó contrario á la enseñanza de la Iglesia, y esto nos basta para salvaguardar nuestra fé divina.

∴

Después de haber desvanecido la objeción más especiosa de los incrédulos deducida de la evolución, voy á proceder con orden al exámen de otras cuestiones que se consideran en los tiempos presentes como dificultades insolubles contra los teólogos: voy á hablar de las cuestiones tan agitadas de la unidad de la especie humana y de la antigüedad del hombre.

La cuestión de la unidad de la especie humana es una de las que desde siglos preocupa el espíritu de los filósofos y sabios; pero el empuje dado al estudio de las ciencias teológicas en la última mitad del presente siglo, le han dado un interès que no tuvo hasta aquí.

Ha sido vivamente discutida, no solo por la ciencia abstracta y los sentimientos filantrópicos, pero mas especialmente por los naturalistas prácticos, amigos de la verdad, por los filólogos, etnólogos y arqueólogos del mundo entero.

Todas las razas, todas las tribus de la tierra han sido visitadas en el interés de las ciencias; sus caracteres anatómicos y fisiológicos han sido estudiados y comparados, sus hábitos y costumbres han sido examinados con escrupuloso cuidado; sus lenguas y literaturas han sido escrutadas por literatos y sabios de todas las opiniones; sus anales y monumentos han sido escavados y escudriñados para satisfacer las exigencias de los eruditos y de las corporaciones científicas; sus tradiciones y creencias religiosas han sido examinadas hasta en sus menores detalles.

Los escritos jeroglíficos de los antiguos egipcios y de los monumentos precolombianos de América han sido en gran parte descifrados; las inscripciones cuneiformes han sido interpretadas é interrogados los restos del hombre prehistórico del antiguo y nuevo mundo.

Y ¿á que resultado se ha llegado?

A una armonía perfecta con la enseñanza de la Iglesia, que ha mantenido siempre, para honor de la humanidad y los destinos de la civilización, el hermoso y fundamental postulado de la filosofía

de la historia y de la economía de la redención, *la unidad de la especie humana.*

La importancia de la doctrina de la unidad de la especie humana, ó el hecho de que el género humano deriva de padres comunes, y de sus relaciones con algunas enseñanzas fundamentales de la fe, es tan evidente que no tiene necesidad de comentarios.

Sé que existen hombres apegados á teorías que quieren hacer prevalecer á toda costa, especialistas ávidos de notoriedad y vocinglería, que han defendido la hipótesis insostenible del poligenismo ó la multiplicidad de especies humanas; sé tambien que muchos han intentado ensayos de división del género humano en especies determinadas por la distribución geográfica, los colores, la lengua, y otros accidentes; pero nadie ha visto en sus teorías otra cosa que conjeturas imaginarias y sin fundamento, desechadas por la ciencia seria, que solo admite el monogenismo ó unidad de la especie humana.

La antigüedad del hombre—Algunos antropólogos sostienen que el hombre existe sobre la tierra desde mucho más tiempo que el que supone la creencia popular, y mucho más que lo que las declaraciones de los mismos textos sagrados autorizan á creerlo.

En lugar de los seis ú ocho mil años generalmente asignados, algunos sabios exigen unos cuarenta ó cincuenta mil, mientras que Lubbock con Lyell reclaman para el hombre una antigüedad de doscientos mil años, y otros aún llegan á señalar más de un millón de años.

Sostienen que los restos actuales del hombre prehistórico, sus utensilios é instrumentos de defensa encontrados en Europa y América obligan á modificar enteramente nuestras ideas sobre la antigüedad del hombre.

Pero ante todo, el *gran desacuerdo* entre los mismos sábios sobre el punto en cuestión, nos autoriza para ponernos en guardia. No existen siquiera dos que encaren la cuestión bajo el mismo punto

de partida ó que lleguen á igual conclusión, como resultado de las investigaciones.

Los geólogos en particular tienen gran empeño en dar una desmesurada antigüedad al hombre y al período durante el cual los animales y los vegetales han existido en la tierra.

Según Lyell, el período de existencia de la tierra se acerca á unos trescientos millones de años; mientras que el gran físico y matemático William Thompson y el profesor Tait, apoyándose en leyes bien conocidas de la física, han afirmado que es imposible que la vida haya existido sobre la tierra más allá de diez ó quince millones de años, la trigésima ó vigésima parte del tiempo reclamado por Lyell y sus secuaces.

Esto supuesto, considerando la proporción establecida por Lyell de la edad del hombre comparada con la edad de la tierra, esto es, de 1 á 15,000, encontramos á la luz de las conclusiones de Thompson, que la edad del hombre según las mismas cifras de Lyell, queda rebajada á un período comprendido entre 6,000 y 10,000 años.

La media, que no es más que una aproximación, es de unos 8,000 años.

Esta es, en todo caso, una conclusión decisiva contra las hipótesis aventuradas de los geólogos.

Además, los cálculos que se pretenden deducir para probar la remota antigüedad del hombre según la teoría prehistórica de las edades *de piedra* (paleolítica y neolítica), del *bronce* y del *hierro*, carecen absolutamente de base; desde que la duración de esas edades es relativa en las diversas regiones, y sólo representan las diversas y graduales etapas de la vida del hombre desde el estado salvaje al civilizado.

Los cálculos de Lubbock han sido completamente desechados; y por tanto no hay peligro de conflicto á este respecto, entre la ciencia y la fé.

Pero, ¿cuál será *la antigüedad del hombre según la Biblia*? Es un error suponer que las Sagradas Escrituras asignan una época determinada á la creación del hombre, ó al menos una data precisa, que

sirva para calcular desde cuánto tiempo ha existido el hombre sobre la tierra.

Las datas habitualmente inscriptas al principio de los capítulos ó partes de la Biblia, no constituyen textos de los libros inspirados, sinó simples determinaciones hechas por los diversos comentadores según los datos sacados por ellos del texto sagrado, vagos é inciertos, como que la mayor parte son las genealogías de los Patriarcas, los reinados de los príncipes, los períodos de servidumbre; de donde resulta que aún las versiones más antiguas de la Biblia, que actualmente poseemos, la versión hebriéca, la samaritana, la de *los setenta*, difieren entre sí en la cronología.

Ningun escritor ortodoxo, según Riccioli, eminente astronómo jesuita, hace remontar la data de la creación del hombre más allá de 7.000 años ántes de Jesucristo, ó menos de 3,700.

De los doscientos valores diferentes recogidos por el cronologista Destignoles, del tiempo corrido desde la creación del hombre hasta la venida de Jesucristo, la mas corta es de 3,483 años, la mayor de 6,984, con la diferencia de 3,501 años.

Añadiendo estos resultados á los años corridos desde la venida de Jesucristo, 1893, tenemos para la antigüedad del hombre un mínimun de 5,376 años y un máximun de 8,877.

La média de ambas sumas es de unos 7,000 años, resultado que muchos cronologistas consideran como mejor fundado que la cifra popular de los 6.000 años.

Como conclusión, añadiré que está admitido por los que han hecho el estudio de la Biblia un exámen sário, que según los datos de la misma, no sería prudente admitir más de unos *ocho mil años;* lo que está de acuerdo con el tiempo que los geólogos y astrónomos demuestran ser necesario para conciliar los hechos de la ciencia con los datos conocidos de las Sagradas Escrituras.

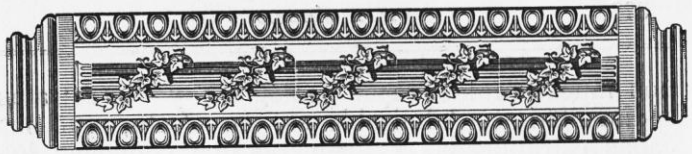
En cuanto á lo que concierne á la Iglesia, la antigüedad del hombre permanece siendo una *cuestión abierta;* jamás se ha pronunciado sobre este

asunto, sino que como en muchos casos semejantes, deja á los sábios la decisión según las investigaciones científicas.

En los càlculos de que he hecho mención, he tomado los resultados de los geólogos cuyas opiniones á este respecto son extremas; pero no faltan profesores eminentes en todos los ramos de las investigaciones científicas modernas, que sostienen que la antigüedad del hombre es mucho menor de lo que creen *autores exagerados*, y que ninguna razón válida obliga á hacerla más grande de lo que la opinión popular cree, á saber: 6,000 años.

En todo caso, prescindiendo de los cálculos fantásticos, semejantes á los basados sobre las cronologías indianas y chinas; ó de las conjeturas, como las fundadas en los restos descubiertos en las turberas y en las ciudades lacustres, no existe conflicto entre la ciencia y la religión en cuanto á la edad de nuestra raza.

Más aún, del mismo modo que estoy muy convencido de que *actualmente no existe conflicto*, estoy igualmente persuadido de que no habrá ninguno, y que por el contrario todo descubrimiento científico bien comprendido, vendrá, como en muchos casos ya ha sucedido, á confirmar la enseñanza de los Libros inspirados.



Confirmación de las reflexiones anteriores

La lucha suscitada en nombre de la ciencia, léjos de perjudicar al catolicismo le ha sido favorable en alto grado, pues á medida que las ciencias van progresando y que á su estudio se aplican los defensores de la religión, los argumentos hostiles al catolicismo, que de aquellas se han tomado, quedan destruidos, si no se convierten, como muchas veces sucede, en nuevas pruebas en su favor.

Así, en efecto, cuando en los primeros ensayos de las ciencias geológicas y paleontológicas, á cada nuevo descubrimiento batía palmas la incredulidad, creyendo que él destruia con muda elocuencia las verdades genesíacas expuestas por Moisés, ¿qué ha sucedido al llegar esas ciencias á su apogeo? Que se han convertido en el más poderoso auxiliar del catolicismo, demostrando que la cosmogonía bíblica es la ùnica racional entre todas, por más que su objeto no haya sido científico, sino religioso.

Un sábio ha dicho que si no fuese cristiano, el estudio geológico y paleontológico, conocida antes la exposición genesíaca que hace la Biblia, le habría obligado á admitir la revelación, porque no podía explicarse que Moisés, sin el auxilio de ésta, narrase, há mas de tres mil años, la creación de todas las cosas, siguiendo el mismo órden que hoy

nos muestran las capas geológicas y los estratos sedimentarios. ¡Admirable es, en efecto, que las capas estratificadas y fosilíferas que contienen los restos de las faunas y floras extinguidas, al ser examinadas, depongan en pro de la veracidad del texto sagrado con asombroso paralelismo!

El mismo órden en la creación sucesiva de los seres orgánicos que nos presenta Moisés, es el que encontramos en la colocación de los restos ó fósiles vegetales y animales depositados en las estratificaciones fosilíferas. Los primeros ejemplares del reino vegetal que se hallan en los más antiguos sedimentos, pertenecen á las celulares, y á seguida en los estratos devonianos, encontramos varias criptógamas, como las licopodiáceas, entre las que descuellan los gigantescos helechos arborescentes; pero las monocotiledóneas más perfectas y las dicotiledóneas no se presentan hasta el terreno hullero, por cima del calcáreo jurásico.

Ahora bien, en el sagrado texto vemos que Dios manda á la tierra que haga germinar *la yerba*, plantas que no producen fruto; y después *árboles de fruto, que los den según su género*, exactamente y con idéntico órden al que revela la yuxtaposición de estos primeros vegetales en sus inmensas catacumbas.

Los organismos zoológicos extinguidos se hallan estratificados en esas capas sedimentarias con arreglo al mismo orden que fija Moisés en la narración genesíaca. Así, después de los diversos órdenes de moluscos y de los crustáceos, hallamos en las más recientes capas silúricas, los cefaláspides, primeros peces, que siguen presentándose en sus innumerables familias por los estratos siguientes. Los saurios, los *reptiles de agua* de que nos habla el verso 20 del cap. I del Génesis, ó los *dragones* del verso 21 en el texto hebreo, que tanto dieron que reir al cínico Voltaire, con sus variedades de *iptiosaurios*, lagartos peces; *pterodáctilos*, saurios voladores, se encuentran en el calcáreo magnésico, y con más abundancia en el conchífero, formación perteneciente al *trias superior*, apareciendo

las primeras aves en los terrenos cretáceos, muy por encima por tanto, de los estratos que contienen los restos fósiles de los primeros peces y saurios.

Pues bien: léanse, después de esto, los versos 20 y 21 del cap. I del Génesis, y dígase si la ciencia no ha venido á confirmar con sus descubrimientos esta parte de la exposición genesíaca, que presenta el escritor sagrado.

Siguiendo el estudio de los estratos, hallamos en los más próximos los primeros *geobátracos*, reptiles geofílidos, y los mamíferos; revelándose así que con ellos terminó la creación sucesiva de los séres orgánicos que precedió á la del hombre, todo de conformidad con el Génesis. No es, pues, de extrañar que este sorprendente paralelismo entre el génesis mosáico y el órden de aparición que demuestran los restos orgánicos de las capas fosilíferas hiciera exclamar al sábio Ampére: «Ò Moisés tenía en las ciencias una instrucción tan profunda como la de nuestros tiempos, ó estaba divinamente inspirado.» Lo mismo declaran el eminente Cuvier y el gran naturalista Linneo, cuyas terminantes palabras son: «Demostrado se halla *materialmente* que Moisés no pudo escribir el Génesis del mundo sino bajo la inspiración de un poder más alto.»

Si de la paleontología comparada con la geología pasamos á la cosmogonía, vemos que el autor sagrado sabía, muchos años antes que Aristóteles, lo que ignoraron los sábios de la Grecia: que el cielo no es una bóveda fija, *firmamento*, como lo consideraba el Estagirita, sino la extensión, el espacio; pues no otra cosa significa la voz hebrea *raquiangh*, empleada por Moisés.

Y ¿no es esto lo que enseña la ciencia después de los descubrimientos de Copérnico, de Newton y de Herschell? Más aún: segùn Moisés la luz fué creada antes que el Sol y las estrellas y este aserto que dió lugar á las impías bufonadas de Voltaire, ha sido confirmado plenamente por la ciencia moderna, conforme con la opinión de sábios tan eminentes como Delitsch, de Humbolt y Dumas: de-

biendo notarse una circunstancia especial que se advierte en el texto hebreo; Moisés no dice: *Y la luz fué hecha*, sino: *y la luz se hacia*, expresando así una acción, no instantánea, sinó contínua, en armonía con la teoría científica moderna de la *emisión lumínica*.

∴

Vamos á insistir sobre los dias genesíacos ó períodos cosmogónicos de la Biblia, que tanto han dado que hablar á los incrédulos.

Es innegable como hemos visto, que largos períodos se han necesitado para el desarrollo completo de la vida animal y vegetal en nuestro planeta; como lo demuestran las ciencias geológicas y paleontológicas, bastando inspeccionar los estratos sedimentarios para convencerse plenamente de ello.

La depresión de las capas carboníferas de Nueva-Escocia, calculándolas á cuatro piés por siglo, no ha podido completarse en ménos de cuatrocientos mil años: por consiguiente la flora primitiva había aparecido antes de ese largo período de tiempo; las concreciones madrepóricas que forman los inmensos cantiles de la isla de Clermont-Tonnérre ha debido ir aglomerándose por espacio de doscientos mil años para elevar aquellas gigantescas moles; y esto sólo sin hacer mención del remotísimo período en que debieron vivir los infusorios que forman el *trípoli*, y que ha descrito Ehrenberg, revela el asombroso cúmulo de edades que separa la época genesíaca de los organismos zoológicos actuales, de aquella otra en que existió la fauna primitiva.

¿Cómo se concilia, pues, que Moisés nos hable de seis mil años, una fecha de ayer, y de dias naturales? Pero ya lo hemos dicho: la palabra hebrea *yom*, que emplea Moisés y que traducimos *dia*, tanto significa el dia natural, como un espacio indeterminado de tiempo: el *evo*.

Que la Biblia entienda por dia, cuando de la creación habla, un período indefinido, resulta del mismo

texto sagrado; y asi vemos que el Génesis llama *dia* á todo el *hexámeron*, los seis periodos genesiacos. «El *dia* en que el Señor creó los cielos y la tierra,» dice el versículo 4 del capítulo II.

Lo que ha sucedido en este caso es que los geólogos racionalistas han confundido lamentablemente en la cosmogonía mosáica el período cosmogénico, y aquel en que aparecieron los primeros organismos, y el zoogénico de las especies vivientes en la actualidad con el antropogénico, el de la creación del hombre, y que la ciencia actual no puede hacer subir á más de 8000 años, que es lo único admisible segun hemos demostrado anteriormente.

El período caótico, aquel en que permaneció la materia en estado incandescente é informe después de la creación *directa*, y el otro en que surgieron los organismos por creación *indirecta*, conforme á la explicación que hemos dado más arriba, cuya duración puede suponerse de miriadas de siglos, están perfectamente de acuerdo con el texto sagrado: «El espíritu de Jehová, dice el Génesis (vers. 2, c. I de la versión siriaca), *fecundaba* el abismo;» y estas palabras claro es que expresan una producción continuada. San Gregorio Nacianceno, San Basilio, y principalmente Orígenes, en el *Periárchon*, entienden por períodos indefinidos de tiempo los tres primeros dias de la creación.

Y San Agustin, además de lo que indicamos ya, se expresa terminantemente: «En estos dias me parece que por la palabra *tarde*, debe entenderse el hecho de una creación ya terminada; y por la palabra *mañana* el principio de otra creación distinta.» Y esto decía ese gran génio cuando la ciencia humana ni sospechado había siquiera la existencia de la geología y paleontología.

La aterradora esfinge que, al decir del filosofismo, iba á devorar al cristianismo, se convierte pues, en uno de los más poderosos auxiliares de la verdad católica, justificando asi el antiguo aserto de San Agustin: «Cuando surge una objeción contra las Sagradas Escrituras, no puede ser más que apa-

rente, por decisiva que nos parezca.» La ciencia le dá razón.

∴

Pero la incredulidad sin desmayar apela á la antropogenia, intentando demostrar, para desvirtuar el relato de Moisés, que la especie humana apareció muchos siglos antes de la época genesíaca. Argumentos paleontológicos, razones críticas, elucubraciones filológicas, monumentos de la antigüedad, á todo este inmenso arsenal acude para la lucha, y con aire de triunfo nos dice: «El hombre era contemporáneo del mammuth, del *felix* y *ursus speluncœi* de la edad cuaternaria, de esa remotísima época separada de la historia por un cúmulo de siglos, puesto que se han encontrado restos humanos, mezclados con los de esos animales, en las célebres cavernas del Brasil, en la de Aurignac, Moulin-Quignon y en otras varias.» Y ¿qué prueba todo esto, en favor de la mayor antigüedad del hombre? Veámoslo completando así las reflexiones anteriores.

Es cierto que algunos grandes paquidermos, con el felino y plantígrado citados, existian á fines del período cuaternario, con el cual coincidió el diluvio; pero esas especies desaparecieron en aquel gran cataclismo, de que no plugo á la Providencia salvarlas en el arca, y sus restos aparecen confundidos con los del hombre antidiluviano en los mismos antros.

¿Qué hay en ello de extraño, sino el género de argumentación, que no es digno de sabios, como Zimmermann? Hoy existen infinitas especies de moluscos y de crustáceos, cuya aparición antecedió á la del hombre en muchos miles de años, y no por ello, si encontramos restos del hombre mezclados con los de individuos de esas especies, debemos suponer que son pertenecientes al mismo período genesíaco.

El confundir éste con el de la extinción respectiva de cada especie, es un error imperdonable.

Además, las capas que forman los terrenos de aluvión no conservan el paralelismo que las estratificadas ó de sedimento, y pueden hallarse confundidos en ellas restos de animales cuyas especies hayan desaparecido en muy distintas y lejanas épocas. Los estratos formados por el tranquilo depósito de sedimentos en un medio líquido, no son esas otras capas que componen los terrenos de aluvión, aglomeradas por el impetuoso arrastre de las aguas diluvianas, y entre las que se encuentran las osamentas fósiles de los grandes mamíferos citados.

Es sabido que según las leyes físicas, los líquidos ejercen presiones que están en razón directa de su masa en proporción con el cuadrado de su base y altura. Pues bien; supongamos las inmensas olas diluvianas rodando con el vertiginoso movimiento que debieron adquirir tan gigantescas masas líquidas: ¿qué fuerzas devastadoras no desenvolverían en su marcha? ¿No podrían socavar, no ya las capas existentes del terreno cuaternario, sino las de la época terciaria, exhumando así los restos orgánicos, de antiguo en ellas depositados, y mezclándolos con los palpitantes cadáveres que entonces arrastraban, hasta dejarlos reunidos en las cavernas que los han conservado?

Y ésta es una realidad geológica, pero más sorprendentes efectos han producido aun aquellas enormes olas.

Ellas han colocado encima de las capas calcáreas del Warl, á una altura de cien pies sobre el nivel de aquel valle, grandes masas de esquisto, y arrastrado desde la Fintlandia y la Noruega á las orillas del Niemen, las colosales peñas errantes de que nos hablan Zimmermann y Pusch, algunas de las cuales pesan trescientos mil kilógramos; y socavado los *valles de denudación* y verificado en el Lago Huron la irrupción de que sus orillas presentan marcados vestigios.

Por otra parte, las frecuentes oscilaciones de nivel en las capas fosilíferas, han hecho, como lo expone Darwin, que aquellos hechos no se hayan

conservado intactos más que en el sitio de su mayor espesor, que corresponde al de los grandes hundimientos ó depresiones, pues las líneas de poca profundidad han sido degastadas por las olas ó por la degradación subárea.

Los restos paleontológicos contenidos en estas últimas porciones pudieron pues, confundirse al ser arrastrados por las aguas, con los de especies mas recientes, depositados en terrenos de la nueva formación.

Por eso afirma Darwin á este propósito que: «El registro ó inspección de las capas fosilíferas es al presente imperfecto en extremo.»

∴

Aunque la objeción geo-paleontológica de la incredulidad se desvanece, apela á la historia de los pueblos antiguos escudriñando sus vetustos monumentos, para probarnos con su testimonio el remontísimo orígen de la especie humana.

Y véase de paso como el catolicismo directa é indirectamente fomenta el progreso y adelanto de las ciencias, pues los racionalistas han hecho esfuerzos tan gigantescos para encontrar argumentos científicos en contra, como los sabios católicos para defenderla en nombre de la ciencia y de la razón.

Las tablas astronómicas de los indios aparecen en primer lugar, y sus libros sagrados el Surya-Siddanta y el Ramayana. En ellos se apoyó Bailly para decirnos con el dogmatismo proverbial de los incrédulos, que la existencia del pueblo que habita la península del Ganges es antiquísima, muy anterior á la época antropogénica que señala Moisés. Y así lo sostuvo él con gran aparato de ciencia, hasta pasar por verdad inconcusa; si no fuera que Bentley demostró matemáticamente que las observaciones del Surya-Siddanta se verificaron el siglo quince antes de nuestra era, á cuya época corresponde la data astronómica allí consignada respecto á las líneas equinocciales y solsticiales.

El grado de desviación de los coluros marca la época de la segunda observación india, hecha doscientos cuarenta y cinco años después; como con rigurosa precisión lo ha demostrado Bentley.

Pero no se obtuvo este triunfo sin que el racionalismo incrédulo haya hecho antes esfuerzos desesperados para impedirlo.

Derrotado Bailly, y destruidos sus famosos cálculos astronómicos, la incredulidad apeló á los zodíados egipcios hallados en los templos de Denderah y de Latópolis. (1).

Algunos dijeron que representaban el *ciclo sideral*, que abarca un período de mil cuatrocientos setenta y un años, pues se necesita ese largo espacio de tiempo para que el principio del año sótico, por la ascención de la estrella *Sirio*, coincida con el comienzo del *año helíaco* egipcio; y claro es que para consignar esto se necesitaban observaciones repetidas que suponian miles de años de atenta observación astronómica.

Otros astrónomos è historiadores partian de distinto principio; segun ellos los zodíacos representaban el estado del cielo en aquella época en que fueron construidos; y por su diferencia con el que observamos hoy en la misma latitud de 25° N. deducían la asombrosa antigüedad de aquellos monumentos astronómicos.

Si la hipótesis fuese cierta, la conclusión sería rigurosamente científica.

En efecto, el coluro de los solsticios no ha coincidido siempre con la eclíptica por los mismos puntos. El ángulo que el eje de la tierra forma con el plano de la eclíptica va estrechándose cada vez más, al menos en nuestro periodo histórico; y ello hace, por la mayor amplitud del ángulo contrario, que la estrella que era visible seis mil años há, en una latitud determinada, no lo sea hoy; y que, á seguir en proporción creciente esa inclinación, lle-

(1) Cúmpleme declarar que por el interés científico-religioso ha sido grande mi satisfacción al visitar estos monumentos, así como todos los de Egipto, los principales de Oriente y de América precolombiana.

gará un día, según el cálculo de Humboldt, en que Sirio no sea visible en el hemisferio Norte, y en que la estrella *Vega de la Lira* sustituya hoy el polo Norte, la cual tiene ya una desviación de grado y medio.

Esa inclinación que en un gran periodo astronómico marca un máximun, llegado el cual se inicia un movimiento contrario de declinación, y el movimiento de traslación de todo nuestro sistema planetario en dirección de la constelación *Hercules*, y reconociendo como centro á *Perseo*, según la teoría de Argelander, determinan estos lentos y graduados cambios de perspectiva en el campo estelario, no todos debidos, por consiguiente, á movimientos paralájicos.

Pues bien; teniendo en cuenta estos principios cosmográficos, la posición de ciertas estrellas en los zodíacos egipcios parecía y debía revelar que algunos de ellos fueron construidos más de ocho mil años hace.

El raciocinio no podía ser más lógico y concluyente, y hacía imposible toda objeción astronómica. ¡Hasta que punto cegaba á los críticos Burkard, Drummont y Fourrier el deseo de impugnar el Génesis! Pero he aquí que el inmortal egiptólogo Champollion al hallar el alfabeto geroglífico egipcio descubre, al descifrar las inscripciones grabadas en las paredes de aquellos templos y en las mismas fajas de los zodíacos, que éstos habían sido construidos en la *Era Cristiana*, el uno en los reinados de Tiberio y de Nerón y el otro en el del emperador Antonino!

Grande fué la confusión de los sábios racionalistas al publicarse tan solemne mentís de Champollión; pero, como insistiesen, el erudito geógrafo Letronne cerró para siempre la discusión, probando que aquellos zodíacos eran puramente *astrológicos*: no se referian al *año sótico*, ni designaban el aspecto que presentaba la bóveda celeste en el tiempo en que fueron grabados, siendo simplemente signos que expresaban la fecha del natalicio de determinadas personas.

La momia de Petémon y el zodíaco egipcio encerrado con ella en la misma caja, con muda elocuencia han reducido á silencio á los sostenedores *del gran argumento astronómico*, contra la Biblia.

¡Y así sucede con todos los demás!

Los conocimientos lexicográficos, como acabamos de ver son de suma importancia para el apologista católico.

Sin los trabajos de Champollión exsitiría aún en pié contra el génesis mosáico, el argumento ya expuesto, deducido de la antigüedad fabulosa que se asignaba á los zodíacos egipcios; como seguiría desvirtuada, si no hubiese venido en su auxilio la misma filología, una de las más terminantes pruebas proféticas á favor de la misión divina de Cristo, la consignada en el capítulo 53 de Isaías, en el que se describe la vida y pasión del *Varon de Dolores*. «Él cargó con nuestros males, dice el profeta, y sobre sus hombros puso el Señor nuestras iniquidades.... Por la maldad de mi pueblo lo he herido á *él* y *él* llevará sobre sí los pecados de todos.»

Pero se presenta Gesenio con todo su vasto saber filológico, y demuestra que el pronombre hebreo *lamo*, que corresponde al nuestro *él*, y que usa el profeta, no se emplea jamás para designar una persona determinada, siendo aplicable solamente á una colectividad, verbigracia, al colegio de los profetas, que es, según Gesenio, ese *Siervo del Señor* descrito por Isaías.

Todo el mundo enmudeció ante los razonamientos del sábio filólogo alemán, y continuaría ese mutismo, si diez años después no hubiese probado Ewald que su compatriota no tenía razón, pues el pronombre hebreo *lamo*, á pesar de su *sufixa*, que Gesenio creía característica del plural, se emplea para designar un solo individuo, como lo prueban otros pasajes del mismo Isaías y de otros varios consignados en los Salmos y libro de Job.

Ewald tenía razón y Gesenio con sus partidarios callaron para siempre.

Veamos ahora otro caso semejante de lexicogra-

fía. Un incrédulo racionalista proponiéndose impugnar la pureza inmaculada de la Madre Dios, aducía como principal argumento bíblico, que llamando San Lucas á Jesucristo *primogénito* de María, implícitamente aseguraba el texto evangélico que esta había tenido otros hijos, pues la palabra citada envuelve una idea de relación: «*El primero engendrado*, decía no es el *único* hijo, sino el primero que nace entre varios hermanos.»

Aunque es sabido que en hebreo la palabra *primogénito* significa muchas veces *hijo único*, sin embargo para hacer enmudecer al filólogo incrédulo y terminar para siempre la objeción, era necesario encontrar un texto bíblico decisivo que dejase fuera de toda duda la interpretación católica; y este punto de apoyo, este argumento Aquiles lo encontró el publicista español Maestre Campos en el libro primero de los Paralipómenos. El texto sagrado (cap. 23 vers. 17) dice así: «Y de Eliezer fueron hijos Rohobías, *el primogénito;* y *no tuvo* Eliezer *otros hijos*.» Este terminante pasaje dió en tierra con todos los argumentos.

∴

Vamos á insistir sobre una cuestión trascendental, cual es la del orígen de la especie humana. ¿Es el hombre una variedad simíaca perfeccionada, un ser procedente por selección del antropomorfo, ó constituye una especie distinta?

El naturalismo positivista, á cuyo frente se cocolocó Darwin, sostiene la primera tesis; el hombre segùn esa teoría, no es más que el gorila ó el orangutan perfeccionado, con mayor desarrollo cerebral.

No hay necesidad de encarecer la importancia de esta materia desde el punto de vista religioso y filosófico, pues á nadie se oculta que de convertirse en certeza científica esta degradante teoría, todo el edificio cristiano, junto con la filosofía de la historia y la dignidad de la civilización, caerían en tierra por su base.

Cárlos Darwin sintetiza esta escuela, y aunque

el célebre naturalista inglés, dejando á un lado su obcecación, es un portento de ingenio, hay que confesar que tambien los génios se equivocan y alucinan.

Cree, pues, que los orígenes de las especies son muy pocos, si ya no es uno solamente, y que aquellas se han formado por la adaptación de modificaciones que, si mejoran el organismo del ser, supuestos los medios en que ha de desarrollarse, se perpetúan por generación y constituyen, unidas á otras que en el porvenír se presenten, la variedad específica.

A esto llama él *selección*, la cual puede ser *natural* ó *artificial*; y que en virtud de ella sólo se propagan los séres *mas aptos* con esa aptitud *relativa* de vida, que nace de las condiciones exteriores necesarias á su desarrollo; que es la *adaptación* al medio ambiente.

En su *lucha por la existencia*, según Darwin, la adaptación de modificaciones favorables es el todo para la propagación de las especies; y ello hace que una organización más elevada en la escala zoológica *retroceda* cuando la *especialización*, ó nueva variedad de un órden, no es conveniente al ser, bien para hallar los medios de alimentación, bien para rechazar los ataques de sus enemigos en esa guerra eterna de los organismos unos contra otros, en esa lucha por la existencia, en esa *competencia severa* por la vida, de que hablan De Candolle y Lyell, á quienes sigue Darwin.

En el desenvolvimiento paulatino de los tipos madres del organismo, las *desviaciones* que marcan menos variación de un ser á otro, son las que aparecen primero, acentúandose éstas lentamente cada vez más y uniéndose á otras nuevas, hasta constituir los cambios específicos.

Voy á acentuar la refutación de esta teoría en lo que se refiere á la antropogenia ú orígen del hombre, pues ya hemos indicado la refutación en lo relativo á la transmutación de las especies sobre el orígen de la vida y sus múltiples manifestacio-

nes respecto á la generación espontánea y la evolución específica.

Diré de paso, sin embargo, que es muy especioso el aglomerar miles y miles de siglos, como lo hace Darwin, para esplicar esas variaciones específicas de que no nos dan muestra alguna los tiempos históricos, cosa por demás rara.

Así como es de notar que el hibridismo ó infecundidad de los individuos, producto del cruzamiento de dos especies, es un argumento que está muy lejos de resolver el naturalista inglés, y que éste emplea á veces muy livianos argumentos para sostener su atrevida tésis, desmentida absolutamente por la paleontología con su fauna y flora fósiles, que presenta perpetuamente especies perfectas, y ningún ejemplar de transición ó transformación.

Pero, vengamos al origen del hombre, que es lo importante para la verdad católica.

Vamos á combatir al darwinismo con sus mismas armas, con los principios ya expuestos de su teoría.

La primera variación que debió tener lugar en el simíaco, cuando empezó á progresar para formar el tipo humano fué, sin duda alguna, el tránsito de cuadrumano á bimano, modificación menos característica que la marcada por el distinto desarrollo cerebral.

Pues bien: en su *lucha por la vida*, principio esencial de la teoría de Darwin, ese nuevo ser no reunía las condiciones de *supervivencia* necesarias; la última adaptación, la *especialización* del órgano modificado, era perjudicial á su desarrollo, y por tanto el pobre bimano había de sucumbir,

A fines del período cuaternario, cuando una flora exuberante de vida cubria de inmensos é impenetrables bosques el globo terrestre; cuando en este existían el enorme mammuth y los terribles *oso* y *tigre de las cavernas*, el simíaco convertido en bimano no podía ya trepar agilmente á los árboles para tomar su alimento, y más que nada, para libertarse en ellos de sus terribles enemigos: la nueva *adaptación* le era pues, perjudicial en su

lucha por la existencia, y la especie no se habria propagado ni salvado. Hé aquí á Darwin combatido con sus propias armas con tan sencillo y concluyente argumento.

Las diferencias en el desarrollo cerebral son más características y demuestran anatómicamente que el hombre no es una derivación del cuadrumano, como lo ha demostrado Mr. de Quatre-Fâges.

Según este sabio, que se apoya en los trabajos de Welker, existe un orden inverso en el desenvolvimiento de la masa encefálica del hombre y la del mono.

La región esfenoidal, base del cráneo, que tanto influye en las funciones del cerebro, se modifica con la edad de un modo *contrario* en ambas especies, principalmente por la amplitud del ángulo de Wirchow.

En el desenvolvimiento de los lóbulos se nota, por consiguiente, la misma marcha inversa: las circunvoluciones esfeno temporales se forman completamente en el mono primero que las anteriores, mientras que en el hombre las frontales se desarrollan antes, y después las que forman el lóbulo medio.

De aquí concluye el sabio anatómico francés que es de todo punto falsa la teoría que asigna al hombre un orígen simíaco, pues cuando existe desarrollo orgánico contrario, que determina por tanto, un orden inverso respecto al término final de sus funciones, una especie no puede proceder de otra por vía de *evolución;* error gravísimo en que se incurre al suponer que el hombre desciende más ó menos directamente del cuadrumano.

Además, si esto fuese cierto, los estratos sedimentarios, las cavernas que contienen restos paleontológicos de diversas épocas, y lo que la geología llama *brechas huesosas*, presentarían restos de esos organismos intermedios con sus distintas y graduales adaptaciones, de esos seres, que han debido formar los eslabones de la cadena que, á ser verdadera la teoría de Darwin, uniría al hombre con el simíaco; pero estos restos no aparecen

ni en los terrenos de aluvión, ni en los estratos anteriores, ni en parte alguna. (1)

Los más antiguos restos humanos que se han hallado, pertenecientes sin duda á individuos que vivían en la época antediluviana, revelan órganos idénticos en un todo, por su estructura y por la adaptación muscular que suponen las depresiones y apófisis óseas, á los del hombre de la edad presente.

La mandíbula humana hallada en los antiquísimos terrenos de Moulin-Quignon, era de un individuo de raza caucásica; y los cráneos de las grutas de Solutré, de Cro-Magnon y de Bruniquel, que indudablemente pertenecían á hombres antediluvianos, recuerdan, por su faz romboidal, el tipo mongólico actual, pero con mayor desarrollo encefálico que algunas de sus variedades hoy existentes.

¿Dónde están, pues, esos tipos intermedios, con sus adaptaciones graduales, que debiéramos admitir, supuesta la teoría del sábio naturalista? ¡En su imaginación solamente!

Véase, pues, cómo con el auxilio de la paleontología y de la anatomía comparada puede en defensa de la ciencia y de la Religión combatirse victoriosamente el error de Darwin, el más seductor y peligroso de todos, por el gran aparato científico-empírico con que le desarrolla su autor, y por el prestigio de su génio y trabajos grandiosos en favor de la antropología é historia natural; y además

(1) Como Darwin todo lo acomoda convenientemente para explicar su teoría dice, que si no se hallan tipos intermedios es por no haber sido bien registradas las capas fosilíferas, y porque mientras el período de transición de una especie á otra habrá sido muy corto, el de existencia de la especie ya definida contaría una serie interminable de siglos. Pero ¿es esto raciocinar seriamente? Las contradicciones son frecuentes en Darwin, por desgracia. Después de asegurar que las adaptaciones individuales, perpetuadas por g neración vienen en virtud de una elaboración lenta y gradual, á constituir la variedad específica *en áreas discontinuas*, y de decirnos que: «los cambios sucesivos han sido locales ó reducidos á un punto dado», y que «las especies *más extendidas* son las que más variedades presentan» (*Origen de las especies*), no tiene inconveniente en sostener «que pocos descubrimientos paleontológicos hay más extraordinarios que el hecho de que, las formas de la vida *cambien casi simultáneamente en el mundo entero.*»

porque las leyes establecidas por él de la selección, lucha por la existencia, adaptación al medio y trasmisión hereditaria, son verdaderas en cuanto sirven, no para la transformación, sino para la conservación y perfección de las especies.

* * *

Pido benevolencia á los lectores que me hayan seguido pacientemente en esta larga digresión por el campo de la ciencia moderna, requerida no tanto por lo valioso del trabajo, como por la importancia de la vasta y variada materia de que he querido tratar.

No he tenido pretensiones científicas, aunque por largos años haya procurado seguir atento las investigaciones de las ciencias modernas con el mismo amor que profeso á la Religión católica; y lo he hecho así, tanto porqne me interesaban para la defensa de nuestra santa causa, como por el placer intelectual de ver comprobada su verdad con las investigaciones más acariciadas por el génio científico de los tiempos modernos.

En mis viajes no he perdido la ocasión de satisfacer ese gran anhelo, y al tener la dicha de visitar los más célebres museos del mundo, he colocado siempre en mis aficiones, por encima del interès estético, el interés de apologista del catolicismo por la ciencia, y puedo poner por testigos de ello á mis compañeros de viaje, que tomaban á mal que más me detuviese en esos preciosos muestrarios del saber humano, y en registrar más que sus riquezas en bellas artes, las colecciones etnográficas y geológicas, así como las de arqueología, prehistoria y ciencias naturales. Quería comprobar con mis propios ojos las aficiones que hasta entónces había satisfecho en los libros.

Confieso ingenuamente que más satisfacción experimentè al visitar el museo de «Antigüedades del Norte» en Stokolmo y el British Museum de Lóndres, incomparables bajo el aspecto arqueológico-etnográfico, que en los Museos de Bellas Artes; y pre-

fiero lo científico á lo estético, porque en ello encuentro más interés apologético para la defensa del catolicismo, según las exigencias de adaptación á los tiempos modernos.

Con el presente trabajo, humilde ensayo del estado actual de las relaciones entre la fé y las investigaciones de las ciencias modernas, me he propuesto al menos conseguir un bien: el de despertar en la juventud estudiosa y en el plantel del sacerdocio, esperanza de la Iglesia y de la sociedad, el amor á las ciencias naturales, haciéndoles comprender cuán útil es hoy su estudio al apologista católico y al sacerdocio, para la cumplida defensa de la Religión, así como que no son antitéticas estas ciencias y la verdad cristiana, según con sobrada malicia ó supina ignorancia lo aseveran los enemigos tradicionales del catolicismo.

La Iglesia no es, no puede ser enemiga del desarrollo y perfeccionamiento del espíritu humano. ¿Cómo ha de condenar el catolicismo el progreso de las ciencias, cuando éstas, según hemos visto, léjos de debilitar la verdad cristiana, la robustecen, añadiendo nuevas pruebas á las de su orígen divino y adaptadas á las exigencias de la época?

Mídanse los abismos insondables de la creación, desde este pequeño globo que habitamos cerca de la estrella Sirio, hasta la última nebulosa visible, cuya luz, según Herschell, habrá tardado en llegar á nuestra capa lenticular de estrellas dos millones de años; y supóngase, si place, más allá de la esfera potencial de nuestra visión, auxiliada por los más poderosos telescopios, la existencia de nuevos mundos: más grande aparecerá entonces el Creador á nuestros ojos.

Descúbranse las leyes simplicísimas porque se rige el movimiento de los mundos, y preséntese á nuestra contemplación ese innumerable ejército de estrellas girando en derredor de un centro desconocido, realizándose así el bello pensamiento de Pitágoras, la *armonia de las esferas*, mundos habitados por séres racionales, formando la humanidad universal de adoradores del Sér Supremo; que entónces más sábio y poderoso consideraremos al gran Creador y Regulador de los mundos y de la materia, al *Primer Motor inmóvil*, que entrevió el sábio estagirita.

Remuévase el mundo con las palancas poderosas que la ciencia pone hoy en nuestras manos; pésese la materia cósmica apreciando y analizando hasta su último átomo; abárquese de una ojeada todo el maravilloso conjunto de la creación, el espléndido é inmenso *cosmos*: ¿qué importa todo ello á la verdad religiosa, cuando tras esa *mónada* grandiosa hemos de encontrar á Dios, la *mónada infinita* de que nos habla Leibnitz?

Y si del mundo material pasamos al mundo psicológico; si tratamos de levantar el velo que cubre la esfinge del espíritu; si reflejando sobre *el Yo*, inquirimos el principio de la certeza, buscamos los principios simplicísimos de la idea, analizamos todos los fenómenos del pensamiento y procuramos, en una palabra, sorprender el espíritu en su misteriosa y activa elaboración, esas lucubraciones nos revelarán que en el hombre no es todo materia y organismo físico; que en él brilla una sagrada y esplendorosa llama que no debe extinguirse jamás; *un alma, un espíritu inmortal*, mas grande que toda la creación física; que sus fines son mas elevados que los que puede realizar en nuestra actual y mezquina morada; que en él, en fin, existe el *spiraculum vitœ*, exhalado sobre su faz por el Supremo Hacedor, al imprimirle su imagen y semejanza y colocarle por encima de todas las obras de sus manos omnipotentes: *super opera manuum tuarum*.

Pero, los misterios y los dogmas ¿no son contrarios á la ciencia? se nos dirá: No; ellos solo están por cima de la ciencia, así como están *sobre* y no *contra* la razon.

En el misterio de la Trinidad, por ejemplo, la ciencia llega hasta demostrar la existencia del Dios *uno* en esencia; y esto está conforme con la revelación. Pero en ese Dios *uno*, existen *tres Personas*, á la manera que en el alma tres facultades; y aunque la ciencia no llega hasta ahí, alcanza á ver que

no existe contradicción, porque no se afirma *un* Dios y *tres* Dioses, sino un Dios y tres Personas.

Por consiguiente, por más que progrese la ciencia ningun impedimento encontrará en los misterios, que están por cima de la razón. Y ¿en qué se encontrarían coartadas la razón y ciencia en sus progresos por los misterios de la Trinidad y de la Redención, si están tan por sobre de ellas!....

Pero además, nótese que no todos los dogmas son misterios, como quiera que á pesar de ser *verdades reveladas* ó *dogmas*, todos los principios fundamentales de filosofía, moral y religión, están muy léjos de ser misterios, como no lo son la espiritualidad é inmortalidad del alma.

Y bien, esos dogmas, ¿cómo pueden ser contrarios á la ciencia, ni al progreso de las mismas? De ellas ha dicho Lamartine que constituyen *el código de la más sublime filosofía*, «superior, en expresión de Julio Simon, al Timeo de Platon y á la Metafísica de Aristóteles.» En ese código dogmatico se encuentra, al decir de Youffroy «una solución á todas las cuestiones propuestas en la filosofía; de todas sin excepción, y con una respuesta sublime: orígen del mundo, orígen del hombre, cuestiones de raza, destino del hombre en esta y en la otra vida; relaciones del hombre con Dios, deberes del hombre para con el prógimo, derechos del hombre sobre las criaturas, y hasta el derecho natural, el político y el de gentes, porque todos estos derechos, como las demás cosas, nacen del cristianismo y con él se explican sin trabajo y con claridad.»

Y termina con esta hermosa profesión de fé científica: «Hé aquí lo que yo llamo una religión grande: yo la reconozco en esta señal, en que no deja sin respuesta ninguno de los problemas que interesan á la humanidad.»

Esos dogmas, pues, son la más preciosa garantía para la falibilidad, y libertad humanas, así como para la dignidad de la conciencia.

Al amparo de esa égida protectora y de esa antorcha divina puede desplegar sus vuelos la inteligencia

por el inmenso campo de las ciencias humanas, segura de que no caerá en ninguna de esas aberraciones que degradan al espíritu humano. Esos dogmas son como los jalones inconmovibles, plantados por la mano de Dios en los caminos de la humanidad para que no se pueda extraviar en las conquistas del progreso al través de los siglos.

Nó; nuestra augusta religión no es, no puede ser partidaria del oscurantismo, ni enemiga del progreso del espíritu humano; aunque excusado creo decir que no puede entenderse por progreso esa ciencia mutilada, que empieza por negar la metafísica en el órden natural, para acabar por la negación del órden sobrenatural y las verdades de la revelación: el positivismo decadente.

¡Seide del oscurantismo la Religión católica! ¿Ignoran los que así hablan que el catolicismo ha civilizado el mundo, rehabilitando la dignidad humana, restableciendo el honor de la mujer, dando personalidad al esclavo, estableciendo sobre la tierra el reinado de la fraternidad, revelando el derecho á los pueblos, redimiéndolos del despotismo cesáreo, infiltrando en la conciencia de la humanidad las eternas nociones de justicia, la santa libertad y la divina caridad, y esparciendo en fin, por doquiera y á costa aún del martirio, la santa y fecunda semilla de la moral evangélica, gloria y salvación de las sociedades y de los pueblos?

¿Nos ocuparíamos hoy de progreso intelectual, ni de mejoramiento social, si el Evangelio no hubiese sido predicado?

¿No habitaríamos aùn en medio de pueblos bárbaros ó esclavos, secuaces de Budda, de Odin ó de Mahoma, que serian lo que son hoy las naciones budistas y mahometanas, y antiguamente la Germania, la América y las Galias, de en medio de cuyos bosques ha hecho surgir el cristianismo una nueva y maravillosa civilización, que asombro fuera á las más cultas naciones de la antigüedad?

Èchese una mirada sobre el mapa, y hallaráse que la línea divisoria que separa hoy los pueblos civilizados de los pueblos bárbaros, las naciones libres

de las naciones esclavas, las naciones progresistas de las naciones estacionarias, es el cristianismo.

Dónde termina el imperio de la cruz, empieza el reinado de la esclavitud y de la bárbarie. Más allá de esas fronteras cristianas los pueblos todos están envueltos *en tinieblas y en sombras de muerte*, caliginoso báratro, que no será iluminado hasta que aparezca en él la eterna y esplendente luz de la verdad evangélica.

La cuestión de Oriente bajo el aspecto político-religioso

Parecerá quizás un salto muy brusco el ocuparnos del estado actual de «la cuestión de Oriente» con ocasión de un viaje bíblico por la Asiria y la Caldea, y á raíz de un asunto, que podríamos llamar arqueológico.

Pero, sea como fuere, al atravesar esas regiones, que parecen resucitar bajo todos los aspectos, no podía mirar con indiferencia la famosa y célebre cuestión de Oriente bajo el aspecto político y religioso, y mucho ménos bajo este último, sobre todo cuando tuve la fortuna de terminar mi escursión por Mesopotamia con la asistencia al Congreso Eucarístico celebrado en Jerusalen.

Era ese acontecimiento muy trascendental para la unión de las Iglesias orientales con la de Roma, y por tanto para la unidad moral de la civilización universal, con la vuelta de esas nacionalidades al seno del catolicismo; pues solo el cisma ha sido la causa de su retardo en el concierto de la civilización europea; como quiera que ese cisma hizo posible la invasión del islamismo, esencialmente retrógrado y retardatario.

No creo, por tanto, fuera de propósito, hablar de tan importante materia de actualidad político-religiosa, y sobre todo si se considera que el mó-

vil principal de mi viaje fué la causa de la religión.

Más, empezaré por tratar la cuestión de Oriente en sus relaciones con la política europea, como preámbulo para tratar la cuestión religiosa, aunque lo haremos con brevedad suma.

Y desde luego, hay que confesar que las ideas de cosmopolitismo, que engendrara en la conciencia humana el ideal de la civilización católica, han sido sumamente retardadas en su aplicación á la política por el espíritu de individualismo, reinante en la sociedad moderna.

Las terribles revoluciones que han agitado á Europa en el presente siglo habrían debido advertir á los Gobiernos de la misma, que ya era tiempo de que la diplomacia abandonase el anticuado carril por donde ha marchado desde Mazzarino hasta Metternich, inspirándose por el contrario en los principios de una política general, en armonía con las ideas de cosmopolitismo y fraternidad, tan propias del progreso y civilización cristianas.

Pero no ha sucedido así desgraciadamente, y la diplomacia sigue siendo lo que era en tiempo de Talleyrand y de los estadistas que redactaron los protocolos del famoso tratado de Viena.

Atenta solo á satisfacer ambiciones mezquinas de nacionalidades, á patrocinar intereses bastardos y á sancionar los hechos consumados, lo que supone la deificación de la fuerza bruta, se olvida con harta frecuencia de su verdadera misión, que no debe ser sino la de garantizar los legítimos derechos de las naciones y de los poderes públicos, como encarnación del derecho internacional basado en el sencillísimo principio de moral: «hacer á los demás ó no hacerlo, según lo deseáramos para nosotros» aplicado á las relaciones internacionales de los pueblos.

Las negociaciones, por demás estériles, entabladas hasta hoy para resolver la *pavorosa* cuestión de Oriente, nos revelan más que nada, que ese espíritu mezquino y egoista, que tanto se deplora,

es el que preside los actos de la diplomacia moderna.

Tanto se ha repetido por los hombres de Estado que la disolución del imperio turco produciría la ruptura del equilibrio europeo, que este aserto infundado, ha pasado á ser para muchos verdad inconcusa.

Pero, juzgando la cuestión con un *criterio americano*, esto es, imparcial y desinteresado; léjos de ser así, puede sostenerse por el contrario, que la existencia del Imperio otomano constituye el verdadero peligro para la paz europea, y por tanto para la conservación de ese, por demás decantado equilibrio, que han roto mil veces las grandes potencias, cuando á sus intereses ha convenido y cuando en momentos dados han podido imponer sus soluciones á los demás gobiernos.

El emperador Alejandro I incorpora la Fintlandia y anexiona la Polonia al vasto imperio ruso, y el equilibrio europeo no se altera. Francia se anexiona la Saboya; Alemania se anexiona la Alsacia y la Lorena; Austria, la Bosnia y Hertzegovina; y á ningun diplomático se le ocurre decir que el imperio aleman ó el austriaco perturben de ese modo el concierto europeo, como tampoco á juicio de los mismos han debido destruirlo las anexiones de Módena, Toscana y Nápoles al Piamonte; ni la ocupación de Roma, esa Delos sagrada de la cristiandad, que no debe pertenecer á nación alguna. Pero, tratándose de la Sublime Puerta, ya es distinto: la existencia del imperio de los Osmanlís, segun esa diplomacia, es la piedra angular del edificio europeo, que se derrumbaría faltándole tan firmísima clave!

Esa predilección sin embargo, es inexplicable: ¿se trata por ventura, de una raza inteligente y civilizada, que tenga un pasado glorioso y á quien deban los pueblos cultos profunda gratitud por haberlos salvado alguna vez de espantosos cataclismos sociales, ó por deberles una de esas ideas fecundas y regeneradoras que, cual faros luminosos, han guiado á la humanidad marcándole la senda del progreso?

Aparte de que la diplomacia no tiene entrañas, importándole poco la desaparición de las naciones que mas hayan podido ayudar á salvar la civilización, como ha acontecido con Grecia, Hungría y Polonia; la raza osmanlí, no es por ninguno de estos títulos acreedora á la indulgencia extraña que le dispensa la diplomacia europea.

Se trata de un reducido pueblo (ningun estadista hace subir á mas de tres millones la degenerada población turca en Europa), que impera en virtud de la conquista dominante sobre unos catorce millones de cristianos, que detestan á sus crueles amos; se trata de una horda salvaje de tártaros que ha anegado en sangre, para cimentar su poder, los mas fertiles paises de la Europa oriental; de una raza, en fin, refractaria al progreso, que aparece estraña por completo al gran movimiento social que se realiza en su derredor, que mira con desprecio las bellas artes, las sublimes creaciones de la inteligencia y todo lo que contribuye á ennoblecer el espíritu humano, y que se halla petrificada, merced á esa tendencia oscurantista de la religión mahometana, que ha anulado la brillante civilización árabe, ùnico y glorioso timbre de los pueblos del Islam.

Al través de todo mi viaje, no oía más que lamentos de los cristianos, y aún de los àrabes que algo saben pensar, contra la opresión, desidia y desgobierno de la Puerta; deseando el advenimiento de un gobierno europeo, porque ya no se puede vivir, segun declaración de los habitantes de los mas insignificantes villorios, bajo el régimen musulman, opresor y retrógado en sumo grado.

Y ¿son estos los justos títulos que obligan á Europa á mostrar tan extrema solicitud por la existencia del Imperio turco, creyéndole el paladión de la paz y de la tranquilidad del mundo?

Nó: no pueden invocarse semejantes títulos.

Móviles harto mezquinos son los que impulsan á las grandes potencias á seguir esa política tan contraria à los intereses de la civilización, sosteniendo el *statu quo* político en la cuestión de

Oriente, que mas que ninguna otra cosa, contribuye á perpetuar *la paz armada*, tan perjudicial y ruinosa para las naciones.

Ese *statu quo* político no podrá sostenerse por largo tiempo, como no podrá tampoco el *statu quo* religioso, como mas adelante lo demostraré.

Debo confesar, sin embargo, que un tiempo creí, como lo consigné en mis *Memorias de un Viaje por Ambos Mundos*, que convenía conservar el *statu quo* político en Oriente para dar tiempo á la formación de las nacionalidades cristianas, porque aun no se consideraban en estado de poder gobernarse por si mismas; reflexión que había oido de boca de diplomáticos europeos, y que acepté con ligereza.

Bajo la dominación turca los pueblos se degradan, pero no se forman para el gobierno propio: aunque el exceso del despotismo turco podrá llevarlos á revoluciones efímeras, si no encuentran apoyo en la diplomacia europea, como ya ha sucedido en varias ocasiones.

La egoista política de las grandes potencias es la causa de ese estado anormal: cada una de ellas, desconfiando de las demás, y esto explica el enigma, teme que sus émulas puedan engrandecerse con los despojos del imperio otomano.

¡Cómo si no hubiese soluciones racionales que escogitar, y que, aceptadas de buena fé, pondrían término á ese conflicto, y harían vano el pánico que se apodera de los gabinetes europeos, cada vez que la aterradora esfinje del turbante y de la media luna aparece ante los consejos de la asustadiza diplomacia!

∴

No sé si será porque vemos más de lejos los americanos, que vemos con mejor y más imparcial criterio para poder indicar la solución siguiente: que se comprometan todas las naciones europeas, de una manera solemne, á no incorporar á sus respectivos Estados ninguna de las provincias que constituyen hoy el imperio otomano; que declaren libres

por medio de una convención internacional, los países cristianos sometidos al yugo de la Puerta; que acuerden la incorporación del Epiro, de la Tesalia, y demás países helénicos al reino de Grecia, incluso Constantinopla, antigua capital del Imperio Griego; dejando en libertad á las provincias eslavo-rumanas, la Hertzegovina, Bosnia, Bulgaria, Montenegro, la Moldavia y la Valaquia para que formen una gran confederación, ya que no pudiesen reconstruir el antiguo reino del héroe eslavo, Estevan Duschan.

Que realize esto la Europa, repetimos, y quedará afirmada para siempre la paz en Oriente, cayendo desplomado sin ageno esfuerzo el cadáver galvanizado del Imperio turco.

Esta solución, siempre que pudiera contarse con la buena fé de los dos grandes imperios más directamente interesados, no desagradaría quizás á Inglaterra y á Francia, que debieran proponerla resueltamente, y á quienes no preocupan ciertamente la existencia de la Puerta; sino el porvenir de las comarcas sometidas hoy al poder otomano.

Pero no satisfaría por cierto, ni á Rusia ni á Austria, que hace tiempo tienen fijas sus miradas ambiciosas en el Danubio y en el Bósforo. Ellas ayudan á debilitar á Turquía; pero hoy por hoy, no desean su completa desaparición, porque les impediría realizar sus ambiciosos proyectos.

Aplazan este resultado final, en cuanto les es posible, aguardando el momento oportuno para apoderarse solas del botin: el *finis Bizancii* será decretado en el acto, si las demás naciones consienten en cederles la parte del león.

Al Imperio austriaco, que posee la Transilvania la Iliria, la Croacia, la Esclavonia, la Bosnia y, Hertzegovina, no acomoda en modo alguno la creación de un estado formado con las provincias eslavas dependientes hoy de Turquía y limitrofes de los pueblos de la misma raza, sometidos á su dominación.

Y ¿quiere saberse porqué? Porque sospecha que sería un nuevo imperio, que podría llegar á ser una

palanca poderosísima movida por Alemania ó Rusia en los futuros conflictos que entre esas tres grandes naciones puede surgir un día.

Austria, en la esperanza de poder entenderse con Rusia, aspira simplemente á la dominación de todas ó de una gran parte de las provincias eslavo-turcas; esa es hoy su política, y por eso contraría la disolución del imperio turco.

Por lo que hace á Rusia, no va esta á renegar de su ambiciosa y tradicional política respecto á Turquía, y á rasgar el testamento de Pedro el Grande, para dejar que Constantinopla sea la capital de un Estado eslavo, independiente del dominio de los Czares.

Resuelta la cuestión otomana en ese sentido, sobre tener Rusia que renunciar á sus miras ambiciosas, perdería en parte el protectorado que viene ejerciendo hace tiempo sobre la raza eslava, á la que quiere dominar; pero cuya independencia absoluta no puede agradarle.

Ha podido reducir al udalika de Montenegro á que se someta al *Santo Sínodo* de San Petersburgo, y á que ostente el velo blanco de los arquimandritas rusos; y esa supremacía religiosa de la cual pretende obtener la supremacia política, quizás no pudiera ejercerla en los estados eslavos independientes.

La diplomacia rusa no puede pues, precipitar los acontecimientos: desea poder ella sola dar el golpe de gracia á Turquía, anexionándose los países turco-eslavos de grado ó por fuerza, y fijar la cruz de Iwan sobre la cúpula de Santa Sofía.

Y triste es pensar que estas ambiciones y las rivalidades, que fomentan entre sí las grandes potencias, vengan á constituir la justicia internacional entre pueblos civilizados, y hayan de anular los esfuerzos de los valientes pueblos eslavos, que desean sacudir el yugo de sus opresores; como hicieran estéril el heroismo de los helenos, é ineficaz la cooperación de esas mismas potencias en aquella grande epopeya que terminó al pié de los mu-

ros de Missolonghi con gloria del pueblo griego é ignomía de la política europea.

Del triunfo de Navarino, que suponía la ruina de la Puerta y la independencia de la antigua Hélada, surgió solamente el liliputiense reino de la Grecia actual, bien á pesar de los deseos de algunos gabinetes, que veían en él el núcleo de un futuro Imperio cristiano á expensas del ignominioso musulman.

Ni aun consintieron que formaran parte del nuevo Estado esa Isla, célebre por haber sido la cuna de las leyes. Para vergüenza de la Europa y como un cruel sarcasmo lanzado á la civilización, la patria del gran Minos, la desventurada Creta, continúa aun esclava de Turquía, teniendo hoy el candiota por toda ley la cimitarra y el látigo del cruel agá.

Es evidente pues, que si la diplomacia europea respondiese de una manera digna á la alta y civilizadora misión que le está confiada, por el eminente lugar que ocupa Europa en los destinos de la humanidad, debe modificar el sistema que hasta el presente ha adoptado para resolver la cuestión de Oriente.

No mas comtemplaciones con el Imperio Otomano, que basta abandonarlo á sus propias fuerzas para que muera, y que responde á la moderación de Europa con asesinatos de cristianos, como los de Damasco y Salónica.

Oblíguese á esas hordas de bárbaros corrompidos y afeminados á repasar el mar Negro y á volver á las estepas de Asia, de donde salieron. Pues ¿cómo ha de exigir el pueblo turco á la Europa consideraciones que esta no ha guardado á Polonia y Hungría, nobles naciones que fueron antemurales del mundo civilizado, cuando la invasión de los Osmanlís, y á las que ha pagado Europa su heroismo con la mas negra ingratitud?

Todo hombre civilizado, á fuer de amante de la humanidad, debe saludar como uno de los días más venturosos para el porvenir de esta, aquel en que el poder otomano deje de existir; devolviéndose así la libertad á la patria de Temístocles y á los pueblos cristianos que gimen aún bajo el yugo ominoso de los descendientes de Bayaceto.

¿Lograráse al fin, que la diplomacia europea, inspirándose en los principios de una elevada política, ponga término al conflicto que provoca la existencia del Imperio turco, tal como se halla organizado?

Nada hace preveer por el momento que así suceda, si la Providencia divina no se propone resolver la cuestión, valiéndose del heroismo de los mismos oprimidos, produciendo la reacción por el exceso del mal y en virtud de ese movimiento de transformación que se nota en todas partes; aunque sea llevado con los furores del nihilismo, que hacen explicables los excesos del mismo despotismo.

Pero, sea como fuere, tiene que llegar la hora de esa diplomacia cosmopolita que ha de regular de un modo estable y armónico la existencia y la marcha de los pueblos.

Todavía hay política inglesa, rusa, francesa.... es decir, política individual y egoista, que atiende solo á la conveniencia de los gobiernos que representa; pero el espíritu siempre creciente de fraternidad universal y de nivelación humanitaria, hará que la diplomacia se inspire en lo que exijen el bien general de los pueblos y los eternos principios de justicia, pues esa es su misión augusta: tutelar los derechos de la humanidad.

Ese hermoso ejemplo dá la iluminada y cristiana política del gran León XIII, iniciador de la salvadora idea del desarme universal por la adopción del arbitraje internacional en las contiendas de los pueblos, que la civilización y el progreso deben suprimir.

Y sobre todo, esperamos que Aquél que es eterna justicia y eterna bondad oirá propicio los votos que el Soberano moral del mundo hace por la libertad de los pueblos oprimidos y por la política cosmopolita que ha de transformar al mundo en campo de la fraternidad, con la garantía organizada de la paz perpetua y universal, condición indispensable para el progreso y bienestar de las naciones y de los pueblos.

La cuestión religiosa de Oriente

No creemos exagerar si afirmamos que la cuestión religiosa en Oriente acelerará la solución de la cuestión política, mucho mas eficazmente de lo que generalmente se cree y piensa.

Mas, para dar una idea del estado de la cuestión religiosa, empezarémos por exponer el estado actual de las iglesias de Oriente.

José de Maistre, ese poderoso génio que sabía leer en el porvenir, formuló sobre las Iglesias orientales un juicio que no se puede recordar hoy día sin esperimentar un sentimiento de respeto y admiración hácia tan eminente publicista.

Al comparar sus palabras con el estado actual de las Iglesias cismáticas orientales, uno se pregunta si no ha llegado el momento en que las profundas intuiciones del insigne pensador van á convertirse en realidades.

He aquí en efecto, lo que decía de Maistre en una época en que nada podía hacer preveer el movimiento de reacción y de regeneración que invade actualmente al Oriente entero.

«Todas esas Iglesias separadas de la Santa Sede desde principios del siglo XII pueden compararse á cadáveres helados, cuyas formas ha conservado un frio glacial.»

Este hielo es la ignorancia, que debía durar para

ellas más que para nosotros; porque plugo al Señor por razones que merecen ser profundizadas, concentrar hasta nueva órden toda la ciencia humana en nuestras regiones occidentales.

Pero, desde que el viento de la ciencia, que es caliente, venga á soplar sobre esas Iglesias, sucederá lo que debe suceder según las leyes de la naturaleza: las formas antiguas se disolverán, y no quedará más que el polvo.

Si la antigua fé reina en tal ó cual pais separado, la ciencia no ha llegado aún allí; y si la ciencia ha hecho su entrada, la fé ha desaparecido; lo cual no debe entenderse de un cambio súbito, sino gradual, según otra ley de la naturaleza, que no admite saltos, como dice la Escuela.

Hé aquí, pues, la ley tan segura é invariable como su autor: ninguna religión, con excepción de una sola, puede soportar la prueba de la ciencia.

Este oráculo es más seguro que el de Calchas: la ciencia es una especie de ácido que disuelve todos los metales, *con excepción del oro*»; que en nuestro caso es la religión verdadera. (1)

Y más adelante añade: «Nuestras lenguas y nuestras ciencias las penetrarán (á las iglesias cismáticas), y las verémos recorrer con un movimiento acelerado todas las faces de disolución que el protestantismo calvinista y luterano ha puesto ya á nuestra vista.

En todas estas Iglesias los grandes cambios que anuncio, comenzarán por el clero, y el primero que dará este grande é interesante espectáculo, es el de la Iglesia Rusa, porque es la más expuesta al soplo europeo.» (*Del Papa.* Lib. IV.)

Pues bien, si comparamos estas solemnes y proféticas palabras con los hechos que hoy se desarrollan en Oriente, parecerían escritas en vista de

(1) Esta excepción es en favor del catolicismo, respecto del cual es sabida la sentencia de Rousseau: *él sostiene perfectamente el exámen de la razon y cuanto mas se le profundiza mas grandeza se descubre en él.»* Hé aquí porqué soporta la prueba de la ciencia, mientras esta es para las demas un ácido disolvente.

los acontecimientos actuales, que en verdad ellas resúmen admirablemente.

La ciencia, el gran ácido, como le llama de Maistre, comienza á penetrar en todo Oriente de una manera acelerada y vertiginosa.

El Oriente quiere á su vez aprovecharse de las luces del Occidente, que este recibiera en otra época de aquel: *lux oriens.*

Está ávido de luz, y corre con todas sus fuerzas y energía tras ella, como un pueblo que, sentado en las tinieblas, ha apercibido la luz que le sacará de la muerte intelectual y moral.

Tiene necesidad, y una necesidad irresistible, de esta ciencia, que había descuidado desde tiempo atrás, desde que se separó de la Iglesia de Occidente, de la Santa Sede, el demiurgo de la civilización universal, al decir del mismo de Maistre.

Esta necesidad no se deja sentir solamente en las clases mas elevadas, en el seno de las grandes ciudades; pues penetra hasta en el pueblo. Todos quieren aproximar los labios á esta copa encantadora y los mas humildes villorios, como las mas importantes ciudades, tienen sed de ciencia.

Y esta necesidad tan generalmente sentida, todo contribuye á escitarla y satisfacerla.

Hoy dia, que casi no existen las distancias, que un contínuo movimiento de comunicaciones aceleradas, acerca las razas entre sí; que las relaciones en otro tiempo imposibles, se han hecho sumamente fáciles, todo esto hace que el Oriente no quede ni pueda quedar en su aislamiento secular y hasta ahora inconmovible á todas las atracciones de la civilización moderna.

El Oriente quiere participar de la vida comun de los demás pueblos, y proclama como un honor sentirse arrastrado por las tendencias del progreso moderno; y para participar mas plenamente, acojen sus hijos con un ardor sin límites á todos los que le llevan la ilustración, y la ciencia, por que les proporcionan los medios de entrar en el concierto de las naciones civilizadas.

Que los que les lleven esta ciencia sean católicos,

protestantes, libre-pensadores sin fé, ni doctrina, poco les importa; desde que creen que la ciencia está con ellos, sean bienvenidos: sus escuelas se llenan, y el gran ácido se reparte en inmensas proporciones.

Al recorrer las diversas regiones de Oriente se observa y advierte sin gran trabajo, por doquiera, entre las naciones cristianas de estos antiguos países, desde Egipto hasta Constantinopla, Bagdad y Theran, esta sed de aprender, esta necesidad de entrar en relaciones con el Europeo, *que trae la ciencia.*

Y cuando el Oriental no encuentra en el lugar nativo una satisfacción suficiente para esa sed de ciencia, abandonará provisoriamente, si es necesario, su país natal para ir á buscarla en regiones mas afortunadas.

Y no es exageración afirmar que deben contarse á millares hoy día las escuelas é institutos de enseñanza en regiones donde, hace cincuenta años, apenas se sabía lo que era una escuela; habiéndolas encontrado en villorios tan insignificantes como Gollieh, Silvanieh y Karietein.

Sin duda, al entrar en esas escuelas, que le prometen satisfacer la necesidad de aprender, el Oriental no piensa que dejará allí su fé al tomar la ciencia.

Muchas de estas escuelas harán en verdad resplandecer su fé con nuevo brillo, al hacerla más ilustrada y robusta; pero desgraciadamente no es mènos cierto tambien, que en muchas otras perderá la fé de su bautismo, y no habrá encontrado al instruirse, sino una ciencia ruinosa y disolvente, cuyo resultado es una fatuidad incrédula, con la moral del interés y del más abyecto positivismo materialista, ya que el Oriental es tan propenso á juzgar y apreciar todo bajo el aspecto de la conveniencia y del interés pecuniario, material.

Son yá numerosos en Oriente aquellos á quienes ha tocado el ácido, y más numerosos aún aquellos en quienes ha comenzado á ejercer su influencia deleterea. El movimiento ha empezado y continuará y se desarrollará, acelerándose cada vez más;

porque las causas que lo han engendrado se hacen cada día más poderosas, imperiosas é irresistibles. Insensato sería quien intentase detenerlo: es necesario seguirle en su irresistible empuje.

Las Iglesias Orientales no pueden detenerlo y ni siquiera evitarlo, aún cuando lo quisieran; pero á la verdad, no lo quieren.

En cuanto á los católicos, no solamente cederán á este movimiento de ciencia, que es la mejor apología de la religión, sino que por esto mismo son sus más ardientes promotores para dirigir ese movimiento científico é impedir así que lo destruya todo, en cuanto les sea posible.

Tal es el hecho que un observador aún superficial del Oriente puede establecer como el más exacto sobre la cuestión religiosa.

Ahora bien, en presencia de este hecho, que he podido verificar y palpar como cualquier otro turista en Oriente, aún sin ser profeta y sin tener la intuición del porvenir, como de Maistre, la lógica mas elemental permite deducir las más importantes conclusiones para la solución de la cuestión religiosa en Oriente.

Y la primera de estas conclusiones y la más evidente consiste en que el *statu quo* es absolutamente imposible, esto es, que el Oriente se encuentra en un período de transformación y transición religiosa, y por consiguiente, social, moral y política sumamente acelerada; transición que comprende igualmente al pueblo cristiano, como al musulman, aunque este último sea fatalmente retardatario.

Y séame permitido recordar de paso, que en este órden de ideas, aplicado á la civilización contemporánea, está redactada mi obra: «*La Sociedad Moderna y el Porvenir*», de manera que este capítulo bien pudiera formar parte de la misma, ó al menos corresponde con el plan de aquella.

Allí he demostrado que la Iglesia católica está preparada para acompañar á la sociedad moderna en las grandes transformaciones político-sociales á que tiende, sirviéndole de mentor divino, para salvarla una

vez más, como en las grandes transiciones de las épocas pasadas.

∴

Las Iglesias orientales disidentes, quiéranlo ó nó, no están en el caso de poder resistir á esta corriente y empuje de transformación antitética á sus tradiciones inmóviles y retardatarias.

En el mayor número de localidades no tienen escuelas capaces de recibir á los jóvenes de su comunidad; no tienen maestros que oponer á los que los agentes venidos de fuera establecen por todas partes; y con frecuencia carecen de los recursos y de la voluntad necesaria para hacer una oposicion séria al espíritu de incredulidad.

Esto es absolutamente verdadero y sin restricción para los Coptos de Egipto, para los Nestorianos del Kurdistan y de Persia, para los Jacobitas de Siria, de Mesopotamia y del Asia menor; para un gran número de los distrıctos de Armenia, y aún para los Griegos cismáticos de los Patriarcados de Antioquía, de Alejandría y de Jerusalen.

Nada se ha intentado en muchas de esas regiones para oponerse al torrente invasor, ó al menos algo que fuese parte para detenerlo.

Las poblaciones de que acabamos de hablar se perderán por tanto, en un futuro mas ó menos lejano, para estas Iglesias disidentes, que por esto mismo dejarán de existir, como comunidades distintas.

Pero en estas Iglesias es á las masas desde luego que disuelve *el ácido* de la ciencia, al contrario de lo que decía de Maistre, quien anunciaba que su acción disolvente comenzaría por el clero. Pero no olvidemos que de Maistre tenía en vista sobre todo, como él mismo lo declara, las Iglesias *focianas* y principalmente la Iglesia de Constantinopla y la de Rusia.

Ahora bien, allí tambien el *ácido*, el *gran ácido*, realiza su obra de descomposición, y para la Iglesia de Constantinopla, esta descomposición ha comenzado desde tiempo atrás.

Al hacer penetrar la civilización europea en Rusia, Pedro el grande sintió al mismo tiempo la necesidad de sustraer su imperio á la autoridad espiritual de Constantinopla, y desde entonces data el desmembramiento del antiguo Patriarcado de Bizancio, siendo la razón política la que ha presidido en esta primera descomposición ó separación religiosa.

Más tarde bajo la influencia de la ciencia europea y con los socorros de Europa, Grecia renacía de sus cenizas y se constituía en reino independiente: á ejemplo de Pedro el grande y movida por el mismo principio, la Grecia se separa á su vez del Patriarcado de Constantinopla para constituir una Iglesia nacional.

Y á medida que se forman nuevos principados cristianos en detrimento del Imperio Turco, como Rumanía, Servia, Bulgaria, se constituyen también en Iglesias autocéfalas, proclamándose independientes del titulado *Patriarcado Ecumènico* de Constantinopla.

Si las cosas continuan de este modo, y no se vé como el *Phanar* podrá oponerse, el Patriarca de Bizancio se verá muy pronto reducido á no tener jurisdicción exterior, y entonces se acabará el Patriarcado Ecuménico: ya no habrá Iglesia griega, sino un número más ó menos grande de Iglesias autónomas, destinadas á extinguirse.

Pero no es esto todo: el gran disolvente penetra también en esas Iglesias separadas de Constantinopla con asáz eficacia y precipitación.

Comencemos por la Rusia, la primer Iglesia autocéfala separada de Constantinopla, la mas importante de todas, la que, exteriormente al menos, parece oponer una resistencia mayor al disolvente de la ciencia.

A pesar de todas las precauciones y de las medidas mas ingeniosas, el *ácido disolvente* realiza su acción deleterea con suma eficacia.

Es un hecho conocido por todos que las sectas

abundan en Rusia y que amenazan disolver paulatinamente la Iglesia oficial, como sucede con el protestantismo europeo y la Iglesia anglicana.

El publicista ruso M. Tsakin enumera más de *quince* sectas y evalúa en *quince millones* el número de sus adeptos, y á pesar de las enérgicas represiones del poder, ese número crece contínuamente en prodigiosas proporciones.

Conócense tambien la audacia y las poderosas ramificaciones de la nueva secta de los *nihilistas* nacida de la última evolución de la filosofía alemana contra el órden establecido por el despotismo de los Czares. Como el nihilismo se propaga especialmente entre la juventud de las universidades, evidentemente se adueña de la clase social que será un día la dirigente del Imperio.

Las doctrinas negativas han hecho tal progreso en Rusia que las clases ilustradas se han hecho indiferentes por lo menos, en materia de religión,

El mismo Clero ruso se vè hoy día tocado por el gran ácido, y en la parte más influyente. Hasta nuestros dias, su ignorancia lo mantenía adherido á la antigua forma; pero la moderna teología *ortodoxa* ha dado entrada al principio del libre exámen protestante, como lo demuestra M. Soloview en *La Rusia* y *la Iglesia Universal.*

Ahora bien, este principio por doquiera que penetra, destruye toda creencia, cuando no es combatido por una autoridad doctrinal asáz potente para oponerse y resistir al error. Esta autoridad no puede existir en la Iglesia rusa, sino por la fuerza coercitiva y brutal; pero al fin esta será vencida y la obra de disolución será completa.

Esto mismo se verificará con mayor razón en la Iglesia helena al contacto deletereo de las universidades alemanas, en donde se forma lo más escogido de su clero; y esta filtración del libre exámen en la Iglesia helena hace pavorosos progresos, como acontece del mismo modo en las Iglesias nacionales de Servia, Rumania y Bulgaria.

Estas Iglesias sienten en sus entrañas el elemento corrosivo, y no le pueden poner remedio, porque

el único eficaz sería un Concilio ó Sínodo de todas ellas; pero se ha renunciado á esta idea por ser impracticable á falta de jurisdicción y de la autoridad competente para hacerse aceptar y respetar entre Iglesias autocéfalas.

El gran ácido de la ciencia produce pues, una descomposición rápida en las Iglesias orientales.

Pero debe notarse que esta descomposición ha sido acelerada por la introducción del libre exámen de la propaganda protestante, que despliega suma actividad con rápidos progresos de disolución, empleando como medios de proselitismo, además de la repartición de la Biblia traducida en las diversas lenguas nacionales, la creación de escuelas públicas, y la potencia fascinadora del oro, que tanto atrae á las miserables poblaciones de Oriente.

Ahora bien, que esta descomposición de las Iglesias orientales provenga del gran disolvente de la ciencia ó del espíritu protestante, el resultado es el mismo en realidad, pues si en el movimiento de descomposición pasan esos pueblos por la faz del protestantismo, este al generalizarse por la enseñanza, engendra el espíritu de irreligión.

Una vez, en efecto, rota la barrera de los ritos y antiguas tradiciones, esta faz de protestantismo en las Iglesias orientales, no sería sinó de muy corta duración, puesto que el mismo protestantismo en Europa y América ha concluido su evolución, y de negación parcial, se ha convertido en negación total y absoluta.

De las breves y lacónicas indicaciones que acabamos de apuntar dedúcese por tanto, que el *statu quo* es imposible, aun cuando las Iglesias Orientales lo quieran conservar.

Una fuerza llegada de fuera las arrastra á su pesar; fuerza que ellas se reconocen impotentes para lograr dominarla, y que fatalmente las llevará á la disolución, ya sea por la irreligión que hace tantos estragos con pretexto de ilustración y ciencia, ó por una faz de protestantismo oriental, que producirá un resultado final idéntico.

Este porvenir inmediato es el que irremisiblemente

espera á las Iglesias orientales, si no aceptan la unión con la Iglesia católica de Occidente, la única capaz de salvarlas y de devolverles su antiguo esplendor; porque es la única, como el oro, que resiste la influencia disolvente del gran ácido de la ciencia, como lo ha demostrado al conservar su unidad y ortodoxia en presencia de la disolución del protestantismo y de los progresos de la ciencia, convirtiendose esta en su más esplèndida apología.

¿Cual es, pues, el porvenir de Oriente, bajo el aspecto religioso?

Por de pronto la disolución por *el ácido* del libre exámen y de la ciencia, que será irresistible en gran parte de las nacionalidades regidas por las Iglesias orientales cismáticas. Pero esto mismo facilitará y y preparará la propaganda del catolicismo y la unión con la Iglesia Romana ante tantos estragos, á los cuales sólo ella es superior, como en toda época lo ha demostrado; y así se realizará la profecía histórica de Maistre, cuyo cumplimiento vése en gran parte verificado en cuanto al período de transformación.

∴

El hecho de encontrarse en Oriente tan florecientes las Misiones católicas al lado de la propaganda protestante, es la mejor garantía de salvación para ese mismo Oriente, aunque tenga que pasar por las angustias de una dolorosa transición.

Por tanto, queremos indicar, aunque mas no sea de una manera breve y sumaria los progresos que la reacción católica hace en Oriente.

El comienzo de esa reacción católica de una manera permanente en el seno de las Iglesias orientales tuvo lugar desde los siglos XVII y XVIII, habiendo sido constituidos definitivamente en esa época los nuevos Patriarcados católicos de Oriente: para los Nestorianos vueltos á la unidad bajo el nombre de Caldeos, para los Sorianos, para los Griegos y los Armenios unidos.

Los Coptos vueltos al seno de la Iglesia, poco

numerosos para formar un Patriarcado, han quedado hasta ahora bajo la jurisdicción de un Vicariato Apostólico.

Sin embargo, para comprender la situación actual del Oriente bajo el punto de vista cristiano, es necesario recordar que cada una de las comunidades unidas á la Iglesia Romana, á excepción de la *maronita* completamente católica en todo tiempo, se encuentra en presencia de una Iglesia cismática con la misma lengua litùrgica, del mismo rito y denominación que ella.

Es necesario notar también que la única diferiencia entre estas distintas comunidades católicas se encuentra en el rito ó usos litúrgicos y disciplinares.

Al volver cada una de ellas á la unidad, ha conservado en efecto, el rito de la Iglesia separada que abandona para unirse á la Iglesia Romana.

Convendrá ahora dar un cuadro de las Iglesias orientales unidas para poder formar una idea del estado de la propaganda católica en Oriente, pues son conquista de los trabajos apostólicos de dos siglos á esta parte, acelerados y acrecentados en estos últimos tiempos, de un gran despertar para la causa religiosa.

I. Los Caldeos unidos de Turquía y Persia están bajo la jurisdicción del Patriarca de Babilonia, que reside en Mossul.

Once Obispos sufraganeos gobiernan una población de más de 30.000 almas, cuyo número aumenta cada día sobre los 200.000 Nestorianos ó Caldeos disidentes.

II. Los Sirios ó Sorianos unidos esparcidos en la Siria, Mesopotamia y el Asia Menor, están gobernados por un Patriarca con el título de Antioquía, residente en Mardin, y por once Obispos sufraganeos con una población casi igual á la de los Caldeos sobre 50.000 cismáticos.

III. Los Maronitas habitan principalmente el Monte Líbano con una población de 250.000 fieles, bajo la autoridad de un Patriarca con el título tambien de Antioquía, residente cerca de Beyrut, con doce

Arzobispos ú Obispos sufraganeos, uno de los cuales reside en la ciudad de Alepo.

IV. Los Armenios unidos de Oriente tienen un Patriarca con el título de Cilicia, residente en Constantinopla, y veinte Obispos sufraganeos. Es la comunidad católico-oriental más importante, puesto que cuenta con más de un millon de fieles, sobre unos dos millones de Armenios cismáticos, llamados Gregorianos.

V. Los Griegos unidos de Oriente en número de cerca de 100,000, sobre tres millones de cismáticos, están esparcidos en Siria, Palestina y Egipto, dependiendo de un Patriarca residente en Damasco, con doce Arzobispados ú Obispados.

Existen además Griegos unidos en Constantinopla y en Grecia, pero no dependen de este Patriarcado.

VI. Los Coptos unidos forman en Egipto una comunidad poco numerosa, como hemos dicho, sobre una población de unos 300,000 cismáticos; pero en el mismo Egipto existen católicos de todos los ritos, y el catolicismo hace grandes progresos en estos últimos años,

VII. A estas iglesias católicas de Oriente, propiamente dicho, convendria añadir, para dar una idea más exacta de los ritos orientales unidos: los Armenios católicos de Austria y Venecia; los Georgianos y Melchitas unidos de Constantinopla; los Rutenos de Polonia, de Galitzia y de Hungria; los Servios de Croacia y los Búlgaros de Tracia, Bulgaria y Macedomia. Todas estas comunidades unidas, orientales por el rito solamente, forman una población católica de unos seis millones de fieles.

En cuanto á los cismáticos, es en Europa sobre todo donde se encuentra el mayor número, esto es, en Rusia y en los Países Balcánicos, contándose por millones. Pero la Iglesia católica es la única que está en todas partes, hasta en el extremo Oriente y en las Islas; preparando el fermento de la reacción universal que hará dar la vuelta al mundo á la civilización moderna.

Hé aquí la gran esperanza del porvenir: aunque el gran *ácido* de la ciencia y del libre exámen disolverá las diversas comunidades cismáticas que no se unan á la Iglesia católica, y aún á las sectas musulmanas del Oriente; allí está el catolicismo, haciendo prosélitos para conseguir sobre las ruinas de las Iglesias disidentes la unidad religiosa en la Iglesia de Jesucristo, hasta realizar el ideal divino del Salvador del mundo sobre su Iglesia, que es una y única: *un solo Rebaño y un solo Pastor*; máxima que en lenguaje de la filosofía de la historia equivale á la unidad moral de la humanidad en la civilización por el cristianismo, como patrimonio del género humano.

La unión de las Iglesias

Vamos á resumir nuestras ideas sobre la importante cuestión religiosa de Oriente, que es el gérmen y al mismo tiempo el factor principal del porvenir de esos pueblos destinados á entrar en un tiempo no lejano en el concierto del progreso y civilización universales, *por la unión de las Iglesias*, bajo la égida del génio portentoso del gran León XIII, quien con la clarovidencia que le distingue, ha comenzado á poner manos á la obra, dándole un empuje que nadie detendrá y que consumarán sus sucesores con gloria de la Iglesia católica y honor de la civilización cristiana.

La unión de las Iglesias es, en efecto, una cuestión á la órden del día para la política y para la religión.

La prensa religiosa la trata con frecuencia en sus revistas y diarios en Oriente, y en Occidente; y yo quiero tener el honor de ser éco de la misma en América, por más que no sea grande la parte que podrémos tener en su realización.

La diplomacia se preocupa de ella, y la política atribuye á su solución una importancia considerable. Hombres de Estado la hacen objeto de su preferente atención y creen encontrar en ella la solución de ciertos problemas que el porvenir presenta con carácter amenazador.

Una especie de instinto vago, indefinido quizás en sus principios, pero que toma paulatinamente

una forma mas precisa, empuja hácia ella los pueblos de Oriente, que por fin han comprendido que sólo esta unión puede asegurarles la paz y tranquilidad bajo bases sólidas.

En otro tiempo la sola palabra *unión* levantaba tempestades entre los cismáticos. Pero hoy día se habla de ella en Oriente, en Grecia, en los Países Balcánicos y hasta en Rusia, como de una cosa posible, hasta ventajosa, y por tanto deseable.

Se discute pacíficamente sobre las condiciones y bases de la misma en las publicaciones periódicas y diarias, hasta que por fin llegue á discutirse, quizás muy pronto, en los parlamentos y ante los gobiernos y diplomáticos, que no han dejado de iniciarla en su preparación remota, y para obviar prejuicios de latinismo.

De manera que es un verdadero despertar del pensamiento cristiano, una vuelta hácia el espíritu del Evangelio, que no puede ser sinó de buen augurio; porque todo indica que es verdaderamente providencial y responde á una necesidad suprema de los pueblos: ese concierto universal hácia la unidad de la civilización cristiana en la Iglesia y por la Iglesia.

Y ¿no es notable, en efecto, que este movimiento se produzca en el momento en que la negación anticristiana está convulsionando la vieja Europa y ha demostrado con sus estragos cuán perjudicial es al bienestar y tranquilidad de los pueblos?

Por eso se empieza á comprender en Oriente y en Occidente que es necesario, que todas las almas en quienes la religión del divino Redentor de la humanidad está aún viva y entusiasta, se aunen en una comunidad perfecta de ideas, esfuerzos y sentimientos para combatir la corriente de incredulidad que se propone destruir el reinado de Jesucristo y de su Iglesia; habiendo sido este gran pensamiento el dominante en el Congreso Eucarístico de Jerusalen constituyendo su celebración un paso avanzado en el sentido de la unión de las Iglesias

Y en verdad, en el momento en que la ciencia

incrédula invade al Oriente y lo penetra por todas partes, es natural que las antiguas Comunidades separadas de la Iglesia Romana, sintiendo la impotencia en que se encuentran de resistir á los poderosos enemigos que las estrechan, traten de refugiarse bajo el amparo de esta Iglesia que ha permanecido á pesar de todos los embates, la más fuerte potencia moral, la más enérgica, la más compacta, la única capaz de resistir al espíritu desorganizador de incredulidad, y de detener sus conquistas y estragos.

Y se concibe tambien que una sábia política lleve un día, quizás próximo, á trabajar é interesarse por esta unión de las Iglesias á los que presiden los destinos de los pueblos cismáticos del Oriente, para entrar con brios en las conquistas de la civilización moderna.

Pero se concibe mejor el éco despertado por este pensamiento de la unión en todas las almas cristianas, que saben que segun la promesa de Jesucristo no debe haber más que una sola Grey y un solo Pastor; debiendo los grandes corazones que màs influencia pueden ejercer en Oriente dedicarse á esta grande obra de unión siguiendo el impulso y las exhortaciones del sabio y grande León XIII, que ha demostrado tener intuiciones del porvenir, preocupándose seriamente de tan importante cuestión para los destinos de Oriente.

Él pertenece al número de esos genios que vislumbran en lontananza la realización de los grandes momentos históricos para la humanidad.

No puede negarse que la empresa, por lo mismo que tiene una importancia capital, presenta ciertas dificultades inherentes á todas las grandes obras; pero no deben exagerarse, y menos considerarse como insuperables.

En efecto; ni la diversidad de liturgía y de disciplina eclesiásticas, ni la cuestión teológica, que solo en apariencia existe, pueden ser un obstáculo á la unión de las Iglesias; como quiera que la Iglesia católica no hace cuestión de ritos ni de la disciplina tradicionales del Oriente; y en cuan-

to á la cuestión teológica, si se la quiere examinar de cerca, no existe en realidad, segun fué declarado en los Concilios de Lion y de Florencia, celebrados con asistencia de los Prelados de ambas Iglesias de Oriente y de Occidente.

En cuanto á la política, es sabido que por haberse colocado en tiempos del Bajo Imperio en un falso punto de vista, fué la verdadera causa del cisma que divide las Iglesias, pretendiendo que la unión religiosa era un medio de dominación de los latinos sobre los griegos.

Pero ahora ella misma secundará esa unión, en lugar de obstaculizarla, desde el momento que encuentra su propio interés y está desvanecido el pretexto de dominación europea: este momento ha llegado, porque la unidad religiosa es un gran paso para la unidad política.

El dia pues, en que el Oriente haya comprendido que sola y únicamente se quiere y desea su propio bien llamándolo á la unión, sin quitarle nada de sus tradiciones litúrgicas y disciplinares, en ese día la unión realizará un inmenso progreso; y los que hayan contribuido á tan feliz resultado, tendrán la satisfacción de haber llevado la salvación á ese inmenso Oriente, haciéndolo salir de su estacionarismo secular para entrar de lleno en los caminos de la civilización universal. Y he aquí porque recordaré siempre con suma satisfacción haber tomado parte en el Congreso Ecuarístico de Jerusalen, que tanta significación ha tenido en pro de la deseada y acariciada unión de las Iglesias orientales.

Estas Iglesias, lo repetimos, no pueden ya permanecer en su *statu quo* secular. Ellas saldrán de él; aunque será ó para tomar al contacto de la Iglesia católica, uniéndose á ella, una nueva vida, conservando sus antiguas formas, ó bien para sufrir hasta el fin la acción deleterea de la irreligión y del protestantismo, que se confunde con esta en sus consecuencias.

Y en este último caso el catolicismo realizará la conquista religiosa del Oriente después de haber pasado este por la disolución de las Iglesias cismáticas, siendo entonces la unión en el fondo y en la forma, en el dogma y en la liturgía; aunque los sufrimientos de la prueba y de la transición serán mas prolongados y dolorosos para aquellas regiones.

El protestantismo fué un castigo para el Occidente; pero así como de él sacó la providencia un inmenso bien á la manera que saca de las pestes el adelanto de la medicina; del mismo modo pasará en Oriente, en donde hace ya grandes estragos.

Y así como yá está vencido y herido de muerte en Occidente, llegarále su hora también en aquellas regiones, después de haber contribuido á sacudirlas de su letargo indolente; verificándose entónces, como siempre, que Dios no permite el mal sino para sacar el bien.

Sin embargo debemos esperar que la mayor parte de las Iglesias cismáticas de Oriente optará por la unión con la Iglesia Romana, esa gran potencia moral; y mas aceleradamente de lo que se cree, en vista de los mismos estragos del protestantismo.

El Congreso Eucarístico, lo repetimos, ha sido un gran paso en ese sentido; y el porvenir, un porvenir muy próximo, revelará todos los beneficios que rindió á la causa de la unión del Oriente con el Occidente, debido todo á la iniciativa del gran Pontífice, que ha sabido con su genio colocar el catolicismo en la cumbre de la sociedad moderna. Dios premiará sus esfuerzos.

Desde el principio de su Pontificado Leon XIII ha trabajado por la unión de la Iglesia Oriental con la Romana; y los primeros pasos encaminados á obtener la unión de las dos Iglesias casi pasaron desapercibidos, y nadie creía realizable el proyecto del augusto Pontífice.

Más, al subordinar á la consecución de esa unidad religiosa el programa del Congreso Eucarístico, ha sido preciso reconocer que los resultados obtenidos por su iniciativa han superado las más halagüeñas esperanzas.

El movimiento de aproximación á Roma de parte

de las Iglesias orientales, tan valientemente secundado por el célebre Mons. Strosmayer Obispo de Djakovar, se ha hecho mucho más ámplio y enérgico desde que en Jerusalen se trataron los latinos y los griegos y estudiaron las causas ocasionales de la separación de ambas Iglesias, la facilidad y conveniencia de su reunión y las condiciones generales en que esta debería realizarse.

Desde esta época la reunión de ambas Iglesias bajo la suprema autoridad del Sucesor de San Pedro, se ha convertido en la preocupación de los espíritus ilustrados, de las comunidades religiosas, de los misioneros y hasta de la prensa periódica en Grecia, en Macedonia y en Rusia.

Mr. Tricupis, el primer estadista de la Grecia, sostiene con toda su influencia la idea de la unión y la propaga por medio de toda la prensa que le es adicta.

Recientemente el Procurador del *Santo Sinodo* ruso, la mayor autoridad en aquella Iglesia, en un documento público dirigido al Cardenal Rampolla habla de la unión de las Iglesias como del solo medio eficaz para resistir la ola ascendente de la incredulidad y del socialismo.

Pero el síntoma mas precioso y significativo de la próxima unión, está en la discusión entablada, lo mismo en el Oriente que en los paises latinos, acerca de las condiciones litúrgicas, doctrinales y jurisdiccionales que deben establecerse para llegar á una concordia sincera y definitiva.

Al retirarnos del Congreso Eucarístico, tuve la satisfacción de ser compañero de viaje del Emmo. Cardenal Legado Langenieux y del Sr. Arzobispo griego de Sidonia y Deir-el-Kamar, Mons. Basilios Haggiar. El primero me dispensó el honor de confiarme que llevaba la adjuración presentada por algunos Prelados cismáticos, que deseaban unirse á la Iglesia Romana; así como el segundo, celoso propagador de la unión, llevaba para presentar á la aprobación del Santo Padre un proyecto por el que, mitigando los rigores exigidos para la abjuración de los Prelados cismáticos, facilitaría,

por confidencias que se le habían hecho, la unión de las Iglesias orientales con la Romana.

El movimiento religioso en el sentido de la tan acariciada y benéfica unión es por tanto mas acelerado de lo que podría creerse. (1)

Así, pues, en esta cuestión, como en todas las que Leon XIII ha hecho objeto especial de su estudio y de su solicitud, el éxito más lisonjero ha coronado sus esfuerzos, demostrándose una vez mas la previsión admirable de su génio y la prudencia especial con que se dirige á la realización de sus propósitos, siempre llenos de grandeza y de amor á la causa de la humanidad y de la civilización.

Y en verdad, el Congreso de Jerusalen ha sido en sus efectos superior á toda espectativa, y podemos decir que cuando Roma se atreve, el mundo se inclina. Solo el Papa tiene este poder universal; solo la Santa Sede tiene hoy día un Poder irresistible é internacional. Y la razón sin duda es porque y hoy día, el mundo tiene necesidad de paz de fuerzas para la resurrección, así como de poder moral para la organización. Cada vez que el Papa hable ó haga hablar, su palabra tendrá éco. Por esto el Congreso ha sido no solamente un acto, sino un verdadero acontecimiento.

El Oriente entero, se convirtió en éco de Jerusalen y de Roma, como lo demostraron las noticias que llegaban de Atenas, Damasco y Constantinopla. El mismo Sultan se dignó conferir el gran cordon del Osmanié al Emmo. Cardenal Langenieux, Legado del Papa en el Congreso.

En el momento en que este funcionaba en Jerusalen, tenía lugar en Viena la reunión de las Con-

(1) Mis presunciones comienzan á realizarse, pues mientras redactaba estas memorias, he sabido por un periódico árabe de Beyrut que los sirios jacobitas en número de *un millon* acaban de unirse á la Iglesia católica de Roma, encabezados por el Patriarca Jacobita y sus *diez* y *siete* Obispos sufraganeos. ¿No es este un hermoso comienzo de esa corriente de unión de las Iglesias Orientales con la de Roma?

Y es de advertir que la secta de los Jacobitas, debida á *Jacobo* Zanzalo, Obispo de Edesa, es de las mas antiguas, pues nació en 541, y ha continuado hasta nuestros dias en distintos lugares de Asia, especialmente en Siria, y Armenia, residiendo su Patriarca en Diarbekir.

gregaciones de Maria de hombres para las obras de Oriente.

En él, un Misionero de Mesopotamia, el P. Cheikho pronunció un discurso, en el cual decía: «Los cismáticos comienzan á considerar á Roma como el único centro de la vida cristiana y de la verdadera salvación, como lo vemos en el Congreso de Jerusalen. Estos griegos no dirian hoy como en otro tiempo: «Preferimos el turbante de Mahoma á la tiara del Papa.» Hasta los mismos cismáticos deploran la separación de Roma.»

Nosotros lo vimos, y los diarios lo anunciaron sin sorprenderse por ello, que los Patriarcas no católicos enviaban sus arquimandritas hasta Jaffa para saludar en su nombre al Cardenal Langenieux, y en las calles de Jerusalen el pueblo y el clero cismáticos han salido á la recepción del Legado pontificio. ¡Qué cambio, qué mágia en el incomparable recuerdo de Roma! Qué prestigio en el solo nombre de *Legado* del Papa!

Las fiestas han pasado y á los primeros resultados se suceden tambien las primeras dificultades: esta es una ley moral que se verificará.

Alegrémonos porque una gran idea ha brillado sobre el Oriente. Dios la ha bendecido: ella germinarà y serà un día un gran hecho.

¿Con qué satisfacción, pues, no recordaré siempre haber tenido la dicha de asistir á esa grande obra de unión católica?

La renovación universal, la crísis actual y el Pontificado

Mis vistas sobre la transformación del Oriente son más amplias y creo poder extenderlas, en primer lugar, á todo el Oriente musulman, sin exceptuar el extremo Oriente; y despues al orbe entero.

Yo he visto al través de la descomposición, la resurrección en todas partes.

El disolvente de la ciencia se hará universal en esas regiones, que la Europa esta invadiendo de una manera irresistible; mientras el catolicismo crece y hace mas compactas sus filas, el cisma y con mayor razón las antiguas religiones, se disolverán al contacto del grande y poderoso ácido; mientras el protestantismo, sin saberlo, al propagar la Biblia en todas las lenguas, realiza una gran obra de preparación evangélica para la unidad católica, al decir de de Maistre, entre todas las naciones sentadas en las tinieblas del paganismo.

Así, pues, el campo quedará preparado para la Iglesia que envia á todos esas regiones sus heróicos Misioneros, y el Oriente, como el mundo entero, entrará hoy en la unidad universal de la civilización católica.

Pero, á fin de que no se me trate de iluso optimista, daré las razones en que fundo esta convicción, que he expuesto en mi obra citada: «*La So-*

ciedad Moderna y el Porvenir» y que se ha confirmado y completado en mi espiritu ante la acelerada transformación que se realiza en Oriente.

Es ley de la filosofía de la historia que la humanidad tiende á alcanzar al través de múltiples transformaciones el fin providencial. Una en su orígen y destinos, camina hácia la fraternidad universal en la identidad de la civilización, conseguida ya en gran parte por las naciones cristianas, desde donde se extenderá á todos los pueblos de la tierra.

En cuanto al Oriente, las naciones de Asia y Africa, rebeldes á las intimaciones del Evangelio y en las cuales los prodigios del desprendimiento apostólico no han conseguido arrancar del paganismo ó de la idolatría, más que una minoría muy reducida, es evidente que la resistencia de esas masas inconcientes no es otra cosa que el resultado de la opresión de sus gobernantes. Pero estas naciones son ejércitos de niños sujetos á la dirección de los jefes, y estos también son niños que cederán infaliblemente á la influencia política y moral de los gobiernos europeos, sobre todo si su política apareciese desinteresada y cristiana. Sin embargo esa influencia se hace sentir ya bajo el aspecto de los intereses materiales del comercio y de la industria; y de ese medio se vale la Providencia para conseguir por Europa la transformación del Oriente, de donde resultará una renovación universal.

¿Cómo sucederá esta renovación? Helo aquí:

Los progresos en los medios de comunicación son tales, que la Europa se verá convertida en una gran ciudad, cuyos cuarteles más lejanos se podrán recorrer en pocos dias y desde allí el mundo entero, que desplegará una actividad universal.

Los abismos del Océano no pondrán obstáculo ninguno á la circulación eléctrica de la palabra, y las atrevidas espediciones de los marinos alrededor del mundo serán paseos comunes.

El Cabo de Buena Esperanza, Pondichery, Calcuta, Bombay, Pekin, Yedo, Sidney, serán arrabales de la gran metrópoli del universo, la Europa,

que invadirá al mundo entero con su comercio é industria, y por este medio con su lengua, sus ideas, sus instituciones y su civilización.

A título de servicio europeo se introducirá la libertad de imprenta y la libertad de cultos, que se extenderá también á los cultos nacionales de Confucio, Mahoma y Budha. Y llegarán á discutirse esos cultos; y como no pueden resistir la discusión, ni el ácido de la ciencia, sucederá á la indiferencia, el desprecio; y los que estaban aferrados á sus groseros errores verán la luz, y la luz los salvará; porque el proselitismo católico irá hasta los confines de la tierra, y en todas partes se hará oir la voz de los apóstoles del Cristo al cumplir el divino mandato: «Id á enseñar á todas las gentes.»

Y ¿cuál será el resultado de este prodigioso abocamiento del mundo entero y de las almas separadas hasta ahora por inmensas distancias, y sujetas exclusivamente á la influencia de las preocupaciones nacionales de distintas sectas y de prejuicios injustificables?

A primera vista el resultado de este contacto parece deberá ser un aumento de bienestar físico, de amor vivo hácia los goces y negocios materiales, y si llegan á extinguirse las enemistades religiosas y nacionales, será quizás en brazos de la *indiferencia* moral y religiosa.

Y tal sería indudablemente el resultado material de esa gran fusión, si la Providencia no hubiese provisto á ella, ó mejor si no lo hubiesen hecho los hombres, especialmente en Europa, creando el aguijón, que atormentará á la indiferencia religiosa y amenazará con entregar á las llamas la almohada en que recline su cabeza: los intereses materiales. Si: los intereses materiales, porque Dios castiga por donde se ha pecado.

¿No vemos en efecto, como ese aguijón, la plaga social, corre con tanta velocidad como esa obra de fusión y de cosmopolitismo, y que el hilo elèctrico trasmite las órdenes del socialismo, y las caminos de hierro y el vapor conducen sus agen-

tes, con tanta rapidéz como las órdenes y los soldados de los que le combaten?

¿No observamos que el aumento de ardor por los goces y negocios no puede conseguir otra cosa que aumentar la sed de destrucción por las pasiones de codicia y ódio, que el mismo manda; y multiplicar el sufrimiento de las clases inferiores á las cuáles esplota?

Al progreso de esa plaga social, será preciso oponer el único remedio: el progreso del espíritu religioso, del espíritu de fé, esperanza y caridad; el gran código social del decálogo divino, sin cuya práctica está demostrada la ímposibilidad del mismo bienestar material de los pueblos.

Y cuando la Europa sienta la necesidad de impregnarse de este espíritu para conjurar ó detener la conflagración socialista y anarquista ¿á quien irá á pedirlo?

Por ventura al Patriarca *Ecuménico* de Constantinopla, al Santo Sínodo de Rusia, ó á un Concilio de los anglicanos convocado por su Soberano temporal y espiritual? ¿Acaso á la filosofía ó al racionalismo, que han engendrado esa misma indiferencia é incredulidad, que se trata de combatir?

Oponer el protestantismo á la filosofía racionalista y al socialismo, será lo mismo que derramar aceite sobre las ascuas; y ya que las cisternas del cisma y de la heterodoxia protestante y filosófica están en seco, será preciso recurrir al gran manantial de aguas vivas del catolicismo.

Y como este manantial derrama sus aguas saludables por medio de mil canales en las tierras del cisma y de la hetorodoxia protestante y filosófica, estará al alcance de todos los que quieran luchar contra el incendio devorador.

Cuando la plaga universal de la irreligión llegue á su colmo, el mismo buen sentido levantará la voz diciendo: no hay otro remedio que la religión universal!

Es indudable que el fanatismo de secta combatirá en Oriente y Occidente con todas sus fuerzas; pero esa unión y fusión de pueblos y razas, y

medios de acción é ilustración, le arrebatará sus armas principales: la ignorancia, la mentira y la calumnia.

Y ¿cómo retener entonces á los pueblos en el error, ni alimentarlos con las mas absurdas preocupaciones contra el catolicismo; preocupaciones que están en razón directa de las distancias, que separan á los pueblos de la acción y propaganda católica?

Parece pues, cosa evidente y cierta que en esa obra providencial de unidad y de fusión de las naciones á que se halla sujeto el Occidente, y por este el Oriente, el oro católico resplandecerá, atraerá las partículas preciosas que existen envueltas en la escoria de todas las sectas religiosas, encargándose el vulcano socialista de realizar esa separación y combatir el viento glacial de la indiferencia con el ardor de sus incendios pavorosos.

Debemos pues, creer con de Maistre y Chateaubriand que *caminamos á grandes pasos hácia una grande unidad* y que *todo tiende á recomponer la unidad católica* en el mundo entero.

Si cuando estos ilustres pensadores anunciaban este gran movimiento hacia el catolicismo, era de algún mérito el preveerlo, hoy es necesario ser victima de la mayor ceguedad para negarlo.

Es verdad que son espantosos los estragos que amenazan á la sociedad moderna si estalla el incendio anarquista en Europa, en donde por espacio de siglos las cortes, los salones, los ateneos, las universidades, las sociedades secretas, el socialismo, la pluma de los escritores y hasta el pincel de los artistas han trabajado para reunir un prodigioso monton de materias inflamables.

Pero, en esta hipótesis la Europa despertará ante los resplandores de pavoroso incendio y despues de los tremendos estragos, en una hermosa mañana, se admirará de verse católica, contemplando desde un arco del puente roto de Lóndres ó desde las ruinas del Panteón, la reconstitución de la humaninad por las luces de la fe y los radiantes ardores de la caridad.

Y si á tanto no llegan la calamidad y las ruinas, los inmensos peligros no servirán sino para despertar el espíritu religioso de los pueblos, cimentar la unión de los elementos católicos y reunirlos en derredor del divino estandarte para obtener una nueva victoria de Lepanto, logrando así la familia de Jafet derramar en abundancia la luz en las tiendas de Sem y levantar el anatema que pesa sobre los descendientes de Cam.

Pero, vamos á insistir sobre este órden de ideas considerándolo de una manera mas concreta y adaptada á la situación actual del mundo civilizado.

∴

Serémos acaso demasiado optimistas en nuestras apreciaciones? Creemos que nó, y vamos á probarlo.

La energía de la influencia del catolicismo en el mundo está representada y como concentrada en el Pontificado.

Ahora bien, cada dia señala un movimiento ascendente en los nuevos destinos del Papado y de su influencia moral incontrastable.

Todos los que observan y consideran las cosas desde más alto, constatan que el Papa es el único punto fijo en medio de las transformaciones rápidas y profundas de que es teatro Europa, la señora del mundo é invasora del Oriente, para comunicarle su propia suerte con sus grandes conquistas.

Tiempo há, después de las convulsiones del siglo XVI, las monarquías y los pueblos parecían despreciar el cúmulo de fuerzas que reside en este poder cosmopolita; pero hoy día todo contribuye á hacer resaltar la utilidad y los efectos benéficos del Pontificado.

Lo dominante ante las miradas del filósofo en ese movimiento, es que la humanidad ha entrado en la cuarta faz de su existencia, ó al menos, se prepara para franquear una nueva frontera, *la faz social.*

El Evangelio ha transformado el mundo por

medio de una triple regeneración religiosa, moral y política.

Aunque la Iglesia ha sembrado siempre el mundo de instituciones benéficas y conducido gradualmente las evoluciones del progreso, la aplicación social del Evangelio á todas las clases no se había hecho todavía en conjunto y bajo un aspecto cosmopolita.

Cada ciclo de los beneficios evangélicos parece tener su tiempo y su época, como conquistas adaptadas á las necesidades y preparación de la sociedad.

Nuestro siglo, nuestra época ha llegado al término de la tercera estación: la estación social que ha debido llegar después de la ley divina y de la ley moral, habiendo los siglos anteriores realizado estas dos últimas leyes.

La organización actual de la sociedad se derrumba y disuelve por todas partes, por los excesos del sistema adoptado hasta ahora.

Una filosofía orgullosa, una cultura refinada y asaz intensa, un liberalismo político, basado sobre el racionalismo y la libertad económica sin entrañas, ha llevado el triunfo del individualismo, antitético al bien comun.

Ahora bien, si el individualismo puede ser un objeto de orgullo para algunas personalidades, como M. Renan, M. Nietz y otros, que veian el término de toda civilización en el reinado del *Uebermensch*, esto es, del rico antiguo, de la plutocracia; el individualismo es sin embargo, la muerte de toda civilización, un principio de corrupción para la sociedad.

El individualismo es la dominación del egoismo, de la cultura personal, de la riqueza demasiado desigualmente repartida: lleva á la preponderancia de los fuertes sobre los débiles: es la aplicación del darwinismo á las formas sociales en la lucha por la existencia.

Pero la sociedad es un organismo, es un compuesto infinito de células juxtapuestas, que viven de una misma vida y tienden á un mismo fin: el bien comun.

Por consiguiente, está regida por las leyes de solidaridad y de simpatía colectiva y se basa sobre la colaboración mas ó menos iguál y proporcionada de todos á una misma obra de justicia, de bien y de progreso.

Como un árbol que eternamente reverdece, la humanidad debe extenderse sin cesar en el mismo sentido, bajo la presión y la dirección del mismo principio de vida.

Pues bien, nuestra época tiene dos señales, dos caracteres: la diversidad y la lucha;que son el resultado del individualismo.

A esta necesidad de reorganización colectiva, á esta sed de solidaridad responde el socialismo, y hé aquí el secreto de sus triunfos, de su magia fascinadora; hé aquí la garantía de su desenvolvimiento poderoso é irresistible.

Aunque sea hijo intelectual y moral del liberalismo, es el contrapeso social y económico; apela á los instintos màs profundos y más arraigados del corazón del hombre, como á las leyes fundamentales de la naturaleza.

El obrero, el paisano y el artesano no consideran en general más que este aspecto simpático del *cuarto Estado.*

Y hé aquí porque los estadistas más esclarecidos ensayan practicar la selección del capital socialista; se esfuerzan por separar las partes legítimas del mismo, en cuanto el socialismo señala una reacción justificada contra el órden social *liberalizado*, si nos es lícita la expresión.

Pero es cierto, al menos casi seguro, que sin la potencia cosmopolita de la Santa Sede, del Pontificado, el mundo no sabrá realizar esta selección, ni detener el curso irresistible del socialismo demagogo, que afeará la democracia contemporánea.

La división de los espíritus, el choque de las escuelas contradictorias, las cargas del militarismo, los excesos de las rivalidades nacionales, el pesimismo, el refinamiento de la cultura, el rebajamiento del nivel moral y religioso, y especialmente la ausencia de una fuerza de proyección, y de

un *sensorio ó centro comun*, que el mismo Renan indicaba como una gran necesidad de la civilización universal, todo contribuye á hacer la transición y la evolución casi imposibles.

Si tantos publicistas de todos los países se vuelven con predilección hacia Roma, es porque el Pontificado tiene esa potencia de proyección, con todos los atractivos è influencias legítimas y suaves del poder moral, y forma ese sensorio comun, ese órgano universal de la civilización universal.

Heredero del Cristo, depositario incorruptible de la verdad y de la justicia, lleva al mundo ese flujo y reflujo social, que constituye la vida orgánica del mundo, como el flujo y reflujo del mar es la condición de su existencia y de de su fecundidad.

León XIII ha correspondido misericordiosamente á las necesidades particulares de nuestro siglo.

Pero, es necesario que los hombres de buena voluntad no se engañen é ilusionen acerca de la gravedad de la solución de la crísis actual, y trabajen para restituir á la Santa Sede todos sus medios de influencia y de expansión en el mundo.

El liberalismo europeo después de haber azuzado los odios del pueblo contra la religión; después de haberle enseñado á no obedecer las leyes divinas ni las humanas; después de haber puesto en sus manos la tea incendiaria y la bomba explosiva, está asustado de su propia obra y reconoce que aquel poder que pretendió destruir, es el único que puede salvar á las sociedades de los furores del anarquismo destructor. Véase sinó, entre muchas otras, la siguiente confesión del reputado literato, Perez Galdós (liberal de los más avanzados) que vienen á rendir el más absoluto tributo de justicia á la Iglesia Católica.

«Claro es, dice, que no vivimos en el mejor de los mundos posibles, y que nuestra existencia no es una bienandanza de delicias.

Pero la razón y la imaginación, investigando de consuno, no nos dan idea de que pueda existir

la distribución equitativa de los escasos bienes de este mundo.

Los anarquistas sueñan con la abolición del mal, que es lo mismo que querer suprimir la vida. El mal es inherente á nuestra infeliz naturaleza, toda miseria y dolor en diferentes formas.

«No queda duda que dando por terminada la vida se extingue el mal humano. Hasta aquí proceden con cierta lógica, pero lo que no sabemos es de dónde van á traer esos bienes que ciegamente apetecen, quien vá á ser el repartidor de ellos, y que parte nos ha de tocar á cada uno.

Hay demencias colectivas: la pérdida de la razón no es solo un fenómeno individual.

Las sociedades son tambien atacadas y vemos en el anarquismo una enfermedad del organismo social.

Hay que curarlo. ¿Cómo?

En la última Encíclica del Papa León XIII hay un párrafo que indudablemente entraña profundísima sabiduría.

«Tres males, dice, nos parecen funestísimos para el común bienestar, que son: *el disgusto de una vida modesta y activa, el horror al sufrimiento, y el olvido de los bienes eternos que esperamos*».

Esto es verdad: cada dia observamos menos resignación para conllevar las penas de la pobreza en aquellos á quienes ha tocado la suerte de figurar en la última escala social.

El mal humor y la displicencia de las clases humildes es cada día mayor.

Falta el contrapeso de la idea religiosa, de las compensaciones anunciadas para otra vida, en la cual han empezado á perder la fé algunos desheredados de la fortuna.

Ya se ha expresado, no sé por quien, en una frase gráfica, la idea impulsora de todo este movimiento anarquista.

Los que nada tienen, se vuelven hácia los filósofos y propagandistas liberales, que en lo que vá de siglo han destruido la fé religiosa, y les dicen:

«Nos habeis quitado el cielo; pues ahora queremos la tierra».

Indudablemente hay un fondo de lógica en esta manera de presentar la cuestión.

«Nosotros creíamos, dice el pueblo: nos consolábamos de nuestra miseria, pensando en otra vida mejor, que nos compensara de los dolores de esta. Venís vosotros demostrándonos ó queriendo demostrarnos que no hay tal vida de ultratumba, que lo que hoy no poseemos no nos lo han de dar después, que la eternidad es toda silencio, oscuridad, nada: venís con el cuento de que no debemos confiar en las promesas de un Dios de justicia y misericordia, que no hay más mundo que este tristísimo en que sufrimos.

Pues en este caso, señores librepensadores, señores filósofos y políticos avanzados, no es justo que nosotros, tan hombres como vosotros, dejemos este planeta sin haber gastado algunos de los bienes que atesora. ¿Nos quitais ese *más allá* que era nuestro consuelo? Pues ahora queremos la parte que nos corresponde en lo *de acá*. Queremos vuestras casas cómodas y alegres; queremos vuestros alimentos sanos y sabrosos; queremos vuestros entretenimientos, vuestro lujo. ¿Qué razón hay para que nosotros no paseemos en coche? ¿Por qué hemos de vivir en inmundas pocilgas? Ya que nuestra vida se halla limitada á la superficie de la esfera terrestre, seamos todos iguales y disfrutemos con equitativo reparto todo lo que haya por acá.»

Las anteriores reflexiones son en alto grado sensatas y no necesitan ser comentadas, dando razón á los esfuerzos de León XIII.

Y en efecto, el gran Papa goza de la predestinación para la época y para la misión que debe conducir, como dice un notable publicista, por su bondad consciente, que sueña en abarcar en amoroso abrazo al mundo entero; por su espíritu atormentado sin cesar con el problema de la fraternidad universal, que trata de reconciliar el dogma inconmovible con la marcha de los tiempos y de

conservar á los hombres la integridad de sus creencias al lado de sus libertades inalienables.

«Entre todos aquellos, dice el mismo Blowitz, que la historia tendría el derecho de reclamar para sí, porque son ellos los que la hacen, entre todos los que figuran á la cabeza de los pueblos, entre los que tienen por misión el progreso de las naciones, la paz del mundo, la dirección de sus épocas, las soluciones sociales y los beneficios eternos que ellas acarrean, León XIII es el que está más seguro del sitio que respetuosamente le reserva la historia de los tiempos.»

Y ¿quién ignora cuánto ha hecho León XIII por la solución del problema social después de su inmortal Encíclica sobre «la condición de los obreros?»

Esperémos, pues en el triunfo social de la Iglesia, por medio de sus enseñanzas salvadoras; que será á su vez la salvación de la sociedad moderna.

Las razones de esperar

Y ¿cuáles son nuestras esperanzas del porvenir?

Para exponerlas queremos servirnos de la autoridad del publicista Mr. Tavernier, quien en un opúsculo notable, que acaba de publicar, indica á los católicos *las razones de esperar* en las actuales circunstancias.

La primera de todas es soberana, suficiente por sí misma: es la promesa infalible del Cristo, que garante el triunfo de su Iglesia.

Pero antes de llegar á este término definitivo de su historia, el catolicismo, puede sufrir frecuente y dolorosas alternativas de victorias y de reveses, porque la Providencia realiza su plan respetando hasta el abuso de la libertad humana.

Ahora bien, la Iglesia, al presente, ¿se encamina y marcha hácia una época de esplendores, ó hácia una época de desgracias provisionales?

Hé aquí lo que preocupa á muchos genios pesimistas. Pero Mr. Tavernier sin pecar de exagerado optimista, cree que para el siglo que asoma yá, tenemos motivos inmediatos y próximos de una feliz esperanza, y su comunicativa elocuencia asocia el lector á esta convicción.

A medida que se desarrolla el Pontificado de Leon XIII, la Iglesia católica, adherida por robustas amarras á todo lo que hay en el pasado de necesario y de vital, despliega sus velas con confianza, hácia las regiones del porvenir.

Por lo acaecido desde algunos años á esta parte, se puede comprender y adivinar lo que será el porvenir que se aproxima.

Desde tiempo atrás algunos católicos en actitud descorazonada y con un lenguaje desesperante, hablan del «cariz fatídico de los tiempos presentes»; creen que este malestar irá contínuamente agravándose; é interpretan todas las novedades políticas ó sociales como síntomas funestos.

De todo desconfian, sin precisar cosa alguna: lamentos, eternos lamentos, pesimismo sobre pesimismo. Hasta consideran las legítimas reivindicaciones de los obreros, que cada día progresan en la conciencia de sus derechos y necesidades, como écos siniestros de rumores revolucionarios, y consideran los progresos de la democracia, que cada día adquiere las señales de dueña del porvenir, como el preludio de un nuevo *Terror*.

La ascensión de las capas populares, las aspiraciones de los obreros hacia un estado social basado sobre la justicia: todo esto, para los conservadores de que hablamos, significa un 1793.

Comprenden vagamente que el estado de cosas actual, nacido del 1789, era precario, imperfecto, defectuoso; y sin embargo, por ignorancia y por inconsecuencia, le querían sostener en oposición al nuevo órden de cosas que engendraba lentamente el siglo espirante.

A esta clase de pensadores pesimistas el libro de M. Tavernier sugerirá reflexiones inmensas y sábiamente instructivas.

Mr. Tavernier no dice: «El viejo mundo camina al abismo, salvémosle». ¿Cómo habría de hablar de esta manera?....

Bajo el punto de vista político, el viejo mundo poseia formas de gobierno respetables, pero contingentes y temporarias; bajo el punto de vista social, se fundaba en una doctrina económica contraria á las enseñanzas y espíritu del Evangelio.

Este viejo mundo, al que un cierto número de conservadores creen ortodojo adherirse, se ha venido formando desde tiempo atrás por reacción contra

el espíritu cristiano, por insurrección contra la influencia de la Iglesia; ¿cómo pues, la Iglesia había de trabajar por la conservación de semejante estado de cosas?

Pero hé aquí lo que dice M. Tavernier en sustancia: «Un nuevo mundo se prepara y nace; bauticémosle.»

Y este es en resúmen el lema de las ideas proclamadas por Leon XIII, que no ha hecho otra cosa que bautizar á la democracia social, dictando en sus admirables Encíclicas el código moral, económico y político de esa nueva señora del porvenir.

En la historia general de la evolución humana el puesto de la Iglesia está cabe las cunas, más bien que al lado de las tumbas, ante las cuales canta el *Requiescant in pace,* para decir al recien nacido: «Si quieres ser viable observa los mandamientos: *Si vis ad vitam ingredi, serva mandata*».

Así comprendió su misión la Iglesia cuando la barbarie vino á formar los Estados modernos sobre las ruinas del mundo romano.

Y es por cierto con una gran profundidad de inteligencia histórica que M. Tavernier compara y asemeja estas dos épocas: el siglo quinto y el fin del décimonono.

En el siglo quinto, como al presente, existían falsos y verdaderos conservadores.

Los falsos, grandes pesimistas y lamentadores geremíacos, querían mantener las formas políticas y sociales, que tambaleaban, creyendo que no eran posibles otras mejores.

Pero los verdaderos conservadores, que eran casi todos los sacerdotes y Pontífices cristianos, bendecían y dirigían la renovación general que providencialmente se verificaba en medio de aquellos trastornos, estragos y descomposiciones político-sociales: *corruptio unius, generatio alterius;* eran los dolores del alumbramiento del nuevo orden de cosas, que nacía de en medio de aquel cáos, vivificado por el soplo de la Iglesia.

Y en efecto; ¿quién no comprende que vamos á

presenciar en 1900 el fin de un siglo, que arrastra en pos de sí el *fin de un mundo*, según la célebre expresión del afamado Drumont?

El mundo actual se vá. El actual orden de cosas se acaba, para dar lugar á otro nuevo y más espléndido, aunque á costa de dolorosas convulciones y pavorosos trastornos.

El viejo mundo está como un árbol secular carcomido y minado por el socialismo, el pauperismo y el racionalismo positivista decadente.

¿Qué significan, sinó, esas huelgas contínuas, las sublevaciones de las masas populares hambrientas; las finanzas arruinadas, la internacional que extiende sus redes; el nihilismo y la anarquía demagoga que ensaya acabar con este órden de cosas por medio de las bombas esplosivas y la dinamita; las bancarrotas y los escándalos bancarios de compañias explotadoras?

En Europa la paz armada con ocho millones de soldados, obliga á arruinarse á las naciones amigas y enemigas, como quiera que la triple alianza está en jaque con la alianza franco-rusa, dando esta última el raro espectáculo de estrechar en cordiales relaciones dos formas antitèticas: la autocracia mas absoluta con la democracia republicana! La providencia los empuja, y ellos no saben á donde van.

Inglaterra tiembla contínuamente amenazada por la propia extensión de su imperio.

Rusia inquieta por su misma ambición, siente roer sus entrañas por el nihilismo.

Turquía es un cadáver en descomposición galvanizado.

Portugal se hunde en el abismo de sus finanzas arruinadas; conmueve á España el regionalismo republicano y la miseria económica la estenúa, como á Dinamarca, Holanda, Suiza y Bèlgica, que no saben como podrán defender su propia pequeñez en las complicaciones futuras de la conflagración europea.

El Africa convertida en presa codiciada, que se dividen á su antojo Inglaterra, Alemania y Francia;

mientras el Asia es un campo de estacionarismo que tambalea ante la invasión irresistible de las ideas europeas.

El Japon, que es el estado asiático que más rápidamente se civiliza, prepárase para hacer trizas al coloso inmóvil de la China.

Rusia invade á la Persia; Inglaterra tiene inquietudes por la India; Francia hace sentir su preponderancia en Siam; y la influencia europea se hace irresistible en Asia como en Oceanía; habiendo llevado la bancarrota á la misma Australia.

Y vése al Nuevo Mundo, digno de mejor suerte, pasar por una edad media y un feudalismo demagogo, que estalla en revoluciones contínuas, en sus pasos vacilantes hácia su trabajosa organización política en medio de una democracia perturbada.

Y la bancarrota financiera que llega á ser universal, fomenta una inquietud permanente y amenazadora; viniendo así à cerrar ese cuadro general de verdadero desquicio económico-político y de violenta transición de un mundo que se acaba en la evolución del porvenir.

Mas, si en el siglo XIX verifícase el fin de un mundo, como sucediera en el siglo quinto, no hay que temer por la suerte de la humanidad, ni mucho menos sentir que el àctual órden de cosas se acabe.

Vendrá otro mejor, porque esa es la ley del progreso, y de renovación constante en ese flujo y reflujo vivificador de la humanidad.

Así, pues, la asimilación de ambas épocas es una lección de filosofía de la historia, y es un rasgo luminoso en el opúsculo de Mr. Tavernier, que debieran estudiar los que aun murmuran en el viejo mundo por que la Iglesia rehusa comprometerse con ciertas solidaridades políticas.

«La Iglesia de Cristo no se liga á otro cadáver que á aquel que está clavado sobre la cruz», ha dicho León XIII, respondiendo á los que querían servirse del Pontificado para salvar el cadáver de ciertas formas é instituciones políticas del pasado.

Si; la Iglesia es conservadora: ella posee el de-

pósito y conserva el derecho de aplicación de los principios cristianos fundamentalmente necesarios para la sociedad y para las naciones.

Pero esto no autoriza á todos los que se titulan conservadores, para que pretendan tener la Iglesia consigo; y mucho menos señalar la línea de conducta al supremo Gerarca de esa misma Iglesia; contra cuyo atrevimiento Leon XIII ha protestado con sabia energía.

Elocuentemente sugestiva la obra de M. Tavernier, concluye con estos términos que resúmen el espíritu del libro y contienen su esencia:

«La vieja sociedad, que se indigna al comprender que no durará para siempre, debe procurar, aunque más no sea por su propio interés, tener en cuenta la gran ley de transición y de renovación providencial en la humanidad.

Todo lo que el mundo actual tiene de bueno y de bello, no puede ser conservado sino con esta condición.

Fué así como la Iglesia salvó la civilización romana y le permitió reflorecer. Es así como por largo tiempo en nuestras sociedades continuará dirigiendo el movimiento interrumpido, que conduce á todas las criaturas y á todas las clases de seres y de cosas al puesto señalado en el plan providencial.»

La situación desde yá y en adelante es clara y determinada: el Pontífice ha hablado categóricamente y en documentos que han dado la vuelta al mundo.

Sabemos pues, á donde vamos: á la conquista del porvenir por una renovación universal y bajo la égida de la potencia moral é intelectual, que es la luz del mundo en todas sus etapas y transformaciones, quiéralo ó no el espíritu retardatario de la incredulidad y del individualismo.

Hé aquí la situación: de una parte la Iglesia, que admite, proclama y bendice el progreso; que se asocia á la evolución histórica, y que por lo mismo está cierta y segura de presidir los destinos de la sociedad, con las enseñanzas, el programa y el empuje del Pontífice, que es el más grande de los

sábios y de los políticos contemporáneos, por confesión de los más grandes sábios y políticos de su tiempo.

De la otra parte, los campeones del viejo liberalismo, que desde hace medio siglo, contra toda evidencia y sistemáticamente, por un fanatismo de irreligión y de racionalismo, acusan á la Iglesia de hostilidad al progreso, á la ciencia y á la civilización, y que ciegos en su ódio implacable é intransigente no se aperciben de que al hacer de la Revolución francesa la meta suprema y el punto de parada de la humanidad, son ellos precisamente, y no la Iglesia, los retardatarios, los que niegan el progreso y se oponen á la más espléndida transformación con que la sociedad moderna hará cosmopólita la civilización cristiana.

M. Tavernier escribe en otro lugar: «Mañana, mejor aún que hoy día, las masas adquirirán conciencia de los derechos que el *ochenta* y *nueve* les ha impedido defender, y que les niega un ciego espíritu de conservación.»

Cuando puede recogerse un lenguaje semejante salido de la pluma de un publicista católico, se puede preveer con toda seguridad que la dolorosa y terrible desinteligencia ó mala inteligencia entre la Iglesia calumniada y las masas engañadas, está muy próxima á cesar, y que no está lejano el día en que una reacción generosa, provocada por el exceso del mal engendrado por ese apartamiento religioso y por ese afortunado desengaño, empuje la sociedad á seguir tras la nave de la Iglesia que, con velas desplegadas, bajo la dirección del sábio timonero, tiende en raudo vuelo á las playas del porvenir, que es la nueva etapa de la civilización de la humanidad.

Así la Iglesia volverá á salvar á la sociedad, como la salvó del paganismo y de la barbarie de la edad media.

Este es el destino próximo que se encuentra marcado con letras de oro en el plan providencial, para la humanidad entera en Oriente y en Occidente, en América y en Oceanía.

Pero mas significativo aún, como síntoma de esa

generosa reacción, es contemplar á publicistas eminentes del campo racionalista, que saben juzgar con altura la época actual y el papel que desempeñará la Iglesia en los destinos de la sociedad moderna.

Así, el notable publicista, M. de Vogüé, escritor de la «Revista de Ambos Mundos» declaraba en una célebre conferencia sobre este tema; *el espíritu nuevo*: «Es imposible negarlo: nosotros asistimos, en todos los dominios del pensamiento y de la actividad, á una grande evolución; nos encontramos en una verdadera vuelta de la historia, que recuerda por mas de un título la gran época del Renacimiento».

Y después de haber afirmado que es necesario que nuestras generaciones se instruyan algo mas y mejor en las verdades del Evangelio, orígen de nuestra civilización moderna, el eminente orador aborda el problema más grave, el problema religioso.

«Nosotros asistimos, dice, á un verdadero despertamiento de la fé; las generaciones que llegan á la vida intelectual y á la vida pública se alejan cada vez mas del excepticismo frio y sin ideales.... Ellos tienen sed de ideal, y ese ideal lo encontrarán en el Evangelio y en la enseñanza de aquellos que han recibido misión de anunciar la palabra divina.....»

Después de esta declaración, con un tacto maravillosamente delicado, M. de Vogüé compara la Iglesia católica á un árbol diez y ocho veces secular, que tiene frutos de toda especie y para todas las estaciones de la sociedad.

«Según la época, y según las circunstancias de lugar y de tiempo, el Soberano Pontífice, baja y coloca al alcance de los pueblos el gajo que les conviene: y aunque los frutos son de aspecto diferente, siempre pertenecen al mismo árbol, y todos han sido producidos por la misma sávia».

Y termina con un elocuente elogio de León XIII, de «ese ilustre Pontífice que se ha colocado tan resueltamente y con tan grande inteligencia de las necesidades del momento, á la cabeza del movimiento democrático y social, que empuja el siglo XIX y que será tan característico en la historia».

Pero tanto los pueblos como los estadistas más notables, comienzan á reconocer que no basta realizar la liquidación del liberalismo ateo y racionalista, sino que es necesario sustituir á las ruinas y estragos por él causados en la crísis actual, una idea, una fuerza, una influencia, un algo más positivo y reparador, y que solo el cristianismo tiene este poder y esta vitalidad, que dá por garantía una resistencia diez y nueve veces secular.

Y es esto tan verdadero que vemos inteligencias, que carecen aún de la fé entera, aunque la desean, constituir una especie de partido del deber moral y reclamar el cristianismo, como la única salvaguardia y la única garantía irreductible.

Vemos toda una pléyade de inteligencias penetrantes y delicadas, tender hácia la aceptación social y política del catolicismo, aunque su fé *científica* sea aún débil y vacilante, pero son síntomas de una época de reacción salvadora.

El siglo XIX ha sido una época de experiencias decisivas; y como término de esfuerzos enérgicos y de influencias prolongadas, debía inaugurar el reinado de la libertad y de la razón. Pero si en este terreno ha iniciado algunas conquistas, ha hecho bancarrota en toda la línea, y liquida hoy su capital.

En lugar de fundar ha destruido; y aún los más incrédulos é indiferentes han visto que sin el ideal divino, la sociedad volvería á caer en la antigua esclavitud y en la antigua corrupción.

Pero lo que constituye la superioridad de los pueblos cristianos sobre las naciones paganas tanto antiguas como modernas, es que á pesar de todas las ruinas y de todos los atentados, la Iglesia conserva sobre las alturas el depósito divino de las energías reparadoras y fecundas para las crísis sociales.

Los pueblos cristianos pueden caer y gemir estenuados al borde del precipicio, pero no pueden perecer jamás, porque en su sangre corren gotas de la sangre divina y maravillosa del cristianismo.

En todos los países se advierte una corriente, que

se agranda rápida y visiblemente, hácia grandes ideales; y esa corriente no será local, sino universal.

La Iglesia tiene una misión y un papel de primer órden que desempeñar; tiene la fuerza y la organización vital para resistir el choque impetuoso de los elementos destructores y corruptores; y tiene también la fortuna de poseer al frente de sus destinos un gran Papa, que ha comprendido las señales de los tiempos y adivinado el porvenir.

Y ¡cosa providencial! nunca ha estado la Iglesia tan disciplinada, unida, compacta y rica en instituciones religiosas de todas clases, como si Dios la hubiese preparado para auxiliar á la humanidad en la terrible prueba y pavorosa transición porque va á pasar.

Si estamos pues, en vísperas del *fin de un mundo*, no nos lamentemos por ello, porque es para presenciar una renovación: el advenimiento de una civilización democrática y social más de acuerdo con el espíritu del Evangelio.

CONCLUSION

He terminado el humilde recuerdo literario que prometí consagrar á mi excursión por Asiria y Caldea, como tributo de mi amor á la religión y á la ciencia.

Cùmpleme ahora en compendioso resúmen manifestar cómo en efecto la Asiriología con sus inesperados y preciosos descubrimientos ha proporcionado á la Biblia el más espléndido triunfo sobre la crítica incrédula; viniendo á contribuir también en gran parte á la solución filosófica de la tan debatida cuestión sobre los orígenes religiosos, según la Biblia y la ciencia contemporánea.

Este era el ideal de la presente obra, y este fué el móvil de mi viaje al través de los monumentos asirio-caldeos, por más que reconozca que mi pobre trabajo no está á la altura de tan interesante materia y solo pueda considerarsele como un ensayo de vulgarización.

A los que me preguntaban «*¿quid existis videre?* que fuistes á ver por esas regiones de la monumental Mesopotamia?» yo les he respondido: Fuí á contemplar, no el campo de batalla de Arbelas, donde consiguió Alejandro una de las más famosas victorias contra los Persas; pues si lo recorrí,

por estar á algunos kilómetros de Nínive, no fué ese el móvil de mi viaje á Mesopotamia.

Yo fuí á contemplar el campo de una victoria más espléndida y famosa, el campo augusto que, además de estar cubierto con los monumentos más célebres de Oriente y del mundo entero, es teatro del triunfo científico-apologético más sonado que ha conseguido la Biblia sobre la crítica contemporánea.

Y bastarán en verdad, algunas breves reflexiones, después de lo que dejamos expuesto, para comprender cómo el triunfo obtenido por la Biblia por medio de los grandes descubrimientos de la Asiriología, es el más cumplido que podía desearse, y eso que es inmenso el campo que queda aun por explorar en esas ruinas.

Recordémoslo aunque más no sea á grandes rasgos. Es sabido que la *mitomanía* de la escuela crítica, cuya teoría débese en su orígen á de Wette, pretendía que la Biblia, especialmente en el Antiguo Testamento, era un conjunto de *mitos inventados* por los agiógrafos hebreos, y que las tradiciones bíblicas acerca de los orígenes religiosos y de la humanidad, eran simples teorías de algun profeta filósofo, sin fundamento histórico; negándose por consiguiente, así la veracidad, como la autenticidad de la Biblia.

Más, hé aquí que los descubrimientos de la Asiriología llegan á última hora, cuando más en boga estaba la teoría mítica, á dar el más solemne mentís á tan arbitrarias suposiciones, leyéndose con admiración por los asiriólogos en los monumentos cuneformes los nombres de los reyes de Israel y de Judá y el relato de los acontecimientos referidos por la Bíblia.

Pero veamos el proceso de ese triunfo decisivo.

Alegábase desde luego como argumento indirecto contra su autenticidad, que la Biblia no mentase *una sola vez* siquiera, los nombres tan famosos de Nino, Semiramis y Ninias, en la pretendida historia clásica de Asiria, á pesar de mencionarlos la mayor parte de los autores profanos.

Y bien, ¿qué ha demostrado la Asiriología á este respecto?

Que esos personajes jamás existieron. Luego la Biblia tenia razón en no nombrarlos; y léjos de ser su silencio una prueba, al menos indirecta, contra su veracidad y autenticidad, demuestra lo contrario, esto es, que por ser divinamente inspirada la Biblia no pudo admitir las fábulas de que fué víctima toda la antigüedad clásica hasta nuestros dias.

En segundo lugar, como acerca de los tiempos mas remotos no se habian encontrado documentos históricos que comprobasen los hechos referidos por la Biblia, atrevióse la incredulidad á afirmar que eran mitos ó invenciones alegóricas, mas ¿cómo admitir semejante aseveración, cuando las inscripciones cuneiformes vienen á comprobar los acontecimientos narrados por la Biblia con relación á los imperios de Nínive y Babilonia?

Luego la Biblia es verídica y auténtica, pues de otro modo seria estupenda maravilla que una invención mítica concordase con monumentos é inscripciones históricas.

Pero hay mas; las narraciones de la Biblia acerca de las tradiciones primitivas y prehistóricas del género humano, recogidas por Moisés y consignadas en el Génesis fueron también tachadas, como invención de profetas filósofos, mas ¿cuán espléndido no fué el triunfo de la Biblia al encontrar la Asiriología el recuerdo de esas tradiciones en las inscripciones cuneiformes de las Bibliotecas de Nínive?

Y como son distintos é independientes estos dos conductos de la tradición primitiva, demuestran el orígen común de donde se derivaron, resultando la tradición caldea una prueba independiente de la tradición bíblica.

Así mismo, no existiendo solución de continuidad en la narración cuneiforme acerca de los pasajes *jehovistas* y *elhoistas*, que era el gran argumento contra la autenticidad del Pentateuco, queda anulado el Aquiles racionalista para impugnar esa autenticidad.

Más aún; en la Biblia existian pasajes que ofrecian dificultad, si se les comparaba con los autores profanos de la antigüedad clásica, como por ejemplo, la referencia de Daniel al Rey Baltasar en la toma de Babilonia, mientras en los demás documentos solo aparece el rey Nabonidas.

La ligereza de la crítica racionalista, se inclinaba por supuesto, á condenar de falsedad el relato bíblico; sin embargo las inscripciones cuneiformes, hacen aparecer á Baltasar en *Bel-sar-usur*, dando razón á la Biblia, como en los demás casos análogos, al encontrar á Abraham entre los epónimos de Nínive, á Codorlahomor en *Kudur-Lagamar*, á Nabuconodosor, de quien tanto se riera Voltaire, en *Nabu-Kudur-Usur* y á Neriglisor en el *Nergel-sar-usur* de las inscripciones.

Hasta la Torre de Babel, objeto de tantas burlas para la incredulidad, aparece en el *Bit-Zida* de las ruinas del Birs-Nimrud; sin que falte un gran asiriólogo, como Rawlison, que presente la geografía del Paraiso terrenal en el *Gandunyas* de las cercanías de Eridú.

En presencia de triunfos tan esplèndidos la incredulidad cambió de táctica; no pudiendo negar tan asombrosa conformidad, la atribuyó á plagio, que, segun la crítica incrédula, siempre parcial en sus condenaciones, fué cometido por la Biblia.

Pero también en este caso, la ciencia y los descubrimientos le son adversos, resultando imposible el plagio de parte de los escritores sagrados.

Y en verdad, habiendo quedado desacreditada, aun ante el tribunal de la crítica racionalista la teoría mítica, los orientalistas Bunsen y Bournouf, inventaron un nuevo sistema sobre los orígenes del cristianismo, pretendiendo atribuirlo al mazdeismo, señalando la cautividad asiria y babilónica de los hebreos como época, ocasión y medio de esa pretendida trasmisión plagiaria.

Más, siendo el Pentateuco anterior al Avesta, como lo hemos demostrado con alguna extensión en el texto, resulta falso tambien el fundamento de esta nueva teoría, según los últimos progresos de los estudios orientalistas.

En resúmen: la asiriología con sus prodigiosos é inesperados descubrimientos ha demostrado en pró de la veracidad y autenticidad de la Biblia: 1.º Que esta no ha admitido en sus narraciones las fábulas de los autores clásicos sobre la Asiria. 2.º Que las inscripciones cuneiformes comprueban los relatos bíblicos relativos á los imperios de Nínive y Babilonia. 3.º Que en los pasajes en que la historia profana estaba en contradicción con la Biblia, los documentos cuneiformes dan razón á esta última. 4.º Que las leyendas caldeas son una confirmación, como demostración independiente, de las tradiciones primitivas narradas por el Génesis. 5.º Que la cautividad del pueblo hebreo no pudo servir como medio de trasmitir el mazdeismo del Avesta al judaismo y por ende al cristianismo. 6.º Que los nuevos descubrimientos, al ilustrar la historia acerca de la destrucción de Nínive y Babilonia, han confirmado en sus menores detalles el cumplimiento estupendo y pavoroso de las profecías sobre la desolación de esas soberbias ciudades. 7.º Por fin, que los orígenes religiosos y los orígenes de la humanidad son los enseñados por la Biblia.

∴

Es verdad que no he podido tratar tan interesante materia con la debida detención, sino muy por encima y como quien vá de viaje; pero creo que basta para indicar que los descubrimientos de la asiriología, fundados en los monumentos de Nínive y Babilonia y en general de Asiria y Caldea, han proporcionado á la Biblia el triunfo mas inesperado y mas sonado contra la crítica racionalista.

Y despues de todo esto ¿no me será lícito repetir, y repetirlo con santa fruición, á los que me preguntan ¿que fuistes á ver al pais de Mesopotamia? Fuí á contemplar el campo sagrado para la religión por la ciencia, y el teatro de la más cumplida victoria que la Providencia tenia reservada para

los Libros Sagrados en el momento en que los Asirios y Caldeos parecian levantarse de su tumba para con un nuevo ataque destruir los muros de la nueva Jerusalen.

¡Bendita religión! ¿cómo no reconocer su divinidad, al contemplarla vencedora en todos los terrenos, y de una manera especial y providencial en el de las ciencias, bajo todos los aspectos?

Para destruirla el naturalismo incredulo sostuvo lucha titánica trayendo en su auxilio, como á obedientes conscriptos, á todas las ciencias cosmogónicas y zoológicas, á la biología, á la antropología y hasta á la lingüistica.

Pertrechado con tales armas de nuevo temple, han atacado rudamente y con tono triunfal la verdad católica, creyendo poder tacharla de erronea, aunque mas no fuera por sorpresa.

Ha acudido también á las ciencias históricas, á la etnología, á la arqueología y á la prehistoria; no ha perdonado siquiera los monumentos de las mas remotas generaciones; de manera que apelando á todos los ramos del saber humano, de todos ha pretendido sacar argumentos para impugnar los dogmas de la Iglesia y las verdades de ellos deducidas.

Y sin embargo, la verdad de las doctrinas de la Iglesia no ha sido aminorada en nada por las riquezas y descubrimientos de las ciencias modernas.

Al contrario, todas las conclusiones demostradas en cualquiera de las múltiples ramas del saber humano, han venido á confirmar las enseñanzas de la Iglesia y hacer inexpugnable su posición ante el mundo sabio; como todo católico presentía debía suceder, pues sabe que «así como la razón es una revelación natural, y la revelación divina no es otra cosa que la razón sobrenatural», al decir de Leibnitz, deducíase *á priori* que no puede existir contradicción entre ambas, cuando aquella investiga la ciencia y esta enseña los dogmas de la religión.

Por eso dá compasión ver tantas inteligencias y hasta personas vulgares, que invocan la ciencia

como justificación de su apostasia del catolicismo, mientras las conquistas de la ciencia en las verdades relativas al dogma, constituyen los mas esplendorosos milagros del siglo XIX en favor de la divinidad de la religión.

A las veces nos entristecemos al considerar la aberración de tantos hermanos nuestros, que han dejado nublar su espíritu por los sofismas, que vende y pregona como ciencia, la incredulidad.

Es obligación de los católicos rogar por esos hermanos ilusos ó extraviados, para que Dios les dé la gracia de ver y no rechazar los esplendores de la fé.

Y ¿cómo no habían de verlos si lo deseasen con sinceridad?

¡Ah! si quisieran imitar el ejemplo de imparcialidad del gran sabio Leibnitz.... El examinó con ansias de encontrar la verdad, todo lo que se había escrito en favor y en contra del cristianismo. Y encontró la verdad; aunque declara peligrosa la empresa para una persona que carezca de ingenio robusto.

¿Por qué no imitar el ejemplo del gran filósofo Descartes? Al adoptar su duda provisional para la ciencia, exceptuó las verdades de la fé, porque no era racional, como sabiamente declara, dudar de verdades que se apoyan en el testimonio de la revelación, mientras no se tengan razones positivas para la duda.

Y ¿quién las podrá encontrar, cuando no las encontró Leibnitz, ni ningún sabio digno de este nombre, en ciencia como en religión?

Hay sabios incrédulos ó indiferentes: no lo negamos.

Pero ¿cuál es la razón? La dió el conde de Segur. Esos sabios son prodigios de ignorancia en materias religiosas.

Y se me ha de disculpar esta breve digresión, que semeja homilia, como quiera que por mi propio carácter, no solo no puedo mirar con indiferiencia, sino que me duele en el alma y en el corazón ver tantas almas que llevan en su espíritu el sello divino

del carácter bautismal y por cuya salvación vertió Jesucristo su sangre divina, olvidados ó enemistados con esa religión sublime, en cuya cuna se mecieron, pretestando que las enseñanzas de la fé no se compadecen con las luces de la razón y las conquistas de la ciencia. ¡Si supieran que es una invención de la incredulidad para justificar apostasias!.....

Y como la prevención anticatólica lleva á muchos hasta recibir con sospechoso desden la palabra del sacerdote, les queremos recordar estas palabras del gran publicista é historiador César Cantú, que ha erigido á su fé ilustrada un espléndido monumento en su *Historia Universal*: «Durante diez y ocho siglos, dice, no ha habido progreso social alguno que no haya tenido su germen en la religión cristiana; pues ella ha tomado parte en todas las evoluciones y revoluciones, ya como enemiga de las que eran funestas, ya como auxiliar de las que debían mejorar la condición de la humanidad.

Ella purificó el mundo romano, civilizó el mundo bárbaro, suavizó el feudal, resistió á las despóticas exigencias de los emperadores, confundió en todo tiempo la heregía, y conquistó las glorias de la emancipación civil de la edad media, de la intelectual del siglo XIV, de la religiosa del XVI y de la política de nuestros tiempos.

Cuando se vió detenida en su marcha, supo remover ó hacer trizas los obstáculos; cuando vió secundados sus esfuerzos, reunió y subordinó á sus intereses los intereses de sus auxiliares.

Y si á pesar de tan apreciables triunfos todavía no es la Iglesia católica reconocida universalmente en el imperio de la verdad, es porque la Iglesia, siendo militante, necesita enemigos en la tierra; porque la virtud práctica debe pasar por pruebas que la hagan contraer méritos; porque las tentaciones de la duda son necesarias para la libertad de la fé, y porque por medio de los trabajos en la tierra debe conquistarse la inmortalidad del cielo.

El género humano está condenado, como los

Hebreos, á atravesar las arenas del desierto antes de llegar á la tierra prometida.

De cuando en cuando el que guia su espíritu aparece como Moisés en la cumbre del monte; de tiempo en tiempo su corazón se entrega á los recuerdos de Egipto, y de Madian, y su boca demanda en vano el maná y el agua.

Pero la Iglesia triunfará como ha triunfado hasta aquí y siempre

El progreso, que corre hoy dia en álas de la electricidad para hacer conquistas en todos los sitios de la tierra, llegará á operar la fusión de las sociedades particulares en la general. Ya van desapareciéndo las preocupaciones, van cediendo las antipatias, el mundo es reconducido á la unidad por una especie de gravitación moral y religiosa que nadie puede impugnar; y esta tendencia no puede menos de redundar en provecho de una religión fundada en la caridad y en la unidad, cual lo es el catolicismo ».

Y en verdad que si la Iglesia católica es la religión más discutida y combatida por los espiritus preocupados, es tambien la mas demostrable y la mas demostrada.

Ella es también la mas grande institución de la historia; las ciencias son su trofeo, las artes su decoro, la civilización su obra inmortal, el progreso su meta; la caridad y la unidad, su ideal.

¿Adónde pues, irá el espíritu humano para encontrar colmadas sus mas sublimes aspiraciones, y el corazón del hombre sus tendencias mas nobles y delicadas?

Ah! si asi lo acabasen de comprender tantos hermanos nuestros ilusos ó extraviados ¿qué contingente hermoso para trabajar juntos por la causa y los intereses de la patria, persiguiendo un ideal de permanente engrandecimiento moral, social y religioso en la unión de la mas hermosa confraternidad?

Por amor de la religión y de la ciencia he venido desde tiempo atrás espigando humilde y pacientemente en el terreno científico-apologético tras las huellas de los sábios, porque es el único refugio

que nos queda á los que no lo somos; y cada vez se ha retemplado más mi amor á la religión al contemplarla tan gloriosa, benéfica y triunfante.

Y si no me olvidaré jamàs de mi excursión á Mesopotamia, es porque tuve ocasión de gozar intelectual y moralmente ante la contemplación de los monumentos que pregonan el triunfo más reciente y espléndido de la Biblia sobre la crítica incrédula proporcionado por la asiriología, que ha venido á formar un nuevo floron para la apología científica del catolicismo.

Esto por lo que dice relación á la parte del viaje que podía llamar monumental, que en cuanto á la otra parte de flamante actualidad, la cuestión de Oriente, no ha dejado de proporcionarme otro placer no menor del órden filosófico-religioso, por ese otro triunfo contemplado en no remota lontananza para el catolicismo: la transformación universal de la sociedad moderna en un porvenir venturoso de reacción católica, destinada á dar la vuelta al mundo entero con la civilización moderna.

¿Qué más podía desear para mi excursión por Mesopotamia?

Fuí, ví y gocé por las conquistas de la religión y de la ciencia.

Estoy por tanto, satisfecho por los goces de la inteligencia y del corazón.

SACRIFICIO HUMANO

Cilindro babilónico con inscripción cuneiforme

APÉNDICE

Hortus Conclusus

(Paraiso de Salomon)

Hay un lugar en Palestina, que es el mas pintoresco y ameno de la Judea, y tan clásico por su exhuberante hermosura, á manera de oásis sagrado, que la Biblia le canta y pondera como superior á las risueñas florestas del Líbano, á las bellas llanuras de Saron y á las cumbres deliciosas del Carmelo.

Este lugar es el Paraiso de Salomón, denominado en la Vulgata *Hortus Conclusus*, *Huerto Cerrado:* tan ameno y hermoso que constituía las delicias del gran Rey; pues en él pasaba las primeras horas de la mañana en medio de un ambiente perfumado por plantas y flores que exhalaban aromas de paraiso, y cuya gaya belleza quizo inmortalizar en aquel idilio divino del Cantar de los Cantares.

Pero si estos recuerdos dán clásica celebridad al *Hortus Conclusus*, hasta el punto de conservarla entre los árabes, que aún le designan con el nombre de *Sebasten Suleiman*, *Jardines de Salomón*; y à la población inmediata *Urthás*, *Huerto*; tiene para los cristianos el incomparable valor y mérito de ser figura bíblica de Maria.

Y en verdad, que de la Virgen galana y hermosa es adecuada imagen ese Huerto delicioso.

Ella es *Huerto* por su fecundidad, como Madre del Redentor; y Huerto *Cerrado* por su *virginidad* inmaculada, como la canta la Iglesia «*Hortus Conclusus, oh Maria, Hortus Conclusus*».

Pues bien, cuando en mi primer viaje á Tierra Santa, contemplé ese lugar delicioso del *Hortus Conclusus*, me pareció que veía flotar sobre las flores de aquel eden la imágen de *Maria del Huerto*, que reclamaba la erección de un Santuario de parte del Instituto Religioso, único que en el cristianismo lleva la gloria de su nombre: *Las Hijas de María del Huerto.*

Y entonces concebí la que considero cristiana y patriótica resolución: «Para gloria de Maria y honor de la Pátria, prometo promover la erección de un Monumento á Maria del Huerto en Tierra Santa, en el *Hortus Conclusus*, imágen de su gloriosa *Maternidad virginal.*»

Y en verdad, que acaricio ese proyecto del Santuanio á Maria del Huerto como un ideal de gloria y de gratitud para nosotros.

De gloria, como quiera que siendo los Santos Lugares la atracción suprema de los romeros del orbe católico, erigir allí un Monumento religioso que pregone grabado el nombre de la Patria, la hará sonar con éco perenne al través de las generaciones; y también un ideal de gratitud, pues sabrán que en prenda de ella por los beneficios recibidos del Instituto de las Hijas de Maria del Huerto hemos contribuido á la erección de ese Santuario.

Sin embargo, como en otras ocasiones he hecho la descripción del *Hortus Conclusus*, y explicado detenidamente el orígen y razón del proyectado Santuario monumental á Maria del Huerto en Palestina, solo me ocuparé en este apéndice de dar cuenta á mis lectores de lo que conseguí realizar durante mi estadía en Jerusalen en favor del mencionado proyecto; pues ha constituido también una de las satisfacciones no pequeñas que tuve en mi último viaje.

Y como quiera que en una carta dirigida desde Roma á Mons. Milciades Echagüe, expusiera este mismo asunto, cúmpleme trasladarla aquí, pues nada tendría que añadir á ese respecto.

Hé aquí la carta:

Roma, Junio 12 de 1893.

Estimado Monseñor:

Al trasladarme á Europa para asistir al Jubileo Episcopal de S. S. León XIII y pasar á Tierra Santa, después de mi excursión á Mesopotamia, para asistir al Congreso Eucarístico celebrado en Jerusalen en Mayo último, no pude dejar de aprovechar tan propicia ocasión en favor de nuestro acariciado proyecto del «Santuario en honor de Nuestra Señora del Huerto».

Así, pues, con el mayor regocijo puedo anunciar á Vd. que la realización del Santuario á María del Huerto en Tierra Santa en el *Hortus Conclusus* está asegurado con la adquisición del terreno para el mismo.

Si hasta ahora no habia hecho gestiones para comprarlo, es porque yo mismo quería escoger el sitio en la primera ocasión que tuviera de volver á Tierra Santa, como acabo de verificarlo con el motivo indicado.

Cuando me lo permitía el tiempo libre, que me dejaba la asistencia á las sesiones del Congreso, hice desde la Santa Ciudad varios viajes al *Hortus Conclusus* (se va en hora y cuarto de carruaje desde Jerusalen, y en veinticinco minutos desde Belén) recorrí y examiné, con el mayor interés el pintoresco lugar en compañía del Sr. Vicario del Patriarca armeno-católico Mons. Azarian á fin de escoger el sitio más apropiado, y quiso el Señor que fuéramos felices en la empresa después de varias tentativas frustadas con suerte, pues nos pedían un precio fabuloso y en partes poco adecuadas para la erección del Santuario.

Pero al fin, yá tenemos terreno!..... Y ya me

figuro ver surgir en aquel ameno Paraiso de los Cantares el Santuario de María del Huerto, y contemplar esculpidos en él los nombres de ambas Repúblicas hermanas, la Argentina y la Uruguaya, con la singular gloria de ser las primeras de América que poseerán en Tierra Santa un Santuario, y que vean sonar su nombre en boca de los palmeros de Palestina al lado del de las naciones más mentadas de la cristiandad.

Por la gloria de Maria y de la patria debemos empeñarnos, argentinos y uruguayos, en apresurar la construcción de ese monumento patriótico-religioso.

Y en verdad, que estoy sumamente satisfecho por haber sido mas feliz de lo que podía esperar en mis propósitos á ese respecto.

«Créame, decía el señor Vicario patriarcal, que no es poca fortuna haber podido adquirir, así tan de inmediato, una parte de los jardines del *Hortus Conclusus*, y cabalmente en el punto más céntrico y ameno.» Y debo añadir, más inmediato á la población árabe denominada *Urthas*, en cuyo obsequio las Religiosas, que habiten el Santuario, podrán tener una escuela, un hospicio ó un orfanotrofio, amen de ofrecer á los peregrinos de Tierra Santa una etapa en sus piadosas escursiones, y convertir el Oratorio Mariano en un perpetuo talisman que atraiga las bendiciones de María del Huerto sobre su Instituto y sus devotos, al verse honrada por sus propias Hijas en el mismo lugar, que es figura bíblica de su virginidad fecunda, cual Huerto divino que produjo al Salvador del mundo.

Y yo supongo que aún cuando las Religiosas, Hijas de María del Huerto, no tuviesen allí más oficio que el de entonar himnos y salmodias en honor de María del Huerto, como las antiguas Vestales el de conservar el fuego sagrado, y los Franciscanos del Santo Sepulcro honrar la tumba gloriosa del Salvador, esto solo justificaría la erección del proyectado Santuario en aquel lugar que repite con eco eterno las estrofas divinas de la Esposa y del Esposo del Cantar de los Cantares.

Yo supongo que para retemplar el corazón y el espíritu de las Hijas de María del Huerto en la fragua del amor á su Madre y Titular, bastaría hacerlas pasar un solo día en aquel Jardín ameno y sagrado, que es símbolo de las flores y frutos de María del Huerto: «*Flores mei fructus honoris et honestatis. Ego Mater pulchrae dilectionis.* Mis flores son frutos de honor y santidad. Yo soy la Madre del amor hermoso.» Porque esto dice cada flor de aquel Jardín, en donde al pasar, parece haber dejado estampada su imágen María del Huerto: al menos fué la impresión que experimentó mi alma el momento feliz en que por vez primera contemplé el *Hortus Conclusus*.

Y supongo que si para ratificar el voto religioso, se llevase á aquel lugar á cada Hija de María del Huerto, resonaría eternamente en su alma el eco de la promesa divina y del voto sagrado emitido en honor de María del Huerto: *Hortus conclusus, oh María, hortus conclusus*, y ese nombre quedaría grabado sobre su corazón como en un sello indeleble: *ut signaculum super cor tuum*, que reclamaría perpetuamente el cumplimiento del solemne compromiso.

Yo supongo, en fin, que ese Santuario será sumamente grato á María del Huerto, porque será en aquel lugar, como la apoteósis de uno de sus más bellos títulos y de la más significativa figura de su maternidad divina. Y creo que si Salomón pudiera levantarse de su tumba, treinta veces secular, se estremecería de contento al contemplar erigido un Santuario á la divina Esposa, que él cantara por vez primera; y que reputaría muy honrados los jardines por donde paseó su real corona, al contemplarlos dedicados á la gloria de la Vírgen que él proclamó fecunda como un *Huerto Cerrado* y una *Fuente sellada*.

«*Hortus conclusus, oh Maria, hortus conclusus, fons signatus, emmissiones tuæ, Paradisus*».

∴

Ahora bien, Monseñor, siendo Vd. el Director espiritual de la Comisión que en esa ciudad se ocupa de recaudar fondos para la erección del Santuario á María del Huerto, cúmpleme participarle, para que lo comunique á dicha Comisión, como una noticia satisfactoria para sus trabajos, que he tenido el grato consuelo de realizar la compra de un vasto terreno (más de doce mil varas cuadradas) por la cantidad relativamente módica de 85,000 piastras turcas, con las limosnas recaudadas en ambas Repúblicas.

Las tres quintas partes del terreno constituyen la parte del Paraiso de Salomón propiamente dicho, cubiertas de frondosa y variada arboleda y con la correspondiente acequia de aguas, provenientes de la Fuente Sellada, al través de los célebres Estanques de Salomón, poseyendo á la entrada las habitaciones para el jardinero, cubiertas por la sombra de tres hermosos nogales, los únicos de su especie que existen en el *Hortus Conclusus*.

Las otras dos quintas partes del terreno comprado constituyen una zona alta en la ladera de la montaña adyacente al Huerto, y en dónde se edificará el Santuario para conservar intacto el Jardin, y dar perspectiva al edificio: debiendo advertir que en esta ladera existe un pequeño olivar-viñedo.

Hé traido el croquis del terreno para poder formar el plano del edificio, que deberá construirse con piedras de silleria, aunque podrá aprovecharse para la construcción interior la piedra sacada de la montaña contigua, al nivelar el terreno rocoso sobre el cual se elevará el Santuario, para poder decir: «*Fundamenta ejus in montibus sanctis*».

¿No es verdad que la adquisición del terreno debe llenar de satisfacción santa á las personas que han trabajado en recaudar fondos para la erección del Santuario á María del Huerto?

Yo mismo creo haber puesto una pica en Flandes, al haber tenido la fortuna de realizar con tanta felicidad la compra del terreno, pues me preocupaba en sumo grado su adquisición, porque se me habia

advertido que seria muy difícil obtenerlo en parte adaptada á los fines del Santuario.

Repito, pues, que desde ya creo asegurada la realización del hermoso proyecto, y que el paso dado es el más trascendental para la consecución de nuestra monumental obra, que más ó menos pronto se verá terminada para gloria de María del Huerto, testimonio de nuestra gratitud á los servicios recibidos de sus abnegadas Hijas, y para honra comun de argentinos y uruguayos.

Cúmpleme advertir por deber de gratitud, que me han facilitado la adquisición del *Hortus Conclusus* las eficaces recomendaciones del Emmo. Cardenal Vicario de S. S. León XIII, Protector del Instituto de Nuestra Señora del Huerto, quien aplaude altamente el proyecto, y de su Beatitud el Patriarca Armeno-católico de Cilicia Mons. Azarian; así como los buenos oficios del señor Cónsul de Francia en Palestina, M. Ledoulx.

Mas aún; por deferente recomendación del indicado Patriarca, el Rvmo. Vicario del mismo, M. Joaquin Taumayan, residente en Jerusalen, ha aceptado el cargo de Custodio del Huerto, y se me ha ofrecido para vigilar los trabajos de la obra, que se empezará á construir á medida que se recauden los fondos, comenzando desde ya con el tallo de las piedras de construcción.

Debo tambien advertir que además del *firman* para la compra del terreno, es necesario recabar un segundo *firman* del Sultan para la construcción del Santuario, y el bondadoso Patriarca Mons. Azarian me ha prometido conseguirlo, apenas le remita el plano del edificio; en este caso la propiedad quedará excenta de contribución, considerada como obra pia.

Creo, pues, que estas noticias acrecentarán el entusiasmo piadoso y la generosidad de los devotos de Maria del Huerto, así como darán nuevos bríos á la actividad de las personas que se ocupan de la recaudación de limosnas para el querido Santuario.

Como recuerdo del *Hortus Conclusus*, he traido una porción de tierra del lugar, y he hecho colo-

car en pequeñas tarjetas flores disecadas, que recogí en el Jardin.

Envio á Vd. una porción de ambas cosas para regalarlas á los bienhechores más insignes.

Como Vd. sabrá, están bastante adelantados los trabajos para la causa de la beatificación y canonización del Siervo de Dios Antonio María Gianelli, Obispo de Bobbio, fundador de la Congregación de las Hermanas de Caridad, Hijas de María del Huerto ¿no sería conveniente colocar bajo su protección la obra del Santuario, á fin de conseguir la gracia de que coincidiese la solemnidad de su beatificación con la inauguración del Santuario á N. Sra. del Huerto, de la que fué tan amante y celoso devoto? Por mi parte asi lo he hecho, y por eso abrigo grandes esperanzas de éxito en nuestra empresa, que de seguro bendecirá desde el cielo el venerable y santo Fundador.

Con tal ocasión reitérole las consideraciones de mi estimación y aprecio, suscribiéndome,

Su afmo. servidor y capellan.

† *Mariano Soler,*

Obispo de Montevideo.

Y después de todo ¿no me será lícito añadir que estoy sumamente satisfecho del viaje que acabo de realizar por el viejo mundo? Asistí al Jubileo Episcopal de S. S. León XIII, que resultó una verdadera apoteósis del gran Pontífice; realicé felizmente la excursión á Mesopotamia al través de ese reguero de monumentos asirio-caldeos, que han hecho resucitar todo un pasado para la apología de la Biblia; visité por tercera vez los Santos Lugares, que son la dulce atracción del cristiano; asistí al Congreso Eucarístico de Jerusalen, ese magno acontecimiento para la unión de las Iglesias orientales con la de Roma; y por fin, tuve la felicidad de

terminar mi viaje con la adquisición de la mejor parte del *Hortus Conclusus*, asegurando así la erección del Santuario de María del Huerto.

Por esto termino declarando que dedico con el mayor gusto el producto de la presente obra para contribuir á la construcción de tan acariciado monumento en honor de María y para renombre de la Patria, en aquellos Santos Lugares donde las naciones cristianas ambicionan tener un recuerdo cualquiera que eternice su nombre. Yo lo he encontrado en el

Hortus Conclusus

ÍNDICE

ÍNDICE

Dedicatoria 7
Palabras de introducción 13
Importancia científico-bíblica de la Asiriología . . . 21
Breve reseña del viaje por Asia Menor. 34
Descripción arqueológica—Sennaar, Mesopotamia, Asiria y Caldea 51
Las ruinas monumentales de Nínive 57
Nimrud y Kalach-Sherghat. 67
Escursión por la Caldea. 73
¡Bab-Ilu!—Babilonia! 77
Borsippa 84
Babil. El Kars-Tell-Amran 87
¡Mas allá de Babilonia! 94
La epigrafía cuneiforme. 105
Indicaciones sobre la invención de la escritura . . . 112
La Asiria conforme á los modernos descubrimientos. 121
La Caldea id. id. 137

SEGUNDA PARTE

Las conquistas históricas y los triunfos bíblicos obtenidos por la Asiriología 147
La Torre de Babel—(Birs-Nimrud) 165
El Paraiso terrenal. 179
El Gran Patriarca Abraham. El Profeta Daniel y la Asiriología. 187
El Profeta Daniel y la profecia de las *setenta semanas* . 194
La cautividad de los Judios en Nínive y Babilonia. . 205
La Biblia y el Avesta. 219
La Cronología asirio-caldea y la Biblia 233
¡Ante las ruinas de Nínive y Babilonia!. 239
La destrucción y ruina proféticas de Babilonia. . . 248

Exégesis sobre el cumplimiento progresivo de las profecías 253
Discusión sobre las profecías—Evidencia histórica de la profecía de Daniel 264

TERCERA PARTE

La ciencia moderna, los orígenes religiosos y la Biblia. . 273
Confírmase la teoría de los origenes religiosos. . . 284
Paralelo científico-religioso 301
Confirmación de las reflexiones anteriores. 327
La cuestión de Oriente bajo el aspecto político-religioso. 349
La cuestión religiosa de Oriente. 359
La unión de las Iglesias. 373
La renovación universal, la crísis actual y el Pontificado. 381
Las razones de esperar. 393
Conclusión 403
Apéndice—Hortus Conclusus 415

ERRATAS PRINCIPALES

Pág.	Línea	Dice	Debe decir
19	25	Momento.....	*Memento*
37	20	Civilizaciones *prehistórica son* las regiones	Civilizaciones *prehistóricas en* las regiones
79	34	Dan *tora*.....	Dan *otra*
127	5	Se *hace*.....	Se *ase* (de asir)
136	32	De *los reyes de todos las*	De todos los *reyes de*
158	12	*naciones*.....	*las naciones*
		Uer de Caldea.....	*Ur* de Caldea
169	33	Bala.....	Balal
263	6	ha hecho mención dos veces escritos en sus de Daniel	ha hecho mención dos veces *en sus* escritos de Daniel
346	17	De ellas.....	De ellos (los dogmas).